

62324
COLECCION UNIVERSAL

N.º 841 a 844

A. DE MUSSET

Confesión de un hijo
del siglo

NOVELA



Precio: Dos pesetas

MADRID, 1923

A. de Musset

—

CONFESION DE UN HIJO DEL SIGLO

NOVELA

MCMXXIII

2
74940

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

A. DE MUSSET

Confesión de un hijo del siglo

NOVELA

La traducción del francés ha sido
hecha por Francisco García Ortega



MADRID, 1923

PRIMERA PARTE

I

Para escribir la historia de la vida es preciso primero haber vivido; por tanto, no es la mía esta que escribo.

Joven todavía, fui atacado de una terrible enfermedad moral. Voy a referir lo que me ocurrió durante tres años. Si fuera yo sólo el enfermo, no diría nada; pero como hay muchos seres que sufren del mismo mal, escribo para ellos, sin creer que me hagan mucho caso; pero aun así, habré conseguido curarme mejor, y como el zorro cogido en el cepo, me veré libre a costa del miembro prisionero.

II

Durante las guerras del Imperio, mientras los maridos y los hermanos estaban en Alemania, las madres, inquietas, habían dado al mundo una generación ardiente, pálida, nerviosa. Concebidos en-

tre dos batallas, educados en los colegios, al redoble de los tambores, millares de niños se miraban unos a otros con mirada sombría y ejercitando sus tiernos músculos. De cuando en cuando veían llegar a sus padres ensangrentados, quienes después de estrecharlos contra su pecho, lleno de bordados, volvían a cabalgar alejándose de nuevo.

Un solo hombre vivía entonces en Europa. El resto de los mortales procuraba alentar con el aire que él respiraba. Un año tras otro, Francia daba a este hombre trescientos mil jóvenes; era el impuesto pagado a César, quien sin este rebaño a la espalda no hubiera podido conseguir sus victorias. Era la escolta que necesitaba para atravesar el mundo y caer en el valle de una isla desierta, bajo un sauce llorón.

Nunca sufrió el mundo tantos desvelos como en los tiempos de este hombre. Jamás se vió en las murallas de las ciudades tal cantidad de madres desoladas. Nunca hubo silencio igual alrededor de los que pregonaban la muerte. Y, sin embargo, nunca hubo tanta alegría, tanta vida, tantos cánticos guerreros en todos los corazones. Nunca hubo soles tan puros como los que secaron toda esta sangre. Decían que Dios los creaba para este hombre y se les llamaba sus soles de Austerlitz. Pero quien los creaba era él mismo, con sus cañones siempre tronando y limpiando de nubes el cielo hasta el día siguiente a la batalla.

El aire de este cielo sin mancha, donde brillaba tanta gloria, donde resplandecía tanto acero, era

el que los niños respiraban en aquel tiempo. Sabían que su destino les llevaba a las hecatombes; pero creían a Murat invulnerable y vieron cruzar al emperador por un puente donde silbaba tal cantidad de balas, que le juzgaban inmortal. Y aun cuando ellos debieran morir, ¿qué importaba? ¡La muerte misma era entonces tan bella, tan grande, tan espléndida con su manto de humeante púrpura! Se parecía tanto a la esperanza, segaba espigas tan verdes, que la misma muerte parecía joven, y nadie creía en la vejez. Todas las cunas de Francia eran broqueles; todos los ataúdes lo eran también: verdaderamente ya no había ancianos; sólo había cadáveres o semidioses. Sin embargo, contemplando un día el inmortal emperador desde lo alto de una colina cómo se despedazaban siete naciones, cuando aun no sabía si sería el amo del mundo entero, o tan sólo de la mitad, Azrael (1), pasando al lado suyo, le rozó con sus alas y le hundió en el Océano. Al ruido de su caída, las Potencias moribundas se alzaron sobre sus lechos de dolor, y apoderándose de Europa las reales arañas, de la púrpura del César se hicieron un traje de arlequín.

Así como el viajero, mientras está en camino, anda día y noche, bajo la lluvia o el sol, sin desmayar ni percatarse de los peligros que le cercan, y apenas llegado al hogar y sentado ante el fuego nota su agotamiento y apenas le quedan fuerzas para arrastrarse hasta su lecho, así Francia, viuda

(1) Arcángel que preside a la muerte.

de César, sintió de golpe su herida, cayó desfallecida y se durmió con tan profundo sueño, que sus viejos reyes, creyéndola muerta, la envolvieron en un sudario blanco. El Ejército, con los cabellos grises, volvió rendido de fatiga, y los hogares de los desiertos castillos volvieron a encenderse tristemente.

Entonces estos hombres del Imperio, que habían corrido y matado tanto, besaron a sus mujeres y les hablaron de sus primeros amores; se miraron en las fuentes de sus prados y se encontraron tan envejecidos, tan mutilados, que se acordaron de sus hijos para que les cerrasen los ojos. Preguntaron por ellos; los niños salieron de los colegios, y como no veían ni sables, ni corazas, ni guerreros, preguntaron a su vez dónde estaban sus padres. Les respondieron que la guerra había terminado, que César había muerto y que los retratos de Wéllington y de Blücher estaban colgados en las antecámaras de los Consulados y de las Embajadas, con estas palabras al pie: *Salvatoribus mundi.*

Entonces una juventud pensativa meditó sobre un mundo en ruinas. Todos estos niños eran gotas de una sangre hirviente que había inundado la tierra; habían nacido en el seno de la guerra y para la guerra. Habían soñado durante quince años con las nieves de Moscú y el sol de las Pirámides; no habían salido de sus ciudades, pero les habían dicho que por cada senda de esas ciudades se iba a una capital de Europa. Tenían en la imaginación

todo un mundo; miraban la tierra, el cielo, las calles y los caminos; todo estaba vacío, y sólo oían a lo lejos el sonido de las campanas de sus iglesias.

Pálidos fantasmas, vestidos de negro, atravesaban los campos lentamente; otros llamaban a las puertas de las casas, y cuando les abrían mostraban grandes pergaminos muy usados, que sacaban de los bolsillos y con los cuales echaban fuera a los habitantes. De todas partes llegaban hombres temblorosos aún del miedo que habían tenido cuando partieron, veinte años antes. Todos reclamaban, disputaban y gritaban; sorprendía que la muerte de un solo hombre pudiera atraer tantos cuervos.

El rey de Francia, sobre su trono, miraba a todas partes con el temor de ver una abeja (1) en sus tapices. Unos le tendían el sombrero, y él les entregaba dinero; otros le mostraban un crucifijo, y él lo basaba; otros se contentaban con gritar a sus oídos nombres retumbantes, y él les enviaba a su salón, que tenía un eco muy sonoro; otros le enseñaban sus trajes viejos, de los cuales habían hecho desaparecer las abejas, y a éstos les daba un traje nuevo.

Los niños miraban todo esto pensando que la sombra de César iba a desembarcar en Cannes y a desparramar estas larvas; pero el silencio continuaba y no flotaban en el cielo mas que las pálidas flores de lis. Cuando los niños hablaban de gloria se les contestaba: «¡Haceos sacerdotes!»; cuando hablaban de ambición: «¡Haceos sacerdotes!»; de

(1) La abeja figuraba en los tapices imperiales.

esperanza, de amor, de fuerza, de vida: «¡Hacedos sacerdotes!»

Sin embargo, subió a la tribuna, para arengar, un hombre que tenía en la mano un contrato entre el rey y el pueblo; comenzó por decir que la gloria era una cosa muy hermosa y la ambición de la guerra también; pero que había otra cosa aun más bella, que se llamaba la Libertad.

Los niños levantaron la cabeza y recordaron haber oído esa palabra a sus abuelos. Se acordaron de haber encontrado en los rincones oscuros de la casa paterna bustos misteriosos con largos cabellos de mármol y una inscripción romana. Se acordaron de haber oído hablar a sus abuelas, durante las veladas, de un río de sangre más terrible aún que el del emperador. Llegaba hasta ellos, con esta palabra «libertad», algo que hacía latir su corazón como un lejano y terrible recuerdo, a la vez que como una esperanza querida más lejana todavía. Se estremecieron al escucharla; pero al volver a sus casas vieron tres cestos que llevaban a Clamart y que contenían los cuerpos de tres jóvenes que habían pronunciado demasiado alto esa palabra. A ese triste espectáculo vagó por sus labios una extraña sonrisa; pero otros oradores, subiendo a la tribuna, empezaron a calcular públicamente lo que costaba la ambición y lo cara que resultaba la gloria; mostraron el horror de la guerra y llamaron a las hecatombes carnicerías. Y hablaron tanto y tanto tiempo, que todas las ilusiones humanas caían hoja a hoja a su alrededor como las de los

árboles en otoño, y los que escuchaban se pasaban la mano por la frente como calenturientos que despiertan del sueño producido por la fiebre.

Unos decían: «Lo que ha causado la caída del emperador es que el pueblo no le quería»; otros: «¡El pueblo quería al rey!; ¡no, la libertad!; ¡no, la razón!; ¡no, la religión!; ¡no, la Constitución inglesa!; ¡no, el absolutismo!» El último añadió: «Nada de eso; quería el reposo.»

Tres elementos se repartían el porvenir que entonces se ofrecía a los jóvenes: detrás de ellos un pasado destruído para siempre agitándose aún sobre sus ruinas, con todos los fósiles de siglos de absolutismo; delante de ellos, la aurora de un horizonte inmenso, las primeras claridades del porvenir, y entre estos dos mundos... algo parecido al Océano que separa el viejo continente de la joven América; algo vago y confuso: un mar calmoso y lleno de barcos náufragos, atravesado de vez en cuando por una vela lejana o por un navío que despide espeso vapor; en una palabra, el siglo presente, que separa el pasado del porvenir, que no es ni uno ni otro y que se parece a los dos a la vez y donde al dar un paso se ignora si se pisa sobre una simiente o sobre un despojo.

He aquí en qué caos era preciso escoger: he aquí lo que se presentaba a niños llenos de fuerza y de audacia, hijos del Imperio y nietos de la Revolución. No querían nada del pasado, en el que no tenían fe; amaban el porvenir, pero como Pigmalión a Galatea; era para ellos como una amante de már-

mol, y esperaban que el mármol se animara y la sangre colorease sus venas.

Les quedaba, pues, el presente; el espíritu del siglo, ángel de un crepúsculo que no es el día ni la noche; le encontraron sobre un saco de cal lleno de osamentas, envuelto en el manto de los egoístas y tiritando con un frío terrible. Sintieron en el alma la angustia de la muerte a la vista de este espectro, mitad momia y mitad feto, y se acercaron a él como el viajero a quien muestran en Estrasburgo a la hija de un antiguo conde de Sarvendeu embalsamada con sus galas de desposada; ese esqueleto infantil que hace estremecer porque sus manos diáfnas y lívidas llevan el anillo de las desposadas y su cabeza se deshace en polvo en medio de las flores de azahar.

Como pasa a través de los bosques, al aproximarse la tempestad, un viento terrible que hace estremecer y al cual sucede un profundo silencio, así Napoleón lo trastornó todo a su paso por el mundo; los reyes sintieron vacilar sus coronas, y al llevar sus manos a la cabeza no encontraron mas que sus cabellos erizados de terror. El Papa caminó trescientas leguas para bendecirle en nombre de Dios y ceñirle la corona imperial; pero Napoleón se la quitó de las manos. Todo había temblado en el lúgubre bosque de la vieja Europa; después sucedió el silencio. Se dice que cuando se tropieza con un perro rabioso, si se tiene el valor de caminar lentamente, sin volverse, el perro se conforma con marchar detrás durante cierto tiempo gruñendo

entre dientes; si, por el contrario, se deja escapar un gesto de terror, si se apresura la marcha, el perro se arroja sobre el que corre y le devora, pues cuando ha mordido una vez no hay medio de escapar a su furia.

Pues en la historia europea ha ocurrido con frecuencia que un soberano ha hecho el mismo gesto de terror y que su pueblo le ha devorado; pero si uno lo hizo, no todos le imitaron; de modo que un rey había desaparecido, pero no la majestad real. La majestad real hizo delante de Napoleón el gesto que lo pierde todo; no solamente la majestad, sino la religión, la nobleza, toda potencia divina y humana. Muerto Napoleón, las potencias divinas y humanas se restablecieron de hecho, pero ya no existía la creencia en ellas. Hay un peligro terrible en saber lo que puede ser, porque la imaginación va siempre más lejos. Existe gran diferencia entre decirse: «esto podría ser», a decirse: «esto ha sido». El primer caso es el mordisco del perro.

Napoleón déspota fué el último destello de la lámpara del despotismo; destruyó y parodió a los reyes, como Voltaire los libros santos; después de él, se oyó un gran ruido: era la piedra de Santa Elena que caía sobre el viejo mundo. En seguida apareció en el cielo el astro frío de la Razón, y sus rayos, parecidos a los de la diosa helada de las noches, derramando luz sin calor, envolvieron al mundo en un sudario lívido.

Hasta entonces las gentes odiaban a los nobles, clamaban contra los clérigos, conspiraban contra

los reyes; se protestaba contra los abusos y los prejuicios; por eso fué una gran novedad ver sonreír al pueblo. Al pasar un noble, un clérigo o un soberano, los campesinos que habían hecho la guerra levantaban la cabeza exclamando: «¡Ah! A éste yo le he visto en otro tiempo y otro lugar; tenía una cara muy diferente.» Y cuando se les hablaba del trono y del altar respondían: «Son cuatro tablas de madera; las hemos clavado y desclavado.» Y cuando se les decía: «Pueblo, has abdicado de los errores que te extraviaron y has llamado nuevamente a tus reyes y a tus sacerdotes», respondían: «No fuimos nosotros, fueron esos charlatanes.» Y cuando se les decía: «Pueblo, olvida el pasado, trabaja y obedece», se incorporaban en sus asientos y se escuchaba una sorda trepidación: un sable mellado y viejo acababa de moverse en un rincón de la choza. Alguien decía entonces: «Duerme tranquilo; si no te molestan, procura tú no molestar.» ¡Ay! Hablaban por experiencia.

Pero la juventud no estaba contenta. Es cierto que hay en el hombre dos poderes ocultos que combaten hasta la muerte: uno, clarividente y frío, se aferra a la realidad, la calcula, la pesa y juzga el pasado; el otro siente ansia de aventura y se lanza hacia lo desconocido. Cuando la pasión exalta al hombre, la razón le sigue, llorando y advirtiéndole el peligro; pero cuando el hombre escucha la voz de la razón; cuando se dice a sí propio: «Es verdad, soy un loco; ¿qué iba a hacer?», la pasión le grita: «¡y Yo; qué vas a hacer conmigo?»

Un sentimiento de malestar inexplicable empezó, pues, a fermentar en el corazón de los jóvenes. Condenados al reposo por los soberanos del mundo, entregados a pedanterías de toda especie, a la inacción y al fastidio, veían retirarse las encrespadas olas contra las cuales estaban dispuestos a luchar.

Todos estos gladiadores ungidos para el combate sentían en el fondo de su alma un profundo desaliento. Los más ricos se hicieron libertinos; los de fortuna mediocre tomaron estado y se resignaron a vestir la toga o a ceñir la espada; los más pobres se lanzaron a un entusiasmo ficticio, a una oratoria ampulosa; al tenebroso mar de una acción sin objeto. Como la debilidad humana busca la asociación y los hombres forman rebaño por ley de naturaleza, la política se mezcló. Se batían con los Guardias de Corps en las gradas de la Cámara legislativa; asistían a una representación teatral en la que Talma lucía una peluca que le asemejaba a César, y formaban en el cortejo fúnebre de un diputado liberal. Pero entre los miembros de los dos partidos opuestos no había uno solo que al regresar a su casa no sintiera amargamente el vacío de su existencia y la pobreza de sus medios.

Al mismo tiempo que la vida exterior era tan incolora y tan mezquina, la vida interior de la sociedad tomaba un aspecto triste y silencioso; la hipocresía más severa reinaba en las costumbres; las ideas inglesas, mezclándose a la devoción, hicieron desaparecer toda alegría. Quizá este cambio era debido a la Providencia, que preparaba de ese

modo el nuevo camino. Quizá el ángel precursor de las sociedades futuras sembraba ya en el corazón de las mujeres los gérmenes de la independencia humana, que algún día debían reclamar. Lo cierto es que, ¡cosa inaudita!, en todos los salones de París los hombres formaban un grupo y otro las mujeres: y así, ellas vestidas de blanco como desposadas, y ellos de negro como huérfanos, se midieron unos a otros con la vista.

No nos engañemos; el traje negro que visten los hombres de nuestra época es un símbolo terrible; para llegar a eso ha sido preciso que las armaduras cayesen pieza por pieza y los bordados flor a flor. Es la razón humana la que ha destruído todas las ilusiones; pero se ha vestido de luto a fin de que la consuelen.

Las costumbres de los estudiantes y de los artistas, esas costumbres tan libres, tan bellas, tan llenas de juventud, se resintieron del cambio universal. Los hombres, al separarse de las mujeres, susurraron una palabra que hiere mortalmente: desprecio. Se consagraron al vino y a las cortesanas. Los estudiantes y los artistas les imitaron: el amor se trató como la gloria, y la religión, como ilusión pasada de moda. Todos frecuentaban lugares pecaminosos; la *griseta*, esa clase tan soñadora, tan romántica y que sentía el amor tan tierna y dulcemente, se vió relegada a los mostradores de las tiendas: era pobre, y ya no la querían; quiso lucir trajes espléndidos, y para ello se vendió. ¡Qué desdicha! El mismo hombre que debió amarla y a

quien ella hubiera amado; el que la llevaba en otros tiempos a los bosques de Verrières y de Romainville, a los bailes sobre el césped, a las comidas campestres; el que pasaba a su lado las veladas de invierno bajo la lámpara, en el fondo de la tienda; el que partía con ella un pedazo de pan regado con el sudor de su frente y un amor sublime y pobre; ese mismo hombre, después de haberla abandonado, volvía a encontrarla cualquier noche de orgía en el fondo de un lupanar, pálida y demacrada, perdida para siempre, con el hambre en los labios y la prostitución en el alma. Pues bien; en esa época, dos poetas, los dos genios mayores del siglo después de Napoleón, consagraban su vida a recoger todos los elementos de angustia y de dolor esparcidos por el universo. Goethe, el patriarca de una nueva literatura, después de haber descrito en *Werther* (1) la pasión que conduce al suicidio, trazaba en su *Fausto* la figura humana más tétrica que se había presentado hasta entonces y que encarnaba la maldad y la desdicha. Sus escritos empezaron a pasar de Alemania a Francia. Desde su cuarto de estudio, rodeado de cuadros y de estatuas, rico, feliz y tranquilo, contemplaba con sonrisa paternal cómo su obra de tinieblas pasaba las fronteras. Byron le respondió con un grito de dolor, que hizo a Grecia estremecerse y suspendió a Manfredo sobre el abismo, como si el vacío fuese la revelación de lo que le rodeaba.

(1) *Las cuñadas de Werther*, núms. 25 y 26 de la «Colección Universal», de «Calpe».

¡Perdonadme, grandes poetas, que ya no sois mas que un poco de tierra y de ceniza, perdonadme! Vosotros sois semidioses y yo no soy mas que un niño que sufre. Pero al escribir todo esto no puedo menos de maldeciros. ¿Por qué no cantasteis al perfume de las flores, a la esperanza, al amor, al sol y a la belleza? Sin duda conocíais la vida, sin duda habíais sufrido, y el mundo se derrumbaba sobre vosotros y llorabais sobre sus ruinas, desesperados; vuestras queridas os habían traicionado; vuestros amigos, calumniado, y vuestros compatriotas, desconocido: teníais el vacío en el corazón, la muerte ante los ojos y érais los colosos del dolor. Pero díme, noble Goethe, ¿no había ya en los viejos bosques de Alemania y en su religioso murmullo ninguna voz consoladora? Tú considerabas a la poesía como hermana de la ciencia: ¿no pudieron entre las dos encontrar en la naturaleza inmortal una planta saludable para el corazón de su favorito? Tú, que fuiste un panteísta, un poeta de la Grecia antigua, un amante de las formas sagradas, ¿no pudiste poner un poco de miel en los hermosos vasos que fabricabas, cuando te bastaba con sonreír y dejar que las abejas se posaran en tus labios? Y tú; tú, Byron, ¿no tuviste en Rávena, a la sombra de los naranjos de Italia, bajo el hermoso cielo veneciano, a la orilla del Adriático, no tuviste a tu adorada? Yo, que no soy mas que un débil adolescente, he conocido quizá males que tú no has sufrido, y sin embargo tengo esperanza, y sin embargo bendigo a Dios.

Cuando las ideas inglesas y alemanas llegaron hasta nosotros sentimos como una repugnancia triste, seguida de una terrible convulsión; porque formular ideas generales es como trocar el salitre en pólvora, y el cerebro homérico del gran Goethe había destilado, como un alambique, todo el licor del fruto prohibido. Los que no le habían leído se tenían por ignorantes. ¡Pobres seres! La explosión les precipitó, como si fueran granos de arena, en el abismo de la duda universal.

Fué una negación de todas las cosas del cielo y de la tierra: negación que podemos llamar desencanto, o mejor *desesperanza*; como si la humanidad, sumida en un letargo, hubiera sido desahuciada por los que la tomaban el pulso. Lo mismo que el soldado a quien preguntaron una vez: «¿En quién crees tú?», y contestó: «En mí», así, la juventud de Francia, al escuchar la misma pregunta, contestó: «En nada.»

Entonces se formaron dos campos: de una parte, los espíritus exaltados, dolientes; las almas expansivas que necesitan el infinito inclinaron la cabeza llorando, y sólo se vieron frágiles cañas sobre un océano de amargura.

De otra parte, los hombres fuertes se mostraron inflexibles, sin otra preocupación que contar su dinero; no hubo mas que un sollozo y una carcajada: uno venía del alma; la otra venía del cuerpo.

He aquí lo que decía el alma:

«¡Ay! ¡La religión se va! Las nubes del cielo se deshacen en lluvia; ya no tenemos esperanza; ni

siquiera dos pedazos de madera en cruz a quienes tender los brazos. El Astro del porvenir apenas asoma; no puede mostrarse enteramente; las nubes le envuelven, y, como el sol en invierno, su disco se tiñe de un rojo sangriento; es el reflejo del noventa y tres. Ya no hay amor; ya no hay gloria. ¡Qué noche tan oscura envuelve la tierra! ¡Cuando despunte el día habremos muerto!»

He aquí lo que decía el cuerpo:

«El hombre ha nacido para servirse de sus sentidos: hay más o menos pedazos de un metal amarillo o blanco con los cuales hay derecho a ser más o menos estimado. Comer, beber y dormir: esta es la vida. En cuanto a los lazos que existen entre los hombres, la amistad consiste en prestar dinero; pero es muy raro que un amigo merezca ser querido hasta ese punto. El parentesco sirve para heredar; el amor es un ejercicio corporal; el único goce intelectual es la vanidad.»

Igual que la peste asiática que se exhala de los miasmas del Ganges, la horrible *desesperanza* avanzaba sobre la tierra a paso de gigante. Chateaubriand, príncipe de la poesía, cubriendo al horrible ídolo con un hábito de peregrino, le había colocado sobre un altar de mármol, entre los perfumes de los sagrados incensarios. Los hijos del siglo, en la plenitud de una fuerza que era ya inútil, levantaban en sus manos ociosas la copa estéril que contenía el brebaje envenenado, apurándolo hasta el fin. Todo se derrumbaba cuando los chacales salieron de la tierra. Una literatura cadavérica e in-

fecta, que no tenía mas que la forma, pero una forma repugnante, comenzó a regar con su sangre fétida a los monstruos de la naturaleza.

¿Quién se atreverá nunca a referir lo que entonces ocurría en los colegios?

Los hombres dudaban de todo; los jóvenes todo lo negaban. Los poetas cantaban a la desesperación; los muchachos salían de las escuelas con el semblante tranquilo y puro y la blasfemia en la boca; por lo demás, el carácter francés, que es por naturaleza alegre y franco, predominaba siempre; los cerebros se llenaron con las ideas inglesas y alemanas; pero los corazones, demasiado ligeros para pensar y sufrir, se marchitaron como flores tronchadas. De este modo, el principio de la muerte descendió fríamente y sin estremecimientos de la cabeza a las entrañas. En lugar de tener el entusiasmo del mal, no tuvimos mas que la abnegación del bien; en vez de la desesperación, la insensibilidad. Niños de quince años, sentados bajo los arbolillos en flor, se entretenían en unas conversaciones que hubieran hecho ruborizar de vergüenza a los bosques de Versalles. La comunión de Cristo, la Hostia, ese símbolo eterno del celeste amor, servía para sellar las cartas: los niños escupían al pan de Dios.

¡Dichosos los que no vivieron en esos tiempos!
¡Dichosos los que pasaron sobre el abismo mirando al cielo! Algunos hubo, es indudable, y éstos deben compadecernos.

Desgraciadamente, es verdad que la blasfemia

es una forma de desahogar el corazón que desborda. Cuando un ateo, sacando su reloj del bolsillo, daba a Dios un cuarto de hora de tiempo para aniquilarle, ciertamente se procuraba en ese cuarto de hora dichas inmensas. Era el paroxismo de la desesperación, un llamamiento a las potencias celestiales; era una pobre criatura miserable que se retorció bajo el pie que la aplastaba: era un grito de dolor, y, ¿quién sabe?, a los ojos de Aquel que todo lo ve era quizá una oración.

De este modo los jóvenes encontraban forma para emplear su fuerza inactiva en la afectación de la desgracia. Burlarse de la gloria, de la religión, del amor, era un gran consuelo para los que no sabían qué hacer; se burlaban de ellos mismos, y contra ellos se daban la razón, lo que no dejaba de ser una enseñanza.

Además, es muy agradable creerse desgraciado cuando sólo se está ocioso y aburrido. De este modo los ricos se decían: «No hay más verdad que la riqueza; el resto es un sueño: gocemos y muramos.» Los de regular fortuna se decían: «No hay más verdad que el olvido; el resto es un sueño: olvidemos y muramos.» Y los pobres decían: «No hay más verdad que la miseria; el resto es un sueño: blasfememos y muramos.»

¿Está el cuadro muy recargado? ¿Creéis que soy un misántropo? Permittedme una reflexión. Leyendo la historia del Imperio romano es imposible no percartarse del daño que hicieron al Estado los cristianos, tan admirables en el desierto, en cuanto tuvieron

el poder. «Cuando pienso—dice Montesquieu (1)—en la profunda ignorancia en que sumió el Clero a los laicos no puedo menos de compararlo a los escitas, de que nos habla Herodoto, los cuales sacaban los ojos a sus esclavos para que nada les distrajera de hacer bien la manteca. Ningún negocio de Estado, ninguna paz, ninguna guerra, ninguna tregua, ningún matrimonio, nada fué tratado mas que por conducto de los frailes. Es imposible figurarse el daño que de esto resultó.»

Montesquieu hubiera podido añadir: «El Cristianismo perdió a los emperadores, pero salvó a los pueblos. Abrió a los bárbaros los palacios de Constantinopla, pero también abrió las puertas de las chozas a los ángeles de Cristo.» No se trata de los grandes de la tierra. Y ved aquí cómo resultan interesantes los estertores de un Imperio corrompido hasta la medula de los huesos y el galvanismo mediante el cual se movía aún el esqueleto de la tiranía sobre la tumba de Heliogábalo y de Caracalla. ¡Qué poco digna es de conservarse la momia de Roma embalsamada con los perfumes de Nerón y amortajada con la túnica de Tiberio! Se trataba, señores políticos, de buscar a los pobres y decirles que tuvieran paz; se trataba de dejar a los gusanos y a los topos roer tanta miseria, convirtiendo la momia en una virgen tan bella como la Madre del Redentor, esperanza y protectora de los oprimidos.

(1) *Grandeza y decadencia de los romanos*, núms. 156 a 158 de la «Colección Universal», de «Calpe».

Esto hizo el Cristianismo: y después, al cabo de tantos años, ¿qué han hecho los que el Cristianismo destruyeron? Han visto que el rico oprimía al pobre y el fuerte al débil gracias al razonamiento del oprimido: «El rico y el fuerte me oprimirán en la tierra; pero cuando traten de entrar en el cielo, a la puerta estaré yo para acusarles ante la justicia de Dios.» Esta idea les hacía pacientes. Los antagonistas de Cristo dijeron al pobre: «Tú tienes resignación porque esperas el día de la justicia: no hay justicia; esperas la vida eterna para pedir venganza: no hay vida eterna; recoges tus lágrimas y las de los tuyos, las lamentaciones de tu mujer y de tus hijos, para ofrendarlas a los pies de Dios en la hora de tu muerte: no hay Dios.»

Entonces el pobre seca sus lágrimas, hace callar a su mujer y a sus hijos y se alza con la fuerza de un toro. Le dice al rico: «Tú, que me oprimes, eres sólo un hombre»; al clérigo: «Tú, que me consuelas, has mentido.» Esto buscaban precisamente los antagonistas de Cristo. Quizá pensaban hacer de este modo la felicidad de los hombres, enviando al pobre a la conquista de la libertad. Pero si el pobre, que ya se ha percatado de que los clérigos le engañan, los ricos le explotan y todos los hombres tienen los mismos derechos; que todos los bienes son de este mundo, y que su miseria es injusta; si el pobre, creyendo solamente en su fuerza y en sus brazos, dice un día: «¡Guerra a los ricos! Quiero los goces de este mundo, puesto que no hay otro; para mí la tierra, puesto que no hay cielo y todos somos

iguales», ¡oh razonadores sublimes que le habéis conducido a eso!, ¿qué diréis si resulta vencido?

Sin duda sois filántropos, sin duda tenéis razón para el porvenir, y día llegará en que os bendigan; pero por ahora no ha llegado el momento de bendeciros. Cuando antes decía el opresor: «Para mí la tierra», el oprimido podía responder: «Y para mí el cielo»; pero ahora, ¿qué podría contestar?

Toda la enfermedad del siglo presente reconoce dos causas; el pueblo, que ha pasado por el 93 y por 1814, lleva dos heridas en el corazón. Todo lo que existía ya no existe; todo lo que existiera no existe aún. No busquéis otra causa a nuestros males.

Figuraos a un hombre cuya casa está en ruinas y la derriba para construir otra. Los escombros cubren la tierra, y necesita piedras nuevas para rehacer el edificio. En este momento, dispuesto a echar los cimientos, con la pala en la mano, recibe la nueva de que faltan piedras y el consejo de que blanquee las viejas si quiere aprovecharlas. ¿Qué hará este hombre si se niega a construir su nido con materiales viejos? Sin contar con que su herramienta no es bastante fuerte para retirar los escombros. «Espera—le dicen—; los retirarás poco a poco; espera, trabaja, avanza, retrocede.» Y entre tanto, este hombre, que derribó su casa, carece de hogar y no sabe cómo defenderse de la lluvia, ni tiene dónde prepararse la comida, ni dónde consagrarse al trabajo, ni dónde vivir, ni dónde morir él y sus pequeñuelos.

O mucho me equivoco, o nos parecemos a este hombre. ¡Oh pueblos de los siglos venideros! Cuando en un caluroso día de verano estéis encorvados sobre vuestras carretas en medio de los verdes campos de vuestra patria; cuando veáis, bajo un sol puro y sin mancha, a la tierra, la madre fecunda, que sonríe al trabajador hijo suyo bien amado; cuando, enjugando de vuestras serenas frentes el santo bautismo del sudor, paseéis vuestras miradas sobre el inmenso horizonte donde no haya una espiga más alta que otra en la cosecha humana, sino solamente amapolas y margaritas mezcladas con el trigo; ¡oh, hombres libres!, cuando deis gracias a Dios por haber nacido para recoger esa cosecha, acordaos de nosotros y pensad que compramos muy caro el reposo que disfrutáis; compadeceadnos más que a vuestros padres, porque tenemos los males que les hacían dignos de lástima y hemos perdido lo que a ellos les consolaba.

III

Voy a referir en qué ocasión fuí atacado por la enfermedad del siglo.

Estaba sentado a la mesa durante una espléndida cena, después de un baile de máscaras. A mi alrededor estaban mis amigos, ricamente disfrazados, y por ambos lados mujeres resplandecientes de belleza y alegría: a derecha e izquierda man-

jares exquisitos, botellas, luces, flores. Cerca de mí, una brillante orquesta, y frente a frente, mi querida, admirable criatura a quien yo idolatraba.

Tenía yo entonces diez y nueve años; no había sufrido ningún contratiempo ni enfermedad ninguna; era de un carácter a la vez altivo y franco y con el corazón lleno de esperanzas. Los vapores del vino fermentaban en mis venas; estaba en uno de esos momentos de embriaguez donde todo cuanto nos rodea nos habla de la mujer adorada. La Naturaleza entera parecía una piedra preciosa de mil facetas, sobre la cual está grabado el nombre misterioso. Sentía impulsos de abrazar a los que sonreían, y todos mis semejantes eran mis hermanos. Mi querida me había citado para aquella noche, y yo la miraba mientras acercaba la copa a mis labios.

Al volverme para coger un plato, mi tenedor cayó. Me bajé para recogerle y, no encontrándole, levanté un poco el mantel para ver dónde había caído. Entonces vi bajo la mesa el pie de mi querida apoyado sobre el de un joven que estaba sentado al lado suyo; sus piernas estaban cruzadas y enlazadas, y de vez en cuando las oprimían dulcemente.

Me incorporé perfectamente tranquilo, pedí otro tenedor y continué cenando. Mi querida y su vecino estaban también muy tranquilos; se hablaban apenas y no se miraban. El joven tenía los codos sobre la mesa y bromeaba con otra mujer, que le mostraba su collar y sus pulseras. Mi querida es-

taba inmóvil, con los ojos fijos y lánguidos. Observé a los dos mientras duró la cena y no vi en sus movimientos ni en sus semblantes nada que pudiera traicionarles. Al servir el postre dejé caer al suelo mi servilleta, e inclinándome nuevamente les volví a encontrar en la misma posición, estrechamente enlazados uno a otro.

Había prometido a mi querida acompañarla aquella noche a su casa. Era viuda y, por consiguiente, libre, y vivía con un pariente viejo, que le servía de rodrigón. Cuando atravesé el vestíbulo me llamó.

—Vamos, Octavio—me dijo—, partamos, estoy pronta.

Me eché a reír y salí sin responder. Al cabo de un momento me senté sobre un guardacantón. No pensaba en nada. Estaba embrutecido y como idiota, por la infidelidad de una mujer de la cual nunca había estado celoso y sobre cuya conducta no tuve nunca la más ligera sospecha. Lo que acababa de ver no me permitía dudar: me sentía como aturdido por un golpe de maza y permanecí sin darme cuenta de nada hasta que, mirando maquinalmente al cielo, vi cruzar una estrella errante y saludé su resplandor fugitivo, en el cual los poetas ven un mundo destruido, quitándome el sombrero.

Volví a mi casa tranquilamente, sin experimentar nada y como privado de reflexión. Empecé a desnudarme y me metí en la cama; pero apenas puse la cabeza en la almohada, el espíritu de la ven-

ganza se apoderó de mí con tal fuerza, que me incorporé de pronto, como si todos los músculos de mi cuerpo se hubiesen vuelto de madera. Me bajé de la cama gritando, con los brazos tendidos y marchando sobre los talones, pues tenía los pies crispados. Así pasé cerca de una hora, completamente loco y rígido como un esqueleto. Este fué mi primer acceso de cólera.

El hombre a quien sorprendí con mi querida era uno de mis más íntimos amigos. Fuí al día siguiente a su casa, llevando conmigo a un abogado, el señor Desgenais. Provistos de unas pistolas y acompañados de otro testigo fuimos al bosque de Vincennes; durante el camino tuve gran cuidado de no hablar con mi adversario y hasta de no acercarme a él; así pude resistir al loco deseo que sentía de pegarle y de insultarle; violencias siempre repugnantes e inútiles desde el momento que la ley tolera el combate en regla. Pero no pude abstenerme de mirarle. Era uno de mis amigos de la infancia y desde entonces nos habíamos hecho mutuamente grandes favores. Estaba perfectamente enterado del cariño que me inspiraba aquella mujer y había yo escuchado de sus labios que el lazo amoroso debe ser sagrado para los amigos y que se consideraba incapaz de pretender suplantarle aunque amase a la misma mujer; en fin, yo tenía en él confianza ilimitada, y jamás estreché la mano de un hombre con más cordialidad que la suya.

Yo contemplaba curioso y ávidamente al hom-

bre que hablaba de la amistad como los héroes antiguos y a quien había sorprendido acariciando a mi amante. Por primera vez en mi vida me veía ante un monstruo. Le examiné curiosamente, para darme cuenta de cómo estaba hecho. Me pareció que le veía por vez primera, a pesar de conocerle desde la edad de diez años y habernos ligado hasta entonces estrecha amistad. Voy a establecer una comparación.

Existe un drama español, que todo el mundo conoce, en el que una estatua de piedra asiste, enviada por la justicia divina, a una cena en casa de un libertino. Este se esfuerza por parecer indiferente; pero la estatua le tiende su mano, y al estrecharla el impío siente un frío mortal y cae como herido por un rayo (1). Pues bien; cuando en el transcurso de mi vida tuve confianza en un amigo o en una amante, al descubrir que me engañaban no puedo describir el efecto que me causó mas que comparándolo al contacto de la mano de la estatua: la misma impresión del frío marmóreo; como si la realidad me helase con su mortal frialdad; como si experimentase el contacto del hombre de piedra. ¡Ay! La terrible estatua ha golpeado más de una vez a mi puerta; algunas veces hemos cenado juntos.

Hechos los preparativos, nos pusimos en guardia mi adversario y yo, avanzando lentamente uno y otro. El disparó primero y me hirió en el brazo

(1) Tirso de Molina: *El burlador de Sevilla*.

derecho. Cambié de mano la pistola, pero no pude sostenerla, pues me faltaron las fuerzas y caí sobre una rodilla. Entonces vi avanzar a mi adversario precipitadamente, pálido y desencajado. Mis testigos acudieron al mismo tiempo; pero él los rechazó y me sostuvo el brazo herido. Tenía los dientes apretados y no podía hablar. Vi su angustia; sufría del modo más terrible que puede sufrir un hombre.

—Vete—le grité—; vé a enjugar tus lágrimas con las sábanas de ***.

Estaba trastornado, y yo también. Me trasladaron al coche, donde se encontraba un médico, que no juzgó la herida grave, pues la bala no había interesado el hueso; pero estaba en un estado tal de excitación, que fué imposible curarme en el momento. Cuando el coche arrancó, una mano temblorosa se apoyó en la ventanilla: era mi adversario que volvía. Moví la cabeza negativamente; experimentaba tal indignación, que aun viendo que su arrepentimiento era sincero me hubiera sido imposible perdonarle.

Cuando llegué a mi casa, la sangre que brotaba con abundancia de mi herida me causó gran alivio, y sentí extinguirse la cólera que me hacía sufrir más que la herida. Me metí en el lecho con placer, y creo que nunca tomé bebida más agradable que el primer vaso de agua que me sirvieron. Una vez en el lecho sobrevino la fiebre. Entonces pude llorar al fin. Lo que yo no podía concebir no era precisamente que mi amante ya no me amase, sino que me hubiera engañado. No comprendía la razón

que puede tener una mujer a quien no obligan ni el deber ni el interés para mentir a un hombre cuando ama a otro. Veinte veces al día preguntaba a Desgenais cómo era posible tal infamia.

—Si yo fuera su marido—le decía—o si la pagara, se concebiría que me engañase; pero si ya no me quiere, ¿por qué no me lo dice? ¿Por qué me engaña?

No me explicaba que pudiera mentirse en amor; yo era un niño entonces; hoy soy un hombre y sigo sin comprenderlo. Cuando he amado a una mujer se lo he dicho, y cuando he dejado de amarla se lo he dicho también con la misma sinceridad, porque siempre he pensado que en este sentimiento no influye para nada la voluntad y que en amor el único crimen es el engaño. Desgenais, a quien yo decía todo esto, me respondía:

—Es una miserable; prométeme que no volverás a verla.

Se lo juré solemnemente. Me aconsejó además que no la escribiera ni aun para hacerle reproches, y si era ella la que me escribía, que no la contestase. Le prometí todo esto, extrañando sus palabras e indignándome a la idea de que pudiera suponer lo contrario.

Sin embargo, lo primero que hice en cuanto pude levantarme y salir de casa fué correr a la suya. La encontré sola, sentada en un sillón en el extremo de su gabinete, abatida y trastornada. Le reproché su conducta, loco de desesperación; mis gritos atronaron la casa; los sollozos ahogaban mi

voz con tal fuerza, que caí anonadado, dando libre curso a mis lágrimas.

—¡Infiel, perjura—grité llorando—, sabes que tu traición me matará! ¡Qué daño te hice?

Se arrojó en mis brazos, jurando que la habían seducido; que mi rival aprovechó aquella cena fatal para enloquecerla, pero que jamás fué suya; que había cometido una falta, pero no un crimen; que veía el mal que me había causado, y que moriría si no conseguía mi perdón. Todas las lágrimas que puede provocar un arrepentimiento sincero, toda la elocuencia que tiene el dolor, los agotó para consolarme; pálida y trastornada, con el traje en desorden, los cabellos sueltos, de rodillas ante mí, nunca me pareció tan bella, y me estremecí de horror, mientras mis sentidos se sublevaban ante este espectáculo.

Salí de allí quebrantado, no pudiendo apenas tenerme en pie. No quería volver a verla; pero transcurrido un cuarto de hora volví a su casa. No sé qué fuerza irresistible me empujaba. Sentía deseos de poseerla una vez más y de beber sus lágrimas y de matarnos al punto los dos. En fin, la aborrecía y la idolatraba al mismo tiempo; sabía que su amor era mi perdición, pero vivir sin ella me era imposible. Subí a su casa apresuradamente; no encontré a nadie, y, conocedor del camino, llegué a su cuarto y empujé la puerta.

Estaba sentada delante del tocador, cubierta de alhajas; su doncella la peinaba, mientras ella se pasaba por las mejillas la borla de los polvos. Creí

soñar; me parecía imposible que fuera la misma mujer que acababa de abandonar hacía un cuarto de hora abrumada por el dolor y de hinojos ante mí. Quedé inmóvil. Al ruido que hizo la puerta volvió la cabeza sonriendo y preguntando:

—¿Eres tú?

Estaba esperando a mi rival, que debía acompañarla a un baile. Me reconoció y frunció el entrecejo, mordiéndose los labios.

Di un paso para salir; contemplé su perfumada nuca, sobre la que se retorcían sus cabellos, más negros que el infierno, sujetos por una peineta de diamantes. Los hombros y el cuello, blancos como la leche, hacían resaltar el vello áspero y abundante. Había en aquella retorcida crencha no sé qué hermosa impudicia, que semejaba burlarse del desaliño en que la encontré anteriormente. Avancé rápidamente y descargué violentos golpes sobre aquella nuca. Mi querida no profirió ni un grito; sepultó la cabeza entre sus manos, y yo salí precipitadamente. De vuelta a mi casa, la fiebre se apoderó de mí con tal violencia, que me vi obligado a meterme en el lecho. Mi herida se abrió de nuevo y me hacía sufrir mucho. Désgenais vino a verme y le referí todo lo ocurrido. Me escuchó en silencio y dió algunos pasos por la habitación como el que reflexiona. Al fin se plantó delante de mí y se echó a reír.

—¿Era tu primera querida?—me preguntó.

—No—contesté—: era la última.

A media noche me pareció escuchar como en sueños un profundo suspiro. Abrí los ojos y vi a mi

amante de pie al borde de mi cama, semejante a un espectro y con los brazos cruzados. No pude contener un grito de terror, pues creí ser juguete de una pesadilla. Me lancé fuera del lecho, huyendo de aquella aparición, pero ella me detuvo.

—Soy yo—me dijo.

—¿Qué quieres de mí?—grité—. Déjame, porque de lo contrario te mataré.

—Pues bien, mátame—contestó—; te he hecho traición; soy una infame; pero te amo y no puedo vivir sin tu cariño.

La miré. ¡Qué hermosa estaba! Su cuerpo se estremecía; sus ojos lanzaban destellos de voluptuosidad; su seno estaba descubierto, y sus labios abrasaban. La estreché entre mis brazos.

—Sea—le dije—; pero te juro por Dios que nos oye, por el alma de mi padre, que voy a matarte y a matarme.

Cogí un puñalito que tenía sobre la chimenea y lo deposité encima de la almohada.

—Vamos, Octavio—me dijo ella sonriendo y besándome—, no hagas locuras. Ven, niño mío; tienes fiebre; dame ese cuchillo—y quiso cogerlo.

—Escucha—dije entonces—; no sé qué comedia estás representando; pero yo no finjo. Te he amado todo lo que un hombre es capaz de amar sobre la tierra, y por mi desdicha veo que continúo amándote. Acabas de afirmarme que me quieres: sea; pero por lo más sagrado del mundo te juro que, si soy tu amante esta noche, no volverás a ser de otro. Ante Dios, ante Dios—repetí—te afirmo que

no quiero reanudar nuestros antiguos lazos, porque te odio tanto como te amo. Ante Dios te repito que, si quieres ser mía esta noche, mañana te mato.

Al hablar así caí en completo delirio. Ella huyó poniéndose el abrigo.

Cuando Desgenais se enteró de lo ocurrido exclamó:

—¿Por qué la rechazaste? Es una hermosa mujer.

—¿Te burlas?—contesté—. ¿Crees que semejante criatura puede continuar siendo mi querida? ¿Crees que puedo consentir que reparta su cuerpo? ¿No sabes que confiesa que es de otro? ¿Pretendes que olvide que la amo, con tal de volver a poseerla? Si tú amas de ese modo, me das lástima.

Desgenais me contestó que él sólo amaba a las perdidas, y, por lo tanto, era poco exigente en materia de fidelidad.

—Querido Octavio—me dijo—, eres un niño aún y sueñas con poseer cosas que no existen. Sientes el amor de un modo muy extraño, y lo siento por ti. Tendrás otras queridas, y algún día deplorarás lo que has hecho esta noche. Cuando esa mujer ha venido a buscarte es porque te amaba: quizá no te ama ya en este momento; tal vez está en brazos de otro; pero si esta noche te quería a ti, ¿qué te importaba lo demás? Has despreciado una noche de amor, que no volverá. Una mujer lo perdona todo excepto que se rechace su cuerpo. Es preciso que su amor por ti sea muy grande cuando ha venido a tu casa a confesarse culpable, exponiéndose a verse rechazada. Créeme: te arrepentirás de lo

que has hecho, pues has perdido una noche de embriaguez, que ya no tendrás jamás.

Ponía Desgenais en sus palabras tan profunda convicción, tal experiencia, que me estremecí al escucharle. Al oírle experimenté la tentación de ir a buscar a mi querida, o de escribirla llamándola. Estaba imposibilitado de levantarme, y esto me salvó tal vez de la vergüenza de encontrarla esperando a mi rival o quizá de hallarla en sus brazos. Quedaba la probabilidad de escribirla, y a mi pesar me pregunté si acudiría a mi llamamiento. Cuando Desgenais se fué, resolví terminar con mi angustioso estado fuese como fuese. Después de terrible lucha, el desprecio venció al amor. Escribí a mi amante que no nos veríamos más, y la rogaba no viniera a mi casa, pues se exponía a que no la recibiera; agité violentamente la campanilla, ordenando llevaran mi carta en el momento. Apenas mi criado salió, volví a llamarle; no me oyó; no tuve fuerzas para hacerlo por segunda vez, y sepultando la cabeza entre mis manos, quedé sumido en la más profunda desesperación.

IV

Al despertarme a la mañana siguiente lo primero que hice fué preguntarme: ¿Qué voy a hacer ahora? No tenía ninguna ocupación. Había estudiado Medicina y Derecho, sin acabar de decidir-

me por ninguna de las dos. Trabajé seis meses en casa de un banquero, poniendo en mi tarea tan poco cuidado, que me vi obligado a despedirme antes de que prescindieran de mí. Había estudiado, es verdad, pero sin fruto, pues mi memoria requiere el ejercicio y olvida tan pronto como aprende. Mi sola afición, después del amor, era la independenciam; desde muy joven la consagué un culto en mi corazón. Un día en que mi padre, pensando en mi porvenir, me había dado a escoger entre varias carreras, yo estaba apoyado en la ventana contemplando un árbol solitario que se balanceaba en el jardín. Dudaba entre qué carrera elegiría, las barajaba todas en mi cerebro, y no sintiendo vocación por ninguna, dejé vagar mi fantasía. De pronto me pareció que la tierra se estremecía y que la fuerza invisible que la impele en el espacio se hacía palpable a mis sentidos; me parecía estar sobre un barco; el árbol que tenía ante mi vista era el palo mayor; me incorporé tendiendo los brazos y exclamé:

—Poca cosa es ser pasajero durante un día en este navío que flota en el éter; poca cosa es ser un hombre, un punto negro sobre el puente: seré un hombre, pero no un hombre vulgar.

Este fué el primer deseo que formulé delante de la Naturaleza, a la edad de catorce años, y desde entonces estudié solamente por obedecer a mi padre, pero sin lograr vencer mi repugnancia por el estudio.

Era, pues, libre, no por pereza, sino por voluntad; amaba mucho la obra de Dios y muy poco la

de los hombres. No conocía de la vida mas que el amor, y no quería conocer nada más.

Por tanto, cuando me enamoré por vez primera, a mi salida del colegio, creí sinceramente que era para siempre, y todo desapareció ante el amor. Mi existencia era sedentaria; pasaba el día en casa de mi querida: mi placer mayor era llevarla al campo en los hermosos días de verano y tenderme cerca de ella sobre el césped o sobre la hierba, pues el espectáculo de la Naturaleza siempre había sido para mí el más poderoso afrodisíaco. Durante el invierno, como a ella le gustaba frecuentar la sociedad, íbamos a los bailes, a las máscaras, haciendo siempre la misma vida ociosa, y como sólo pensé en mi amante mientras no me traicionó, al enterarme de su infidelidad me encontré sin tener en qué ocupar mi pensamiento. Para dar una idea del estado en que se encontraba mi espíritu no puedo menos de compararle a esas habitaciones que hay en algunas casas donde están mezclados muebles de todas las épocas y de todos los países. Nuestro siglo no tiene estilo. No hemos sabido imprimir el sello de nuestro tiempo ni a nuestras casas, ni a nuestros jardines, ni a nada, en fin. Por las calles encontramos personas con la barba cortada a lo Enrique III; otros, afeitados; otros, peinados como los retratos de Rafael, y otros, como en tiempo de Jesucristo. De este modo las habitaciones de las casas lujosas son un conjunto de todos los estilos: antiguo, gótico, Renacimiento, Luis XIII; todo está mezclado. Tenemos los gustos de todos los siglos, excepto del

nuestro, cosa que no se vió en otras épocas; nuestro gusto es ecléctico; tomamos lo que encontramos, sea por su belleza, por su comodidad, por su antigüedad y hasta por su fealdad; de modo que sólo vivimos de destrozos, como si el fin del mundo estuviera próximo.

Yo había leído mucho, y además sabía pintar. Mi cerebro atesoraba una porción de conocimientos, pero sin orden ni concierto; de modo que mi cabeza estaba llena y hueca a la par, como una esponja. Me entusiasmé con todos los poetas; pero como mi naturaleza era muy impresionable, el último que leía me hacía despreciar a los anteriores. Había almacenado ruinas, hasta que al fin, ahito de lo nuevo y de lo desconocido, me convertí a mi vez en otra ruina.

Algo muy joven flotaba, sin embargo, sobre esta ruina: la esperanza de mi corazón, que era un niño todavía. Esta esperanza, que nada había ajado ni corrompido y que el amor exaltó hasta el exceso, acababa de recibir una herida mortal. La perfidia de mi amante le alcanzó en su vuelo más alto, y al recordar aquella traición sentía en el alma algo que desfallecía convulsivamente, como un pájaro herido que agoniza.

La sociedad, que tanto daño causa, se parece a esa serpiente de la India que se guarece bajo las hojas de una planta que cura su mordedura mortal: presenta casi siempre el remedio junto al sufrimiento que produce. Ejemplo: un hombre que tiene reglamentada su existencia: los negocios por la

mañana, las visitas a tal hora, el trabajo a tal otra y el amor a otra, puede sin peligro romper con su querida. Sus ocupaciones y sus desvelos son como los soldados formados en línea de batalla: un disparo se lleva a uno; los demás se estrechan, y no se nota la falta.

Yo no tenía este recurso; la Naturaleza me parecía más vasta y más vacía que nunca. Si hubiera podido olvidar completamente a mi amante me hubiera salvado. ¡Cuántos se curan con mucho menos! Esos son incapaces de amar a una mujer infiel, y se conducen, en casos como el mío, con firmeza admirable. Pero ¿es posible amar así a los diez y nueve años, cuando, no conociendo nada del mundo y deseándolo todo, se siente a la vez el germen de todas las pasiones?

A derecha, a izquierda, en el horizonte, por todas partes oye voces que le llaman. Todo es deseo, todo es un sueño. No hay realidad que valga cuando el corazón es joven. No hay encina de la que no pueda salir una dríade, y si tuviéramos cien brazos, no temeríamos tenderlos al vacío: basta estrechar entre ellos a la mujer amada, y el vacío se ha colmado. Por mi parte, no imaginaba que pudiera haber más ocupación que el amor, y cuando me hablaban de otras distracciones me encogía de hombros. Mi pasión por mi querida tenía algo de salvaje y hurano al mismo tiempo que de monacal. Citaré un ejemplo: me había regalado ella un medallón con su retrato en miniatura; yo lo llevaba sobre mi corazón, lo cual es muy común; pero un día en-

contré en una tienda de curiosidades una disciplina de hierro que tenía en el borde una planchita erizada de púas; hice sujetar el medallón a la placa, y lo llevaba así. Las púas, a cada movimiento se me introducían en la carne, lo cual me producía una especie de voluptuosidad tan extraña, que algunas veces apoyaba mis manos en el pecho para sentirla más profundamente. Comprendo que era una locura; pero el amor hace cometer muchas.

Después de la traición de aquella mujer había arrojado el cruel medallón. No puedo describir con cuánta tristeza me quité la tira de hierro y el suspiro que exhaló mi corazón al sentirse libre de ella.

«¡Pobres cicatrices!—pensé—. ¿Cuándo os borra-
réis del todo? ¿Qué bálsamo pondré sobre mi he-
rida?»

En vano procuraba aborrecer a aquella criatura; estaba dentro de mis venas; la maldecía, pero soñaba con ella. ¿Qué hacer contra un sueño? ¿Qué hacer contra los recuerdos que están en nuestra carne y en nuestra sangre? *Mácbeth*, cuando mató a Duncan, dijo que toda el agua del Océano no bastaría para lavar la mancha de sangre que tenía en las manos (1). Tampoco hubiera bastado para lavar mis heridas. A Desgenais se lo decía:

—Apenas me duermo siento su cabeza sobre mi almohada.

Yo sólo había vivido para esa mujer: dudar de

(1) Shakespeare: *La tragedia de Mácbeth*, núms. 270 y 271 de la «Colección Universal», de «Calpe».

ella era dudar de todo; maldecirla era negarlo todo; perderla, destruirlo todo. No volví a salir de casa. El mundo se me representaba poblado de monstruos, de fieras salvajes y de cocodrilos. Cuando me aconsejaban que me distrajera, respondía:

—Gracias; no pienso hacer nada.

Cuando me asomaba al balcón, pensaba:

«Va a venir, estoy seguro; va a volver la esquina; siento que se aproxima. No puede vivir sin mí, como yo no vivo sin ella. ¿Qué le diré? ¿Qué cara pondré?»

En seguida recordaba su traición.

—¡Que no venga!—exclamaba—. ¡Que no se acerque, porque soy capaz de matarla!

Desde mi última carta no había vuelto a saber de ella.

«¿Qué hará?—me decía a mí mismo—. Ama a otro, y yo debo amar a otra; pero ¿a quién?»

Y escuchaba una voz lejana que decía:

—¡Tú amar a otra! ¡Dos seres que se aman, que se enlazan, y no somos tú y yo! ¿Es posible eso? ¿Estás loco?

—¡Cobarde!—me decía Desgenais—. ¿Cuándo olvidarás a esa mujer? ¿Es acaso una pérdida tan grande? ¡Gran cosa ser amado por ella! Toma la primera que pase.

—No—le contestaba yo—. Ya he cumplido mi deber. ¿No la he arrojado de aquí? ¿Qué puedes reprocharme? El resto no importa a nadie más que a mí: los toros heridos en la plaza son libres de ir a echarse en un rincón, con la espada del matador

clavada en su carne, para morir tranquilos. Me es indiferente un sitio o el otro. No puedes mostrarme mas que un cielo azul, árboles, casas, hombres que hablan, beben, cantan; mujeres que danzan y caballos que galopan. Todo eso es el ruido de la vida, pero no es la vida. ¡Vete, vete, y déjame que repose tranquilo!

V

Cuando Desgenais vió que mi dolor no tenía remedio, que no quería hablar con nadie, ni salir de mi casa, empezó a tomar la cosa en serio. Un día llegó con aire grave; me habló de mi amante, y continuó hablando mal de las mujeres y diciendo todo lo que de ellas pensaba. Mientras hablaba, yo me había incorporado en el lecho, y apoyado sobre un codo le escuché atentamente. La noche estaba sombría y el viento silbaba semejando a las quejas de un moribundo. Una lluvia fina azotaba los cristales, y a intervalos había un silencio de muerte. La Naturaleza toda sufre con estos temporales. Los árboles se agitan, inclinándose tristemente; los pájaros se cobijan en sus nidos; las calles están desiertas. Mi herida me hacía sufrir. La víspera aun tenía yo una amante y un amigo; mi amante me había traicionado y el amigo me había postrado en el lecho de dolor. No podía yo descifrar claramente lo que pasaba por mi cabeza; tan pronto

consideraba lo ocurrido como una pesadilla y creía que me bastaría despertarme al día siguiente para encontrarme dichoso, como repentinamente mi vida entera se me aparecía como un sueño ridículo y pueril, cuya falsedad acababa de demostrarse. Desgenais estaba sentado frente a mí, cerca de la lámpara. Tenía su sonrisa acostumbrada. Era un hombre todo corazón, pero tan áspero como la piedra pómez. Una experiencia precoz le hacía ser calvo sin tener edad para ello; conocía la vida y había llorado en otro tiempo; pero llevaba coraza contra el dolor; era materialista y aguardaba la muerte.

—Octavio—me dijo—; después de lo ocurrido, veo que tú crees en el amor tal como lo presentan los poetas y novelistas. En una palabra, crees en lo que se cuenta y no en lo que sucede. Esto obedece a que no razones serenamente, lo cual puede conducirte a grandes desdichas.

»Los poetas representan el amor como los escultores muestran la belleza, como los músicos crean la melodía; es decir, que, dotados de una organización exquisita y nerviosa, recogen con discernimiento y ardor los elementos más puros de la vida, las líneas más bellas de la materia y las voces más armoniosas de la Naturaleza. Según cuentan, había en Atenas gran cantidad de jóvenes hermosas: Praxiteles las dibujó una después de otra; luego, de todas esas bellezas, que tenían algún defecto, hizo una belleza única, sin tacha, y creó su Venus. El primer hombre que fabricó un insiru-

mento de música y que dió a este arte sus reglas y sus leyes escuchó durante mucho tiempo el murmullo de los arroyuelos y el canto de las alondras. Del mismo modo, los poetas que conocen la vida, después de haber estudiado amores más o menos pasajeros, después de haber visto hasta qué grado de exaltación sublime puede elevarse la pasión, apartando de la Naturaleza humana los elementos que pueden degradarla, crearon esos nombres que se transmiten de generación en generación: Dafnis y Cloe; Hero y Leandro; Píramo y Tisbe.

»Pretender encontrar en la vida real amores parecidos a éstos, eternos y absolutos, es lo mismo que buscar en la plaza pública muchachas tan bellas como la Venus, o empeñarse en que los ruiseñores canten las sinfonías de Beethoven.

»La perfección no existe: imaginarla es el triunfo de la inteligencia humana; desear poseerla, la más peligrosa de las locuras. Abre el balcón, Octavio. ¿No te imaginas el infinito? ¿No sientes que el cielo no tiene límites? ¿Tú razón no te lo dice? Y, sin embargo, ¿concibes cómo es el infinito? ¿Puedes formarte alguna idea sobre una cosa sin fin, tú, que has nacido ayer y morirás mañana? El espectáculo de la inmensidad produce grandes locuras en todos los países del mundo. De ahí provienen las religiones; por poseer el infinito, Catón se cortó el cuello; los cristianos se entregaban a las fieras; los hugonotes, a los católicos; todos los pueblos de la tierra han tendido sus brazos a ese espacio inmenso y han querido precipitarse en él; el in-

sensato quiere poseer el cielo; el sabio le admira, se arrodilla y se abstiene.

«Ocurre con la perfección igual que con la inmensidad: no hay que buscarla, ni pedírsela a nadie: ni al amor, ni a la belleza, ni a la felicidad, ni a la virtud; pero es preciso amarla para ser tan virtuoso, bello y dichoso como el hombre puede serlo.

«Supongamos que tienes en tu gabinete de estudio un cuadro de Rafael que consideras perfecto; supongamos que ayer noche, mirándole de cerca, has descubierto en una de las figuras de dicho cuadro una falta en el dibujo, un miembro roto o un músculo defectuoso, como se encuentra, según dicen, en uno de los brazos del *Gladiador antiguo*. Ciertamente experimentarás una decepción, pero no por eso arrojarás el cuadro al fuego. Dirás que no es perfecto, pero que tiene trozos dignos de admiración.

«Hay mujeres a quienes su buen natural y la sinceridad de su corazón impiden tener dos amantes a la vez. Tú has creído que tu querida era una de ellas: claro que esto hubiera sido preferible. Has descubierto que te engañaba; pero ¿vas por eso a despreciarla, a maltratarla, a creer que sólo es digna de tu odio?

«Suponiendo que nunca te hubiera engañado y que sólo te amase a ti ahora, piensa, Octavio, que su amor aun estaría lejos de la perfección, pues sería humano y estaría sometido a las leyes de la hipocresía que rigen el mundo; piensa que antes

que tuya ha sido de otro, y aun de otros; que otros la poseerán después que tú.

»Reflexiona que lo que en este momento te conduce al paroxismo de la desesperación es la idea que te habías formado de su perfección y ver que está desprovista de ella; pero cuando comprendas que tu misma idea era vulgar y mezquina verás que un escalón más o menos es poca cosa en la podrida escala de la imperfección humana.

»Convendrás conmigo en que esa mujer ha tenido otros amantes antes y que también tendrá otros después; sin duda me dirás que te importa poco saberlo, con tal de que te ame a ti sólo mientras dure tu pasión. Pero a eso voy a contestar: puesto que ha sido de otros, ¿qué importa que haya sido ayer o que fuera hace dos años? Puesto que ha de ser de otros, ¿qué importa que sea mañana o dentro de dos años? Puesto que sólo ha de amarte un espacio de tiempo y te ama, ¿qué importa que su amor dure un año o sólo una noche? ¿Eres hombre, Octavio? ¿Contemplas caer las hojas de los árboles y al sol salir y ocultarse? ¿Oyes vibrar el reloj de la vida a cada latido de tu corazón? ¿Hay tan gran diferencia entre el amor de un año o el de un día, insensato, que por el hueco de ese balcón pretendes ver el infinito?

»Llamas honrada a la mujer que te es fiel durante dos años; por lo visto posees un almanaque especial, hecho expresamente para saber el tiempo que tardan en borrarse los besos de los hombres de los labios de las mujeres. Estableces gran diferen-

cia entre la mujer que se entrega por dinero y la que se entrega por placer, entre la que se entrega por orgullo y la que se entrega por abnegación. Entre las mujeres que compras, pagas unas más caras que otras; entre las que buscas por el placer de los sentidos, te entregas a unas con más confianza que a otras; entre las que tienes por vanidad, muestras con más orgullo a ésta que a la otra, y entre aquellas por quienes te sacrificarías entregas a una la mitad de tu corazón, a otra la tercera parte y a otra la cuarta, según su educación, sus costumbres, su nacimiento, su belleza, su temperamento; según la ocasión, según la hora que es y según lo que has bebido durante la comida.

»Tú las conquistas porque eres joven, ardiente, porque tu rostro es de óvalo regular y tu peinado muy correcto; pero por esa razón, amigo mío, no conoces a las mujeres.

»La Naturaleza desea ante todo la reproducción de los seres. Desde la cima de las montañas hasta el fondo del Océano la vida tiene miedo de morir. Dios, para perpetuar su obra, estableció como ley que el goce mayor que experimentasen los seres fuese el acto de la generación. La palmera, al enviar a su compañera el polvillo fecundo se estremece de amor; el ciervo en celo destroza a la hembra que le resiste; la paloma palpita bajo las alas del macho como una sensitiva amorosa, y el hombre cuando tiene a su compañera entre los brazos, en el seno de la Naturaleza todopoderosa, siente latir en el fondo de su corazón el soplo divino que le ha creado.

»Amigo mío: cuando estreches entre tus brazos desnudos una mujer bella y robusta, si la voluptuosidad hace asomar las lágrimas a tus ojos y brotan de tus labios juramentos de amor eterno; si el infinito descende a tu corazón, no temas entregarte, aunque estés con una cortesana.

»Pero no confundas el vino con la embriaguez; no creas que la copa donde bebes el brebaje divino es divina a su vez; no te admires si por la noche está vacía y rota. Es una mujer un vaso frágil que el alfarero ha fabricado con tierra.

»Da gracias a Dios que te muestra el cielo, y aunque te sientas con alas, no creas por eso que eres un pájaro. Los mismos pájaros no pueden atravesar las nubes; hay una esfera donde les falta el aire, y la alondra que se eleva cantando entre las nieblas del amanecer cae muerta algunas veces sobre el fango.

»Toma del amor lo que un hombre sobrio bebe de vino; procura no emborracharte. Si tu amante es sincera y fiel, ámala por eso mismo; si no es fiel y es joven y bella, ámala por ser bella y joven; si es agradable y espiritual, ámala también; y si no es nada de todo esto, pero te quiere, ámala tú. No es uno amado todas las noches.

»No te arranques los cabellos ni hables de suicidio porque tengas un rival. Dices que tu querida te engaña con otro: tu orgullo sufre; pero cambia los términos y dí que es al otro a quien engaña contigo, y tu orgullo estará satisfecho.

»No te traces ninguna línea de conducta y no

digas que quieres ser amado exclusivamente, pues al decir esto, como eres hombre y naturalmente inconstante, forzosamente tienes que hacer esta salvedad: «Lo que cabe en lo posible.»

»Toma los tiempos como vienen, el viento como sopla y la mujer como es. La española es la primera de las mujeres respecto a fidelidad; su corazón es sincero y violento, pero llevan un puñal en el pecho. Las italianas son lascivas, pero necesitan hombres robustos, y toman medida a sus amantes con metro de sastre. Las inglesas son melancólicas y exaltadas, pero frías y estiradas. Las alemanas son tiernas y cariñosas, pero sosas y monótonas. Las francesas son espirituales, elegantes y voluptuosas, pero mienten como demonios.

»Ante todo, no acuses a las mujeres de ser como son; nosotros las hemos vuelto así, deshaciendo siempre la obra de la Naturaleza.

»La Naturaleza, que todo lo prevé, ha hecho a la virgen para que sea amante; pero con el primer hijo caen sus cabellos, sus senos se deforman, en su cuerpo queda una cicatriz: la mujer ha sido hecha para ser madre. El hombre quizá se alejase de su lado al ver perdida su belleza; pero el hijo se agarra llorando a él. Esta es la familia, la ley humana. Todo lo que se aparta de eso es monstruoso. Lo que constituye la virtud en los campesinos es que sus mujeres son máquinas de parir y de criar, como ellos son máquinas de labrar. No llevan cabellos postizos ni usan leche virginal, pero sus amores son sanos y no se percatan en sus acoplamientos amo-

rosos de que América ya está descubierta. A falta de sensuales, sus mujeres son sanas; tienen las manos callosas, pero no el corazón.

»La civilización hace lo contrario que la Naturaleza. En las ciudades, y según nuestras costumbres, la virgen, formada para correr por el campo, para admirar a los luchadores desnudos, como en Lacedemonia, para escoger y para amar, se ve encerrada bajo cerrojos. Sin embargo, oculta una novela bajo su crucifijo; pálida y ociosa, se corrompe contemplándose en el espejo; marchita en el silencio de las noches esa belleza que la asfixia y necesita aire libre. Después, de pronto, la sacan de allí sin saber nada, sin amar nada, y deseándolo todo. Una vieja la instruye; murmuran en sus oídos una palabra obscena y la meten en el lecho de un desconocido, que la viola. Este es el matrimonio, o sea la familia civilizada. Y ahora esta pobre muchacha hace un hijo. Sus cabellos, su seno, su cuerpo se marchitan: ha perdido la belleza de las amantes sin haber amado. Ha concebido, ha parido y no sabe por qué. La enseñan un niño y la dicen: «Eres madre.» Ella contesta: «No soy madre; que confíen este niño a una mujer que tenga leche, pues en mis pechos no hay ninguna. No es de este modo como se forma la leche en las mujeres.» Su marido le responde que tiene razón y que el niño le apartaría de ella. Llegan, la adornan, cubren con un encaje de Malinas su lecho ensangrentado; la cuidan y la curan de la enfermedad de la maternidad. Al cabo de un mes la encontramos en las Tullerías, en los

bailes, en la Opera; su hijo está criándose en Chailot, en Auxerre; su marido frecuenta los lupanares. Diez jóvenes comienzan a hablarla de amor, de simpatía, de besos eternos, de todo lo cual ella tiene lleno el corazón. Escoge a uno y le estrecha entre sus brazos. El la deshonra, da media vuelta y se va a la Bolsa. Ya está lanzada; llora durante una noche, y se percata de que las lágrimas enrojecen sus ojos. Toma otro que la consuela, de cuya pérdida la consuela el siguiente, y así continúa hasta que cumple los treinta años y algunas veces más tiempo. Entonces es cuando, desengañada y dolorida, no teniendo de humano ni siquiera el cansancio, encuentra una noche un adolescente de cabellos negros, mirada ardiente y corazón que palpita de esperanza; ella se acuerda de su juventud, de cuanto ha sufrido, y, convirtiéndose en mentora, le enseña a aborrecer el amor.

»Esta es la mujer que hemos formado nosotros: así son nuestras amantes. Pero ¿qué importa? ¡Al fin y al cabo son mujeres y proporcionan ratos agradables!

»Si eres hombre resuelto, seguro de ti mismo y verdaderamente hombre, he aquí lo que te aconsejo: lánzate de lleno al torrente del mundo y goza con cortesanías, bailarinas, burguesas y marquesas; sé constante e infiel, triste y alegre, engañado o respetado, y, sobre todo, cerciérate de si te aman, pues cuando esto ocurra, ¿qué te importa lo demás?

»Si eres hombre mediocre y vulgar, soy de parecer que busques bien antes de decidirte y que desde

luego renuncies a encontrar las cualidades de que creiste dotada a tu querida.

»Si eres hombre débil, fácil de dominar y propenso a echar raíces donde encuentres un poco de tierra, ponte una coraza resistente, porque si cedes a tu naturaleza débil no florecerás donde eches raíces, te secarás como una planta estéril y no darás flores ni frutas. La savia de tu vida pasará a una corteza ajena; tus actos serán incoloros como las flores del sauce, y no tendrás para regarte sino tus propias lágrimas, y para nutrirte, tu propio corazón.

»Pero si eres de naturaleza exaltada y pretendes que tus sueños sean realidades, te afirmo rotundamente: «El amor no existe.»

»Yo abundo en tu opinión y creo que el amor es entregarse en cuerpo y alma, o mejor dicho hacer de dos seres uno; es pasear al aire libre entre los trigos un cuerpo con cuatro brazos, dos cabezas y dos corazones. El amor es la fe, la religión de la dicha terrestre. Es un triángulo luminoso, colocado en la cúpula del templo que llamamos mundo. Amar es caminar libremente por ese templo, teniendo cerca un ser capaz de comprender por qué una idea, una palabra, una flor son capaces de hacerle levantar la cabeza para contemplar el triángulo celeste.

»Ejercer las nobles facultades del hombre es un bien muy grande, y he aquí por qué el genio es una cosa tan bella; pero doblar las facultades, estrechar sobre el corazón y sobre la inteligencia otra

inteligencia y otro corazón es la dicha suprema. Es lo mejor que Dios ha creado para el hombre; por eso el amor es superior al genio. Respóndeme: ¿Es éste el amor que sienten nuestras mujeres? Hay que convenir en que no es ése. Amar es otra cosa para ellas; es salir encubiertas, escribir cartas misteriosas, marchar de puntillas, conspirar, poner los ojos lánguidos, lanzar hondos suspiros oprimidas por un traje austero, y después correr el cerrojo, arrojar el traje al aire, humillar a una rival, engañar al marido y hacer infeliz al amante; amar es para nuestras mujeres jugar a mentir, como los niños juegan al escondite. Repugnante orgía del corazón, peor que la lubricidad romana de las saturnales de Priapo; grosera parodia del vicio y de la virtud; comedia indigna, donde todo es murmurar, mirar de través; elegante y disforme como los monstruos de porcelana que importan de la China; mezcla repugnante de lo bello y lo informe, de lo divino y lo infernal; sombra sin cuerpo, esqueleto de todo lo que Dios creó.»

Así dijo Desgenais con voz vibrante, en el silencio de la noche.

VI

Al día siguiente fuí al Bosque antes de almorzar; el cielo estaba nublado. Llegado a la puerta Maillot, dejé a mi caballo libre de caminar donde quisiera, y abismado en profunda reflexión empecé

a pensar en lo que me había dicho Desgenais. Al atravesar una avenida oí que me llamaban por mi nombre. Volví la cabeza y vi en un coche descubierto a una amiga íntima de mi querida. Mandó detener el carruaje, y tendiéndome la mano amistosamente me invitó a almorzar en su compañía si no tenía otro compromiso.

La señora Levasseur, como se llamaba, era bajita, gruesa y rubia. Siempre me había sido anti-pática sin motivo, pues nuestras relaciones fueron bastante cordiales. No pude rechazar la invitación y le di las gracias. Presentía que iba a hablarme de mi amante. Mandó al lacayo llevarse mi caballo, me hizo subir a su lado y el coche tomó el camino de París. La lluvia empezó a caer, y fué preciso cerrar el carruaje; quedamos silenciosos, frente a frente. Yo la miraba con una tristeza infinita; no solamente era amiga de la infiel, sino su confidente. Con frecuencia, en los días felices, había terciado en nuestras veladas. ¡Con qué impaciencia la soportaba entonces! ¡Cuántas veces encontré interminables los momentos que pasaba a nuestro lado! Sin duda era esa la causa de la aversión que me inspiraba. A pesar de saber que protegía nuestros amores y que en nuestras riñas me defendía siempre, no podía olvidar su inoportunidad. La encontraba fea y pesada, sin tener en cuenta los servicios que nos prestaba. ¡Ay! ¡Ahora qué hermosa me parecía! Contemplaba sus manos, su vestido; cada uno de sus gestos me llegaba al corazón: todo el pasado estaba en ellos. Ella me miraba; compren-

día lo que pasaba en mi interior y los recuerdos que despertaba en mí. El camino pasó de este modo: yo mirándola y ella sonriendo. Cuando llegamos a París me alargó la mano, y yo, sollozando, la estreché entre las mías. Cuando nos sentamos ante la chimenea, después del almuerzo, me preguntó:

—¿Pero este asunto está terminado irrevocablemente? ¿No hay arreglo?

—Señora—respondí—: lo único irrevocable es el dolor, que acabará conmigo. Mi historia es corta; no puedo amarla, ni amar a otra, ni vivir sin amar.

Se recostó en la butaca y noté en su rostro señales de compasión. Pareció reflexionar largo tiempo, reconcentrándose en sí misma, como si en su corazón sintiera un eco de dolor. Sus ojos se empañaron de lágrimas y me tendió la mano. Yo me acerqué a ella.

—Todo eso lo he experimentado yo hace tiempo—me dijo, y la emoción la impidió continuar.

De todas las hermanas del amor, la piedad es la más bella. Yo retenía la mano de la señora Levasseur y casi la estrechaba entre mis brazos. Empezó a disculpar a su amiga, al mismo tiempo que me compadecía. Mi tristeza aumentó, y no supe qué contestar. Entonces habló de sí misma.

No hacía mucho tiempo que un hombre a quien amaba la había abandonado. Había hecho por él grandes sacrificios. Su fortuna y su honor estaban comprometidos. Su marido, que era vengativo, la había amenazado. Este relato fué mezclado con lá-

grimas, y me interesé hasta el punto de olvidar mis penas oyendo las suyas. La habían casado a la fuerza, después de luchar mucho tiempo con su oposición; pero lo que ella deploraba era sólo su amor perdido. Casi se acusaba de no haber sabido conservar el corazón de su amante y de haberse conducido con ligereza.

Cuando hubo desahogado su corazón quedó silenciosa.

—Señora—exclamé—: no es la casualidad quien me ha conducido hoy al Bosque. Creo que los dolores humanos están extraviados sobre la tierra y que el ángel bueno los une y enlaza las manos que ellos tienden a Dios. Puesto que os encontré y me llamasteis, no os arrepintáis de haberos confiado a mí ni os arrepintáis nunca de vuestras lágrimas. El secreto que me habéis revelado es una lágrima que permanecerá en mi corazón. Permitidme volver a veros y sufriremos juntos.

Se apoderó de mí una simpatía tan viva por aquella mujer, que inconscientemente la besé, sin creer que la ofendía, y ella pareció no percatarse de mi acción.

Un profundo silencio reinaba en el hotel de la señora Levasseur. Sin duda, por enfermedad de algún vecino, la calle estaba cubierta de paja, que ahogaba el ruido de los carruajes. Yo, sentado a su lado, la tenía en mis brazos, presa de un sentimiento inefable: el sentimiento del dolor compartido. Nuestra conversación continuó en el tono de una amistad expansiva. Me contó sus sufrimientos

y yo le referí los míos, y entre estos dolores gemelos sentía yo elevarse una voz dulce, un cántico celeste, nacido del concierto de dos voces doloridas. Como estaba inclinado, sólo veía el rostro de la señora Levasseur. Durante un momento de silencio me alejé un poco y me percaté de que durante nuestra conversación había apoyado un pie en la jamba de la chimenea, y como la falda resbaló, tenía la pierna completamente descubierta. Me extrañó que al notar mi confusión no se moviera; di algunos pasos y volví la cabeza para darle tiempo a reparar este desorden; pero siguió inmóvil. Me apoyé en la chimenea, y al encontrarse sus ojos con los míos vi claramente que todo había sido premeditado, y quedé como herido del rayo. Comprendí que había sido el juguete de una mujer de tan monstruosa desvergüenza que empleaba el dolor como acicate de los sentidos. Cogí mi sombrero sin pronunciar una palabra y salí de la sala haciendo un profundo saludo, mientras ella bajaba su falda lentamente.

VII

Al llegar a mi casa encontré en medio de mi cuarto un gran cajón de madera. Una de mis tías había muerto, dejándome una parte de su herencia, que no era muy considerable. Esta caja contenía, entre otros objetos, bastantes libros antiguos. Como no

sabía en qué ocuparme y el tedio me abrumaba, tomé el partido de dedicarme a su lectura. Estos libros eran en su mayoría novelas del tiempo de Luis XV; mi tía, que fué muy devota, debió de heredarlos a su vez y los guardó sin leerlos, pues eran, por decirlo así, catecismos de libertinaje.

Soy muy propenso a reflexionar sobre lo que me ocurre en los menores detalles y a encontrar una especie de consecuencia moral en todo: algo así como las cuentas de un rosario que procuro engarzar.

Aunque resulte pueril, la llegada de estos libros en las circunstancias en que me encontraba me sorprendió. Los devoré uno a uno, con una amargura y una tristeza sin límites, con el corazón destrozado y la sonrisa en los labios.

—Tenéis razón—les decía—; vosotros solos conocéis los secretos de la vida; sólo vosotros os atrevéis a decir que no hay más verdad que el libertinaje, la hipocresía y la corrupción. Sed mis amigos; echad sobre la herida de mi alma vuestro veneno corrosivo; enseñadme a creer en vosotros.

Mientras me hundía de este modo en las tinieblas, mis poetas favoritos y mis libros de estudio rodaban por el polvo. En mis accesos de cólera llegué a pisotearlos.

—Soñadores insensatos—les decía—, que no enseñáis más que a sufrir; charlatanes que fabricáis cuentos de hadas con el género humano, os quemaré desde el primero al último.

Durante estos accesos me percataba por mis lágrimas que lo único verdadero era mi dolor.

—Pues bien—exclamaba en mi delirio—; decidme, genios buenos o malos, consejeros del bien y del mal, decidme qué debo hacer. Nombrad un árbitro entre vosotros.

Cogí una Biblia vieja que estaba sobre mi mesa y la abrí al azar.

—Contéstame tú, libro de Dios; díme tu opinión.

Mis ojos se fijaron en estas palabras del *Eclesiastés*, capítulo IX:

«He agitado todas estas cosas en mi corazón y me he entristecido al encontrarlas tan semejantes.

«Hay justos y sabios, y sus obras están en la mano de Dios; sin embargo, el hombre no sabe si es digno de amor o de odio.

«Todo está reservado al porvenir y permanece incierto; porque lo mismo le ocurre al justo que al pecador, al bueno que al malo, al puro que al impuro, al que inmola las víctimas y al que desprecia los sacrificios. El inocente se ve tratado como el pecador y el perjuro como el que solamente jura verdad.

«Esto es lo más desagradable que existe bajo el sol: que lo mismo les ocurre a todos.

«De ahí nace que los corazones de los hijos de los hombres estén llenos de malicia y desprecio durante su vida, y después serán colocados entre los muertos.»

Me quedé estupefacto después de leer estas pa-

labras; no creí que tales sentimientos pudieran expresarse en la Biblia.

—Así, pues—dije—, ¿también dudas tú, libro de esperanza?

¿Qué piensan, pues, los astrónomos cuando predicen a tal hora y por tal sitio el paso de un cometa, el más inquieto de los astros celestes? ¿Qué piensan los naturalistas cuando os enseñan, a través de un microscopio, miles de animales en una gota de agua? ¿Creen que inventan lo que predicen o que sus microscopios y sus anteojos mandan en la Naturaleza? ¿Qué pensó entonces el primer legislador del mundo cuando, buscando la primera piedra para construir el edificio social, irritado quizá con algún charlatán importuno, golpeó sobre las tablas de bronce y sintió salir de sus entrañas la ley del Talión? ¿Había inventado la justicia? Y el primero que arrancó de la tierra el fruto plantado por su vecino y, ocultándolo bajo su manto, huyó mirando a todos lados, ¿había inventado el latrocinio? Y el que, encontrando a este ladrón que le había arrebatado el fruto de su trabajo, le perdonó su falta en lugar de levantar la mano contra él, y le dijo: «Siéntate y llévate esto además»; cuando, después de devolver bien por mal, levantó los ojos al cielo y sintió ensancharse su corazón y sus mejillas empapadas en lágrimas y sus rodillas hincarse en el suelo, ¿había inventado la virtud? ¡Oh, Dios, Dios! Una mujer me habla de amor y me engaña; un hombre que me demuestra amistad me aconseja el libertinaje para distraerme:

otra mujer que llora quiere consolarme con la vista de sus encantos; una Biblia que habla de Dios me responde: «Puede ser; pero todo eso es indiferente.»

Me precipité hacia el balcón abierto.

—¿Es verdad que estás desierto?—grité mirando un pedazo de cielo que desde él se veía—. Responde; antes de que muera, ¿me pondrás entre los brazos algo que no sea un sueño?

Un profundo silencio reinaba en la plaza que dominaban mis balcones. Quedé inmóvil, con los brazos tendidos y los ojos perdidos en el espacio, cuando pasó una golondrina lanzando un débil grito; la seguí con la vista a pesar mío, y mientras desaparecía como una flecha perdiéndose en el vacío, una niña pasó cantando.

VIII

A pesar de todo, yo no quería ceder. Antes de tomar la vida por su lado divertido, que a mí me parecía siniestro, resolví ensayarlo todo. Permanecí mucho tiempo presa de grandes torturas y de sueños terribles.

El motivo que me impedía curarme era mi juventud. En cualquier lugar que me hallase, cualquier ocupación que tuviera, no pensaba más que en las mujeres; la vista de una mujer me hacía temblar. ¡Cuántas veces me he levantado durante

la noche, bañado en sudor, para pegar mi boca en las paredes, pues me sentía congestionado!

Había experimentado una de las dichas mayores: la de dar al amor mi virginidad. Pero de esto resultaba que para mí toda idea de placer de los sentidos iba unida a la idea del amor; esto es lo que me perdía, porque, no pudiendo dispensarme de pensar constantemente en las mujeres, no podía librarme de repasar al propio tiempo en mi imaginación las ideas de amores falsos y traiciones femeninas de que estaba imbuído. Poseer una mujer, para mí era amarla; no pensaba mas que en ellas, y no creía ya en la posibilidad de un amor verdadero.

Todos estos sentimientos me inspiraban una especie de rabia; tan pronto sentía deseos de imitar a los monjes y martirizar mi cuerpo para vencer a los sentidos como sentía impulsos de arrojarme a los pies de la primera mujer que encontrase y jurarle amor eterno.

Dios es testigo de que hice lo posible por distraerme y curarme. Preocupado con la idea de que la sociedad de mis semejantes era un conjunto de vicio y de hipocresía, donde todo me recordaría a mi querida, resolví aislarme de todo. Reanudé mis antiguos estudios; me dediqué a la historia, a los poetas antiguos, a la anatomía. En el cuarto piso de mi casa vivía un alemán anciano y muy instruido, retirado y solitario. Le persuadí, no sin trabajo, a enseñarme su idioma. Una vez puesto a ello, lo tomó con gran interés. Mis perpetuas distraccio-

nes le apenaban. ¡Cuántas veces, sentado frente a mí bajo su lámpara, me contemplaba pacientemente con las manos cruzadas sobre el libro, mientras yo, perdido en mis divagaciones, no me daba cuenta de su presencia ni de su piedad!

—Mi buen amigo—le dije un día—: todo es inútil y es usted el mejor de los hombres. ¡Qué tarea se ha impuesto! Hay que dejarme seguir mi destino; contra él nada podemos.

No sé si comprendió este lenguaje; pero no volvimos a dar más lecciones.

Noté que la soledad, lejos de curarme, me agravaba, y cambié de sistema completamente. Fui al campo y me dediqué a montar a caballo, a cazar, a tirar a las armas hasta perder el aliento, y cuando, después de un día de fatiga y de sudar, caí en la cama oliendo a cuadra y a pólvora, hundía mi cabeza en la almohada y me envolvía entre las ropas, gritando:

—¡Fantasma, fantasma! ¿No estás cansado tú también? ¿Dejarás de venir alguna noche?

¿Pero a qué tantos esfuerzos inútiles? La soledad me conducía a la Naturaleza, y la Naturaleza, al amor. Cuando en la calle del Observatorio me encontraba rodeado de cadáveres, enjugando mis manos en el delantal ensangrentado, más pálido que los muertos, sofocado por el olor de la putrefacción, al retirarme veía flotar ante mi vista campos verdes, praderas embalsamadas, y la armonía de la tarde, y me decía:

«No; no es la ciencia quien me consolará; es in-

útil que lo pretenda. No puedo curarme de mi juventud; voy a vivir junto a la vida o a morir al menos bajo el sol.»

Montaba a caballo y galopaba por los paseos de Sèvres o de Chaville; me tendía sobre un prado en flor, en un valle lejano. ¡Ay! Todos estos prados, todas estas florestas me decían:

—¿Qué buscas aquí? Somos verdes, pobre niño, tenemos el color de la esperanza.

Entonces volvía a la ciudad, me perdía en calles extraviadas, miraba las luces de todas las fachadas, nidos misteriosos de las familias. Los coches pasaban, los hombres apresuraban el paso. ¡Qué soledad! ¡Qué humo más triste sobre los tejados! ¡Qué dolor en esas calles tortuosas, donde todo trabaja y suda, donde millares de desconocidos se empujan con el codo; cloaca donde sólo hay cuerpos sin alma y donde sólo las prostitutas tienden la mano al que pasa!

—¡Corrómpete, corrómpete, y no sufrirás más!

He aquí lo que las ciudades gritan al hombre; lo que está escrito en los muros con carbón, en el arroyo con el fango, en los rostros con sangre extravasada.

Cuando asistía alguna vez a una fiesta brillante, sentado en un sillón veía pasar saltando a las mujeres vestidas de rosa, azul, blanco, con los brazos desnudos y los cabellos rizados como querubines ávidos de luz en las esferas de armonía y de belleza.

«¡Qué jardín—me decía—; cuántas flores para

cortar, para oler! ¡Ah margaritas, margaritas! ¿Qué dirá vuestro último pétalo al que os deshoje? «Un poco, un poco, y nada»

He aquí la moral del mundo, el término de vuestras sonrisas. Sobre este triste abismo paseáis esas ligeras gasas salpicadas de flores; sobre esta odiosa verdad corréis como cervatillos sobre la punta de vuestros piececitos.

—¿Por qué lo tomas todo en serio?—me preguntaba Desgenais—. Eso no se ha visto nunca. ¿Te entristece el que se vacien las botellas? Hay más toneles en la cueva y hay más cuevas en las bodegas. Pesca en el río del olvido una consoladora bonita, fresca como una anguila, y algo te quedará cuando se haya escurrido entre tus dedos. Te mueres de deseo de amar; pues ama. Es preciso que pase la juventud, y si yo estuviera en tu lugar preferiría robar a la reina de Portugal antes que dedicarme a la anatomía.

Estos eran los consejos que me daba constantemente, y cuando llegaba la hora tomaba yo el camino de mi morada con el corazón henchido de pena: me arrodillaba al pie de mi lecho y entonces desahogaba mi pobre corazón. ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántas plegarias! Galileo golpeaba la tierra diciendo: «Y, sin embargo, se mueve.» Yo golpeaba mi corazón.

IX

De pronto, en medio de la más negra pesadumbre, la desesperación, la juventud y el azar me hicieron cometer una acción que decidió mi suerte.

Había escrito a mi querida que no quería volver a verla y, en efecto, cumplía mi palabra; pero pasaba las noches bajo sus balcones, sentado en un banco frente a su puerta; veía sus vidrieras iluminadas y oía las notas de su piano; algunas veces la vislumbraba como una sombra tras las cortinas entreabiertas.

Cierta noche que estaba sentado en dicho banco henchido de profunda tristeza vi pasar a un obrero retrasado, que vacilaba. Balbucía palabras sin sentido, mezcladas con exclamaciones de gozo; luego se interrumpía para cantar. Estaba ebrio, y sus piernas temblorosas le conducían tan pronto a un lado del arroyo como a otro. Acabó por caer en un banco frente a mí. Se balanceó algún tiempo sobre los codos, y al cabo quedó profundamente dormido.

La calle estaba desierta; un viento seco barría el polvo; la Luna, en medio de un cielo sin nubes, alumbraba el sitio donde aquel hombre dormía. Me encontré solo con ese rufián, que no sospechaba mi presencia y que reposaba en aquel banco mejor quizá que en su propio lecho.

A mi pesar, este hombre me había distraído de

mi dolor; me levanté para cederle el sitio; después volví y me senté de nuevo. No podía apartarme de aquella puerta, a la cual no hubiera llamado ni por un imperio; al fin, después de pasear maquinalmente en todos sentidos, me detuve ante el durmiente.

«¡Qué sueño!—me dije—. Seguramente este hombre no tiene pesadillas. Su mujer quizá abra en este momento a otro la puerta del granero donde duermen. Su traje está destrozado; sus mejillas, hundidas, y sus manos, rugosas; es un desgraciado que no tiene pan todos los días. Mil preocupaciones, mil angustias mortales le esperan cuando despierete. Sin embargo, esta noche tenía unas monedas en el bolsillo, ha entrado en una taberna y ha comprado el olvido de sus males; ha ganado en la semana con qué procurarse una noche de sueño, y probablemente lo ha quitado de la comida de sus hijos. Ahora su querida puede engañarle; su amigo puede deslizarse como un ladrón en su guarida; yo mismo puedo golpearle y decirle que su casa está ardiendo, que van a asesinarle; se volverá del otro lado y se dormirá de nuevo.»

«¡En cambio, yo no duermo!—continué, atravesando la calle a grandes pasos—; yo, que llevo en el bolsillo esta noche con qué hacerle dormir un año, soy tan orgulloso y tan insensato que no me atrevo a entrar en una taberna y no me doy cuenta de que si entran tantos desgraciados es porque salen felices. ¡Oh Dios mío! Un racimo de uvas aplastado con la planta del pie basta para disipar las más ne-

gras preocupaciones y para cortar los hilos invisibles que los genios del mal tienden en nuestro camino. Lloramos como mujeres y sufrimos como mártires. En medio de nuestra desesperación nos parece que el mundo se ha desplomado sobre nuestras cabezas, y enjugamos nuestras lágrimas como Adán y Eva a las puertas del Paraíso. ¡Y para curar una herida tan grande como el universo es suficiente hacer un movimiento con la mano y humedecer nuestra garganta! ¿De qué miserias se componen nuestras penas, puesto que se disipan de ese modo? Nos extraña que la Providencia, que todo lo ve, no nos envíe sus ángeles para atender nuestras plegarias. No le es preciso tomarse ese trabajo: ha visto nuestros sufrimientos, nuestro orgullo de espíritus vencidos y el océano de males que nos rodea, y se ha contentado con hacer brotar un fruto negro al borde del camino. Puesto que este hombre duerme tan a gusto en ese banco, ¿por qué no he de dormir yo del mismo modo sobre el mío? Mi rival pasará seguramente la noche en casa de mi amante; saldrá al despuntar el día; ella le acompañará medio desnuda hasta la puerta, y ambos me encontrarán dormido. Sus besos no me despertarán, y entonces me tocarán en el hombro; me volveré del otro lado, y reanudaré mi sueño.»

Lleno de alegría me puse en busca de una taberna. Como era más de media noche, casi todas estaban cerradas, lo cual me enfureció.

«¿Me será negado también este consuelo?», pensé.

Anduve por las calles llamando en las tiendas y gritando: «¡Vino, quiero vino!»

Al fin encontré una taberna abierta, pedí una botella, y, sin mirar si el vino era bueno o malo, la vacié de un trago. Siguió la segunda, y después la tercera. Me curaba como un enfermo, y bebía a la fuerza, como si se tratase de una medicina ordenada por el médico bajo pena de la vida.

Pronto los vapores del espeso licor, que sin duda estaba adulterado, me envolvieron como en una nube. Como había bebido precipitadamente, la embriaguez se apoderó de mí al instante. Sentí turbarse mis ideas, luego se calmaron, y por fin me abandonó el conocimiento. Levanté los ojos al cielo y me eché de codos sobre la mesa. Solamente entonces me percaté de que no estaba allí solo. En el extremo opuesto al mío había un grupo de hombres repugnantes, de rostros repulsivos y voz ronca. Su traje demostraba que ni eran obreros ni burgueses; en una palabra, que pertenecían a esa clase ambigua que es la más vil de todas; que no tiene oficio, ni fortuna, sino una industria innoble; que no es pobre ni rica y que posee los vicios de los ricos y la miseria de los pobres. Tenían en las manos naipes muy sucios y disputaban en voz baja. Con ellos estaba una muchacha muy joven y muy bonita, cuidadosamente arreglada y limpia, que no se parecía a ellos mas que en la voz, que también era ronca y gastada, como si hubiese pregonado por las calles durante sesenta años. Me miraba aten-

tamente, asombrada sin duda de verme en semejante lugar, porque mi traje era elegante y muy cuidado. Poco a poco se acercó. Al pasar junto a mi mesa levantó las botellas, y al ver que las tres estaban vacías, sonrió. Vi que tenía espléndida dentadura muy blanca; la cogí de la mano y la pedí que se sentara a mi lado, lo que hizo con agrado, y pidió por mi cuenta que la sirvieran de cenar. Yo la contemplaba sin hablar, con los ojos llenos de lágrimas; ella lo notó y me preguntó la causa. No pude contestar; moví la cabeza como para sacudir el llanto que corría abundante por mis mejillas. Comprendió que me dominaba un pesar secreto y no pretendió averiguar la causa; sacó su pañuelo, y mientras cenaba alegremente me enjugaba el rostro de vez en cuando.

Había en esta muchacha algo dulce y terrible a la par; tal impudencia mezclada a su compasión, que no supe qué pensar. Si me hubiese detenido en la calle me habría causado horror; pero me resultaba tan extraño que una criatura desconocida se encontrase cenando junto a mí y enjugando mis lágrimas con su pañuelo, que la sorpresa me asqueaba y me encantaba al propio tiempo. El tabernero la preguntó si me conocía; ella respondió que sí, y que me dejaran tranquilo. Pronto se fueron los jugadores; el tabernero se retiró después de cerrar la puerta y las maderas que daban a la calle, y me encontré solo con la muchacha.

Todo esto había ocurrido con tal rapidez, que creí soñar, y mis pensamientos se perdían en un la-

berinto. Imaginaba que estaba loco o que obedecía a un poder sobrenatural.

—¿Quién eres?—exclamé de pronto—. ¿Qué me quieres? ¿De dónde me conoces? ¿Quién te ha dicho que enjugases mi llanto? ¿Estás haciendo tu oficio y crees que te deseo? No tocaré siquiera la punta de tus dedos. ¿Qué haces aquí? Contesta. ¿Necesitas dinero? ¿En cuánto me vendes tu compasión?

Me levanté y quise salir, pero sentí que vacilaba; al mismo tiempo mis ojos se velaron; una debilidad mortal me acometió, y caí sobre un taburete.

—Sufres—me dijo ella sosteniéndome—; has bebido como una criatura que eres, sin saber lo que hacías. Permanece sentado y esperemos a que pase un coche; me dirás dónde vive tu madre y te llevarán a tu casa, puesto que me encuentras tan fea—añadió sonriendo.

Mientras hablaba, la miré. Quizá la embriaguez me engañó; ignoro si la había visto mal o si fué entonces cuando no supe verla; pero reparé de pronto que la desgraciada tenía un fatal parecido con mi amante. Al notarlo me quedé helado. Hay una clase de estremecimiento que el vulgo atribuye a que la muerte pasa a nuestro lado. No era la muerte quien pasaba rozándome. Era la enfermedad del siglo encarnada en aquella muchacha; y ella fué quien con su fisonomía pálida y burlona y su voz enronquecida se sentó frente a mí en el fondo de la taberna.

X

Cuando me fijé que esta mujer se parecía a mi querida, una idea horrible, irresistible, se adueñó de mi cerebro enfermo y la puse inmediatamente en ejecución.

Durante los comienzos de nuestro amor mi amante me había visitado a escondidas. Eran días de fiesta para mí y llenaba mi cuarto de flores; el fuego brillaba alegremente en la chimenea y una cena exquisita estaba dispuesta; el lecho también se adornaba con sus galas nupciales para recibir a la adorada. Con frecuencia, sentado en el sofá, bajo el espejo, la contemplaba durante las horas silenciosas en que únicamente hablaban nuestros corazones. La miraba, parecida al hada Mab, trocar en un paraíso el espacio solitario que me vió llorar tantas veces. Estaba allí entre los libros, los vestidos esparcidos, los muebles en desorden, y brillaba dulcemente su hermosura entre aquellas tristes paredes.

Estos recuerdos me perseguían sin tregua desde que la perdí; me quitaban el sueño. Mis libros, los muros, todo me hablaba de ella, y esto me resultaba insoportable. El lecho me despedía hacia la calle, y le miraba con horror o lloraba sobre él.

Allí conduje a la muchacha. La ordené sentarse medio desnuda volviéndome la espalda, y arreglé la habitación como en otro tiempo para mi queri-

da. Coloqué los sillones donde estaban cierta noche que recordaba con delicia.

En general, en todas las ideas de felicidad hay una que domina; un día, una hora que obscurece a las demás y queda como recuerdo imborrable. Llega un momento en que el hombre exclama, como Teodora en la comedia de Lope de Vega: «Fortuna, pon un clavo de oro en tu rueda.»

Cuando todo estuvo dispuesto encendí un gran fuego y, séntandome sobre la alfombra, empecé a sumergirme en una desesperación infinita. Descendía al fondo de mi corazón y le sentía retorcerse oprimido. Repasaba en mi imaginación una romanza tirolesa que mi amada cantaba con frecuencia:

*Altra volta gieri bieie,
Blanch' e rossa com' un' flore;
Ma ora nò. Non son più bieie,
Consumatis dal' amore (1).*

Escuchaba el eco de esta canción, que resonaba en mi corazón vacío, pensando: «He aquí la felicidad de un hombre; éste es mi paraíso; ésta mi hada Mab: una perdida de la calle; pero mi amada no vale más que ella. He aquí lo que se encuentra en el fondo del vaso donde bebimos el néctar de los dioses: el cadáver del amor.»

La desdichada, al oírme cantar, se puso a can-

(1)

Antes yo era hermosa,
Blanca y rosada como una flor;
Ahora no; ya no soy bella,
Consumida por el amor.

tar también. Me quedé pálido como la muerte; esa voz ronca e innoble, saliendo de la garganta del ser que tanto me recordaba a mi amante, me parecía un símbolo de lo que yo experimentaba. Era la orgía en persona quien profanaba su garganta en la flor de su juventud. Pensé que mi querida, después de su traición, debía tener la misma voz. Me acordé de Fausto, que bailando en Broken con una bruja desnuda, vió salir de su boca una rata roja.

—¡Cállate!—la grité.

Me levanté y me acerqué a ella. Se sentó sonriendo sobre mi lecho y yo me tendí a su lado como una estatua sobre su tumba.

A vosotros, hombres del siglo, que en este momento corréis a vuestros placeres, al baile o a la Opera, y que esta noche, al acostaros, leeréis antes de dormir alguna blasfemia de Voltaire, alguna burla razonada de Pablo Luis Courier, algún discurso sobre economía de una Comisión de las Cámaras; que aspiráis, en una palabra, por todos los poros las frías substancias del nenúfar monstruoso que la Razón hace florecer en el corazón de nuestras ciudades; a vosotros os suplico que si por azar este libro ignorado llega a caer en vuestras manos, no sonriáis con desprecio encogiéndoos de hombros; no aseguréis que me quejo de un mal imaginario, que la razón humana es la más bella de nuestras facultades, y que lo único verdadero en el mundo son los agios de la Bolsa, los azares del juego, el vino de Burdeos, la salud corporal, la indiferencia por el prójimo, y por la noche, en el lecho, unos miembros

lascivos cubiertos de piel perfumada. Algún día, en medio de vuestra vida estacionaria e inmóvil, puede pasar un vendaval: la Providencia puede arrasar los árboles que regáis con las tranquilas aguas de los ríos del olvido; podéis encontraros sumidos en la desesperación, señores impasibles, y sentir lágrimas en vuestros ojos. No añado que vuestras queridas pueden engañaros, porque esto no os causaría más pena que la muerte de vuestro caballo; pero sí os diré que en la Bolsa puede perderse; que cuando jugáis con un triunfo podéis tropezar con otro; y si no sois jugadores, pensad que vuestro dinero, vuestra tranquilidad material, vuestro oro y vuestra plata están en casa de un banquero que puede quebrar, o en fondos públicos que quizá no cobréis; os diré, en fin, que, por muy de hielo que seáis, podéis amar algo; puede distenderse una fibra en el fondo de vuestras entrañas y haceros lanzar un grito parecido al dolor. Algún día, errando por las calles fangosas, cuando los goces materiales no desgasten vuestras fuerzas ociosas, cuando lo real y lo cotidiano os falten, quizá miréis a vuestro alrededor con las mejillas hundidas y os sentéis en un banco desierto a media noche.

¡Oh, hombres de mármol, sublimes egoístas, razonadores inimitables, que no habéis sentido nunca un momento de desesperación ni cometido una falta de aritmética! Si algún día os ocurre esto, acordaos en la hora de vuestra ruina de Abelardo cuando perdió a Eloísa. Porque él la amaba más que vosotros amáis a vuestros caballos, a vuestros

escudos de oro y a vuestras queridas; porque perdió al separarse de ella más de lo que vosotros podéis perder; más que el príncipe Satanás perdería si le arrojasen por segunda vez de los cielos; porque la amaba con un amor del cual no hablan las gacetas y del que vuestras mujeres y vuestras hijas no perciben ni la sombra en los teatros y en los libros, pues pasó la mitad de su vida besándola en la cándida frente y enseñándola a cantar los salmos de David y los cánticos de Saúl; porque no tenía mas que a ella sobre la tierra, y, sin embargo, Dios le consoló.

Creedme; cuando en vuestras desdichas os acordéis de Abelardo no leeréis con los mismos ojos las blasfemias de Voltaire y las burlas de Courier: comprenderéis que la razón humana puede curar las ilusiones, pero no los sufrimientos, porque Dios la ha hecho buen ama de casa, pero no hermana de la caridad. Notaréis que cuando el corazón del hombre dice: «No creo en nada porque no veo nada», no ha dicho su última palabra. Buscaréis alrededor vuestro algo parecido a una esperanza; iréis a sacudir las puertas de las iglesias y las encontraréis tapiadas; pensaréis haceros trapense, y el Destino, burlándose de vosotros, os ofrecerá una botella del vino del pueblo y una cortesana. Si bebéis la botella y lleváis a la cortesana a vuestro lecho, aprended lo que puede sucederos.

SEGUNDA PARTE

I

Al levantarme a la mañana siguiente experimenté un disgusto tan profundo, me encontré tan envilecido y tan degradado a mis propios ojos, que en el primer momento se apoderó de mí una tentación espantosa. Me lancé fuera del lecho y ordené a aquella criatura que se vistiera y se marchase lo antes posible. Después me senté, y al contemplar con ojos desolados las paredes de mi habitación, los detuve en el ángulo donde estaban colgadas mis pistolas.

Aunque el pensamiento doliente avance con los brazos tendidos hacia el vacío, cuando el alma toma una resolución violenta parece que en la acción física de descolgar un arma y prepararla, en el mismo frío del hierro palpita un horror material, independiente de la voluntad; los dedos se retuercen con angustia y el brazo se crispa. Todo el que camina hacia la muerte siente que su instinto retrocede. Por tanto, no puedo explicar lo que sentí mientras aquella mujer se vestía; pero me pareció

que mi pistola me decía: «Piensa bien lo que vas a hacer.»

En efecto; después he reflexionado en lo que hubiera ocurrido si la muchacha se hubiese vestido rápidamente y se hubiera marchado como yo deseaba. Es indudable que la primera impresión de vergüenza que experimenté se hubiera calmado: la tristeza no es la desesperación, y Dios las ha unido como hermanas a fin de que ninguna de ellas nos deje a solas con la otra. Una vez purificado el aire de mi cuarto con la ausencia de aquella mujer, mi corazón se hubiera ensanchado. Sólo me habría quedado el arrepentimiento, a quien el ángel del perdón ha prohibido matar a nadie. Sin duda estaba ya curado para el resto de mi vida. Había arrojado para siempre a la orgía de los umbrales de mi puerta, y jamás olvidaría el sentimiento de repulsión que su primera visita me inspiró. Pero ocurrió lo contrario. La lucha que se libraba en mí, las tristes reflexiones que me asediaban, el disgusto, el temor, la cólera misma (pues experimentaba todo esto a la vez), estos fatales poderes me clavaban en mi sillón, y mientras era víctima de este peligroso delirio, la mujer, inclinada ante el espejo, sólo se ocupaba de arreglar su traje y se peinaba sonriendo con la mayor tranquilidad del mundo. Todo este juego de coquetería duró más de un cuarto de hora, durante el cual casi olvidé su presencia. Al fin, a un ruido que hizo me volví con impaciencia y la rogué que me dejase tranquilo, con tal acento de cólera, que acabó de arreglarse

en un instante y abrió la puerta enviándome un beso.

En aquel momento llamaron a la puerta exterior. Me levanté precipitadamente y sólo tuve el tiempo preciso para empujar a aquella mujer hacia un gabinete, en el que se precipitó. Desgenais entró casi al mismo tiempo con dos amigos de ambos.

Las corrientes de agua que existen en medio de los mares semejan a algunos hechos de la vida. Fatalidad, azar, Providencia, ¿qué importa el nombre? Los que creen llegar a uno oponiéndole otro no hacen más que variar la denominación. No hay uno solo de ellos que al hablar de César o de Napoleón no afirme naturalmente: «Era el hombre de la Providencia.» Seguramente creen que sólo los héroes merecen que el Cielo se ocupe de ellos y que el color de la púrpura atrae a los dioses como a los toros.

La importancia que tienen en la vida las cosas más nimias y los cambios que pueden causar en nuestra suerte son, a mi juicio, abismos para el pensamiento. Hay en nuestras acciones ordinarias como flechitas afiladas que nos acostumbramos a ver llegar a su destino, de suerte que de pequeños resultados hacemos un ser abstracto y regular, que llamamos nuestra prudencia y nuestra voluntad. Pasa un poco de viento, y he aquí que la menor de esas flechas, la más ligera, la más fútil, se pierde de vista en el horizonte, hacia el seno de Dios.

¡Con qué violencia nos sobrecogemos entonces!

¿Qué queda de aquellos fantasmas del orgullo, la voluntad y la prudencia? La fuerza misma, la dueña del mundo, la espada del hombre en el combate de la vida, no puede librarnos del golpe que nos amenaza, y es inútil blandirla con cólera; una mano invisible aparta la punta, y todo nuestro esfuerzo, perdido en el vacío, sólo sirve para hacernos caer más lejos.

Así, cuando yo aspiraba a purificarme de mi falta, quizá a castigarme por haberla cometido; en el mismo instante que se adueñaba de mí un horror profundo, sufrí una prueba peligrosa, en la cual sucumbí.

Desgenais estaba radiante. Empezó, tendiéndose en el sofá, a gastarme bromas acerca de mi mal semblante, que, según decía, demostraba que había dormido mal. Como me encontraba poco dispuesto a tolerar sus burlas, le rogué secamente se abstuviera de ellas. No pareció fijarse en mi advertencia, pues empezó en el mismo tono a abordar el motivo de su visita. Venía a enterarme de que mi querida no sólo había tenido dos amantes a la vez, sino tres, es decir, que había tratado a mi rival lo mismo que a mí. Cuando el pobre muchacho lo descubrió armó un gran escándalo, y todo París se había enterado. Al principio no comprendí bien sus palabras, pues no le escuchaba con atención; pero cuando se las hice repetir hasta tres veces con sus menores detalles, quedé estupefacto, sin poder articular palabra. Mi primer sensación fué de repugnancia, pues vi claramente que había

amado a la última de las mujeres; pero lo cierto era que la había amado, o mejor dicho que la amaba todavía. Todo lo que pude contestar fué: «¿Es posible?», y nada más. Los amigos de Desgenais confirmaron entonces lo dicho por él. Fué en su propia casa donde mi querida, sorprendida entre sus dos amantes, había sufrido por parte de ambos una escena que todo el mundo sabía de memoria. Se encontraba deshonrada y obligada a marcharse de París si no quería exponerse a un escándalo cruel.

Pude notar que en toda esta historia una buena parte de las burlas caían sobre mi duelo por causa de esa mujer, sobre mi pasión por ella y, en fin, sobre la conducta que con ella observé. Decir que esa mujer merecía los nombres más odiosos, que era una miserable, que seguramente había hecho cien veces más de lo que se sabía, era hacerme sentir amargamente que sólo había sido para ella un juguete como los demás.

Todo esto me desagradó. Los amigos lo notaron y fueron más discretos; pero Desgenais tenía sus proyectos: se había impuesto la tarea de curarme de mi amor, y lo trataba como una enfermedad. Una antigua amistad, basada en mutuos servicios, le daba derecho a ello, y como su propósito le parecía laudable, los hizo valer.

No solamente no procuró ahorrarme detalles, sino que desde el momento que vió mi turbación y mi vergüenza hizo lo posible por precipitarme. Mi impaciencia fué bien pronto visible y le impidió continuar; así, pues, tomó el partido de callarse,

lo cual me irritó más todavía. A mi vez hice preguntas yendo y viniendo por él cuarto. Me era insoportable oír esa historia, y hubiera deseado que me la contaran nuevamente. Quise mostrar un semblante impasible; pero fué en vano. Desgenais se había quedado mudo después de haberse mostrado un charlatán detestable. Mientras me paseaba a grandes pasos, él me contemplaba con indiferencia y me dejaba revolverme en el cuarto como un zorro en una casa de fieras. No puedo explicar lo que sentí. Una mujer que había sido durante tanto tiempo el ídolo de mi corazón, y que desde que la había perdido me causaba tan vivo sufrimiento, mi único amor, la que estaba dispuesto a llorar hasta mi muerte, ¡convertida de pronto en una perdida sin vergüenza, objeto de las chanzas de los jóvenes y del escándalo y menosprecio universal! Me parecía sentir sobre mi hombro la impresión del hierro candente que me marcaba con un estigma imborrable.

Cuanto más reflexionaba más se espesaban las tinieblas en torno mío. De vez en cuando volvía la cabeza y me encontraba con una fría sonrisa o con miradas que me observaban curiosamente. Desgenais no me dejaba; sabía lo que se hacía, pues me conocía de antiguo; sabía que era capaz de cualquier violencia y que mi carácter exaltado podía conducirme más allá de todos los límites y por cualquier camino, excepto por uno. Por eso deshonraba mi sufrimiento y hacía un llamamiento a mi cabeza y a mi corazón.

Cuando me vió por fin en el punto donde quería conducirme no tardó en asestarme el último golpe.

—¿Esta historia te disgusta?—me dijo—. Pues falta el final, que es lo mejor. La escena, querido Octavio, ocurrió en casa de *** cierta noche de luna clarísima, y parece ser que mientras los dos amantes se querellaban a más y mejor en presencia de la dama y hablaban de cortarse el cuello al lado de un buen fuego, parece, repito, que vieron en la calle una sombra que paseaba tranquilamente y que se te semejaba de tal modo, que supusieron eras tú mismo.

—¿Quién ha dicho eso?—respondí—. ¿Quién me vió en la calle?

—Tu propia querida, que se lo cuenta a todo el que lo quiere oír, tan alegremente como nosotros te contamos su propia historia. Sostiene que todavía la amas y que haces guardia a su puerta; en fin..., ya puedes suponer. Que te baste saber que lo refiere públicamente.

Nunca supe mentir, y siempre que he tratado de disfrazar la verdad mi semblante me ha traicionado. El amor propio, la vergüenza de confesar mi debilidad delante de extraños, me hizo intentar un esfuerzo.

«Es cierto—me dije—que pasé por su calle; pero si hubiera sabido de qué clase de mujer se trataba ciertamente no hubiera pasado.»

Persuadido de que no podían haberme visto distintamente, traté de negar. La sangre se agolpó a

mi rostro con tal fuerza, que yo mismo comprendí la inutilidad de mi esfuerzo.

Desgenais sonrió.

—¡Cuidado—le dije—, cuidado! No vayas demasiado lejos.

Continué paseando como un loco, sin saber qué hacer ni contra quién descargar mi cólera; comprendía mi falta.

—¿Es que yo lo sabía?—exclamé—. ¿Es que yo sabía que esa miserable...?

Desgenais pellizcó sus labios como diciendo: «Lo sabías demasiado.»

Quedé inmóvil, balbuciendo frases ridículas. Mi sangre, excitada hacía un cuarto de hora, empezaba a latir en mis sienes con tal fuerza, que temí volverme loco.

—¡Yo en la calle, llorando de desesperación, y entretanto ese encuentro en su casa! ¡Esta misma noche se burlaba de mí! ¡Ella burlarse! ¡Verdaderamente no sueñas, Desgenais? ¡Es eso verdad? ¡Es posible? ¡Qué sabes tú?

Hablando de este modo perdía la cabeza, y una cólera espantosa me dominaba cada vez con más fuerza. Al fin me senté, agotado, con las manos temblorosas.

—Amigo mío—exclamó Desgenais—: no tomes la cosa tan en serio. La vida solitaria que llevas hace dos meses te perjudica, lo veo; tienes necesidad de distraerte. Ven a cenar con nosotros y mañana almorzaremos en el campo.

El tono con que pronunció estas palabras me

hizo más daño aún. Comprendí que me tenía lástima y me trataba como a un niño.

Inmóvil, sentado aparte, hice vanos esfuerzos por recuperar el imperio sobre mí mismo, y pensaba:

«¡Traicionado por esa mujer, envenenado por consejos horribles; cuando no encuentro refugio ni en el trabajo ni en la fatiga; cuando tengo por única salvaguardia, a los veinte años, contra la desesperación y la corrupción, un dolor santo, es este mismo dolor, esta reliquia sagrada de mi sufrimiento, lo que vienen a arrebatarme de las manos! No insultan a mi amor, insultan a mi desesperación. ¡Burlarse ella mientras yo sufro!»

Esto me parecía increíble. Todos los recuerdos del pasado afluían a mi corazón pensando en ello. Me parecía ver levantarse y pasar ante mi vista, uno tras otro, los espectros de nuestras noches de amor; se inclinaban sobre un abismo sin fondo, eterno, negro como la nada, y sobre las profundidades de este abismo revoloteaba una carcajada dulce y burlesca: «¡Esta es tu recompensa!»

Si solamente me hubieran dicho que el mundo se burlaba de mí, hubiera respondido: «Tanto peor para él», y no me hubiera impresionado; pero me dicen al mismo tiempo que mi adorada es una infame. De una parte, el ridículo es público y confirmado por dos testigos, que al decir que me habían visto añadían en qué ocasión: el mundo tenía razón contra mí. Por otra parte, ¿qué podía yo responder? ¿A quién confiarme? ¿Qué hacer cuando

el centro de mi vida, mi propio corazón, estaba arruinado, muerto? ¡Cuando esta mujer, por la cual lo hubiera desafiado todo, el ridículo y el menosprecio; por la cual hubiera dejado amontonarse sobre mí un mundo de desdichas; cuando esta mujer, que yo amaba, y que amaba a otro, a quien sólo pedía permiso para llorar a su puerta, para dedicarme lejos de ella a su recuerdo y escribir su nombre sobre la tumba de mis ilusiones... (¡Ah! ¡Al pensar en ello me sentía morir!) se burlaba, se reía de mí; era la primera en mostrarme con el dedo a la multitud ociosa, a ese pueblo que va bromeando tras el que le desprecia y le olvida; era ella, eran sus labios, unidos a los míos tantas veces; era ese cuerpo, el alma de mi vida, mi carne y mi sangre, quien me lanzaba esa injuria; la última de todas, la más cobarde y la más amarga, la risa sin piedad que se escupe al rostro del dolor!

Cuanto más me abismaba en mis pensamientos más grande era mi cólera. ¿Es cólera la palabra? Porque no sé qué nombre dar al sentimiento que me agitaba. Lo único cierto es que un espíritu de venganza empezó a dominarme. ¿Cómo vengarme de esa mujer? Hubiera pagado lo que me pidieran por tener a mi disposición un arma que la hiriese; pero ¿qué clase de arma? No tenía ninguna, ni siquiera la empleada por ella; yo no podía contestar en su lenguaje. De pronto percibí una sombra tras la cortina de la puerta vidriera: era la mujer que aguardaba en el gabinete. Me había olvidado de ella.

—¡Oíd!—grité levantándome con ímpetu—. He

amado, he amado como un loco, como un necio. Merezco todo el ridículo que queráis; pero es preciso que os enseñe algo que os pruebe que soy menos imbécil de lo que creéis.

Al decir esto empujé con el pie la puerta vidriera, que cedió, y les mostré a la mujer, que se había acurrucado en un rincón.

—Entra ahí—dije a Desgenais—, tú, que encuentras una locura amar a las mujeres y sólo amas a las perdidas. ¿No ves tu suprema sabiduría tirada en ese sillón? Pregúntale si he pasado la noche entera bajo los balcones de ***; puede decirte algo sobre ello. Pero no es eso todo—añadí—; no es eso todo lo que tengo que decirte. Tenéis una cena esta noche y mañana una partida de campo; os acompaño, y puedes creerme, porque ya no me separo de vosotros; pasaremos el día juntos: aquí tenéis floretes, naipes, dados, ponche, lo que queráis; pero no salís de aquí. ¿Sois para mí? Yo para vosotros. ¡Choca! He querido hacer de mi corazón el mausoleo de mi amor; pero echaré mi amor en otra tumba, aun cuando deba cavarla en mi propio corazón.

A estas palabras volví a sentarme, mientras ellos entraban en el gabinete, y experimenté toda la dicha que puede proporcionarnos la indignación que se desahoga. El que se asombre del cambio que a partir de ese día experimentó mi vida no conoce el corazón del hombre y no sabe que se puede dudar durante veinte años en dar un paso; pero que no se puede retroceder una vez dado.

II

El aprendizaje de la disipación semeja un vértigo. Primero se experimenta un terror mezclado de voluptuosidad, como si se estuviera sobre una torre muy alta. Mientras el libertinaje vergonzante y secreto envilece al hombre más noble, en el desorden franco y atrevido, en lo que podemos llamar disipación al aire libre, existe alguna grandeza hasta para el más depravado. El que va al anochecer, tapado hasta los ojos, a manchar de incógnito su vida, a olvidar clandestinamente la hipocresía de sus costumbres, se asemeja al italiano que hiere a su enemigo por la espalda no atreviéndose a provocarle en duelo. Hay algo de asesinato en el rincón de la calleja y en la espera de la noche, mientras que en el calavera de las orgías ruidosas hay algo del guerrero; algo recuerda el combate; es una soberbia apariencia de lucha. «Todo el mundo lo hace y se oculta; hazlo y no te ocultes.» Así habla el orgullo, y una vez endosada esta coraza vuelve a brillar el sol.

Cuentan que Damocles veía una espada sobre su cabeza; así, los libertinos parecen sentir sobre ellos algo que les grita: «Anda sin parar; estoy pendiente de un hilo.» Esos coches con máscaras que se ven en tiempos de Carnaval son la fiel imagen de su vida: una carroza desvencijada, abierta a todos los vientos; antorchas encendidas alumbrando ca-

bezas enyesadas; unos ríen; otros cantan; en medio se agitan bultos que parecen mujeres; en efecto, son restos de mujeres con semblantes casi humanos. Las acarician; las insultan; no se saben sus nombres ni quiénes son. Todo esto flota y se balancea sobre la resina ardiendo, con una embriaguez que no piensa en nada y sobre la cual vela un dios, según dicen. Sólo piensan en abrazarse y besarse; uno ha caído en un bache, ¡qué importa! Vienen de aquí, van allí, y los caballos galopan.

Pero si el primer movimiento es de asombro, el segundo es de horror, y el tercero, de compasión. Hay tanta fuerza, o más bien tanto abuso de la fuerza, que ocurre con frecuencia que los caracteres más nobles y las organizaciones más fuertes se dejan engañar. Esto les parece atrevido y peligroso, y se vuelven pródigos de sí mismos. Se aferran a la disipación como Mazeppa sobre su bestia salvaje; se incrustan en ella y se vuelven centauros; no ven ni el reguero de sangre que los jirones de su carne dejan a su paso, ni los ojos de los lobos que se tiñen de púrpura al perseguirles, ni el desierto, ni los buitres.

Lanzado en esta vida por las circunstancias que he referido, voy a contar ahora lo que vi en ella.

La primera vez que asistí a esas asambleas famosas que llaman bailes de máscaras había oído hablar de las bacanales de la Regencia y de una reina de Francia disfrazada de vendedora de violetas. Yo encontré allí vendedoras de violetas disfrazadas de cantineras. Esperaba tropezar con el

libertinaje, pero no hasta ese extremo. El libertinaje no es cieno, golpes y perdidas completamente ebrias sobre botellas rotas.

La primera vez que asistí a la orgía de la mesa había oído hablar de las comidas de Heliogábalo y de un filósofo de Grecia que hizo de los placeres de los sentidos una especie de religión de la naturaleza. Esperaba encontrar, a falta de alegría, algo de olvido, y tropecé con lo peor del mundo: el aburrimento tratando de divertirse, e ingleses que decían: «Yo hago esto y lo otro, luego me divierto. He pagado tanto en monedas de oro, luego disfruto según lo que pagué.» Y gastaban su vida de este modo.

La primera vez que vi cortesanas había oído hablar de Aspasia, que sentada sobre las rodillas de Alcibiades discutía con Sócrates. Esperaba encontrar algo basto, insolente, pero alegre y vivaracho: algo así como el burbujeo del vino de champaña. Encontré una boca estúpida, unos ojos inmóviles y manos ganchudas.

La primera vez que vi cortesanas tituladas había leído Bocaccio y Bandello, y ante todo había leído a Shakespeare. Había soñado con esas bellas vivarachas, con esos querubines infernales llenos de desenvoltura a quienes los caballeros del *Decamerón* ofrecían el agua bendita al salir de misa. Había dibujado mil veces esas cabezas tan poéticamente locas, tan audazmente engañosas; cabezas que lanzan toda una novela en una ojeada y que no caminan en la vida mas que ondulando, como las si-

renas. Recordaba las hadas de las *Nuevas novelas*, que están siempre ebrias de amor. Encontré cortesanas a horas fijas, que no hacían mas que mentir y ocultar sus bajezas bajo la hipocresía y que sólo saben entregarse y olvidar.

La primera vez que entré en una sala de juego había oído hablar de montes de oro, de fortunas hechas en un cuarto de hora y de un caballero de la corte de Enrique IV que ganó a una carta cien mil escudos que le costaba su traje. Encontré un vestuario donde los obreros que sólo tienen una camisa alquilaban un frac en veinte sueldos la noche, gendarmes sentados a la puerta y hambrientos jugándose un pedazo de pan contra un pistoletazo.

La primera vez que vi una reunión cualquiera pública o privada, abierta a algunas de las treinta mil mujeres que tienen en París licencia para venderse, había oído hablar de las saturnales de todos los tiempos, de todas las orgías habidas desde Babilonia hasta Roma, desde el templo de Priapo hasta el Parque de los Ciervos, y siempre vi una sola palabra escrita en el umbral de la puerta: «Placer.» En estos tiempos también vi una sola palabra: «Prostitución»; pero la he visto siempre imborrable y grabada, no en el metal que ostenta el color del sol, sino en el más incoloro de todos: la plata.

La primera vez que vi al pueblo... fué en una tarde desapacible, el miércoles de Ceniza, en la bajada de la Courtille. Desde la víspera caía una llu-

via fina y glacial; las calles eran ríos de lodo. Los coches de las máscaras desfilaban sin orden, rozándose y empujándose, entre dos hileras de hombres y mujeres repugnantes, de pie en las aceras. Esta muralla de espectadores siniestros mostraba en sus ojos, rojos por el vino, un odio de tigre. A lo largo de una legua de camino, todo esto se revolvió, mientras las ruedas de las carrozas les rozaban el pecho, sin que ellos retrocediesen un paso. Yo estaba de pie sobre el asiento del carruaje descubierto; de vez en cuando, un hombre harapiento salía de las filas, nos vomitaba un torrente de injurias y nos arrojaba al rostro una nube de harina. Pronto nos echaron barro; sin embargo, nosotros avanzábamos hacia la Isla del Amor y el bosque de Romainville, donde tan dulces besos se cruzaban en otro tiempo sobre la hierba. Uno de los nuestros cayó, a riesgo de estrellarse, sobre el adoquinado; el pueblo se precipitó hacia él para ahogarle; fué preciso correr y rodearle. Uno de los trompeteros que nos precedía a caballo recibió un adoquín en un hombro; era que la harina faltaba. Nunca pude imaginar nada parecido a este espectáculo.

Empecé a comprender el siglo y a saber en qué tiempos vivimos.

III

Desgenais había organizado en su casa de campo una reunión de muchachos. Los vinos mejores, espléndida mesa, juego, baile, paseos a caballo; nada faltaba. Desgenais era rico y espléndido. Practicaba la hospitalidad a la antigua, con los refinamientos modernos. Además, en su casa se encontraban los libros mejores; su conversación era la de un hombre instruído y educado. Para mí, mi amigo era un problema.

Llegué a su casa con un humor taciturno, que nada podía distraer; le respetó escrupulosamente. Como no respondí a sus preguntas, dejó de hacerme las preguntas; lo importante para él era que olvidase a aquella mujer. A pesar de todo, asistía a las diversiones, y en la mesa me mostraba tan buen convidado como los demás. El no me exigía otra cosa.

Hay en el mundo gente parecida, que se desvela por prestaros un servicio y os tiraría sin remordimiento una piedra a la cabeza para libraros de una mosca importuna. No se preocupan mas que de impedir que procedáis mal; es decir, que no descansan hasta que sois semejantes a ellos. Alcanzado su objeto, por cualquier medio que sea, se frotan las manos y no se les ocurre la idea de que pueden haberos hecho caer de mal en peor; todo esto de buena fe.

Una de las desdichas que sufre la juventud in-

experta es imaginarse el mundo juzgándole por las primeras impresiones que sufren; pero es forzoso confesar que hay una raza de hombres desgraciados, y son los que en casos parecidos están a su lado para decirles: «Tienes razón al creer solamente en el mal, y nosotros lo sabemos por experiencia.» He oído hablar de algo muy extraño: un término medio entre el bien y el mal, un arreglo entre las mujeres sin corazón y los hombres dignos de ellas; a esto le llaman sentimientos pasajeros. Hablan de esto como de una máquina de vapor inventada por un fabricante de carruajes o por un maestro de obras. Me decían: «Hay que convenir en esto o en lo otro; hay que contestar con tales palabras a estas otras; hay que escribir las cartas de este modo y arrodillarse de este otro.» Todo esto está reglamentado como una formación, y estas pobres gentes tenían el cabello gris. Esto me hizo reír. Desgraciadamente para mí, soy incapaz de decir a una mujer a quien desprecio que la amo, aun sabiendo que esto es convencional y ella no me da crédito. Nunca he puesto en tierra mis rodillas sin poner también el corazón. Por tanto, esa clase de mujeres que apellidan fáciles me es desconocida, o, si alguna he tropezado, ha sido sin saberlo y por mi candidez. Comprendo que el alma se deje aparte; no comprendo que se la mezcle en estas cosas. Es posible que esto sea orgullo; no me gusta alabarme ni rebajarme. Odio a las mujeres que se ríen del amor y permito que me paguen en la misma moneda; no disputaremos por eso.

Estas mujeres están muy por debajo de las cortesanas; las cortesanas pueden mentir, pero pueden también amar, y estas mujeres sólo pueden mentir. Recuerdo a una que me quería y que decía a un hombre tres veces más rico que yo, con el cual vivía: «Me fastidias, y voy a buscar a mi amante.» Esta perdida valía más que otras que se entregan gratis.

Pasé una temporada en casa de Desgenais, y allí me enteré de que mi querida había marchado fuera de Francia. Esta noticia me dejó en el corazón una languidez que no me abandonó.

Al contacto de la sociedad que me rodeaba y que era desconocida para mí sentí al principio una curiosidad triste y profunda, que me hacía verlo todo bajo un prisma extraño. He aquí el primer suceso que dió lugar a este sentimiento:

Desgenais tenía una querida hermosísima, que le amaba mucho; una tarde que paseábamos juntos le dije que la encontraba admirable, tanto por su belleza como por su adhesión a él. En una palabra, hice su elogio con gran calor y le di a entender que debía considerarse muy dichoso. No me contestó. Era su costumbre. Cuando nos retiramos por la noche, haría un cuarto de hora que estaba acostado, cuando llamaron a mi puerta. Creyendo que sería algún amigo que padecía insomnio, grité que entrasen. Vi avanzar a una mujer más pálida que la muerte, medio desnuda y con un ramo de flores en la mano. Llegó a mí y me presentó el ramo; un pedazo de papel estaba sujeto a él y con-

tenía estas palabras: «A Octavio, su amigo Desgenais, como compensación.» Al leer esto un relámpago iluminó mi espíritu. Comprendí todo lo que había en esta acción de Desgenais, enviándome su querida y haciéndome un regalo a la turca, sólo por algunas palabras que yo le había dicho. Dado su carácter, no había en este rasgo ostentación de generosidad: sólo había una lección. Esta mujer le amaba; yo la elogí, y quiso enseñarme que no debía amarla, lo mismo si la admitía que si la rechazaba. Esto me hizo reflexionar. La pobre muchacha lloraba sin atreverse a enjugar sus lágrimas, por miedo de que yo las percibiera. ¿Con qué la había amenazado para obligarla a venir? Lo ignoraba.

—Señorita—le dije—, no se disguste. Váyase y nada tema.

Ella me contestó que si salía de mi habitación antes de la mañana siguiente Desgenais la enviaría a París; que su madre era pobre y no podía resolverse a desobedecerle.

—Muy bien—le dije—; y usted probablemente es pobre también; de modo que si yo quiero obedecerá a Desgenais. Pero es usted muy bella, y eso podría tentarme. Esas lágrimas no son para mí, y no sé qué hacer con el resto. Váyase, y yo me encargo de que no la envíen a París.

La meditación, que en otros es una cualidad constante del espíritu, no es en mí sino un instinto independiente de la voluntad, que me acomete por accesos como una pasión violenta. Llega a mí por

intervalos, a su hora, a pesar mío y esté donde esté. Cuando viene nada puedo contra ella. Me lleva donde quiere y por el camino que quiere.

Cuando aquella mujer partió me dije:

«Amigo mío, esto es providencial. Si Desgenais ha querido cederte su amante, al creer que podías enamorarte de ella, probablemente no se equivocaba. ¿Te has fijado bien en ella? Un misterio sublime y divino se verificó en las entrañas que la concibieron. Un ser parecido cuesta a la Naturaleza sus miradas maternales más cuidadosas, y, sin embargo, el hombre que pretende curarte no ha encontrado para enseñarte a no amarla medio mejor que acercarla a tus labios. ¿A qué obedece esto? Otros antes que tú la han admirado; pero sin duda no corrían el mismo riesgo, y hubieran sido insensibles a todas sus seducciones: tú sólo peligrabas. Es preciso que Desgenais, a pesar de su vida, tenga corazón, puesto que vive. ¿En qué os diferenciáis? Es un hombre que no cree en nada ni teme a nada, que no tiene ninguna preocupación ni disgusto alguno, al cual seguramente un ligero alfilerazo en un talón llenaría de espanto, porque si su cuerpo le abandona, ¿qué le resta? No tiene nada vivo mas que el cuerpo. ¿Quién es entonces esta criatura que trata su alma como los penitentes su carne? Piensa en esto. Un hombre tiene en sus brazos la mujer más hermosa del mundo; es joven y ardiente; la encuentra bella, y se lo dice, y ella contesta que le ama; entonces alguien le advierte: «Es una perdida.» Nada más; esto le

basta para conseguir su objeto. Si le hubieran dicho: «Es una envenenadora», continuaría amándola y no le daría un beso menos; pero es una pérdida, y ya no volverá a hablarla de amor.

»¿Qué es entonces esa palabra? Una frase exacta, merecida, insultante, conforme; pero al fin y al cabo es una frase. ¿Es posible matar un cuerpo con una palabra? ¿Y qué ocurre si tú amas ese cuerpo?

»Te sirven un vaso de vino y te advierten: «Es malo; dan cuatro por seis francos.» ¿Y si a ti te embriaga?

»Desgenais ama indudablemente a su querida, puesto que la paga; entonces, ¿es que hay un modo de amar especial? No; no le hay: su modo de amar no es el amor, y siente el mismo por la mujer que lo merece que por la indigna. Es simplemente que no ama a nadie.

»¿Qué le ha conducido a eso? ¿Nació así, o ha cambiado? Amar es tan natural como beber y comer. No es un hombre. ¿Es un aborto, o un gigante? ¿Tan seguro está de la impasibilidad de su cuerpo que se lanza sin peligro en los brazos de una mujer que le ama? Cambia tan sólo el oro por la carne. ¿Qué festín es su vida y qué brebaje contiene su copa? A los treinta años se encuentra como Mitrídates: los venenos le son familiares.

»Aquí existe un secreto, que se trata de descubrir. A pesar de todos los razonamientos que se hagan para defender la disipación, podrá demostrarse que es natural un día, una hora, una noche; pero no mañana ni todos los días. No existe un solo

pueblo en el mundo que no haya considerado a la mujer como la compañera y el consuelo del hombre, o como el instrumento sagrado de la vida, y bajo estas dos formas la haya honrado. Sin embargo, existe un hombre guerrero, acorazado, que salta sobre el abismo que Dios ha cavado con sus propias manos, entre el hombre y el animal; eso equivale a negar la palabra. ¿Cuál es el Titán silencioso que se atreve a rechazar bajo los besos corporales el amor del pensamiento y a ponerse sobre los labios el estigma del bruto, el sello del silencio eterno? Falta dilucidar un punto. Sopla por cima de todo esto uno de esos misterios que los ángeles de destrucción se murmuran al oído cuando la noche desciende sobre la tierra.

»Este hombre, ¿es peor o mejor que Dios le ha hecho? Sus entrañas son como las de las mujeres estériles, que la naturaleza solamente ha bosquejado y donde alguna hierba venenosa ha destilado en la sombra.

»Ni el trabajo ni el estudio han podido curarte, amigo mío. Olvidar y aprender es tu divisa. Hojeas libros muertos y eres demasiado joven para las ruinas. Mira a tu alrededor el pálido rebaño de hombres que te rodea. Los ojos de las esfinges resplandecen entre jeroglíficos divinos; ¡descifra el libro de la vida!

»Animo, estudiante, arrójate en la Estigia, el río invulnerable, y que sus ondas enlutadas te conduzcan a la muerte o a Dios.»

IV

«Todo lo bueno que hay en esto, suponiendo que pueda haber algo bueno, es que los falsos placeres son semillas de dolores y amarguras, que me fatigan lo indecible.» Estas fueron las sencillas palabras que pronunció acerca de su juventud el hombre más hombre que ha existido, San Agustín. Pocos de sus imitadores repetirán estas palabras, pero todos las llevan en el corazón; yo no encuentro otras en el mío.

Vuelto a París el mes de diciembre, pasé el invierno entre diversiones, mascaradas y cenas sin separarme de Desgenais, que se mostraba encantado conmigo; yo no lo estaba. Cuanto más me divertía, más aumentaba mi preocupación. Al cabo de poco tiempo me pareció que esta extraña sociedad, que al principio consideré como un abismo, se reducía, por decirlo así, a cada paso. A medida que avanzaba, donde esperaba encontrar un espectro sólo veía una sombra.

Desgenais me preguntó qué me ocurría.

—Y tú—le interrogué a mi vez—, ¿qué tienes? ¿Se te ha muerto algún pariente? ¿Tienes alguna herida que se resienta con la humedad?

Algunas veces me oía sin contestarme. Nos sentábamos a la mesa y bebíamos hasta perder la cabeza; a media noche tomábamos caballos de posta e íbamos a almorzar a diez o doce leguas de distan-

cia, en el campo; al volver, al baño; de allí, a la mesa; de allí, al juego, y de allí, al lecho, y cuando me encontraba junto al mío..., entonces corría el cerrojo de la puerta, caía de rodillas y lloraba. Era mi oración de la noche.

¡Cosa extraña! Me enorgullecía parecer lo que en el fondo de mi corazón no era; me alababa de proceder peor de lo que procedía, y encontraba en esta fanfarronería un placer extraño, mezclado de tristeza. Cuando sólo había hecho realmente lo que refería, sentía tedio; pero cuando inventaba alguna locura, la historia de alguna orgía a la cual no había asistido, sentía el corazón satisfecho, ignoro por qué.

Lo que me causaba más dolor era ir en partida de placer a los lugares donde había estado con mi amante. Me volvía estúpido y permanecía alejado de todos, contemplando los troncos de los árboles con amargura infinita y golpeándolos con el pie como si quisiera reducirlos a polvo. Luego volvía murmurando cien veces seguidas entre dientes: «¡Dios no me ama; Dios no me ama!» Y quedaba silencioso horas enteras.

Recordaba incesantemente que la verdad es la desnudez.

«El mundo—me decía—llama a sus afeites virtud; su rosario, religión; su manto protector, conveniencia. El honor y la moral son sus doncellas; bebe, mezcladas con el vino, las lágrimas de los pobres de espíritu que creen en El; se pasea con los ojos bajos, mientras alumbra el sol; va a la

iglesia, al baile y a las reuniones, y cuando llega la noche se despoja de sus ropas y se convierte en una bacante desnuda con dos pies de macho cabrío.»

Cuando hablaba así me causaba horror a mí mismo, porque comprendía que, si el cuerpo estaba dentro del traje, el esqueleto estaba dentro del cuerpo.

«¿Es posible que no haya mas que esto?»—me preguntaba a mí mismo.

Luego volvía a la ciudad, encontraba en mi camino una muchacha bonita dando el brazo a su madre, y la seguía con la vista suspirando como un niño.

Aun cuando había reanudado mis costumbres de siempre con mis amigos y hubiésemos reglamentado nuestras calaveradas, no por eso dejé de frecuentar la sociedad.

La vista de las mujeres me causaba una turbación insoportable; les daba la mano temblando. Había resuelto no volver a amar. Sin embargo, cierta noche me retiré de un baile con el corazón tan enfermo, que sentí que era el amor. Me encontré colocado en la mesa al lado de la mujer más encantadora y más distinguida que recuerdo haber visto nunca. Cuando cerré los ojos para conciliar el sueño la vi delante de mí. Creí que estaba perdido; resolví no encontrarla de nuevo, y me abstuve de frecuentar los sitios donde sabía que podía verla. Esta especie de fiebre me duró quince días, durante los cuales estuve echado constantemente en

un sofá, recordando, a pesar mío, hasta las menores palabras que con ella cambié.

Como no hay bajo el cielo un sitio donde se ocupen del vecino tanto como en París, no pasó mucho tiempo sin que la gente que me conocía, y siempre me encontraba acompañando a Desgenais, declarase que yo era un gran libertino.

Admiré la poca perspicacia de la gente. Los mismos que me juzgaron un mentecato y un imbécil a raíz de la ruptura con mi amante, ahora me juzgaban insensible y frío. Llegaron a decirme que se veía claramente que no amé a aquella mujer, que el amor era un juego para mí, con lo cual creían hacerme un gran elogio; y lo peor de todo es que estaba poseído de una vanidad tan miserable, que eso me encantaba. Pretendía pasar por hastiado, cuando mi imaginación exaltada me conducía fuera de todo límite y mi corazón estaba lleno de deseos. Empecé a decir que no podía hacer caso de ninguna mujer; mi cabeza se debilitaba con quimeras que yo afirmaba preferir a la realidad. Mi único placer era desnaturalizarme. Bastaba que un pensamiento fuese extraordinario y repugnase al sentido común para que al instante me convirtiera en su campeón, a riesgo de demostrar los sentimientos más censurables.

Mi defecto mayor era la imitación de todo lo que me sorprendía, no por su belleza, sino por su rareza, y no queriendo parecer imitador me perdí en la exageración, a fin de resultar original. A mi parecer, no había nada bueno, ni pasable siquiera;

nada valía la pena de volver la cabeza; sin embargo, cuando me acaloraba discutiendo no encontraba en el idioma francés expresiones bastante ampulosas para alabar lo que yo sostenía; pero desde el momento que me daban la razón, toda mi fogosidad caía por tierra.

Esto era consecuencia natural de mi conducta. Hastiado de la vida que llevaba, no quería variar, sin embargo:

*Simigliante a quella 'nferma
Che non può trovar posa in su le piume,
Ma con dar volta suo dolore scherma.*

DANTE.

Del mismo modo, yo atormentaba mi espíritu para engañarle y caía en las contradicciones para huir de mí mismo.

Pero mientras mi vanidad se distraía sufría mi corazón, por lo cual había en mí constantemente un hombre que reía y otro que lloraba. Era una contradicción perpetua de mi corazón con mi cabeza.

Mis propias burlas me causaban pena y mis pesares más hondos me daban gana de reír.

Cierto día un hombre se alababa de ser insensible a las supersticiones y de no tener miedo a nada. Sus amigos metieron en su lecho un esqueleto humano y luego se escondieron en un cuarto cercano para observarle cuando llegase. No escucharon ningún ruido; pero cuando entraron en la habitación al día siguiente le hallaron sentado a la cabecera

y jugando con las osamentas; había perdido la razón.

Había algo en mí parecido a este hombre, con la única diferencia de que mis osamentas favoritas eran las de un esqueleto adorado; eran los despojos de mi amor, todo lo que me restaba del pasado.

Hay que confesar que en todo este desorden no faltaban los buenos ratos. Los compañeros de Desgenais eran gentes distinguidas y alguno de ellos artista. Algunas veces pasábamos veladas deliciosas bajo pretexto de libertinaje. Uno de ellos estaba entonces enamorado de una cantante que nos entusiasmaba por su voz fresca y melancólica. ¡Cuántas veces hemos estado sentados en círculo escuchándola, mientras la mesa estaba servida! ¡Cuántas veces uno de nosotros, mientras se descorchaban las botellas, leía en voz alta un libro de Lamartine, que escuchábamos con religioso silencio! Entonces desaparecía todo pensamiento extraño. Las horas volaban entre tanto y cuando nos sentábamos a la mesa, ¡qué libertinos más extraños! No decíamos una palabra y teníamos lágrimas en los ojos.

Desgenais, sobre todo, que era habitualmente el más frío y el más seco de los hombres, se abandonaba esos días a sentimientos tan extraordinarios que parecía un poeta delirando.

Pero después de estas expansiones se sentía presa de una alegría loca. Cuando el vino le había calentado lo destrozaba todo, y el genio de la des-

trucción parecía apoderarse de él; algunas veces, en medio de sus locuras, le he visto arrojar una silla por la ventana con un estrépito espantoso.

No pude impedir hacer de este hombre un sujeto de estudio. Me parecía que pertenecía a una raza de gentes que debía de existir en alguna parte, pero desconocida para mí. Era imposible discernir si obraba impulsado por la desesperación del enfermo o por un capricho de niño mimado.

Los días de fiesta especialmente se apoderaba de él una excitación nerviosa que le hacía conducirse como un colegial. Su sangre fría nos hacía entonces morir de risa. Un día me convenció para salir a pie los dos solos, grotescamente disfrazados con caretas e instrumentos de música. Nos paseamos de este modo durante toda la noche, gravemente, en medio de un estrépito terrible. Encontramos un cochero de plaza dormido en el pescante; desenganchamos los caballos, después de lo cual, fingiendo que salíamos de un baile, le llamamos a gritos. El cochero se despertó, y al primer latigazo partieron los caballos al trote, dejándole encaramado en el pescante. La misma noche fuimos a los Campos Elíseos. Desgenais, al ver otro carruaje, le detuvo como si fuera un ladrón. Intimidó al cochero con amenazas y le obligó a descender y a tenderse boca abajo. Era un juego para hacerse matar. Sin embargo, abrió la portezuela y vimos dentro un joven y una señora inmóviles de terror. Me dijo que le imitara, y abriendo las dos portezuelas, empezamos a entrar por una y salir

por la otra, de modo que, en la obscuridad, los pobres del carruaje creían que éramos una procesión de bandidos.

Supongo que los que dicen que frecuentar el mundo da experiencia deben sorprenderse al ver que se les da crédito. El mundo se compone de torbellinos que no tienen ninguna relación entre sí; todo se pierde en bandadas, como el vuelo de los pájaros.

Los diferentes barrios de una ciudad no se parecen entre ellos y algunos desconocen la Chaussée d'Antin o el Marais tanto como Lisboa. La única verdad es que esos torbellinos desde que el mundo existe están atravesados por siete personajes, siempre los mismos: el primero se llama esperanza; el segundo, conciencia; el tercero, opinión; el cuarto, envidia; el quinto, tristeza; el sexto, orgullo, y el séptimo se llama ¡hombre! Mis compañeros y yo éramos una bandada de pájaros y permanecimos juntos hasta la primavera, ora jugando, ora corriendo...

—Pero—dirá el lector—en medio de todo esto, ¿qué mujeres había? No comprendo ese libertinaje.

¡Oh criaturas que lleváis el nombre de mujeres y que habéis pasado como sueños por una vida que es un sueño a su vez! ¿Qué puedo decir de vosotras? Donde no hubo ni la sombra de una esperanza, ¿puede quedar algún recuerdo? ¿Hay algo más mudo en la memoria humana? ¿Hay algo más olvidado que vosotras?

Si es preciso hablar de mujeres, voy a citar dos; he aquí una:

¿Que queréis que haga una pobre costurera, joven y bonita, con diez y ocho años y, por lo tanto, con aspiraciones? Guarda en su costurero una novela donde no se habla mas que de amor; no sabe nada y, por tanto, no tiene ninguna idea de moral; cose constantemente ante una ventana por la cual no desfila ninguna procesión, pero delante de la cual pasean todas las noches una docena de perdidas con patente, autorizadas por la policía. ¿Qué queréis que haga, cuando, después de fatigar sus manos y sus ojos durante todo un día sobre un vestido o un sombrero, se asoma un momento a esa ventana al anochecer? El vestido que ha cosido y el sombrero que ha confeccionado con sus manos pobres y honradas, para llevar a casa algo de cenar, los ve pasar sobre el cuerpo de una mujer pública. Treinta veces por día un carruaje de alquiler se detiene ante su puerta y de él descende una prostituta numerada, como el coche que la conduce, la cual viene, con aire desdeñoso, a presumir delante del espejo, a probarse y a ponerse y quitarse diez veces el trabajo fruto de sus desvelos. Ve a esta perdida sacar del bolsillo seis monedas de oro, ella que gana una a la semana; la mira de pies a cabeza, examina su traje, la sigue hasta el carruaje, y después, ¿qué queréis? Cuando la noche está muy obscura, un día que la labor falta y que su madre está enferma, entreabre su puerta, extiende la mano y detiene a un transeunte.

Tal es la historia de una joven que he conocido. Sabía tocar un poco el piano, algo de cuentas, algo de dibujo; hasta algo de historia y de gramática, y así sucesivamente un poco de todo. ¡Cuántas veces miré con dolorosa compasión ese triste boceto de la Naturaleza, mutilada, además, por la sociedad! ¡Cuántas veces he seguido en la noche profunda los resplandores pálidos y vacilantes de un lucero abortado! ¡Cuántas veces he procurado reanimar el fuego de unos carbones extinguidos bajo esta pobre ceniza! Sus largos cabellos tenían efectivamente el color de la ceniza, y la llamábamos *Cenicienta*.

Yo no era bastante rico para ponerle maestros; Desgenais, siguiendo mi consejo, se interesó por esta criatura. Hizo que aprendiera a fondo lo que sabía de modo deficiente. Pero ella no adelantaba nada; apenas su maestro se retiraba, se cruzaba de brazos, y así permanecía horas enteras mirando a través de los cristales. ¡Qué días! ¡Cuánta miseria! Le amenacé un día con no darle dinero si no se aplicaba. Se puso a estudiar silenciosamente, y algún tiempo después me enteré de que salía a escondidas. ¿Dónde iba? ¡Sabe Dios! La rogué que me bordase una bolsa antes de marcharse; he conservado mucho tiempo esta triste reliquia; la tenía colgada en mi cuarto como uno de los monumentos más sombríos de todo cuanto es ruina en la tierra.

Ahora, he aquí la otra mujer:

Una noche, cerca de las diez, y después de un día de ruido y de fatiga, fuimos a casa de Desge-

nais, que se nos había anticipado algunas horas para hacer sus preparativos. La orquesta estaba ya en funciones y el salón lleno de gente cuando llegamos.

La mayoría de las bailarinas eran mujeres de teatro; me explicaron por qué éstas cuestan más que las otras: es que se las disputa todo el mundo. Apenas entré me lancé al torbellino del vals. Este delicioso ejercicio me ha gustado siempre extraordinariamente. No conozco nada más noble, ni más digno de una mujer hermosa y de un hombre joven; todas las danzas, comparadas con ésta, son insípidas o sólo pretexto para conversaciones fútiles. Es poseer verdaderamente a una mujer tenerla media hora entre los brazos y arrastrarla palpitante y no sin riesgo; de tal modo, que es imposible decir si se la protege o se la fuerza. Algunas se entregan con tan voluptuoso pudor, con abandono tan puro y dulce, que no se sabe si lo que se experimenta a su lado es deseo o temor y si al estrecharlas contra nuestro corazón las quebraremos como cañas. Alemania, donde se ha inventado este baile, es seguramente un país donde se ama mucho. Tenía entre mis brazos una soberbia bailarina de un teatro italiano, que había venido a París a pasar el Carnaval; estaba disfrazada de bacante, con un traje de piel de pantera. Jamás vi nada más lánguido que esta criatura. Era alta y delgada, y aunque bailaba con gran rapidez, parecía que se arrastraba. Al verla podía creerse que fatigaría a su pareja; pero era tan ligera, que casi no se la sentía. Sobre el pe-

cho llevaba un ramo muy grande, cuyos perfumes me embriagaban a pesar mío. Al menor movimiento de mi brazo la sentía plegarse como una liana de las Indias, con una flojedad tan dulce y simpática, que me rodeaba como un velo de seda perfumado. A cada vuelta se oía un ligero ruido producido por el roce de su collar con el cinturón de metal. Se movía divinamente, y esto con una sonrisa de hada. La música del vals, tierna y voluptuosa, parecía salir de sus labios, mientras su cabeza, adornada de espléndidos cabellos dispuestos en trenzas, caía hacia atrás como si su cuello fuera demasiado débil para soportar su peso.

Cuando el vals terminó me dejé caer en una silla, en el fondo de un gabinete; latía mi corazón, y me encontraba fuera de mí.

—¡Dios mío! ¿Es posible?—exclamé—. ¡Monstruo admirable, soberbio reptil, cómo enlazas y onduladas como una serpiente, con tu piel suave y listada! ¡Cómo has aprendido a enroscarte alrededor del árbol de la vida, con la manzana entre los labios! ¡Oh Melusina, Melusina! Tuyo es el corazón de los hombres. Ya lo sabes tú, encantadora, que con tu languidez pareces no fijarte en nada. Sabes muy bien a quién pierdes; sabes que apenas te han tocado tienen que sufrir; sabes que se puede morir con tus sonrisas, con el perfume de tus flores, al contacto de tu voluptuosidad. Por eso tu sonrisa es tan dulce y tus flores tan frescas; por eso colocas con tanto abandono tu brazo sobre nuestros hombros. ¿Qué quieres de nosotros?

El profesor Halle ha dicho una frase terrible: «La mujer es la parte nerviosa de la humanidad, y el hombre, la parte muscular.» El mismo Humboldt ha dicho que alrededor de los nervios humanos hay una atmósfera invisible. No hablo de los soñadores que siguen el vuelo circular de los murciélagos de Spallanzani y que creen haber descubierto un sexto sentido a la Naturaleza. Tal como es, sus misterios son insondables; sus potencias, muy profundas, ¡y esta Naturaleza que nos ha creado nos desprecia y nos mata sin que sea preciso esperar más las tinieblas que nos rodean! ¿Cuál es el hombre que cree haber vivido y niega el poder de las mujeres si no ha tenido entre sus brazos una pareja hermosa, si no ha sentido nunca el no-sequé indefinible, el magnetismo enervante que en medio de un baile, al ruido de los instrumentos, al calor que hace palidecer las luces, se exhala de una mujer electrizándola a ella misma y rodeándola como el perfume del benjuí en el incensario que se balancea con el viento?

Me hallaba sumido en profundo estupor.

Que semejante embriaguez existe cuando se ama no era cosa nueva para mí. ¡Conozco esa aureola que rodea a la adorada; pero excitar el corazón con estos latidos, evocar tales fantasmas sólo con la belleza, con flores y con la abigarrada piel de una fiera, con los movimientos de un brazo bien formado, y todo esto sin una palabra, sin un pensamiento, sin que se digne percatarse! ¿Cuál es el caos, si esto es obra de siete días?

Y, sin embargo, no era amor lo que yo sentía, era sed. Por primera vez en mi vida vibraba en mí ser una cuerda ajena a mi corazón. La vista de tan bello animal había hecho rugir a otro dentro de mis entrañas. Comprendí que no diría a esta mujer que la amaba, ni siquiera que era hermosa; no sentía en mis labios más que deseo de besar los suyos, de decirle: «Con tus brazos perezosos hazme un cinturón; reclina en mi hombro tu cabeza; esa dulce sonrisa pégala a mi boca.» Mi cuerpo amaba al suyo; estaba ebrio de belleza, como se está ebrio de vino.

Desgenais pasó y me preguntó qué hacía allí solo.

—¿Quién es esa mujer?—le pregunté.

—¿Qué mujer?—me respondió—. ¿De quién hablas?

Le cogí de un brazo y le llevé al salón. La italiana nos vió llegar, sonrió, y yo retrocedí.

—¡Ah!—dijo Desgenais—. ¿Has bailado con Marco?

—¿Quién es Marco?

—Aquella que sonríe allá lejos. ¿Te gusta?

—No—repliqué—. He valsado con ella, y quería saber su nombre nada más.

La vergüenza me hacía hablar así; pero cuando Desgenais se apartó corrí tras él.

—¡Eres muy fogoso!—dijo riendo—. Marco no es una perdida vulgar; está entretenida, y casi puedo decir casada, con monsieur de ***, embajador en Milán. Uno de sus amigos la ha traído. Sin embargo

—añadió—, voy a hablarla. No te dejaremos morir mientras haya medio de evitarlo. Puede que la permitan cenar con nosotros.

Y se alejó. No sabré explicar qué inquietud experimenté cuando le vi aproximarse a ella; pero no pude seguirles, porque se perdieron entre la multitud.

«¿Será cierto?—me preguntaba—. ¿Llegaré a eso? ¿Y bastará un instante? ¡Dios mío!, ¿será que voy a amarla? Después de todo, son mis sentidos los que están interesados, pero no mi corazón.»

De este modo procuraba tranquilizarme. Algunos instantes después Desgenais me tocó en el hombro.

—Cenaremos en seguida—me dijo—; tú darás el brazo a Marco. Sabe que te gusta y está convenido.

—Escucha—contesté—; no sé lo que siento. Me parece ver a Vulcano cojeando cubriendo de besos a Venus, con su barba ahumada en la fragua. Fija sus ojos sobre la carne de su presa. Concentra su vista en esa mujer, que es su único bien. Se esfuerza en reír de dicha, y se estremece de felicidad, y entre tanto se acuerda de su padre Júpiter, que está sentado en lo alto de los cielos.

Desgenais me contempló sin responder; me cogió del brazo y me llevó.

—Estoy fatigado—me dijo—, triste; este ruido me mata. Vamos a cenar; esto nos animará.

La cena fué espléndida; pero yo fuí solamente espectador; no podía comer nada.

—¿Qué tienes?—me preguntó Marco.

Me quedé como una estatua y la miré de pies a cabeza con asombro.

Se echó a reír. Desgenais, que nos observaba desde lejos, también. Había delante de ella un gran vaso de cristal, tallado en forma de copa, que reflejaba en sus mil facetas la luz de las bujías y que brillaba como el prisma con los siete colores del arco iris. Marco extendió su brazo y llenó el vaso hasta el borde con el dorado vino de Chipre, ese vino de Oriente tan dulce y que más tarde he encontrado tan amargo sobre la arena desierta del Lido.

—Toma—me dijo presentándomelo—; *per voi, bambino mio*.

—Por ti y por mí—le dije presentándole el vaso a mi vez.

Mojó sus labios, y yo lo vacié con una tristeza que ella pareció leer en mis ojos.

—¿Es mal vino?—preguntó.

—No—respondí.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Estás fatigado?

—No.

—Entonces, ¿es una pena de amor?

Y al decir esto en su jerga, se entristecieron sus ojos. Era napolitana, y al hablar de amor su corazón se conmovía, a pesar suyo.

Las cabezas se exaltaban, chocaban las copas, y sobre las mejillas pálidas aparecía esa ligera púrpura con que el vino colorea los semblantes, como

para impedir que el pudor asome a ellos. Un murmullo confuso, como el de la marea ascendente, se oía por intervalos. Las miradas se inflamaban y repentinamente quedaban fijas. No sé qué especie de viento hacía chocar unas contra otras tantas embriagueces. Una mujer se levantó, como la primera ola que se forma sobre el mar aun tranquilo y que anuncia la tempestad, hizo seña con la mano para ordenar silencio, vació su copa de un trago y a este movimiento sus cabellos se destrenzaron. Una ola dorada cayó sobre sus hombros, abrió la boca para empezar una canción; sus ojos estaban entornados y respiraba con dificultad. Dos veces salió de su garganta un sonido ronco, la invadió una palidez mortal y cayó de golpe sobre su silla.

Entonces comenzó un barullo infernal, que no cesó durante más de una hora, hasta el final de la cena. Resultaba imposible entender las canciones, ni las risas, ni aun los gritos.

—¿Qué piensas?—me preguntó Desgenais.

—Nada. Me tapo los oídos y observo.

En medio de esta bacanal, la hermosa Marco permanecía silenciosa, sin beber, apoyada sobre mi brazo y dejando vagar su mirada. No parecía asombrada ni conmovida.

—¿No quieres imitarles?—le pregunté—. Tú me has ofrecido antes vino de Chipre, ¿no quieres beber a tu vez?

Y le serví al decir esto un vaso lleno hasta los bordes. Se levantó lentamente y le vació de golpe;

luego le dejó sobre la mesa y recobró su actitud impasible.

Cuanto más la observaba más original me parecía. Nada la divertía; pero no se aburría tampoco. ¡Tan difícil parecía darle gusto como disgustarla! Hacía lo que se le pedía; pero nada espontáneamente. Me recordaba el genio del eterno reposo y me figuraba que si esta pálida estatua se volviese sonámbula se asemejaría a Marco.

—¿Eres buena o mala?—le pregunté—. ¿Alegre o triste? ¿Has amado? ¿Deseas que te amen? ¿Te gusta el oro, o los placeres, o los caballos, el baile, el campo? ¿Qué te gusta? ¿Qué deseas?

A todas mis preguntas respondía con la misma sonrisa; una sonrisa ni triste ni alegre, que parecía decir: «¿Qué importa?» Acerqué mi boca a la suya y me dió un beso, frío e indiferente como ella, y después llevó el pañuelo a sus labios.

—Desgraciado del que te ame, Marco—le dije.

Bajó hacia mí su mirada; luego miró al cielo y, haciendo con el dedo un gesto de su país, pronunció dulcemente esta palabra italiana tan femenina: *Forsel* (1).

Sirvieron los postres; muchos invitados habían abandonado la mesa; unos fumaban; otros se habían puesto a jugar, y la minoría permanecía en la mesa; algunas mujeres bailaban; otras dormían. La orquesta comenzó; las bujías se extinguían y eran substituídas. Me acordé de la cena de Petronio, don-

(1) Puede ser.

de las lámparas se apagaron en torno a los convidados adormecidos, mientras los esclavos entraban de puntillas y robaban toda la plata. Las canciones continuaban, y tres ingleses, tres de esas figuras dolientes para quienes el continente es un hospital, continuaron entonando la balada más siniestra que salió de sus marismas.

—Ven, Marco, partamos—le dije.

Se levantó y tomó mi brazo.

—¡Hasta mañana!—me gritó Desgenais, y salimos de la sala.

Al aproximarnos a la morada de Marco mi corazón palpitaba violentamente; no podía hablar. No había conocido nunca una mujer parecida; no experimentaba deseos ni disgusto, y yo no sabía qué pensar cuando sentía temblar mis manos al lado de este ser inmóvil.

Su gabinete era, como ella, obscuro y voluptuoso; una lámpara de alabastro lo alumbraba apenas. Los sillones y el sofá eran cómodos como lechos, y creo que todo estaba compuesto de pluma y seda. Al entrar noté un fuerte olor a pastillas turcas, no de las que venden en las calles de París, sino de las de Constantinopla, que son más enervantes y despiden fuerte perfume. Marco llamó, y acudió una doncella. Entró con ella en su alcoba sin decirme una palabra, y pocos instantes después la vi acostada, apoyada sobre un codo, con la postura que le era habitual. Yo, en pie, la contemplaba. ¡Cosa extraña! Cuanto más la admiraba y la encontraba más bella más se desvanecían los deseos que me

había inspirado. No sé si fué un efecto magnético; pero su silencio y su inmovilidad se apoderaron de mí. La imité y me tendí en el sofá, frente a la alcoba, sintiendo que el frío de la muerte me llegaba al alma.

Los latidos de la sangre en las arterias son un reloj extraño que sólo sentimos vibrar durante la noche. El hombre que no se encuentra distraído por los objetos exteriores se reconcentra en sí mismo y nota que existe. A pesar de la fatiga y la tristeza, no podía cerrar los ojos; los de Marco estaban fijos en mí; nos contemplábamos en silencio y lentamente, si así puede decirse.

—¿Qué haces ahí?—me preguntó al fin—. ¿Por qué no vienes a mi lado?

—Ya voy—le respondí—. ¡Qué hermosa eres!

Se oyó un suspiro semejante a un quejido; una de las cuerdas del arpa de Marco acababa de saltar. A este ruido volví la cabeza y vi que los primeros rayos de la aurora se introducían por las junturas de las cortinas de las ventanas. Me levanté y las descorrí. Una luz intensa penetró en la habitación. Me acerqué a una ventana y me detuve: el cielo estaba sin nubes y el sol brillaba en él.

—¿No vienes?—repitió Marco.

Le hice señas de que aguardase. Sin duda razones de prudencia le habían hecho escoger un barrio apartado del centro. Debía tener otro alojamiento, porque algunas veces recibía a los amigos de su amante. El departamento donde nos encontrába-

mos era sin duda una especie de *casita*. Daba al Luxemburgo, cuyos jardines se extendían ante mi vista.

Como un corcho que dentro del agua se escapa entre los dedos que le aprisionan para volver a la superficie, así sentía agitarse dentro de mí algo que no podía dominar. La vista de las avenidas del Luxemburgo hizo latir mi corazón y borró todo pensamiento en mi mente. ¡Cuántas veces me senté a la sombra de sus árboles con un libro lleno de loca poesía! Tales fueron las calaveradas de mi niñez. Todos estos recuerdos lejanos acudieron a mi mente al contemplar los árboles desnudos y la hierba mustia de los parterres. Cuando contaba diez años había paseado por allí en compañía de mi hermano y mi preceptor, arrojando migas de pan a los pájaros ateridos; allí, sentado en un rincón, había contemplado durante horas enteras a las niñas que jugaban al corro; sentía latir mi cándido corazón con las palabras de sus canciones infantiles; al salir del colegio había recorrido muchas veces la misma avenida, abismado en un verso de Virgilio, y apartando una piedra con el pie. «¡Oh infancia mía, estás aquí!—exclamé—. ¡Oh Dios mío, vuelvo a encontrarte!»

Volví la cabeza. Marco estaba dormida; la lámpara se había apagado y la luz del día había cambiado por completo el aspecto de la habitación. Las cortinas que me habían parecido azules eran verdosas, y Marco, la bella estatua extendida en su lecho, estaba lívida como una muerta.

Me estremecí; miré la alcoba, después el jardín; mi cabeza se trastornaba. Di algunos pasos y fui a sentarme junto a un secreter abierto colocado entre las ventanas. Me apoyé sobre él y miré maquinalmente una carta extendida, que habían dejado encima de él; sólo contenía algunas líneas. Las leí muchas veces seguidas, sin fijarme, hasta que a fuerza de repetirlas su contenido se hizo inteligible para mí; aunque no lo comprendí todo al principio, quedé sorprendido. Me apoderé del papel y leí lo siguiente, escrito con muy mala ortografía:

«Murió ayer. A las once de la noche, sintiéndose desfallecer, me llamó y me dijo: «Luisón, voy a reunirme con mi compañero; abre el armario y coge una sábana que está colgada de un clavo; es la pareja de la otra.» Me dejé caer de rodillas llorando; pero ella me tendió la mano, diciendo: «¡No llores! ¡No llores!», y lanzó un suspiro...»

El resto estaba roto. No puedo explicar el efecto que produjo en mí esta siniestra lectura. Di vuelta al papel y vi las señas de Marco y la fecha de la víspera.

—¿Quién es esa muerta? ¿Quién es?—grité dirigiéndome a la alcoba.

Marco abrió los ojos; me vió sentado sobre su lecho y con la carta en la mano.

—Es que ha muerto mi madre—dijo—. ¿No vienes a mi lado?

Y al decir esto me alargó la mano.

—¡Silencio!—exclamé—. Déjame y duerme.

Dió media vuelta y volvió a dormirse. La contemplé algún tiempo, hasta que, seguro de que no podía oírme, me alejé y salí sin hacer ruido.

V

Me encontraba una tarde sentado al lado del fuego con Desgenais. La ventana estaba abierta; era uno de los primeros días de marzo, que son mensajeros de la primavera; había llovido, y un olor perfumado llegaba del jardín.

—¿Qué vamos a hacer, amigo mío—le dije—, cuando llegue la primavera? Tengo deseos de viajar.

—Yo haré—me contestó—lo que hice el año pasado; iré al campo cuando sea el tiempo de ello.

—¿Haces siempre lo mismo? ¿Vas a volver a empezar la vida del año pasado?

—¿Qué quieres que haga?—exclamó.

—Es natural—dije levantándome—; dices bien. Desgenais, esta vida me fatiga. ¿No te cansas de hacer siempre lo mismo?

—No—me contestó.

Yo estaba de pie ante un grabado que representaba la Magdalena en el desierto. Crucé las manos involuntariamente.

—¿Qué haces?—preguntó mi amigo.

—Si yo fuera pintor y quisiese pintar la melancolía no la representaría por medio de una

muchacha soñadora con un libro entre las manos.

—¿Te ha molestado alguien?—preguntó riendo.

—No, ciertamente. Esta Magdalena desolada tiene el pecho henchido de esperanza; la mano pálida en la cual apoya su cabeza está embalsamada todavía por los perfumes que ha derramado a los pies de Cristo. ¿No ves en ese desierto un mundo de pensamientos? La melancolía no existe en ese cuadro.

—Es una mujer leyendo—contestó secamente.

—¡Dichosa mujer y libro dichoso!

Desgenais comprendió lo que yo quería decir y vió que se apoderaba de mí una tristeza profunda. Me preguntó la causa de mi disgusto. Dudé en contestar y sentí destrozarse mi corazón.

—Querido Octavio—me dijo—: si tienes algún motivo de pena, no dudes en confiármelo; ábreme tu corazón y encontrarás un amigo en mí.

—Lo sé—respondí—; tengo un amigo, pero mi pena no tiene amigo ninguno.

Me rogó que me explicara.

—¿De qué servirá que me explique si no podemos hacer nada ninguno de los dos? ¿Me pides que te enseñe el fondo de mi corazón, o solamente una excusa?

—Te pido franqueza—contestó.

—Pues bien, Desgenais; en otro tiempo me diste algunos consejos, y te ruego que me escuches como yo te escuché entonces. Me preguntas qué pasa en mi corazón, y voy a decírtelo.

—Díle al primer recién llegado: «He aquí unos hombres que pasan su vida bebiendo, montando a caballo, riendo, jugando y disfrutando de todos los placeres; no encuentran trabas en su camino y no tienen más ley que la suya. Son ricos y tienen las mujeres que quieren. Ni una sola preocupación. Todos los días son fiesta para ellos.» A menos que este hombre sea un filósofo severo, te contestará que eso es la debilidad humana, o te dirá que esa es la felicidad más grande que puede haber. Coloca a ese hombre en este medio; siéntale a la mesa con una mujer al lado, una copa en la mano; dale un puñado de oro todas las mañanas y díle después: «Esta va a ser tu vida. Mientras duermas al lado de tu querida, tus caballos piafarán en las cuadras; mientras hagas caracolear tu caballo en los paseos, el vino mejorará en tus bodegas; mientras pases las noches bebiendo, tus banqueros aumentarán tus riquezas. No tienes mas que manifestar un deseo para que éste se convierta en realidad. Eres el más dichoso de los hombres; pero guárdate de beber un día demasiado, porque tu cuerpo no volverá a estar dispuesto a gozar. Será una gran desgracia, porque todos los dolores tienen remedio menos ese. Una noche galoparás en alegre compañía; tu caballo dará un paso en falso, caerás en un foso lleno de fango, corriendo el riesgo de que tus compañeros, en medio de sus gritos de alegría, no oigan tus gritos de angustia. Ten cuidado de que no pasen cerca de ti sin verte y continúen alegremente su camino mientras arrastras tus miembros destro-

zados en las tinieblas. Alguna noche perderás en el juego; la suerte tiene sus quiebras. Cuando vuelvas a tu casa y te sientes al lado de la chimenea, cuidado con golpear tu frente, con dejar que el llanto moje tus mejillas y volver con amargura tu vista a todas partes buscando un amigo; guárdate sobre todo de pensar, en medio de tu soledad, en aquellos que bajo el techo de una cabaña disfrutaban de un hogar tranquilo y se duermen con las manos enlazadas, pues frente a ti, sobre tu espléndido lecho, tendrás por único confidente a la criatura que te ama por tu dinero. Te inclinarás hacia ella para desahogar tu pecho, y ella te contestará que estás muy triste y tu pérdida ha debido de ser considerable. Tus lágrimas la desagradarán porque pueden estropear el vestido que lleva y empañar las sortijas que luce en los dedos. No pronuncies ante ella el nombre del que te ha ganado al juego; pudiera encontrarle al día siguiente y recordar que estás arruinado. Esta es la debilidad humana. ¿Te sientes fuerte contra ella? ¿Eres un hombre? Guárdate del hastío; es un mal incurable; un muerto vale más que un vivo que siente hastío. ¿Tienes corazón? Guárdate del amor; es el mal peor para un vividor, porque es ridículo; los vividores pagan a sus queridas, y la mujer que se vende sólo tiene derecho a despreciar a un solo hombre: al que la ama. ¿Tienes pasiones? Guárdate de ellas; para un soldado es una vergüenza arrojar su armadura, y para un libertino, interesarse por nada; su gloria consiste en no tocar a nada sino con manos de mármol frotadas

con aceite, para que todo resbale bajo ellas. ¿Eres impulsivo? Si quieres vivir aprende a matar; el vino suele ser camorrista. ¿Tienes conciencia? Vigila tu sueño; un libertino que se arrepiente tardíamente es como un barco que hace agua; no puede llegar a tierra ni continuar su ruta; el viento no basta a empujarle, el océano le atrae, da media vuelta sobre sí mismo y se hunde. Si tienes un cuerpo, guárdate de la enfermedad; si tienes un alma, guárdate de la desesperación. ¡Desgraciado! Guárdate de los hombres; mientras sigas el camino que llevas te parecerá ver ante tus ojos una llanura inmensa, donde se despliega en guirnaldas floridas una farándula de danzantes, unidos como los eslabones de una cadena; pero es sólo un espejismo; los que miran a sus plantas saben que caminan sobre un hilo de seda tendido sobre el abismo; éste oculta en su fondo gran número de caídas silenciosas, sin que revele nada su superficie. Que los pies no se escurran. La misma Naturaleza siente retroceder ante ti tus divinas entrañas; los árboles y los arroyos no te reconocen. Has falseado las leyes de tu madre; ya no eres hermano de los pequeños, y los pájaros enmudecen al verte. ¡Estás solo! ¡Cuidado! Estás solo frente a Dios, de pie, frío como una estatua sobre el pedestal de tu voluntad. La lluvia del cielo no te refresca, te desgasta. El viento, al pasar, no deposita en ti el beso de la vida, comunión sagrada de todo lo que respira; te empuja y te hace vacilar. Cada mujer que abrazas te quita una parte de tu fuerza y no te da nada de la suya;

te desvaneces ante fantasmas; donde cae una gota de tu sudor brota una de las plantas siniestras que crecen en los cementerios. ¡Muere! Eres enemigo de todo lo que ama. ¡Desplómate ante tu soledad; no aguardes la vejez; no dejes hijos sobre la tierra ni fecundes una sangre corrompida; desvanécete como el humo y no prives de un rayo de sol al grano de trigo que germina!»

Al terminar estas palabras caí rendido en un sillón, derramando un torrente de lágrimas.

—¡Ah, Desgenais!—exclamé sollozando—. No es esto lo que me dijiste. ¿Es que no lo sabías? Y si lo sabías, ¿por qué no me advertiste?

Pero Desgenais estaba pálido como un sudario, y una gruesa lágrima se deslizaba por su mejilla. Hubo entre los dos un instante de silencio. El reloj dió la hora. Repentinamente recordé que hacía un año justo que a hora semejante descubrí la traición de mi amante.

—¿Oyes ese reloj—exclamé—, le oyes? No sé qué hora está dando; pero es una hora terrible que influirá en mi vida.

Hablé así, delirante y sin poder definir lo que pasaba en mí. Casi en el mismo tiempo un criado entró presuroso en la habitación, me llevó aparte y me dijo en voz baja:

—Señor: vengo a avisarle que su padre se muere; acaba de atacarle una apoplejía y los médicos desesperan de salvarle.

TERCERA PARTE

I

Mi padre habitaba en el campo a alguna distancia de París. Cuando llegué encontré al médico que me aguardaba y me dijo:

—Llega usted tarde; su padre hubiera deseado verle por última vez.

Entré y vi a mi padre muerto.

—Caballero—dije al médico—: ruego a usted que haga retirarse a todo el mundo, que me dejen solo; mi padre tenía algo que decirme, y me lo dirá.

Al oír mi orden salieron los criados. Entonces me acerqué al lecho y levanté suavemente el sudario que cubría su rostro; pero al mirarle me precipité a darle un beso y caí sin conocimiento.

Al volver en mí oí estas palabras:

—Si lo pide, rehusádselo con cualquier pretexto.

Comprendí que pretendían alejarme del lecho mortuario, y fingí no haber oído nada. Al verme tranquilo, me dejaron. Esperé que todo el mundo estuviese dormido en la casa, y tomando una bujía

me dirigí al cuarto de mi padre. Encontré a un eclesiástico joven, solo, sentado junto al lecho.

—Caballero—le dije—: es una empresa peligrosa disputar a un huérfano la última velada al lado de su padre. Ignoro lo que han podido decirle; pero le ruego que pase al cuarto de al lado. Tomo sobre mí cualquier responsabilidad.

Se retiró. Sólo una bujía puesta sobre la mesa alumbraba el lecho. Me senté en el sitio del eclesiástico, y descubrí una vez más las faciones que veía por última vez.

—¿Qué querías decirme, padre mío?—le pregunté—. ¿Cuál ha sido tu último pensamiento al buscar a tu hijo con los ojos?

Mi padre escribía un diario donde consignaba día por día todo lo que hacía. Este diario estaba sobre la mesa, y al verle abierto me aproximé, arrodillándome. Sobre la página abierta había escrito estas palabras: «Adiós, hijo mío; me muero y te amo.»

No vertí una lágrima; de mis labios no brotó ni un sollozo; mi garganta estaba seca y mi boca como sellada; contemplé a mi padre sin moverme.

Conocía mi vida, y mi desordenada conducta había dado motivo más de una vez para que se quejara de ella y me reprendiese. No le veía una vez que no me hablara de mi porvenir, de mi juventud y de mis locuras. Sus consejos me habían apartado del mal camino más de una vez y tenían para mí gran autoridad, porque su vida había sido del principio al fin un modelo de virtud, de indulgencia y de bondad. Sospeché que antes de morir había de-

seado verme para intentar una vez más apartarme del camino que había emprendido; pero la muerte había llegado demasiado pronto. Comprendí que sólo podía decirme una palabra, y me dijo que me amaba.

II

Una pequeña verja de madera rodeaba la tumba de mi padre. Según su voluntad expresa, manifestada hacía largo tiempo, quería ser enterrado en el cementerio de la villa. Yo iba allí todos los días y pasaba largas horas sentado en un banco pequeño que estaba colocado dentro de la verja. El resto del tiempo vivía solo, en la casa donde mi padre había muerto, y no conservé a mi lado más que un criado.

Por mucho dolor que nos causen las pasiones, no es posible comparar los pesares de la vida con los de la muerte.

La primera impresión que sentí al lado del lecho de muerte de mi padre fué que yo era un niño sin discernimiento, que no sabía nada ni conocía nada. Puedo añadir también que mi corazón experimentó con esta muerte un dolor físico, y algunas veces me retorció las manos con desesperación. Durante los primeros meses que permanecí en el campo no se me ocurrió pensar ni en el pasado ni en el porvenir. Me parecía que no era yo quien había vivido hasta entonces. Lo que sentía no se parecía en nada a

los dolores que sentí otras veces: era una languidez en todas mis acciones, una especie de fatiga e indiferencia hacia todo, junto con una punzante amargura que me roía interiormente.

Tenía todo el día entre las manos un libro que no leía nunca, y soñaba no sé con qué. No pensaba; todo era silencio dentro de mí; había recibido un golpe tan violento y al propio tiempo tan intenso, que quedé como un ser puramente pasivo, y nada en mí reaccionaba.

Mi criado, que se llamaba Larive, había sido muy adicto a mi padre; quizá era, después de mi padre, el hombre mejor que he conocido. Tenía su misma estatura y usaba sus trajes, que mi mismo padre le regalaba, pues no llevaba librea. Tenía más o menos la misma edad; es decir, que su cabello encanecía, y en veinte años que no se separó de mi padre había tomado alguno de sus movimientos. Cuando me paseaba por el cuarto después de comer, yendo y viniendo de un lado a otro, oía que él hacía lo mismo en la antesala. Aunque la puerta estuviese abierta, no entraba nunca, y no cruzábamos una palabra; pero de vez en cuando nos mirábamos llorar. Las tardes pasaban así, y hasta mucho después de ponerse el Sol no pensaba yo en pedir luz ni él en llevármela.

Todo estaba en la casa como anteriormente, y no habíamos cambiado de sitio ni un pedazo de papel. El gran sillón de cuero en el cual se sentaba mi padre ocupaba el mismo lugar cerca de la chimenea; su mesa, sus libros, en el mismo sitio; res-

petábamos hasta el polvo de sus muebles, que no le gustaba que movieran para limpiarlos. Esta casa solitaria, acostumbrada al silencio y a la vida tranquila, no se percató del cambio. Me parecía únicamente que las paredes me miraban algunas veces con lástima cuando me envolvía en la bata de casa de mi padre y me sentaba en su sillón. Una voz débil parecía decir:

—¿Dónde ha ido el padre? Porque éste es el huérfano.

Recibí muchas cartas de París, y a todas respondí que deseaba pasar el verano solo en el campo, como mi padre tenía por costumbre. Empezaba a experimentar la verdad de que en todos los males hay siempre algún bien y que un gran dolor es un gran reposo. Cuando los enviados de Dios nos tocan en el hombro, sea cual fuere la nueva que nos traen, siempre hacen una buena obra al despertarnos de la vida, y cuando ellos hablan, calla todo lo demás. Los dolores pasajeros blasfeman acusando al Cielo. Los grandes dolores no acusan ni blasfeman: escuchan.

Por la mañana pasaba horas enteras contemplando la Naturaleza. Mis ventanas daban sobre un valle, en el centro del cual se elevaba el campanario de la iglesia; todo era pobre y tranquilo. El aspecto de la primavera, de las flores y de las hojas nacientes no despertaba en mí las ideas siniestras de que hablan los poetas, que encuentran en los contrastes de la vida una burla de la muerte. Yo creo que esta idea, si no es una antítesis hecha a

placer, no pertenece todavía en realidad mas que a los corazones que sienten a medias. El jugador que sale al amanecer con los ojos congestionados y las manos vacías puede sentirse en guerra con la Naturaleza; pero ¿qué pueden decir las hojas que brotan a un niño que llora a su padre? Las lágrimas de sus ojos son hermanas del rocío; las hojas mismas de los sauces son lágrimas también. Al contemplar el cielo, los bosques y las praderas es cuando comprendí lo que son los hombres que imaginan que se consuelan.

Larive no tenía deseos de consolarme ni de consolarse. Cuando mi padre murió tuvo miedo de que yo vendiese la casa y le llevara a París. Ignoro si estaba al corriente de mi vida pasada; pero al principio me contemplaba con inquietud, y cuando vió que me instalaba, su primera mirada me llegó al corazón. Fué un día que yo había mandado traer de París un retrato de mi padre; hice que le colocasen en el comedor. Cuando Larive entró para servir le vió; permaneció indeciso, mirando tan pronto al retrato como a mí; había en sus ojos una alegría tan triste, que me conmovió. Parecía decirme: «¡Qué felicidad! Vamos a poder sufrir tranquilamente.» Le alargué la mano, que cubrió de besos sollozando.

Cuidaba, por decirlo así, mi dolor al mismo tiempo que el suyo. Cuando yo iba por las mañanas a la tumba de mi padre le encontraba siempre regando las flores; al verme se alejaba y volvía a casa. Me seguía cuando iba a pasearme. Como yo iba a ca-

ballo y él a pie, no quería llevarle conmigo; pero apenas había dado unos pasos por el valle le percibía detrás de mí con su bastón en la mano y enjugándose la frente. Le compré un caballo que pertenecía a un campesino de los alrededores, y empezamos a recorrer juntos los caminos.

Había en la villa algunas personas conocidas que frecuentaban antes la casa. Les cerré mi puerta, aun deplorándolo; pero no podía ver a nadie sin impacientarme. Encerrado en mi soledad, pensaba, pasado algún tiempo, revisar los papeles de mi padre. Larive me los entregó con un respeto piadoso, y desatando los paquetes con mano temblorosa los colocó ante mí.

A las primeras páginas que hube leído sentí en el corazón esa frescura que vivifica el aire alrededor de un lago tranquilo; la dulce serenidad del alma de mi padre se exhalaba como un perfume de las hojas polvorientas a medida que las desdoblaba. El diario de su vida apareció ante mí; pude contar los latidos de su corazón día por día. Empecé a sumergirme en profunda abstracción, y a pesar del carácter firme y serio que aquellas páginas revelaban, descubría en ellas una gracia inefable, la flor apacible de su bondad. Mientras leía, el recuerdo de su muerte se mezclaba sin cesar con el relato de su vida; imposible explicar con cuánta tristeza seguía el curso de aquel límpido arroyo que había visto caer en el Océano.

—¡Hombre justo—exclamé—, hombre sin miedo y sin tacha! ¡Cuánto candor en tu experiencia! ¡Tu

desinterés con tus amigos, tu divina ternura para mi madre, tu admiración por la Naturaleza, tu sublime amor por Dios; he aquí tu vida! No ha habido sitio en tu corazón para otra cosa. La nieve que está intacta en la cima de las montañas no es más pura que tu santa vejez; tus cabellos blancos la recuerdan. ¡Oh, padre, padre! Dámelos, porque son más jóvenes que mis cabellos rubios. Déjame vivir y morir como tú; quiero plantar sobre la tierra donde reposas la rama verde de mi nueva vida; la regaré con mis lágrimas, y el Dios de los huérfanos dejará crecer esta hierba piadosa sobre el dolor de un niño y el recuerdo de un anciano.

Después de leer los queridos papeles los clasifiqué por orden. Tomé la resolución de escribir también mi diario; hice encuadernar uno completamente igual al de mi padre, y buscando cuidadosamente en el suyo las menores ocupaciones de su vida, me impuse la tarea de imitarle. De este modo a cada instante del día, cuando sonaba el reloj, sentía lágrimas en mis ojos. «A esta hora mi padre hacía tal cosa.» Y fuese una lectura, un paseo o una comida, le imitaba fielmente. De este modo me acostumbré a una vida tranquila y uniforme; en esta exactitud había un encanto infinito para mi corazón.

Me acostaba sintiendo un bienestar que mi tristeza misma hacía más agradable. Mi padre se ocupaba mucho de jardinería; el resto del día, el estudio, el paseo, un justo equilibrio entre los ejerci-

cios del cuerpo y los espirituales. Al propio tiempo heredé sus costumbres caritativas y continué haciendo por los desgraciados lo que él mismo hacía. Empecé a buscar durante mis caminatas gentes que necesitaran de mí; no faltaban en el valle. Pronto me conocieron los pobres. ¿Lo diré? Sí; me atrevo a decirlo: donde hay buen corazón el dolor es agradable. Por la primera vez de mi vida era feliz; Dios me bendecía y el dolor me enseñaba a ser virtuoso.

III

Paseándome una tarde por una avenida de tilos, a la entrada del pueblo, vi salir a una mujer joven de una casa apartada.

Iba sencillamente vestida y con un velo, lo cual me impidió ver su rostro. Sin embargo, su figura y modo de andar me parecieron tan encantadores, que la seguí con la vista durante algún tiempo. Cuando atravesó un prado cercano, una cabrita blanca, que pacía en libertad, corrió hacia ella; le hizo algunas caricias y miró a todos lados, como buscando una hierba que darle. Cerca de mí había un moral silvestre; arranqué una rama y avancé con ella en la mano. La cabrita vino hacia mí despacio y con aire temeroso; después se detuvo, no atreviéndose a tomar la rama de mi mano. Su dueña le hizo seña como para animarle, pero la miró

con aire inquieto; entonces ella dió algunos pasos hacia mí, tomó la rama, y la cabrita la cogió en seguida de su mano. La saludé, y ella continuó su camino.

Al volver a casa pregunté a Larive quién vivía en el pueblo en el sitio que le indiqué. Era una casa pequeña, de modesta apariencia, con un jardín. Larive la conocía. Las únicas habitantes eran una mujer de edad, que pasaba por muy devota, y una joven que se llamaba la señora Pierson. A ella era a quien había visto. Le pregunté quién era y si frecuentaba la casa de mi padre.

Me respondió que era viuda, que llevaba una vida retirada y que la había visto alguna vez, pero raramente, en casa de mi padre. No pudo decirme más. Yo salí de nuevo, volví a la avenida de tilos y me senté en un banco.

No sé qué tristeza me invadió de pronto al ver a la cabrita dirigirse hacia mí. Me levanté, y como por distracción seguí el sendero que tomó la señora Pierson al marcharse. Tan absorto iba que me encontré en plena montaña. Cuando pensé en volver eran cerca de las once de la noche. Como había andado mucho, me dirigí hacia una granja que divisé para pedir una taza de leche y un pedazo de pan. Gruesas gotas de lluvia empezaban a caer, anunciando una tempestad que yo quería dejar pasar. Aunque había luz en la casa y se oyera ir y venir, nadie me respondió cuando llamé, y me acerqué a una ventana para mirar si había alguien dentro. Vi un gran fuego encendido en la sala baja.

El granjero, a quien conocía, estaba sentado cerca de su cama. Golpeé los vidrios llamándole. En el instante se abrió la puerta, y quedé sorprendido al ver a la señora Pierson, a quien reconocí en seguida y que preguntó quién llamaba. Estaba tan ajeno de encontrarla allí, que se percató de mi sorpresa. Entré en el cuarto, pidiéndola permiso para guarecerme de la tempestad. No presumía qué podía hacer a tal hora en una granja casi perdida en medio del campo, cuando una voz doliente, que partía del lecho, me hizo volver la cabeza, y vi que la mujer del granjero estaba acostada, con la muerte retratada en el semblante.

La señora Pierson volvió a sentarse frente al pobre hombre, que parecía abrumado de dolor. Me hizo seña de no hacer ruido: la enferma dormía. Tomé una silla y me senté en un rincón, esperando que pasase la tempestad. Mientras permanecí allí la vi levantarse de vez en cuando, inclinarse sobre el lecho y después hablar en voz baja con el granjero. Uno de los niños, que senté sobre mis rodillas, me enteró de que venía todas las tardes desde que su madre estaba enferma, y algunas veces se quedaba velándola. Oficiaba de hermana de la Caridad; no había ninguna en el contorno, y el único médico era bastante ignorante.

—Es Brígida *la Rosa*—añadió en voz baja—. ¿No la conoce usted?

—No—contesté en el mismo tono—. ¿Por qué la llaman así?

Me respondió que no lo sabía y que quizá ha-

bía sido *rosière* (1), y el nombre le habría quedado.

La señora Pierson ya no llevaba velo; podía contemplar descubierto su rostro. En el momento que el niño me abandonó levanté la cabeza. Estaba cerca del lecho con una taza en la mano, y se la ofrecía a la granjera, que había despertado. Me pareció pálida y algo delgada; sus cabellos eran de un rubio ceniza; no era de una perfecta belleza; sus grandes ojos negros estaban fijos en los de la enferma, y aquella pobre mujer que quizá iba a morir, la miraba también. Había en este cambio recíproco de miradas una caridad y un reconocimiento cuya belleza no puede explicarse.

La lluvia redoblaba; una profunda obscuridad reinaba sobre el desierto campo, interrumpida a intervalos por violentos relámpagos. El ruido de la tempestad, el viento que silbaba, la cólera de los elementos desencadenada sobre el techo de la granja, daban, por el contraste con el silencio que en ella reinaba, más santidad todavía y como una extraña grandeza a la escena de la cual era yo testigo. Yo miraba el pobre lecho, los vidrios inundados, las bocanadas de humo espeso que la tempestad devolvía, el estúpido abatimiento del granjero, el terror supersticioso de los niños; toda la furia de la Naturaleza rodeando a una moribunda; y de vez en cuando, en medio de todo esto, contemplaba a

(1) Palabra intraducible, que quiere significar: joven núbil que recibe como premio a su virtud una corona de rosas.—(N. del T.)

aquella mujer dulce y pálida yendo y viniendo de puntillas sin abandonar ni un minuto su obra bien-hechora y sin parecer percatarse de nada: ni de la tempestad, ni de nuestra presencia, ni de su valor, sino de que tenía necesidad de sus cuidados. Me parecía ver en esta tranquila asistencia algo más sereno que el más hermoso cielo sin nubes y que era una criatura sobrehumana la que, rodeada de tantos horrores, no dudaba de Dios un solo instante.

«¿Quién es esta mujer?—me preguntaba—. ¿De dónde viene? ¿Desde cuándo está aquí? Hace mucho tiempo, puesto que recuerdan que ha sido *ro-sière*. ¿Cómo no he oído hablar de ella? ¿Cómo viene sola a esta hora? Cuando esta caridad no la solicite, ¿irá a buscar otra? Seguramente; a través de todas estas tempestades, estos bosques, estas montañas, va y viene, sencilla y velada, llevando la vida adonde falta, sosteniendo esa taza frágil, acariciando su cabra al pasar; marcha hacia la muerte con paso silencioso y tranquilo; eso es lo que ella hacía en este valle mientras yo frecuentaba los garitos. Sin duda ha nacido aquí y la enterrarán en un rincón del cementerio al lado de mi adorado padre. Así morirá esta mujer obscura, de la que nadie habla y por la que los niños me preguntan: «¿Es que no la conoce usted?»

No puedo explicar lo que experimentaba; permanecía inmóvil en un rincón, temblaba al respirar, y me parecía que si hubiera probado a ayudarla, si hubiera tendido la mano para ahorrarle

un paso, hubiera cometido un sacrilegio, como al robar los vasos sagrados.

La tempestad duró cerca de dos horas. Cuando se apaciguó la enferma, que se había incorporado en la cabecera, dijo que se encontraba mejor y que le había sentado bien la medicina. Los niños corrieron en seguida hacia ella, mirándola con ojos inquietos y regocijados y colgándose del traje de la señora Pierson.

—¡Ya lo creo!—dijo el marido, que no se movió de su sitio—. ¡Hemos hecho decir una misa, y nos ha costado bien cara!

Al oír esta frase grosera y estúpida miré a la señora Pierson. Sus ojos hinchados, su palidez, su actitud, mostraban claramente su fatiga y el quebranto ocasionado por las veladas.

—¡Pobrecito—dijo la enferma—, Dios te lo pagará!

No pude resistir más. Me levanté indignado de la brutalidad de aquella gente, que achacaba el fruto de la caridad de un ángel a la avaricia de su párroco. Me encontraba dispuesto a reprocharles su ingratitud y a tratarles como merecían. La señora Pierson tomó en sus brazos a uno de los niños y le dijo con una sonrisa:

—Abraza a tu madre; se ha salvado.

Me detuve al oír estas palabras. Jamás la satisfacción de un alma dichosa y caritativa se ha reflejado con tanta franqueza sobre un rostro tan dulce. Habían desaparecido de pronto su fatiga y su palidez; estaba radiante de alegría, y ella también

daba gracias a Dios. La enferma acababa de hablar; lo que había dicho era secundario.

Algunos instantes después la señora Pierson dijo a los niños que despertaran al mozo de la granja para que la acompañase. Me adelanté para ofrecerme; le dije que era inútil despertar al muchacho, puesto que yo seguía el mismo camino y me haría un honor aceptando mi compañía. Me preguntó si yo era Octavio de T... Contesté que sí y que ella debía de acordarse de mi padre. Me extrañó que la pregunta la hiciera sonreír. Tomó mi brazo alegremente y nos pusimos en marcha.

IV

Caminábamos en silencio. El viento se calmaba; los árboles se estremecían dulcemente dejando caer de sus ramas las gotas de lluvia. Algunos relámpagos se veían aún a lo lejos. Un olor a hierba mojada se percibía en la tibia atmósfera. El cielo despejó por completo, y brilló la Luna iluminando la montaña.

No pude menos de pensar en los caprichos de la suerte, que en tan pocas horas me hacía encontrarme por la noche, en pleno campo, solo, con una mujer cuya existencia ignoraba por la mañana. Me aceptó por compañero a causa de mi apellido, y caminaba tranquila apoyándose en mi brazo, con aire distraído. Me pareció excesiva esta confianza,

que era muy atrevida o muy inocente; debía de ser ambas cosas, pues a cada paso que dábamos sentía que a su lado mi corazón se volvía tímido y orgulloso.

Empezamos a hablar de la enferma que acabábamos de dejar; de lo que encontrábamos en el camino; no se nos ocurrió ni por un instante hacernos mutuas preguntas, siendo nuestro conocimiento tan reciente. Me habló de mi padre con el mismo tono en que lo hizo cuando se lo recordé, es decir, casi alegremente. A medida que la escuchaba creí comprender por qué, y es que hablaba del mismo modo de la vida y de la muerte, del sufrimiento y de todo lo del mundo. Los dolores humanos no la enseñaban a acusar de ellos a Dios, y su sonrisa estaba llena de piedad.

Le conté mi vida solitaria. Me dijo que su tía veía a mi padre con más frecuencia que ella, y que juntos jugaban a las cartas después de comer. Me invitó a ir a su casa, donde me verían con agrado.

Hacia la mitad del camino se sintió fatigada y se sentó un momento sobre un banco que los árboles habían protegido de la lluvia. Quedé de pie ante ella, contemplando su frente bajo los pálidos rayos de la Luna. Después de un instante de silencio se levantó, y al verme distraído me preguntó:

—¿En qué piensa usted? Ya es tiempo de reanudar la marcha.

—Pensaba—respondí—en que Dios ha creado a usted para consuelo de los que sufren.

—He ahí una frase que sólo puede ser un cumplido dicha por usted.

—¿Por qué?

—Porque es usted muy joven.

—Sucede con frecuencia—contesté—que se sea más viejo de lo que se representa.

—Sí, y también que se sea más joven de lo que indican sus frases.

—¿No cree usted en la experiencia?

—Sólo sé que así califican los hombres a sus locuras y a sus penas. ¿Qué puede usted saber de eso a su edad?

—Señora: un hombre de veinte años puede haber vido más que una mujer de treinta. La libertad de que los hombres disfrutan les lleva más pronto al fondo de las cosas. Corren sin trabas hacia todo lo que les atrae, y lo prueban todo. Cuando esperan algo se ponen en camino y llegan apresuradamente. Alcanzado su objeto, se retiran; la esperanza se queda en el camino y la felicidad ha faltado a su palabra.

Cuando yo me expresaba de este modo estábamos en la cima de una colina que descendía hacia el valle. La señora Pierson, como atraída por la pendiente rápida, echó a correr con ligereza. Sin saber por qué, la imité, y así corrimos sin desunir nuestros brazos; la hierba resbaladiza nos empujaba. Al fin, saltando y riendo como dos pájaros, nos encontramos al pie de la montaña.

—Vea usted—me dijo la señora Pierson—; hace poco estaba fatigada y ahora no lo estoy. ¿Quiere

usted creerme? Trate a su experiencia como yo trato a mi fatiga. Hemos hecho una buena caminata, y comeremos con mejor apetito.

V

Al día siguiente fui a verla. La encontré tocando el piano, mientras su tía bordaba cerca de la ventana. El cuarto estaba lleno de flores. Un sol espléndido daba en las persianas, y una gran pajarrera estaba colocada a su lado.

Pensé encontrarme con una beata, por lo menos con una de esas provincianas que no saben lo que ocurre dos leguas más allá de ellas y que viven en cierto círculo del cual no se apartan. Confieso que estas existencias apartadas, que están como hundidas en ciertos lugares bajo millares de techos ignorados, me han espantado siempre, como cisternas desecadas; el aire no parece respirable; en todo lo que representa olvido en la tierra hay algo de muerte.

La señora Pierson tenía sobre su mesa revistas y libros modernos; bien es verdad que no los leía. A pesar de la sencillez de que se rodeaba, en sus muebles, en sus vestidos nada estaba anticuado; se notaba en todo novedad, vida; ella no parecía preocuparse, pero esto ocurría naturalmente. Lo que me asombró en sus gustos fué que en ellos todo era joven y agradable. Su conversación demostraba una

educación refinada: no había asunto que no abordase con facilidad y discreción. Al mismo tiempo que inocente era rica en ideas y poco superficial: una vasta inteligencia flotaba sobre su corazón sencillo y sobre sus hábitos de vida retirada. La golondrina de mar que revolotea en el espacio flota del mismo modo sobre la brizna de hierba donde construye su nido.

Charlamos de literatura, de música y hasta de política. Había estado el invierno en París; de cuando en cuando frecuentaba el mundo, y lo que veía le servía de base para adivinar lo demás. Pero lo que sobre todo la distinguía era su alegría, que, sin llegar al alborozo, resultaba inalterable. Se diría que había nacido flor y esa alegría era su perfume. Esto contrastaba con su palidez y sus grandes ojos negros, y se adivinaba algunas veces, por ciertas miradas y ciertas palabras, que había sufrido y que su vida no había sido siempre tan sencilla. Había en ella algo que decía que la pureza de su frente la había recibido de Dios y no del mundo y que la conservaría fielmente a pesar de los hombres.

Después de llevar media hora en su compañía no pude por menos de decirle lo que llevaba en mi corazón. Recordaba mi vida pasada, con sus sufrimientos y sus disgustos; iba de un lado para otro, inclinándome sobre las flores, respirando el aire puro, mirando al sol. La rogué que cantase, lo que hizo de buen grado. Durante ese tiempo yo estaba apoyado en la ventana y miraba cómo saltaban sus

pájaros. Me vino al pensamiento una frase de Montaigne: «No admiro ni estimo la tristeza, aunque el mundo haya tomado el partido de honrarla con su favor particular. Con ella adornan la bondad, la virtud y la conciencia. ¡Ornamento estúpido y desagradable!»

—¡Qué dicha!—exclamé a pesar mío—. ¡Qué reposo! ¡Qué olvido!

La tía levantó la cabeza y me miró con sorpresa. La señora Pierson se interrumpió. Me puse rojo como la grana, deplorando mi exaltación, y volví a sentarme sin decir palabra.

Bajamos al jardín. La cabrita blanca que vi el día anterior estaba echada sobre la hierba; se acercó a su ama y nos siguió familiarmente. A la primera vuelta un joven alto, pálido, vestido con una especie de sotana, apareció en la entrada de la verja. Entró sin llamar y saludó a la señora Pierson. Me pareció que su fisonomía (que me desagradó a primera vista) se ensombrecía al verme. Era un cura que yo había encontrado en el pueblo algunas veces, que se llamaba Mercanson; salía de San Sulpicio, y el cura del lugar era pariente suyo. Era grueso y de rostro lívido, cosa que siempre me desagradó, porque es un contrasentido que demuestra una salud enfermiza. Además, su manera de expresarse, lentamente y cortando las frases, denunciaba al pedante. Su modo de andar, que no era resuelto, me molestaba, y en cuanto a su mirada, puede decirse que no existía. No sé qué pensar nunca de un hombre cuyos ojos no expresan nada. So-

bre estos signos juzgué a Mercanson, y no me equivoqué, desgraciadamente.

Se sentó en un banco y empezó a hablar de París, que llamaba la moderna Babilonia. Conocía allí a todo el mundo; iba a casa de la señora de B***, que era un ángel; pronunciaba sermones en sus salones, y le escuchaban de rodillas (lo peor es que era verdad). El amigo que le había presentado allí acababa de ser expulsado del Instituto por haber seducido a una muchacha, lo cual resultaba terrible y muy triste. Hizo mil cumplidos a la señora Pierson por las caritativas costumbres que había contraído en el país; se había enterado de sus rasgos de beneficencia, de sus cuidados con los enfermos, llevados al extremo de velarles ella en persona. Eso era hermoso, y hablaría de ello en San Sulpicio. Parecía, por su tono, que hablaría de ello a Dios.

Fatigado de esta arenga, y por no dejar ver mi tedio, me había sentado en el césped y jugaba con la cabrita. Mercanson me contempló con sus ojos sin vida.

—El célebre Vergniaud—dijo—, el célebre Vergniaud también tenía la manía de sentarse sobre la hierba y jugar con los animales.

—Es una manía bien inocente, señor abate—contesté—. Si todas fuesen parecidas a ésta, el mundo marcharía solo, sin necesidad de tanta gente que se mezclase en todo.

Mi respuesta no le agradó; frunció las cejas y cambió de conversación. Le habían encargado de

una comisión; su pariente, el cura del pueblo, le había hablado de un pobre diablo que estaba incapacitado de ganarse la vida; vivía en tal sitio. había ido a verle y se había interesado por él, y esperaba que también la señora Pierson...

La miré durante este tiempo, esperando su respuesta, como si el sonido de su voz debiera hacerme olvidar la del cura; pero hizo solamente un profundo saludo y se retiró.

Cuando él se marchó volvió nuestra alegría y decidimos ir al invernadero, que estaba en el fondo del jardín. La señora Pierson trataba sus flores como sus enfermos y sus pájaros; necesitaba que todo lo que la rodeaba recibiera su rayo de sol y su gota de agua, para que ella pudiese estar contenta y ser dichosa como un ángel bueno. No había nada tan cuidado y tan bonito como el pequeño invernadero. Cuando todo lo hube examinado:

—Señor de T...—me dijo—: éste es mi mundo; ha visto usted cuanto poseo; mis dominios terminan aquí.

—Señora—contesté—: que el apellido de mi padre, que me ha abierto las puertas de esta casa, haga que me permitan volver, y creeré que la felicidad no me ha olvidado por completo.

Me alargó la mano y se la estreché con respeto, sin atreverme a llevarla a mis labios.

Cuando llegó la noche entré en mi casa, me encerré y me metí en el lecho. Tenía ante los ojos una casita blanca; me veía saliendo de la mía después

de comer, atravesando el pueblo y el paseo de tilos y llamando en la verja.

—¡Corazón mío!—exclamé—. ¡Alabado sea Dios! ¡Eres joven todavía, puedes vivir, puedes amar!

VI

Una tarde me encontraba en casa de la señora Pierson. Más de tres meses habían pasado, durante los cuales la vi casi diariamente. Nada puedo decir de ese tiempo sino que la veía. «Estar junto a las personas amadas—dice La Bruyère—es suficiente; soñar, hablarles, no hablarles, pensar en ellas, pensar en cosas indiferentes; todo es igual, con tal de estar a su lado.»

Amaba. Hacía tres meses que dábamos juntos grandes paseos; me había iniciado en los misterios de su modesta caridad; atravesábamos las sombrías avenidas, ella a caballo y yo a pie con una varita en la mano; de este modo, medio riendo y medio soñando, íbamos a llamar en las cabañas. Había un banco a la entrada del bosque donde la esperaba después de comer. De este modo nos encontrábamos como por casualidad y diariamente. Por la mañana, la lectura y la música; por las tardes jugaba a las cartas con su tía, como mi padre, y siempre y en todas partes ella presente, sonriendo y llenando mi corazón con su presencia. ¿Por qué caminos, oh Providencia!, me has conducido a la desgra-

cia? ¿Qué destino irrevocable era el mío? ¡Una vida tan libre, una intimidad tan encantadora, tanto reposo, mi naciente esperanza!... ¡Dios mío! ¿De qué se quejan los hombres? ¿Hay algo más dulce que amar?

Vivir, sentir profundamente que se existe, que se es hombre creado por Dios; este es el primer efecto bienhechor que produce el amor.

No hay que dudarle. El amor es un misterio inexplicable. Aunque el mundo le rodee de miserias, de cadenas, hasta de hastío; por más que una montaña de prejuicios le desnaturalicen y le depraven; en medio de las miserias donde le arrastran, el amor es siempre una ley celeste tan poderosa y tan incomprendible como la que sostiene el sol en el firmamento. Es una cadena más fuerte y más sólida que el hierro y que no podemos ver ni tocar. ¿Cómo se explica que encontramos una mujer, la miramos, le decimos una palabra y ya no podemos olvidarla? ¿Por qué ella y no otra? Invocad la razón, la costumbre, los sentidos, la cabeza, el corazón, y explicadlo si podéis. No encontraréis mas que dos cuerpos, uno frente a otro, y entre ellos el aire, el espacio, la inmensidad. ¡Insensatos, que os creéis hombres y osáis razonar sobre el amor! ¿Le habéis visto, para poder hablar de él? No; le habéis sentido. Habéis cambiado una mirada con un ser desconocido que pasaba y se ha apoderado de vosotros de pronto una cosa sin nombre. Habéis echado raíces en tierra, como el grano escondido entre la hierba, que siente que la vida le empuja y va a transformarle en cosecha.

Estábamos solos; la ventana abierta; en el fondo del jardín había una fuente cuyo murmullo llegaba hasta nosotros. Me gustaría contar gota por gota el agua que ha vertido mientras estábamos sentados ella hablando y escuchando yo.

Dicen que no hay nada tan rápido como el sentimiento de la antipatía; pero yo opino que es todavía más rápido el sentimiento del amor. ¡Qué importancia adquieren las menores palabras! ¡Qué vale lo que dicen los labios cuando los corazones se responden? ¡Qué infinita dulzura en las primeras miradas! Al comenzar parece que todas las frases son tímidos ensayos; pronto se experimenta una extraña alegría: es que las frases han encontrado eco y se animan con doble vida. ¡Qué aproximación! Cuando se está seguro de amar, cuando se halla en el ser querido la fraternidad deseada, ¡qué serenidad se nota en el alma! La palabra expira porque ya es inútil; las almas se entienden y los labios se callan. ¡Qué silencio! ¡Qué olvido de todo!

Aunque mi amor, que sentí desde el primer día, había aumentado hasta el exceso, el respeto que experimentaba hacia la señora Pierson me cerraba la boca. Si no me hubiera admitido tan fácilmente en su intimidad quizá me hubiese yo atrevido, porque producía en mí una impresión tan violenta, que nunca me separé de ella sin sentirme transportado de amor. Pero había en su misma franqueza y en la confianza que me demostraba algo que me detenía, y comprendía además que si me trataba como amigo era en recuerdo de mi padre.

Esta reflexión me volvía más respetuoso todavía con ella; quería ser digno de esa amistad.

«Hablar de amor—se dice—es hacer el amor.»

Nosotros hablábamos raramente. Siempre que abordaba este tema de pasada, la señora Pierson contestaba apenas y cambiaba de conversación. Yo no comprendía el motivo, pues no era gazmoña; pero algunas veces creí sorprender en su rostro un ligero tinte de severidad y hasta de sufrimiento.

Los domingos había baile en el pueblo; ella asistía casi siempre. Esos días su traje, aunque siempre sencillo, era más elegante y le añadía una flor en el cabello, una cinta de color claro, cualquier bagatela; pero toda su persona tenía un aire más alegre, más comunicativo. El baile, que le agradaba mucho como ejercicio divertido, le producía una alegría loca; tenía reservado su sitio cerca de la modesta orquesta del lugar; llegaba apresuradamente y riendo, en compañía de las muchachas del pueblo, que en su mayoría la conocían. Entonces me parecía advertir que me hablaba con más libertad y con una familiaridad inusitada. Yo no bailaba a causa de mi luto; pero permanecía cerca de ella, y viéndola tan comunicativa sentí más de una vez tentaciones de confesarle mi amor. Pero, sin saber por qué, al ir a intentarlo me acometía un miedo invencible; a la sola idea de una confesión me volvía taciturno en medio de la alegría que me rodeaba. Algunas veces pensé escribirla; pero quemaba mis cartas apenas comenzadas.

Una tarde, que había comido con ella, contem-

plando la tranquilidad que reinaba en aquella casa y pensando en lo dichoso que me sentía desde que la conocí, me decía a mí mismo:

«¿Para qué ambicionas más? ¿No te basta con lo que tienes? ¿Quién sabe si esto es solamente lo que Dios te concede! Si la confieso mi amor, ¿qué ocurrirá? Quizá me prohíba volver a verla. ¿Será más dichosa después de saberlo? ¿Seré yo mismo más feliz?»

Me apoyaba en el piano, y al hacer estas reflexiones una gran tristeza se apoderó de mí. Anoche, y ella encendió las bujías; al volver a sentarse advirtió una lágrima que se escapó de mis ojos.

—¿Qué tiene usted?—preguntó.

Yo volví la cabeza. Buscaba una excusa y no la encontraba; temía sus miradas. Me levanté y fui hacia la ventana. El aire era tibio; la Luna asomaba sobre la avenida de tilos, aquella donde la vi por primera vez. Caí en profundo ensimismamiento, olvidé hasta su presencia, y tendiendo los brazos al cielo, un profundo sollozo desgarró mi pecho.

Se levantó y vino hacia mí.

—¿Qué es esto?—volvió a preguntar.

Contesté que la muerte de mi padre se había reproducido en mi memoria a la vista del valle solitario. Me despedí de ella y salí.

No podía explicar a qué obedecía mi determinación de no hablarle de mi amor. En vez de volver a mi casa empecé a vagar como un loco por el pueblo y por el bosque. Me sentaba dondequiera que encontraba un banco, y en seguida me levantaba

precipitadamente. Hacia media noche me aproximé a la casa de la señora Pierson; estaba asomada a la ventana. Al verla empecé a temblar; quise volver sobre mis pasos; me sentía fascinado; fuí lentamente a sentarme en un banco bajo sus ventanas. No sé si me reconoció. Hacía unos instantes que estaba allí, y de pronto escuché su voz fresca y dulce que entonaba una romanza, y casi al mismo tiempo una flor cayó a mi lado: era una rosa que aquella misma tarde llevaba en el pecho; la recogí y la llevé a mis labios.

—¿Quién está ahí a esta hora?—preguntó—. ¿Es usted?

Y me llamó por mi nombre.

La verja del jardín estaba abierta. Me levanté sin responder y entré. Caminaba como un sonámbulo y sin saber lo que hacía.

De pronto apareció en lo alto de la escalinata. Parecía inquieta y miraba atentamente los rayos de la Luna. Dió algunos pasos hacia mí; yo avancé. No pude hablar; caí de rodillas ante ella y cogí su mano.

—Escúcheme—dijo—: lo sé todo; pero si es hasta ese punto, es preciso partir, Octavio. Viene usted aquí todos los días; ¿no se le recibe con agrado? ¿Qué más desea? Ha conquistado mi amistad; hubiese deseado que usted tuviera la fuerza de voluntad de conservarme más tiempo la suya.

VII

La señora Pierson, después de estas palabras, guardó silencio, como esperando una respuesta. Al verme abrumado de tristeza retiró su mano dulcemente, retrocedió unos pasos, volvió a detenerse, y luego entró en su casa lentamente.

Permanecí inmóvil. Esperaba lo que me había dicho; tomé al instante una resolución, y decidí partir. Me levanté con el corazón transido, pero resuelto, y recorrí el jardín, contemplé la casa, la ventana de su habitación; empujé la puerta de la verja, y después de cerrarla posé mis labios en la cerradura.

Llegado a mi casa, mandé a Larive preparar el equipaje y le comuniqué mi resolución de partir al rayar el día. El pobre hombre quedó sorprendido; pero le hice seña de que obedeciera sin hacer preguntas.

Preparó una maleta grande y empezamos a hacer el equipaje.

Eran las cinco de la mañana, y el día comenzaba a despuntar cuando me pregunté dónde iría. Al hacerme esta pregunta tan sencilla y que hasta entonces no se me había ocurrido experimenté un descorazonamiento irresistible. Una gran debilidad se apoderó de mí; estaba muerto de fatiga. Me senté en un sillón; poco a poco mis ideas se hicieron confusas; llevé la mano a mi frente y la encontré ba-

ñada de sudor. Una fiebre violenta hacía temblar todos mis miembros; sólo tuve la fuerza indispensable para arrastrarme hasta mi lecho ayudado por Larive. Mis pensamientos era tan confusos que apenas podía recordar lo que había ocurrido. El día transcurrió de este modo. Al anoecer oí ruido de instrumentos. Era el baile del domingo, y envié a Larive para que viese si la señora Pierson asistía. No la encontró. Le envié a su casa. Las ventanas estaban cerradas. La sirvienta le dijo que su señora había partido en compañía de su tía y que iban a pasar algunos días en casa de un pariente que vivía en N***, ciudad bastante alejada. Al mismo tiempo me trajo Larive una carta que le habían entregado. Estaba concebida en los términos siguientes:

«Hace tres meses que nos vemos, y uno que me percaté de que experimentaba usted por mí lo que a su edad se llama amor. Creí notar en usted la resolución de ocultármelo y vencerse. Tenía gran estimación por usted, y esto hizo que se acreciese. No puedo hacerle ningún reproche por lo ocurrido ni porque haya flaqueado su voluntad.

»Lo que toma usted por amor es solamente deseo. Sé que a muchas mujeres les agrada inspirarlo. Creo que podrían manifestar más vanidad si no necesitasen de ese medio para agradar a los que las rodean; pero hasta esa vanidad es peligrosa, puesto que he hecho mal al tenerla con usted.

»Soy algunos años más vieja que usted y le su-

plico no vuelva a verme. Sería en vano que intentase olvidar un momento de debilidad; lo que ha pasado entre nosotros no puede repetirse ni olvidarse.

«Me alejo de usted con tristeza; estaré ausente algunos días, y si al volver no le encuentro en la población, agradeceré esta muestra de la amistad y la estimación que me demuestra.

BRÍGIDA PIERSON.»

VIII

La fiebre me retuvo en el lecho una semana. Cuando estuve en estado de escribir contesté a la señora Pierson que sería obedecida y que estaba dispuesto a partir. La escribí de buena fe y sin propósito de engañarla; pero no cumplí mi palabra. Apenas me hube alejado dos leguas hice detenerse el carruaje y descendí de él. Empecé a pasear por el camino. No podía apartar mis miradas del pueblo, que aun se percibía a lo lejos. Al fin, después de una irresolución terrible comprendí que me era imposible continuar mi camino, y antes que volver a subir al carruaje hubiera preferido morir allí mismo. Dije al postillón que diese la vuelta, y en lugar de ir a París, como había anunciado, fui directamente a N***, donde estaba la señora Pierson.

Llegué a las diez de la noche. Apenas entré en la posada hice que me indicasen la casa de su pariente, y sin reflexionar me dirigí a ella inmediatamente. Una sirvienta abrió la puerta; la encargué que fuera a prevenir a la señora Pierson, si estaba en casa, que deseaban hablar con ella de parte del señor Desprez. Era el nombre del cura de nuestra villa.

Mientras la criada desempeñaba mi comisión esperé en un patio bastante obscuro. Como llovía, avancé hasta colocarme junto a un peristilo bajo la escalera, que no estaba alumbrada.

La señora Pierson llegó pronto, precediendo a la sirvienta; bajó con rapidez, y no me distinguió en la obscuridad; di un paso hacia ella y toqué su brazo. Retrocedió aterrada y exclamó:

—¿Qué desea usted de mí?

El sonido de su voz era tembloroso, y cuando la criada llegó con la luz la encontré tan pálida que no supe qué pensar. ¿Era posible que mi inesperada presencia la turbase hasta ese punto? Esta reflexión cruzó mi mente; pero me dije que no era sin duda mas que un movimiento de pánico, natural en una mujer que siente que la detienen repentinamente.

Con voz más tranquila repitió su pregunta.

—Es preciso—contesté—que me permita verla por última vez. Parto y lo dejo todo; será usted obedecida, se lo juro, más allá de sus deseos, pues venderé la casa de mi padre y todo lo que poseo y marcharé al extranjero. Pero es con la condición

de que la veré una vez más; de lo contrario, me quedo; estoy decidido.

Frunció las cejas y miró a todas partes de un modo extraño; luego me contestó casi con dulzura:

—Venga mañana, durante el día; le recibiré.

Y se retiró.

Fuí a mediodía. Me introdujeron en un cuarto con muebles antiguos y viejos tapices. La encontré sola, sentada en un sofá. Me senté frente a ella.

—Señora—le dije—: no vengo a hablarla de lo que sufro, ni a renegar del amor que siento por usted. Me ha escrito que lo pasado entre nosotros no podía olvidarse, es verdad; pero añade usted que por esa causa no podemos volver a vernos bajo el mismo pie que anteriormente, y en eso se equivoca. Amo a usted, pero no la he ofendido; nada ha cambiado respecto a usted, puesto que no me ama. Si volvemos a vernos, responde por mí precisamente mi amor.

Quiso interrumpirme.

—Por favor, permítame acabar. Nadie sabe mejor que yo que, a pesar del respeto que la profeso y a despecho de todas las protestas por las cuales pueda comprometerme, el amor es más fuerte. Repito que no vengo a renegar del que siento en mi corazón. Pero, según confiesa usted, no es recientemente cuando ha comprendido que la amó. ¿Qué razón me ha impedido entonces declararme antes? El miedo de perderla, de no ser recibido en su casa, que es precisamente lo que me ocurre. Póngame

usted por condición que a la primera palabra que diga, la primera vez que se me escape un gesto o siquiera un pensamiento que se aparte del respeto más profundo, me cerrará la puerta de su casa; como he callado antes, callaré en lo sucesivo. Usted cree que la amo hace un mes; la amo desde el primer día. Cuando usted se ha percibido de ello, no por eso dejó de recibirme. Si entonces sentía por mí bastante estimación para juzgarme incapaz de ofenderla, ¿por qué me ha retirado esa estimación? Esto es lo que vengo a preguntar. ¿Qué he hecho yo? Lo que la he confesado ya lo sabía usted. He sido débil porque sufría. Tengo veinte años, y lo que ya he visto de la vida me ha hastiado (podía emplear otra palabra más fuerte) de tal modo, que no existe sobre la tierra, ni en la sociedad de la gente, ni en la soledad misma, un sitio, por insignificante que sea, que yo desee ocupar. El espacio comprendido entre las cuatro tapias de su jardín es el único sitio del mundo donde vivo; usted es el único ser humano que me hace amar a Dios. Había renunciado a todo antes de conocerla. ¿Por qué despojarme del único rayo de sol que la Providencia me ha dejado? Si es por temor, ¿cómo he podido inspirárselo? Si es por aversión, ¿de qué soy culpable? Si es por compasión de verme sufrir, es una equivocación suponer que puedo curarme; quizá hace dos meses hubiera podido ser; he preferido verla y sufrir y no me arrepiento de ello, pase lo que pase. La sola desgracia que puede ocurrirme es dejar de verla. Póngame usted a prueba. Si al-

guna vez me parece que este pacto me hace sufrir demasiado, partiré, puede usted estar convencida de ello, puesto que hoy me ordena partir y estoy dispuesto a ello. ¿Qué expone usted al concederme durante un mes o dos la única dicha que tendré en lo porvenir?

Esperé su respuesta. Se levantó bruscamente y volvió a sentarse. Guardó un momento de silencio.

—Esté usted persuadido—me dijo—de que eso no es así.

Creí percibir que buscaba frases que no resultasen demasiado severas y que deseaba contestarme con dulzura.

—Una palabra—dije levantándome—, una sola palabra. Sé quién es usted y que experimenta por mí alguna compasión; gracias. Diga una palabra, y en este momento se decide mi vida.

Movió la cabeza y vi que dudaba.

—¿Cree usted que puedo curarme?—exclamé—. Que Dios la conserve esa creencia, porque si me arroja usted de aquí...

Al pronunciar estas palabras sentí en el fondo de mi alma un sentimiento tan terrible de soledad a la sola idea de que iba a partir, que mi sangre se heló en las venas. Me vió de pie con los ojos fijos en ella y esperando sus palabras; todas las fuerzas de mi alma estaban pendientes de sus labios.

—Pues bien—dijo—, escúcheme. Este viaje ha sido una imprudencia; no ha de parecer que ha venido por mi causa. Va usted a encargarse de una comisión que le daré para un amigo de mi familia.

Si encuentra usted que le envío un poco lejos, tenga entendido que su ausencia puede durar lo que usted guste; pero que no será muy corta. Aunque usted no lo crea—añadió sonriendo—, un viaje le calmará. Se detendrá en los Vosgos y llegará hasta Estrasburgo. Dentro de un mes, de dos meses mejor dicho, volverá usted a darme cuenta del resultado de su comisión; volveré a verle y podré contestarle mejor.

IX

La misma noche recibí, de parte de la señora Pierson, una carta dirigida a M. R. D., en Estrasburgo. Tres semanas después mi comisión estaba hecha y me encontraba de vuelta en mi casa.

No dejé de pensar en ella durante mi viaje y perdí toda esperanza de olvidarla nunca. Sin embargo, había tomado el partido de callar delante de ella; el peligro en que estuve de perderla por mi imprudencia me hizo sufrir demasiado para que se me ocurriese la idea de exponerme de nuevo. La estimación que por ella sentía no me permitía dudar de su buena fe, y en el paso que dió ordenándome que me alejase no encontré nada que pareciese hipocresía. En una palabra, estaba persuadido de que a la primera frase de amor que le dirigiera volvería a cerrarme su puerta.

La encontré cambiada y más delgada. Su habi-

tual sonrisa parecía languidecer en sus labios descoloridos. Me dijo que había estado enferma.

No hablamos nada de lo ocurrido anteriormente. Parecía que deseaba olvidarlo, y me abstuve de referirme a ello. Pronto recobramos nuestras costumbres de vecindad; sin embargo, había entre nosotros una especie de molestia y una familiaridad simulada. Parecíamos decirnos: «Antes fué así y ahora debe ser lo mismo.»

Me otorgaba su confianza como una rehabilitación que tenía muchos encantos para mí; pero nuestras conversaciones eran más frías, por la sencilla razón de que nuestras miradas sostenían mientras conversábamos un diálogo tácito. En lo que nos decíamos no había ya curiosidad; no buscábamos, como antes, penetrar uno en el espíritu del otro; no existía el interés de otras veces; me trataba con bondad, pero yo desconfiaba de su bondad misma. Me paseaba con ella por el jardín, pero no la acompañaba fuera de casa; no atravesábamos ya juntos los bosques y los valles; cuando estábamos solos abría el piano; el sonido de su voz no despertaba en mí, como antes, anhelos de juventud ni esos transportes de alegría que son como sollozos de esperanza. Cuando me despedía me daba la mano; pero la encontraba siempre fría e inanimada. Reflexionábamos mucho nuestras palabras, y en el fondo de todo había infinita tristeza.

Había un tercero entre nosotros: era el amor que yo sentía por ella. Nada le traicionaba en mis actos, pero en seguida se reflejaba en mi ros-

tro; perdí mi alegría, mi fortaleza y la apariencia de salud de mis mejillas. Al cabo de un mes parecía otro.

En nuestras conversaciones yo insistía siempre sobre mi hastío del mundo y sobre la aversión que me inspiraba el pensamiento sólo de volver a lanzarme en él. Tomé a empeño demostrar a la señora Pierson que no debía reprocharse haberme recibido nuevamente. Unas veces le presentaba mi vida pasada bajo los más sombríos colores y le daba a entender que si tuviera que separarme de ella quedaría en una soledad peor que la misma muerte. Le decía que sentía horror por la sociedad, y el relato de mi vida le probaba mi sinceridad. Otras veces afectaba una alegría que no sentía mi corazón, para decirle que al permitirme verla de nuevo me había salvado de la más horrible desesperación, y le daba mil gracias cada vez que la visitaba, a fin de poder volver al día siguiente.

—Todos mis sueños de felicidad—le decía—, todas mis esperanzas, toda mi ambición están encerrados en el pedazo de tierra que usted habita; no hay vida para mí sino respirando el mismo aire que usted.

Veía ella cuánto sufría y no podía menos de compadecerme. Mi resignación le inspiraba una piedad que se demostraba en sus gestos, en sus palabras y hasta en su actitud. Se daba cuenta de la lucha que se verificaba en mi interior; mi obediencia halagaba su orgullo, pero mi palidez despertaba en ella sus instintos de hermana de la Caridad. Al-

gunas veces la encontraba irritada y hasta coqueta. Me decía:

—No venga usted mañana, porque no estaré en casa.

Y cuando me retiraba, triste y resignado, se dulcificaba en seguida y añadía:

—¡Quién sabe si al fin no saldré; venga de todos modos!

O bien su despedida era más familiar y me seguía hasta la verja con una mirada más triste y más dulce.

—Es indudable—le decía yo—que la Providencia me ha hecho encontrarla. Si no la hubiera conocido, quizá habría reanudado mi vida de disipación. Dios ha enviado a usted como un ángel de luz para apartarme del abismo. Es una misión santa la que le ha encomendado. Si la perdiese, no sé dónde podría conducirme la pena, la funesta experiencia que tengo a mi edad y la lucha terrible de mi juventud con mi cansancio del mundo.

Este pensamiento, sincero por otra parte, era de gran fuerza para una mujer de devoción tan exaltada y para un alma tan piadosa como vehemente. Creo que ese fué el motivo que la impulsó a permitirme reanudar mis visitas.

Me disponía un día a ir a su casa, cuando llamaron a mi puerta y entró Mercanson, el cura que conocí en su jardín el día de mi primera visita. Empezó dándome mil excusas, tan fastidiosas como él mismo, por presentarse en mi casa sin conocerme. Le contesté que bastaba que fuese sobrino de

nuestro párroco, y le pregunté qué deseaba. El miraba a todos lados, buscando palabras y tocando con la punta de los dedos todo lo que había sobre mi mesa, como hombre que no sabe cómo empezar. Al fin se decidió, y me dijo que la señora Pierson estaba enferma y que le había encargado me advirtiera que no podría verla en todo el día.

—¿Está enferma? ¡Pero si me separé de ella ya muy tarde y se encontraba perfectamente!

Hizo una reverencia.

—Señor cura: si está enferma, ¿por qué me lo comunica por medio de un tercero? Vive cerca, y un paseo hasta su casa no resulta molesto.

La misma respuesta de Mercanson. No podía explicarme a qué obedecía su ingerencia, y menos aún la comisión de que estaba encargado.

—Está bien—contesté—; la veré mañana, y ella me explicará todo esto.

Sus vacilaciones comenzaron.

—La señora Pierson le había dicho además..., debía decirme..., estaba encargado...

—¿De qué?—pregunté impaciente.

—Caballero: es usted violento. Me parece que la señora Pierson está enferma de gravedad y no podrá recibirle en toda la semana.

Nueva reverencia, y salió.

Era evidente que esta visita ocultaba un misterio: o la señora Pierson no quería recibirme sin causa justificada, o Mercanson se inmiscuía sin que nadie le llamase.

Dejé pasar el día; el siguiente, muy temprano,

llamaba a su puerta y salió la criada. Me dijo que, efectivamente, su señora estaba muy enferma, y, aunque lo intenté, no consintió en tomar el dinero que la ofrecí ni en contestar a mis preguntas.

Al volver a mi casa encontré precisamente a Mercanson en el paseo. Le rodeaban los chicos de la escuela a quienes su tío daba lección. Le abordé en mitad de su arenga y le rogué escuchara dos palabras.

Me siguió hasta la plaza. Entonces me tocó a mi vez vacilar, y no sabía cómo arreglarme para arrancarle su secreto.

—Caballero—le dije—: le suplico me conteste si es verdad lo que ayer me manifestó o si hay otra cosa oculta. Aparte de que no hay en el pueblo médico a quien consultar, tengo razones muy importantes para querer saber la verdad.

Se defendía de todos modos, pretendiendo que la señora Pierson estaba enferma efectivamente y que él sólo sabía que le había hecho llamar y le encargó de avisarme, comisión que él había ejecutado. Conforme hablábamos habíamos llegado al final de la calle principal, a un sitio desierto. Viendo que ni el disimulo ni los ruegos me servían de nada, me volví de pronto hacia él y le sujeté por los brazos.

—¿Qué significa esto, caballero? ¿Quiere usted usar la violencia?

—No; pero quiero saber la verdad.

—Caballero: no tengo miedo a nadie, y he dicho lo que debía.

—Ha dicho usted lo que debía, y no lo que sabe. La señora Pierson no está enferma; lo sé positivamente.

—¿Qué sabe usted?

—La sirvienta me lo ha dicho. ¿Por qué me cierra su puerta y por qué es usted el encargado de decírmelo?

Mercanson vió pasar a un campesino.

—¡Pedro—le gritó—, espérame; tengo que hablarte!

El campesino se acercó a nosotros. Era lo que él deseaba, pensando cuerdamente que yo no osaría maltratarle ante un testigo. Le solté, en efecto, pero tan rudamente, que retrocedió dando su espalda contra el tronco de un árbol. Apretó los puños y se alejó sin decir palabra.

Pasé la semana en un estado de extraordinaria agitación, yendo tres veces al día a casa de la señora Pierson y encontrando su puerta cerrada constantemente. Recibí una carta de ella en la cual me decía que mi asiduidad daba que hablar a la gente y me rogaba que espaciase mis visitas en lo sucesivo. Ni una palabra de Mercanson ni de su enfermedad.

Ese miedo a la murmuración era tan raro en ella y contrastaba de modo tan extraño con la altivez y la indiferencia que mostraba por esta clase de hablillas, que al principio dudé; pero no encontrando otra interpretación a este caso, le contesté que sólo deseaba obedecerla; pero, a pesar mío, mis palabras encerraban gran amargura.

Retrasé voluntariamente el día que me fué permitido ir a visitarla y no volví a pedir noticias de su enfermedad, para demostrarle que no creía en ella. Ignoraba por qué razón me apartaba de ella, y me sentía tan desgraciado, que más de una vez pensé acabar con tan insoportable existencia. Permanecía en el bosque días enteros. Al fin, la casualidad me hizo encontrarla una tarde en tal estado, que daba compasión. Apenas tuve valor para pedirle algunas explicaciones; no me respondió francamente, y no insistí. Me vi reducido a contar los días que pasaba lejos de ella y a vivir semanas enteras con la esperanza de una visita. Con frecuencia sentía impulsos de arrojarme a sus plantas y pintarle mi desesperación. No la creía tan insensible que no me otorgase por lo menos algunas palabras de compasión; pero recordaba su precipitada fuga y su severidad; temblaba de perderla, y preferí morir a exponerme nuevamente.

No teniendo ni el consuelo de confesar mis penas, mi salud se resentía. Mis pies me conducían con dificultad hasta su casa; cada visita me costaba nuevas lágrimas; mi corazón se desgarraba al despedirme de ella, como si no debiese volver a verla.

Por su parte, no empleaba conmigo los mismos modales ni la misma confianza que en el pasado; hablaba de viajes en proyecto, y afectaba confiarme como de pasada los deseos que tenía de dejar la comarca. Al oírla me sentía más muerto que vivo. Si tenía un momento de naturalidad no tardaba en recaer en una frialdad desesperante.

Un día no pude retener el llanto ante ella al ver de qué manera me trataba. La vi palidecer. Al despedirme me acompañó hasta la puerta y me dijo:

—Mañana iré a Saint-Luce (una población cercana); está muy lejos para ir a pie. Si no tiene usted nada que hacer, venga temprano a caballo, y me acompañará.

Fuí exacto a la cita. Me había acostado la noche antes loco de felicidad; pero al salir de mi casa experimenté una tristeza invencible. Al volver a concederme el privilegio de acompañarla en sus excursiones, cedió claramente a un capricho que, si no me amaba, resultaba cruel. Le constaba lo que yo sufría; ¿por qué abusar de mi valor si no había cambiado de parecer?

Esta reflexión hizo de mí otro hombre. Cuando cogí su pie para ayudarla a montar, el corazón me latía, ignoro si de deseo o de cólera.

«Si me ama, ¿por qué tanta reserva? Si no es coqueta, ¿por qué tanta libertad?», me decía a mí mismo.

Tales son los hombres. A la primera palabra comprendió que había cambiado y que mi rostro estaba transformado. Tomé el otro lado del camino, sin hablar. Mientras caminamos por el llano pareció tranquila y volvía de vez en cuando la cabeza para ver si la seguía; pero cuando entramos en la selva y las pisadas de nuestros caballos resonaban entre las rocas, la vi temblar. Se detuvo como para esperarme, pues yo iba detrás, y cuando la alcancé puso el caballo a galope.

Pronto llegamos al pie de la montaña y tuvimos que ponernos al paso. Entonces me coloqué a su lado, y los dos caminamos con la cabeza baja. El momento me pareció oportuno y cogí su mano.

—Brígida—le dije—: ¿está usted cansada de oír mis quejas? Desde que regresé, al volver a mi casa por las noches me pregunto si debo morir, y, a pesar de eso, ¿la he importunado alguna vez? Hace dos meses pierdo el reposo, la fuerza y la esperanza: ¿le he hecho alusión al amor que me devora y me mata? ¿No ve usted cuánto sufro y que paso las noches llorando? ¿No ha encontrado usted nunca en estas espesuras un desgraciado con la cabeza apoyada entre sus manos? ¿No encontró después lágrimas en el camino? Míreme y contemple esas montañas; ¿recuerda que la adoro? Ellas son testigos de mi amor. ¿Por qué traerme a estos lugares? ¿No soy bastante desgraciado? ¿Me ha faltado el valor? ¿No he obedecido ciegamente? ¿Qué crimen he cometido para someterme a esta prueba, a esta tortura? ¿Por qué está usted aquí si no me ama?

—Partamos—contestó—; volvamos atrás.

Cogí las riendas de su caballo.

—No—respondí—; ya he hablado. Si volvemos la pierdo para siempre, no lo ignoro; al llegar sé lo que me va usted a decir. Ha querido ver hasta dónde llega mi paciencia; ha desafiado mi dolor para tener el derecho de arrojarme de su lado; está usted fatigada de este triste pretendiente que sufre sin quejarse y que apura resignado el amargo cáliz

de sus desdenes. Usted no ignoraba que a solas los dos, frente a estos paisajes donde comenzó mi amor, no podría callar por más tiempo: ¡ha deseado que la ofendiera! Pues bien, señora; bastante he sufrido, bastante he llorado; he escondido en mi corazón bastante tiempo el insensato amor que me domina. ¡Ha sido usted demasiado cruel!

A un movimiento que hizo para saltar del caballo la estreché entre mis brazos y junté mis labios con los suyos; pero en el mismo momento la vi palidecer, se cerraron sus ojos, soltó la rienda y se deslizó en tierra.

—¡Dios de bondad!—grité—. ¡Me ama!

Me había besado también.

Eché pie a tierra y acudí a socorrerla. Estaba tendida en la hierba. La incorporé, y abrió los ojos. Un terror súbito estremeció todo su ser. Rechazó mi ayuda, rompió a llorar y se separó de mí. Yo quedé inmóvil al borde del camino, contemplándola. Estaba apoyada en un árbol, con los largos cabellos cayendo sobre sus hombros, las manos temblorosas y las mejillas cubiertas de rubor.

—¡No se acerque usted!—exclamó—. ¡No dé un paso hacia mí!

—¡Amor mío—la dije—, no tema! Si la he ofendido, puede castigarme; ha sido en un momento de ira y de dolor. Tráteme como quiera; ahora puede partir; puede enviarme donde le plazca. Sé que me ama usted, Brígida, y está usted a mi lado más segura que el rey en su palacio.

A estas palabras la señora Pierson fijó en mí sus

ojos, húmedos todavía, y vi reflejada en ellos la felicidad de mi vida. Atravesé el camino y caí de rodillas ante ella. ¡Qué poco ama el que puede explicar de qué palabras se valió su amante para confesarle su cariño!

X

Si yo fuera joyero y tomase de mi tesoro un collar de perlas para regalárselo a un amigo, experimentaríamos una gran alegría al entregárselo; pero si fuera el amigo, moriría antes que arrebatarse el collar de manos del joyero.

He notado que la mayoría de los hombres empujan a la mujer que les ama a entregarse en seguida. Yo he hecho siempre lo contrario, no por cálculo, sino por un sentimiento natural. La mujer que ama y se resiste es que no ama lo suficiente, y la que ama bastante y se resiste, sabe que será menos amada.

La señora Pierson me demostró más confianza que nunca después de confesarme su amor. El respeto que veía en mí la inspiraba una dicha tan dulce, que su rostro semejaba una flor recién abierta. Algunas veces se dejaba llevar de una alegría loca, y de pronto quedaba pensativa, afectando en esos momentos tratarme como a un niño y contemplándome después con los ojos llenos de lágrimas. Inventaba mil pretextos para decirme una frase de cariño o hacerme una caricia inocente; des-

pués se sentaba apartada de mi lado, para abandonarse a los sueños que la embargaban. ¿Hay en el mundo un espectáculo más admirable y más tierno? Cuando me encontraba con ella en la avenida donde la esperaba, solía decirle:

—Amiga mía: ¡el mismo Dios se regocija al ver la inmensidad de mi amor!

No podía, sin embargo, ocultarle la violencia de mis deseos y lo que sufría luchando contra ellos. Una tarde, estando en su casa, le conté que por la mañana recibí la noticia de la pérdida de un pleito muy importante para mí y que iba a causar un cambio completo en mis asuntos.

—¿Cómo puede usted darme esa noticia tan satisfecho?—me preguntó.

—Porque, según la máxima de un poeta persa, el que es amado por una mujer hermosa está al abrigo de la mala suerte—contesté.

No añadió nada más; pero se mostró durante la velada más alegre que de costumbre. Yo jugaba a las cartas con su tía, y al observar que perdía empleaba toda clase de bromas para picarme, diciéndome que no sabía jugar y apostando contra mí hasta el punto de ganarme todo el dinero que llevaba en el bolsillo. Cuando la tía se retiró fué hacia el balcón, y yo la seguí en silencio.

Hacía la noche más hermosa del mundo; la Luna se ponía y las estrellas brillaban con viva claridad sobre el azul del cielo. Ni un soplo de viento agitaba las hojas de los árboles, y el ambiente era tibio y perfumado.

Ella, de codos en el balcón, miraba al cielo; yo me incliné sobre ella, contemplándola. Una voluptuosidad melancólica nos embriagaba. Respirábamos al mismo tiempo los tibios perfumes que exhalaban las flores del campo. Seguimos a lo lejos en el espacio los últimos resplandores de la Luna, que desaparecía tras la negra masa de los castaños. Recordé cierto día en que contemplé con desesperación el vacío inmenso de ese mismo cielo. Este recuerdo me hizo estremecer; ¡lo encontraba ahora tan distinto! Sentí elevarse en mi corazón un himno de gracias y que nuestro amor se remontaba hasta Dios. Rodeé con los brazos la cintura de mi amada; volvió la cabeza lentamente; sus ojos estaban bañados en lágrimas. Su cuerpo se dobló como una caña; sus labios se posaron en los míos, y el universo desapareció para nosotros.

XI

Angel eterno de las noches felices, ¿quién explicará tu silencio? ¡Beso!, brebaje misterioso que los labios derraman, embriaguez de los sentidos, ¡voluptuosidad!, ¡eres inmortal como Dios! Sublime impulso de la criatura, comunión universal de los seres, ¡voluptuosidad tres veces santa!, ¿qué dicen de ti los que te alaban? Te llaman efímera, ¡oh creadora!, y dicen que tu rápida aparición iluminó su vida fugitiva. ¡Palabra más breve aún que el alien-

to de un moribundo! ¡Verdadera frase de bruto sensual, que se asombra de vivir una hora y que confunde las claridades de la lámpara eterna con el chispazo que brota de un guijarro! ¡Amor, principio del mundo, llama preciosa que la Naturaleza entera vela, cual inquieta vestal, en el templo de Dios; hogar de todo, por quien todo existe! ¡El mismo espíritu de la destrucción morirá antes de derribarte! No me extraña que blasfemen tu nombre; porque no te conocen los que creen haberte visto cara a cara; porque tenían los ojos abiertos, sin saber que tú, cuando encuentras a tus verdaderos apóstoles unidos sobre la tierra por un beso, ordenas a sus párpados cerrarse para que no se vea en ellos la felicidad.

Y vosotras, lánguidas sonrisas, primeras caricias, tímido tuteo, primeros vagidos del amante; bellos querubines que revoloteáis por la alcoba y que hacéis descender a este mundo al hombre que despierta del divino sueño, ¿perteneceís a Dios menos que lo demás? ¡Ah, hijos queridos de la voluptuosidad, cuánto os ama vuestra madre! ¡Sois vosotras, conversaciones curiosas, quienes reveláis los primeros misterios, contactos tímidos y todavía inocentes, miradas insaciables que empezáis a trazar en el corazón, como un esbozo tímido, la imagen inefable de la beldad amada! Vosotros formáis a los amantes. Y tú, serenidad de la dicha, verdadera diadema, primera mirada arrojada sobre la vida, primer retorno de los felices a tantas cosas indiferentes, que sólo ven a través de su dicha; primeros

pasos dados en la Naturaleza en compañía de la mujer adorada, ¿quién os describirá? ¿Qué palabras humanas podrán expresar nunca la más ligera caricia?

El que estando en la fuerza de la juventud sale una mañana a pasos lentos de una habitación mientras una mano adorada cierra tras él la puerta secreta; el que camina sin saber por dónde va, contemplando los bosques y los valles; el que atraviesa una plaza sin oír que le hablan, y se sienta en un sitio solitario, riendo y llorando sin motivo; el que ha puesto las manos en su rostro para percibir aún un resto de perfume; el que olvida cuanto ha hecho en la tierra hasta entonces; el que ha hablado a los árboles del camino y a los pájaros que cruzaban volando, y, en fin, el que en medio de los hombres se ha mostrado como un insensato feliz y ha caído de rodillas para dar gracias a Dios, éste morirá sin lanzar una queja. ¡Ha poseído a la mujer amada!

CUARTA PARTE

I

Voy a referir ahora lo que se hizo de mi amor y el cambio que se operó en mí. ¿Qué razón puedo dar? Ninguna, sino que relato y puedo decir: «Esta es la verdad.»

Hacía dos días, ni más ni menos, que era yo el amante de la señora Pierson. Salí del baño a las once de una noche magnífica y atravesé el paseo para ir a su casa. Sentía tal bienestar en el cuerpo y tanto contento en el alma, que brincaba de gozo al andar y tendía los brazos al cielo. La encontré en lo alto de la escalera, apoyada en la barandilla y una bujía en el suelo, a su lado. Me esperaba, y al divisarme salió a mi encuentro. Pronto estuvimos en su cuarto y el cerrojo de la puerta corrido.

Me enseñó su peinado, que había cambiado porque no me gustaba el que llevaba, y me contó que había pasado el día haciendo tomar a sus cabellos la inclinación que yo quería; que había mandado retirar de la alcoba un cuadro obscuro que yo encontraba siniestro; que había renovado las flores

que llenaban la habitación. Me contó lo que había hecho desde que nos conocimos; cuánto me había visto sufrir y cuánto había sufrido ella misma; cómo había intentado mil veces huir de su amor; las precauciones que había tomado contra mí; que había pedido consejo a su tía, a Mercanson y al párroco; que se había jurado a sí misma morir antes que ceder, y que todas las buenas resoluciones habían desaparecido por cierta palabra que le dije un día, por tal mirada, por tal circunstancia, y a cada confianza que me hacía me daba un beso. Lo que yo veía en su cuarto que fuera de mi agrado, lo que había llamado mi atención entre las fruslerías de que estaban llenas las mesas, todo quería regalármelo, que me lo llevase aquella misma noche y lo pusiera encima de mi chimenea. Me pedía que reglamentase su vida a mi gusto, sin tener ella que ocuparse de nada, y decía que las murmuraciones del mundo no la importaban; que si había fingido temerlas fué un pretexto para alejarme; pero que deseaba ser dichosa y se taparía los oídos; que acababa de cumplir treinta años y le quedaba poco tiempo para disfrutar de mi amor.

—Y tú, ¿me amarás mucho tiempo? Esas palabras tan bonitas que me has dicho, ¿son verdaderas?

Y en seguida empezaron los reproches: que venía tarde y era muy presumido; que me había perfumado demasiado al salir del baño, y con un perfume que no le agradaba; que me esperaba en chinelas para que viese que sus pies eran tan blancos

como sus manos; que sabía que no era hermosa y que quisiera serlo cien veces más; que lo había sido a los quince años. Iba y venía loca de amor, sofocada de gozo; no sabía qué inventar, qué hacer, qué decir para entregarse, entregarse siempre, en cuerpo y alma.

Yo estaba echado en el sofá; sentía caer y apartarse de mí a cada palabra suya una hora mala de mi vida anterior. Imaginaba que era un árbol lleno de savia que sacude al viento sus hojas secas para vestirse de verde nuevamente.

Se sentó al piano, y dijo que iba a tocar una composición de Stradella. Prefiero la música sagrada a las demás, y esa composición, que ya había cantado delante de mí, me había parecido muy bella.

—Pues bien—me dijo cuando acabó—; te has engañado: la composición es mía, y te he hecho creer que era de otro.

—¿Es tuya?

—Sí, y te he dicho que era de Stradella para ver qué decías. No toco nunca música mía cuando se me ocurre componer; pero he querido hacer un ensayo, y me ha dado buen resultado, puesto que te lo has creído.

¡Qué máquina tan monstruosa es el hombre! ¿Había algo más inocente? Un niño un poco listo hubiera imaginado esta farsa para sorprender a su maestro. Reía con toda su alma al decírmelo; pero yo sentí de pronto una nube entre nosotros. Cambié de color.

—¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?—me preguntó.

—Nada; vuelve a tocar esa composición.

Mientras ella tocaba me puse a pasear por el cuarto; pasé la mano por mi frente, como para apartar una niebla, golpeé el suelo con el pie, incomodado por mi demencia; al fin me senté en el suelo sobre un almohadón que había caído casualmente. Vino hacia mí. Cuanto más quería luchar con el espíritu de las tinieblas que se apoderaba de mí, más sentía espesarse la noche en mi cerebro.

—¿De modo—le dije—que sabes mentir con tanto aplomo?

Me miró con sorpresa.

—¿Qué es esto?—preguntó.

Una inquietud indescriptible se leía en su semblante. Seguramente no me juzgaba tan loco que la dirigiese un reproche por una broma tan inocente; lo único serio que notaba era mi tristeza; cuanto más frívola era la causa de ella, mayor sorpresa la producía. Quiso creer por un momento que yo bromeaba a mi vez; pero cuando me vió pálido y pronto a desfallecer quedó como una estatua.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¿Es posible?

Quizá sonrías, lector, al leer esta página; yo, que la escribo, todavía me estremezco. Las desgracias tienen sus síntomas, como las enfermedades, y no hay nada tan temeroso en el mar como un puntito negro en el horizonte. Sin embargo, cuando apuntó el día preparó Brígida una mesita en el centro de la habitación, sirvió la cena, o mejor dicho el

desayuno, porque los pájaros cantaban ya en el jardín. Todo lo había preparado ella misma, y no bebí una gota sin que ella hubiese humedecido antes sus labios en la copa. La luz del día, atravesando las cortinas, iluminaba su semblante y sus ojos, un poco fatigados; sentía deseos de dormir, y besándome dejó caer su cabeza sobre mis hombros, diciéndome mil frases de cariño.

No pude luchar contra un abandono tan encantador, y mi corazón se llenó de alegría: me creí libre del todo del mal sueño que acababa de hacer, y le pedí perdón de un momento de locura, del cual casi era irresponsable.

—Amada mía—le decía desde el fondo de mi corazón—: soy muy desgraciado por haberte dirigido un reproche injusto por una broma inocente; pero si me amas no me mientas nunca, aunque sea sobre la menor cosa. La mentira me parece horrosa y no puedo soportarla.

Se acostó. Eran las tres de la mañana y le dije que deseaba quedarme hasta verla dormida. Vi cerrarse sus hermosos ojos, mientras sonreía, y cuando estuvo dormida completamente me incliné sobre su cabecera para darle el beso de despedida. Salí con el corazón tranquilo, prometiéndome en lo sucesivo gozar de mi dicha sin que nada pudiese turbarla.

Al día siguiente Brígida me dijo como por casualidad:

—Tengo un libro donde escribo todos mis pensamientos y todo lo que pasa por mi cabeza. Quie-

ro que leas lo que he escrito a propósito de ti en los primeros días que nos conocimos.

Leímos juntos lo que me concernía, y añadimos mil locuras, después de lo cual me puse a hojear el libro con indiferencia. Una frase trazada en grandes caracteres me saltó a los ojos en medio de las páginas, que volvía rápidamente. Leí indistintamente unas frases insignificantes y me disponía a continuar, cuando Brígida me dijo:

—¡No leas eso!

Tiré el libro sobre un mueble.

—Es cierto—contesté—; no sé lo que hago.

—¿Lo tomas también en serio?—respondió riendo, viendo mi mal reaparecer—. Coge ese libro; quiero que leas.

—No hablemos más. ¿Qué puedo encontrar de interesante? Tus secretos son tuyos, querida.

El libro quedó sobre el mueble, y aunque lo procuré, no podía apartar de él mis miradas. De pronto me pareció que una voz murmuraba a mi oído, y creí ver gesticular delante de mí el duro semblante de Desgenais, con su glacial sonrisa.

«¿Qué viene a hacer aquí Desgenais?»—me pregunté, como si lo hubiera visto en realidad.

Se me había aparecido como le vi una noche, con la frente inclinada bajo mi lámpara y explicándome con su voz aguda su catecismo de libertinaje.

Continuaba yo mirando el libro y recordaba vagamente no sé qué palabras olvidadas que oí alguna vez y que me oprimieron el corazón. La duda

acababa de derramar en mis venas una gota de veneno; su vapor me subía al cerebro, y vacilé como sintiendo los síntomas de una embriaguez malsana. ¿Qué secreto me ocultaba Brígida? Yo sabía que para conocerle no tenía mas que coger el libro y abrirle; pero ¿en qué página? ¿Cómo reconocer la hoja sobre la cual el azar me había hecho fijarme?

Mi orgullo no me permitía recoger el libro. ¿Era mi orgullo realmente?

«¡Dios mío!—me dije con infinita tristeza—. ¿Es un espectro el pasado? ¿Vuelve a salir de su tumba? ¿Es que no voy a poder amar?»

Todas mis ideas de desprecio hacia las mujeres, todas las frases de fatuidad burlona que había repetido como una lección durante el tiempo de mi libertinaje cruzaron súbitamente por mi cerebro; y, ¡cosa extraña!, mientras otras veces las repetía sin creer en ellas, ahora las encontraba verdaderas, o me figuraba que lo habían sido.

Conocía a la señora Pierson hacía cuatro meses; pero ignoraba su vida pasada, y nada le había preguntado sobre ella. Me había entregado a mi amor con una confianza sin límites. Había encontrado una especie de satisfacción en no hacer ninguna pregunta ni a ella misma ni a nadie; además, la sospecha y los celos están tan lejos de mi carácter, que me asombraba yo más de sentirlos que Brígida de encontrarlos en mí. Nunca, en mis primeros amores, ni en el comercio habitual de la vida, había sido desconfiado, sino más bien atrevido, no

dudando de nada, por decirlo así. Fué necesario que viese con mis propios ojos la traición de mi querida para creer que podía engañarme. El mismo Desgenais, sermoneándome a su modo, me embromaba frecuentemente sobre mi facilidad para dejarme engañar. La historia de mi vida entera probaba que era más crédulo que desconfiado; por tanto, cuando la vista de ese libro me intrigó de ese modo sentí que había en mí otro ser desconocido. Mi razón se sublevó contra lo que experimentaba, y yo osaba preguntarme dónde me conduciría todo esto.

Los sufrimientos que experimenté, el recuerdo de las perfidias de que había sido testigo, el terrible tratamiento que me impuse, los consejos de mis amigos, el mundo corrompido que había atravesado, las tristes realidades que había visto y las que comprendí y adiviné con mi funesta inteligencia, el desprecio del amor, el abuso de todo; he aquí lo que llevaba en el corazón, sin sospecharlo todavía, y en el momento en que creía renacer a la esperanza y a la vida todas estas furias reunidas me atenazaban la garganta y me gritaban anunciándome su presencia.

Me incliné y cogí el libro; después lo cerré en seguida y le arrojé sobre la mesa. Brígida me miraba; no había en sus hermosos ojos ni orgullo herido ni cólera; no había mas que una tierna inquietud, como si yo estuviera enfermo.

—¿Crees que tengo secretos?—preguntó besándome.

—No—dije—; no creo nada sino que eres muy bella, y quiero morir amándote.

Al volver a mi casa y sentarme a comer, pregunté a Larive:

—¿Quién es esa señora Pierson?

Se volvió sorprendido.

—Tú habitas aquí—le dije—hace muchos años; debes conocerla mejor que yo. ¿Qué dicen de ella? ¿Qué vida llevaba antes de que yo la conociera? ¿Con quién se trataba?

—Señor, siempre la he visto hacer lo que hace ahora; es decir, pasearse por el valle, jugar al *piquet* con su tía y dar limosnas a los pobres. Los campesinos la llaman Brígida *la Rosa*; nunca he oído hablar mal de ella a nadie, sino únicamente criticar que corre sola por el campo a cualquier hora del día o de la noche; ¡pero es con un motivo tan laudable! Es la Providencia del país. En cuanto a la gente que trata, no es mas que al señor cura y al señor Dalens durante las vacaciones.

—¿Quién es ese señor Dalens?

—Es el propietario de un castillo que hay detrás de la montaña; sólo viene para cazar.

—¿Es joven?

—Sí, señor.

—¿Es pariente de la señora Pierson?

—No; era amigo del marido.

—¿Hace mucho tiempo que murió su marido?

—Cinco años para Todos los Santos; era un buen hombre.

—Y este señor Dalens, ¿se dice si le hace la corte?

—¿A la viuda, señor? ¡Caramba! A decir verdad... (Se detuvo con aire indeciso.)

—¿Hablarás?

—Lo han dicho y no lo han dicho... No sé nada ni he visto nada.

—Me decías hace poco que no murmuran de ella en el pueblo.

—Nunca han dicho nada, y creí que el señor lo sabía.

—En fin, ¿lo dicen, sí o no?

—Sí, señor. Yo al menos lo creo así.

Me levanté de la mesa y me dirigí al paseo.

Mercanson estaba allí. Esperaba que evitase mi encuentro, pero no fué así. Al contrario, él fué quien me abordó.

—Caballero—me dijo—: el otro día dió usted muestras de una cólera de la cual un hombre de mi carácter eclesiástico no puede acordarse. Le presento mis excusas por haberme encargado de una comisión intempestiva (le gustaba emplear palabras sonoras) y por haberme puesto entre las ruedas con tan poca oportunidad.

Le devolví su cumplido, creyendo que se alejaría; pero se puso a caminar a mi lado.

—¡Dalens! ¡Dalens!—repetía yo entre dientes—. ¿Quién me hablará de Dalens?

Porque Larive no me había dicho sino lo que puede decir un criado. ¿Por quién enterarme? Por alguna sirvienta o algún campesino. Necesitaba un

testigo que hubiera visto a Dalens en casa de la señora Pierson y que supiera a qué atenerse. Este Dalens no se me quitaba de la cabeza, y no pudiendo hablar de otra cosa hablé de él a Mercanson.

Si Mercanson era un mal hombre, si era imbécil o hipócrita, no he podido saberlo nunca claramente; es cierto que debía de aborrecerme y que se condujo conmigo con toda la maldad posible. La señora Pierson, que sentía por su tío gran amistad (de la cual era digno), acabó sin darse cuenta sintiéndola también por el sobrino. El se sentía orgulloso, y por tanto celoso. No es sólo el amor el que hace sentir celos; una palabra amistosa, una sonrisa pueden llegar a inspirar hasta rabia a ciertas personas. Mercanson pareció sorprenderse al principio, lo mismo que Larive, de las preguntas que le hice. Yo mismo estaba más sorprendido aún.

A las primeras respuestas del clérigo vi que comprendía lo que yo quería saber, y estaba decidido a no decírmelo.

—¿Cómo es posible, caballero—dijo—, que usted, que conoce a la señora Pierson hace tanto tiempo y que es recibido en su casa con bastante intimidad (al menos lo supongo), no haya encontrado allí nunca al señor Dalens? Seguramente tiene usted alguna razón, que no me permito inquirir, para ocuparse hoy de él. Lo que puedo decirle por mi parte es que se trata de un completo caballero, caritativo y bondadoso. Era tan íntimo como usted de la señora Pierson; tiene una jauría numerosa y hace a maravilla los honores de su casa. Hacía mú-

sica, como usted, con la señora Pierson. Llenaba cumplidamente sus deberes caritativos, y cuando estaba aquí acompañaba a esa señora, lo mismo que usted, en sus paseos. Su familia disfruta en París de excelente reputación; yo le encontraba en casa de esa señora siempre que la visitaba; sus costumbres pasan por ser excelentes. Por lo demás, ya comprenderá usted, caballero, que quiero hablar de una familiaridad honesta, como conviene a personas de esa clase. Creo que sólo viene para la temporada de caza; era amigo del marido; dicen que es muy rico y muy generoso; pero yo casi no le conozco mas que de oídas...

¡Con cuántas frases retorcidas me abrumó el infame verdugo! Yo le miraba avergonzado de escucharle, sin osar hacerle una sola pregunta ni detenerle en su charla. Continuó calumniando todo el tiempo que quiso. Me hundió a su placer el cuchillo en el corazón. Cuando acabó me dejó solo, sin que pudiese retenerle, y al fin y al cabo no me había dicho nada de lo que yo deseaba saber.

Quedé solo en el paseo; la noche se aproximaba; no sé si sentía desesperación o tristeza. La confianza con que me había entregado ciegamente a mi amor por Brígida era tan dulce y tan natural que no podía resolverme a creer que tanta felicidad fuera mentira. El sentimiento inocente y crédulo que me aproximó a ella, sin que tratase de combatirlo y sin dudar jamás, me pareció una prueba de que era digna de él. ¿Era posible que estos cuatro meses tan felices no fueran ya mas que un sueño?

«Después de todo—me dije—esa mujer se ha entregado muy pronto; la intención de huir de mí, que se desvaneció con una palabra, ¿no sería una farsa? ¿Habría yo tropezado con una de esas mujeres que tanto abundan? Sí, porque así proceden todas; fingen retroceder a fin de verse perseguidas. Las gacelas hacen lo mismo; es un instinto de la hembra. ¿No fué por su propio impulso por el que me confesó su amor cuando yo desesperaba que fuese mía jamás? El primer día que la vi, ¿no aceptó mi brazo sin conocerme, con una ligereza que hubiera debido hacerme dudar de ella? Si ese Dalens ha sido su amante, es probable que siga siéndolo; será una de esas uniones que no tienen principio ni fin; cuando se encuentran se toman y cuando se alejan se olvidan. Si ese hombre viene en las vacaciones, volverá a verle sin duda y probablemente sin romper conmigo. ¿Qué significa esa vida misteriosa que toma la caridad como reclamo, esa libertad que no se preocupa de ninguna murmuración? ¿No serán dos aventureras esas mujeres, con su honradez y su caridad, que se imponen a la gente tan pronto y se desmienten más pronto aún? Seguramente; sea lo que sea, he caído con los ojos cerrados en un negocio de galantería que tomé por un idilio; pero ¿qué hacer ahora? No conozco aquí mas que a ese clérigo que no quiere hablar claro, o a su tío, que será menos comunicativo todavía. ¡Dios mío! ¿Quién me salvará? ¿Cómo averiguar la verdad?»

Así hablaban los celos; así, olvidando mis lágri-

mas y todo lo que había sufrido; al cabo de dos días me preocupaba que Brígida se me hubiera entregado. Así, como todos los que dudan, dejaba aparte los sentimientos y los ideales para discutir los hechos, juzgados al pie de la letra, y hacer la diseción de cuanto amaba.

Ensimismado en mis reflexiones, me dirigía con paso tardo a casa de Brígida; encontré la verja abierta, y al atravesar el patio vi que en la cocina había luz; pensé en interrogar a la sirvienta. Volví hacia ese lado, y haciendo sonar en mi bolsillo algunas monedas de plata llegué hasta el umbral.

Una impresión de horror me detuvo. La criada era una mujer vieja, delgada y arrugada, cargada de espaldas. La encontré lavando la vajilla en un barreño no muy limpio; se alumbraba con un candil muy sucio; alrededor, cacerolas, platos y restos de comida, que husmeaba un perro vagabundo. Un olor nauseabundo se desprendía de las paredes húmedas. Cuando la vieja me vió me miró sonriendo con aire confidencial: me había visto salir por la mañana de la habitación de su señora. Me estremecí, sintiendo asco de mí mismo y de lo que venía a inquirir en un sitio que cuadraba tan perfectamente con la innoble acción que meditaba. Huí de esta vieja como si fuese la imagen de mis celos y el olor de sus cacharros saliese de mi propio corazón.

Brígida estaba a la ventana, regando sus amadas flores; el niño de una vecina, sentado en una butaca y enterrado entre almohadones, jugaba con

la falda de su vestidito, y con la boca llena de bombones le dirigía un discurso con esa jerga incomprendible de los bebés que no saben hablar todavía. Me senté al lado de Brígida y besé al niño en las sonrosadas mejillas, como para comunicar a mi corazón un poco de su inocencia. Brígida me acogió con aire temeroso: veía en mis ojos su imagen borrosa por la duda. Por mi parte, evité su mirada. Cuanto más admiraba su belleza y su aire candoroso más me decía a mí mismo que semejante mujer, si no era un ángel, era un monstruo de perfidia. Me esforzaba en recordar cada palabra de Mercanson y confrontaba, por decirlo así, sus insinuaciones con la mirada de mi querida y los rasgos de su rostro encantador.

«Es muy bella—pensaba—y, por tanto, muy peligrosa si quiere engañar; pero la haré frente y sabrá quién soy yo.»

Después de un largo silencio le dije:

—Acabo de dar un consejo a un amigo que me ha hecho una consulta. Es un muchacho muy cándido. Me escribe que ha descubierto que una mujer que acaba de entregarse a él tiene otro amante al mismo tiempo. Me consulta qué debe hacer.

—¿Qué le has contestado?

—Dos cosas: ¿Es bonita y tú la quieres? Si la amas, olvídala; si es bonita y no la quieres, consérvala para tu diversión; siempre estarás a tiempo de abandonarla si sólo te gusta por su belleza, y lo mismo da ésa que otra.

Al oírme hablar de este modo, Brígida dejó al

niño, que se había sentado en sus rodillas, y se retiró al fondo de la habitación. No teníamos luz; la Luna, que alumbraba el sitio que Brígida acababa de dejar, sumía en profundas tinieblas el sofá donde se había sentado. Las frases que yo había pronunciado tenían un sentido tan cruel, que me sentía disgustado de mí mismo, y mi corazón se llenó de amargura. El niño, inquieto, llamó a Brígida y nos miró tristemente. Sus gritos de júbilo y su charla cesaron poco a poco, y se durmió echado en la butaca. Los tres estábamos silenciosos, y una nube interceptó la Luna.

Una criada entró para llevarse al niño y traer luces. Me levanté al mismo tiempo que Brígida; ella se llevó las manos al corazón y cayó al pie de su lecho. Corrí espantado a socorrerla; pero no había perdido el conocimiento y me suplicó que no llamase a nadie. Me dijo que padecía de violentas palpitaciones, que la atormentaban desde muy joven y la asaltaban repentinamente; pero que estos ataques no eran peligrosos y ningún remedio servía contra ellos. Yo estaba de rodillas junto a ella. Me tendió los brazos con dulzura. Cogí su cabeza y la apoyé sobre mi pecho.

—Te compadezco—me dijo.

—Escucha—murmuré a su oído—. Soy un pobre loco y no puedo tener nada oculto en el corazón. ¿Quién es un señor Dalens que vive en un castillo cercano y viene algunas veces a verte?

Pareció sorprendida al oírme pronunciar ese nombre.

—Dalens—contestó—es un amigo de mi marido.—Y me miró como para añadir: «¿Por qué esta pregunta?»

Me pareció que pasaba por su semblante una ligera sombra. Me mordí los labios.

«Si quiere engañarme, he hecho mal en hablar», pensé.

Brígida se levantó penosamente, cogió su abanico y paseó por el cuarto a grandes pasos. Respiraba con dificultad. Mi pregunta la había ofendido. Permaneció pensativa algún tiempo, y cambiamos dos o tres miradas frías y casi hostiles. Fué a su secreter, le abrió y sacó un paquete de cartas atado con una cinta y me lo entregó sin decir una palabra. Pero yo no la miraba a ella ni a sus cartas. Acababa de lanzar una piedra en el abismo y escuchaba el eco de su caída. Por vez primera el rostro de Brígida reflejaba su orgullo ofendido. Ya no había en sus ojos inquietud ni piedad, y conforme acababa de sentirme completamente distinto de como fuí hasta aquel momento, del mismo modo encontraba en ella una mujer desconocida.

—Lee eso—dijo al fin.

Avancé y estreché su mano.

—¡Lee eso, lee eso!—repetía con helado acento.

Me sentí en aquel momento tan convencido de su inocencia y me hallé tan injusto, que me arrepentí profundamente.

—Me recuerdas que te debo la historia de mi vida; siéntate y la conocerás. Abrirás en seguida

esos cajones y leerás lo que hay en ellos escrito por mí o por manos extrañas.

Se sentó y me indicó un sillón. Vi el esfuerzo que le costaba hablar. Estaba pálida como la muerte y la voz salía con dificultad de su garganta.

—¡Brígida! ¡Brígida!—exclamé—. ¡Por Dios te pido que no me digas nada! El es testigo de que no soy como tú te figuras. En mi vida me he sentido desconfiado ni receloso. Me han perdido, falseando mi corazón. Una deplorable experiencia me ha conducido al borde de un precipicio, y hace un año sólo he tropezado en el mundo con la maldad. Dios sabe que hasta hoy no me he sentido capaz de representar el innoble papel del celoso, que es el más bajo de todos. Juro por Dios que te adoro y que tú sola en el mundo puedes curarme del pasado. Hasta ahora sólo encontré mujeres que me engañaron y que eran indignas de ser amadas. He llevado una vida de libertinaje que ha dejado en mi corazón recuerdos imposibles de borrar. ¿Es culpa mía si una calumnia, la acusación más vaga e increíble, encuentra en mi corazón un eco pronto a recoger todo lo que se asemeje al dolor? Esta noche me han hablado de un hombre que no conozco y del cual ignoraba la existencia; me han dado a entender que había habido sobre él y sobre ti murmuraciones que nada prueban, y quiero que me des explicaciones sobre esto. He sufrido, te lo he confesado, y ha sido por mi parte un error irremediable; pero antes que aceptar lo que me propones voy a arrojar todo esto al fuego. Te ruego que no me degrades justificán-

dote; no me castigues por mi sufrimiento. ¿Cómo es posible que en el fondo de mi corazón sospeche que me engañas? No; eres tan hermosa como sincera; una sola de tus miradas es más de lo que necesito para amarte con locura. ¡Si supieras de qué horrores, de qué monstruosas perfidias ha sido testigo el niño que tienes ante tu vista! ¡Si supieras cómo le han tratado, el cuidado que han tenido de enseñarle todo lo que puede conducir a la duda, a los celos y a la desesperación! ¡Ay amor mío! ¡Si supieras a quién te has entregado! ¡No me hagas reproches; ten el valor de compadecerme! Necesito olvidar que hay en el mundo más mujeres que tú. ¡Quién sabe por cuántas pruebas, por qué horribles instantes de dolor he de pasar aún! No sospechaba que esto pudiera ocurrir, y no estoy preparado para la lucha. Desde que eres mía me he dado cuenta de quién soy; al besarte me he percatado de que mis labios estaban manchados. ¡En nombre del Cielo, ayúdame a vivir! Dios me ha hecho mejor de lo que crees.

Brígida me abrazó y me hizo las más tiernas caricias. Me rogó que la contase lo que había dado lugar a esta escena tan triste. La conté solamente lo que me había dicho Larive, pues no me atreví a confesarla que había interrogado a Mercanson. Quiso absolutamente que escuchara sus explicaciones. El señor Dalens la había amado; pero era un hombre frívolo, disipado e inconstante; le había hecho comprender que no quería casarse por segunda vez, y le rogaba no insistiese, a lo que él se

resignó de buen grado; pero sus visitas fueron menos frecuentes, hasta que dejó de hacerlas del todo. Sacó del paquete una carta, que me enseñó, y era de fecha reciente. Enrojecí al encontrar en ella la confirmación de lo que acababa de contarme. Me aseguró que me perdonaba, exigiendo por todo castigo que en lo sucesivo le participaría al instante lo que pudiera despertar en mí cualquier sospecha sobre ella. Nuestro convenio fué sellado con un beso, y cuando me despedí de ella, ya de día, habíamos olvidado los dos que el señor Dalens existía.

II

Una especie de inercia, acompañada de una gran amargura, es inherente a la disipación. Es consecuencia de una vida desordenada, regida por el capricho y basada tan sólo en los antojos de la fantasía. La juventud y la voluntad pueden resistir a los excesos; pero la Naturaleza se venga en silencio, y el día en que decide reparar sus fuerzas, la voluntad muere, por abusar de nuevo.

Al hallar a su alrededor los objetos que antes le tentaban, el hombre que no tiene la fuerza de voluntad de contenerse sólo puede conceder a lo que le rodea una sonrisa de hastío. Añadid a esto que los objetos que ayer excitaban sus deseos no los ha poseído nunca con sangre fría; el libertino se apodera violentamente de lo que ama; su vida es una

fiebre; sus órganos, para buscar el goce, se ven obligados a abusar de los licores fermentados, de las cortesanas y de las noches sin sueño; en los días de tedio o de pereza siente más que hombre alguno gran distancia entre su impotencia y sus tentaciones, y para resistir a éstas es preciso que el orgullo acuda a su socorro, haciéndole creer que las desdén. Por eso escupe sin cesar sobre todos los goces de la vida, y, tranquila su vanidad, es conducido por ella a la muerte entre una sed ardiente y una profunda saciedad.

Aunque hacía mucho tiempo que llevaba yo una vida ordenada, mi cuerpo se acordó repentinamente de mis tiempos de libertinaje. Se explica perfectamente que hasta entonces no lo hubiera notado. Ante el dolor que sentí cuando murió mi padre, todo me fué indiferente; después experimenté un amor violento. Mientras viví solitario el tedio no tuvo con quién luchar. Que el tiempo esté triste o alegre, ¿qué le importa al que vive aislado? Como el cinc, esa especie de metal, al ser extraído de la veta azulada donde duerme refleja un rayo de sol que le hace asemejarse al cobre virgen, así los besos de Brígida despertaron poco a poco en mi corazón lo que estaba dormido.

Había ciertos días en los que me sentía desde por la mañana una disposición de espíritu tan extraña, que no puedo calificarla. Me despertaba sin motivo, como un hombre que la víspera se ha excedido en la mesa y se siente extenuado. Todas las sensaciones de fuera me causaban una fatiga in-

soportable, y todos los objetos conocidos y habituales me aburrían. Si hablaba, lo hacía para poner en solfa lo que decían los demás o lo que yo mismo pensaba. Entonces, tendido en un sofá e incapaz de movimiento, estropeaba deliberadamente los paseos que habíamos concertado la víspera. Rebuscaba en mi memoria lo que en algún buen momento hubiera podido decir a mi querida más sincera y tiernamente, y no estaba satisfecho hasta que mis burlas habían emponzoñado los recuerdos de mis días felices.

—¿No podrías hablar de otra cosa?—me preguntaba Brígida con tristeza—. Si hay en ti dos hombres diferentes, ¿no podrías, cuando el malo se muestra, contentarte con olvidar al bueno?

La paciencia que Brígida oponía a estos desvaríos sólo conseguía excitar mi alegría siniestra. Es cosa extraña que el hombre que sufre sólo goce atormentando al ser que ama. El tener tan poco imperio sobre sí mismo, ¿no es la peor de las enfermedades? ¿Hay algo más cruel para una mujer que ver a un hombre que sale de sus brazos tomar en broma, por un capricho inexcusable, lo que las noches de amor tienen de más sagrado y misterioso? Sin embargo, no huía de mí; seguía a mi lado, inclinada sobre su bordado, mientras que con mi mal humor yo me mofaba del amor y dejaba salir la locura por mi boca, húmeda aún de sus besos.

Esos días, contra lo que yo acostumbraba, me sentía en vena de hablar de París y de considerar mi vida desordenada como la mejor del mundo.

—Tú no eres mas que una devota—decía riendo a Brígida—; no sabes lo que es esto; no hay nada como la gente despreocupada, que practica el amor sin sentirlo.

¿No era esto decir que yo no lo sentía?

—Pues bien—me contestaba Brígida—; enséñame a gustarte siempre. Quizá soy tan bonita como las amantes que echas de menos; si no tengo el ingenio que ellas para divertirme, sólo deseo aprender. Hazte cuenta de que no me amas, y déjame amarte en silencio. Si soy devota en religión, también lo soy en amor. ¿Qué es preciso hacer para demostrártelo?

Se ponía ante el espejo y se vestía a mediodía con un traje de baile, afectando una coquetería que le repugnaba, procurando ponerse a tono conmigo, riendo y saltando.

—¿Está bien así?—me decía—. ¿A cuál de tus amantes me parezco? ¿Soy bastante hermosa para hacerte olvidar que todavía se puede creer en el amor? ¿Tengo el aspecto de una despreocupada?

Y en medio de esta alegría ficticia me volvía la espalda, y un estremecimiento hacía temblar su cuerpo y las flores que se había colocado en los cabellos. Yo me arrojaba entonces a sus plantas.

—Basta—le decía—; imitas demasiado bien a las que deseas por modelo y a las que mi boca es bastante vil para recordarte. Quítate ese traje y esas flores. Borremos esta alegría con una lágrima sincera. No me hagas recordar que soy el hijo pródigo; estoy harto del pasado.

Pero este mismo arrepentimiento era cruel; demostraba que los fantasmas que llevaba en el corazón eran demasiado reales. Al obedecer a un sentimiento de horror le demostraba claramente que su resignación y su deseo de agradarme evocaban en mí imágenes impuras. Era verdad. Llegaba a casa de Brígida transportado de dicha, jurando olvidar en sus brazos mis dolores y mi vida pasada; protestaba de rodillas de mi respeto por ella hasta al pie de su lecho; entraba como en un santuario; le tendía mis brazos derramando lágrimas; de pronto ella hacía un gesto al quitarse el vestido, decía cierta palabra acercándose a mí, y yo recordaba repentinamente a una prostituta que, al quitarse el traje cierto día y al acercarse a mí, había hecho ese gesto, había dicho esa palabra.

¡Lo que sufría entonces esa criatura tan abnegada viéndome palidecer cuando mis brazos, preparados para recibirla, caían como privados de movimiento sobre sus desnudos hombros; cuando el beso se encerraba bajo mis labios, y mi mirada, llena de amor, de un amor puro como la luz divina, retrocedía en mis párpados como una flecha que el viento cambia de dirección! ¡Ah Brígida! ¡Qué diamantes brotaban de tus ojos! ¡En qué tesoros de sublime caridad depositabas con paciente mano tu triste amor lleno de piedad!

Durante algún tiempo los días buenos y malos se sucedieron casi regularmente. Yo me mostraba alternativamente duro y burlón, tierno y abnegado, seco y orgulloso, arrepentido y sumiso. El

semblante de Desgenais, que fué el primero que se me apareció para prevenirme lo que ocurría, estaba siempre presente en mi pensamiento. Durante mis días de dudas y frialdad conversaba, por decirlo así, con él; con frecuencia en el mismo instante en que acababa de ofender a Brígida con alguna burla cruel, yo pensaba: «Si él se encontrase en mi lugar haría cosas peores todavía.»

También algunas veces, al ponerme el sombrero para ir a casa de Brígida, me miraba al espejo y decía:

—¡Qué se le va a hacer! Tengo, al fin y al cabo, una querida muy hermosa; se ha entregado a un libertino; que me tome tal como soy.

Llegaba con la sonrisa en los labios, me recostaba en un sillón con aire indolente, veía a Brígida acercarse con ojos inquietos, cogía sus pequeñas manos entre las mías y me perdía en un éxtasis infinito.

¿Cómo llamar a una cosa que no tiene nombre? ¿Era yo bueno o malo? ¿Era desconfiado o estaba loco? Es inútil querer definirme; era así.

Teníamos como vecina una joven que se llamaba la señora Daniel; no estaba desprovista de belleza, y menos de coquetería; era pobre y quería pasar por rica; venía a vernos después de comer y jugaba fuerte contra nosotros, aunque alguna vez sus pérdidas le pusieran en grave compromiso. Cantaba, y no tenía voz. En el fondo de esa villa ignorada, donde su triste destino la obligaba a enterrarse, se sentía devorada por una sed de placeres

infinita. No hablaba mas que de París, donde solamente ponía los pies un par de días al año; pretendía seguir las modas. Mi querida Brígida la ayudaba como podía, sonriendo piadosamente.

Su marido estaba empleado en el Catastro; lá llevaba los días de fiesta a los bailes de la Prefectura, y emperejilada con todos sus adornos bailaba con casi toda la guarnición. Volvía con los ojos brillantes y el cuerpo rendido; entraba a vernos y nos contaba sus proezas y los disgustos de que había sido causa. El resto del tiempo leía novelas, sin ocuparse para nada de su casa.

Cuantas veces la veía no dejaba de burlarme de ella, no encontrando nada más ridículo que esa vida que pretendía llevar; la interrumpía, cuando nos describía las fiestas en que tomaba parte, para pedirle noticias de su marido o de su suegro, a quienes detestaba sobre todas las cosas; al uno, porque era su marido, y al otro, porque era un campesino; en fin, no podíamos estar juntos sin regañar por cualquier cosa.

Se me ocurrió en mis días tediosos hacer la corte a esta mujer, únicamente para molestar a Brígida.

—La señora Daniel—decía yo—entiende la vida perfectamente. Con su carácter alegre haría una querida encantadora.

Y emprendía su elogio; su charla insignificante se convertía en amena conversación; sus exageradas pretensiones, en un deseo de agradar, muy natural; ella no tenía la culpa de ser pobre. Por lo

menos sólo pensaba en divertirse, y lo confesaba francamente; no predicaba sermones ni escuchaba los de los demás. Llegué a decir a Brígida que debía tomarla por modelo y que ese carácter era el que yo prefería en las mujeres.

La señora Daniel sorprendió en los ojos de Brígida miradas melancólicas. Era una criatura muy extraña; tan buena y tan sincera cuando no se ocupaba de sus pretensiones como estúpida cuando se trataba de ellas. En esta ocasión cometió una acción parecida a ella, es decir, buena y estúpida a la par.

Un día, estando las dos solas en el paseo, se echó en brazos de Brígida, diciéndole que había notado que yo empezaba a hacerle la corte y que le dirigía frases cuya intención no era dudosa; pero que sabía que era amante de otra mujer y que ella prefería morir antes que destruir la felicidad de una amiga. Brígida le dió gracias, y la señora Daniel, con la conciencia tranquila, no hizo caso de mis miradas para desengañarme mejor.

Cuando por la tarde se retiró a su casa, Brígida me contó con tono seco lo ocurrido en el paseo, y me rogó que en lo sucesivo la evitase tales afrentas.

—No es porque yo les dé crédito—dijo—ni me importen tales bromas; pero si experimentas algún amor por mí me parece inútil enterar a un tercero de que no le sientes igual todos los días.

—¿Es posible—dije riendo—que des importancia a estas cosas? Bien ves que me río y lo hago por pasar el tiempo.

—¡Ah, amigo mío—contestó Brígida—, es una desgracia que necesites pasar el tiempo!

Algunos días después le propuse ir nosotros también a la Prefectura para ver bailar a la señora Daniel. Consintió con disgusto. Mientras acababa de arreglarse yo estaba al lado de la chimenea y le reproché que perdía su antigua alegría.

—¿Qué tienes?—le pregunté (lo sabía tan bien como ella)—. ¿Por qué ese aire de disgusto que se ha hecho habitual en ti? La verdad es que vivimos haciendo un dúo muy triste. Cuando te conocí tenías el carácter más libre, más alegre, más comunicativo; no es muy halagüeño para mí ser la causa de ese cambio. Tienes hábitos claustrales; has nacido para vivir en un convento.

Era un domingo. Al cruzar el paseo, Brígida mandó detener el carruaje para saludar a algunas amigas, muchachas alegres que bailaban en el paseo de los Tilos. Cuando las dejamos permaneció mucho rato asomada a la ventanilla; echaba de menos aquellos bailes, y llevó su pañuelo a los ojos.

Encontramos en la Prefectura a la señora Daniel loca de alegría. Empecé a bailar con ella con bastante frecuencia para que se advirtiera; le dije mil cumplidos, a los cuales contestó complacida. Brígida estaba enfrente y no apartaba su mirada de nosotros. Lo que experimenté es difícil de explicar: era una mezcla de pena y de placer. Veía claramente que estaba celosa; pero en vez de conmovirme hice lo posible para inquietarla más.

Esperaba a la vuelta sus reproches; no solamente no me los hizo, sino que siguió silenciosa y triste al día siguiente y al otro.

Cuando llegaba a su casa venía hacia mí y me besaba; después de lo cual nos sentábamos uno frente a otro, preocupados y cambiando tan sólo alguna frase indiferente. El tercer día habló; estalló en amargos reproches; me dijo que mi conducta era inexplicable; que no sabía qué pensar si no es que ya no la amaba; que ella no podía soportar esa vida, y que estaba resuelta a todo antes que sufrir mis caprichos y mis desprecios. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y ya estaba dispuesto a pedirle perdón, cuando se le escaparon frases tan amargas, que mi orgullo se sublevó. Le repliqué en el mismo tono, y nuestra riña tomó un carácter violento. Le dije que era ridículo que yo no inspirase a mi amante la suficiente confianza para que me evitara escenas por las cosas más sencillas; que la señora Daniel sólo era un pretexto; que le constaba que yo no pensaba seriamente en aquella mujer; que sus pretendidos celos no eran realmente mas que despotismo, y que, por lo demás, si esa vida la fatigaba, sólo dependía de ella abandonarla.

—Sea—replicó—. Al fin y al cabo, desde que soy tuya no te reconozco; has representado una comedia para persuadirme de que me amabas; te cansas ya, y solamente piensas en hacerme daño. Me acusas de engañarte por una palabra que te dicen, y yo no tengo el derecho de dolerme de un

insulto que me haces. No eres ya el hombre que yo amaba.

—Ya sé—respondí—que sufres; pero sin razón, y yo no tengo la culpa de que tu sufrimiento se renueve a cada paso que doy. Pronto no me será permitido dirigir la palabra a nadie mas que a ti. Finges que te maltrato a fin de poderme insultar; me acusas de tiranía para convertirme en esclavo. Puesto que turbo tu reposo, vive en paz; no volverás a verme.

Nos separamos encolerizados y estuve un día sin verla. Al siguiente, hacia media noche, sentí tanta tristeza, que no pude resistir más. Derramé un torrente de lágrimas. Me abrumé a mí propio de injurias, muy merecidas. Me dije que era un loco, y de mala especie, para hacer sufrir a la más noble, la mejor de las criaturas. Corrí a su casa a echarme a sus plantas.

Al entrar en el jardín vi luz en su habitación, y una duda atravesó mi cerebro.

«No me espera a esta hora—pensé—. ¿Qué estará haciendo? La dejé ayer anegada en llanto; quizá voy a encontrarla cantando y no ocupándose de mí, como si no existiera. Quizá esté ante su tocador como *la otra*. Es preciso que entre sin ruido y sepa a qué atenerme.»

Avancé de puntillas, y como la puerta estaba casualmente entreabierta, pude ver a Brígida sin ser visto por ella. Estaba sentada delante de su secreter y escribía en el mismo libro que fué causa de mis primeras dudas sobre ella. Tenía en su mano iz-

quierda una cajita de madera blanca, que miraba de vez en cuando con una especie de temblor nervioso. Había algo siniestro en la tranquilidad que reinaba en el cuarto. Sobre el secreter había muchos rollos de papel, que parecían haber sido arreglados recientemente.

Hice algún ruido al abrir la puerta. Se levantó, cerró el secreter y se dirigió a mí sonriendo.

—Octavio—me dijo—: somos dos chiquillos. Nuestro enfado no tiene sentido común, y si no hubieses venido esta noche yo hubiera ido a tu casa. Perdóname; mía ha sido toda la culpa. La señora Daniel vendrá mañana a comer; castígame si quieres por lo que tú llamas mi despotismo. Con tal que me ames soy dichosa; olvida lo que ha pasado y no destruyamos nuestra felicidad.

III

Nuestra riña fué, por decirlo así, menos triste que nuestra reconciliación; ésta iba acompañada por parte de Brígida de un misterio que me aterró al principio y dejó después en mi alma una continua inquietud.

Cada vez se acrecían en mí, a pesar de mis esfuerzos, los dos elementos de desgracia que me había legado el pasado; tan pronto unos celos furiosos, que se desataban en injurias y reproches, como una alegría cruel, una afectada ligereza que ultra-

jaba lo que había para mí más querido. Me perseguían sin descanso recuerdos inexorables; como consecuencia, Brígida, viéndose tratada alternativamente como una amante infiel o como una mujer entretenida, caía poco a poco en una tristeza que devastaba nuestra vida entera; y lo peor de todo es que esa misma tristeza me enervaba, aunque yo supiera la causa y me reconociese culpable. Yo era joven y amaba el placer. Este dúo constante con una mujer más vieja que yo, que sufría y languidecía; ese semblante cada día más serio, que tenía constantemente ante la vista, hacía que mi juventud se revelase y me inspiraba amargas añoranzas por mi perdida libertad.

Cuando, alumbrados por una Luna espléndida, atravesábamos lentamente el valle, sentíamos los dos una melancolía tan profunda, que Brígida me miraba con lástima. Ibamos a sentarnos en una roca que dominaba un lugar desierto; allí pasábamos horas enteras; sus ojos, medio velados, penetraban en mi corazón a través de los míos; después contemplaba la Naturaleza, el cielo y el valle.

—Mi querido Octavio—decía—: te compadezco. ¡Ya no me amas!

Para llegar a esta roca había que caminar dos leguas a través del bosque; otro tanto para volver, eran cuatro. Brígida no temía el cansancio. Partíamos a las once y volvíamos algunas veces al amanecer. Cuando se trataba de estas excursiones se ponía una blusa azul y traje de hombre, porque, según decía, el vestido femenino no está hecho para

las zarzas. Iba delante de mí con paso resuelto, con una mezcla tan deliciosa de delicadeza femenina y de temeridad infantil, que yo me detenía para mirarla a cada instante. Parecía que tenía que llevar a cabo una tarea difícil, pero ineludible; iba delante como un soldado, con los brazos caídos y cantando; de pronto se volvía, llegaba a mí y me besaba. Esto a la ida. A la vuelta se apoyaba en mi brazo; entonces no cantaba y me hacía confidencias en voz baja, aunque estábamos los dos solos en tres leguas a la redonda. No recuerdo haber cambiado con ella, cuando volvíamos, una palabra que no fuese de amor o de amistad.

Una noche tomamos para llegar a la roca un camino de nuestra invención, es decir, nuevo completamente para nosotros. Brígida marchaba contenta, y su gorra de terciopelo sobre sus cabellos rubios le daba el aspecto de un muchacho resuelto; de tal modo, que olvidé que era mujer cuando había que franquear pasos dificultosos. Más de una vez se vió obligada a llamarme para que la ayudase a trepar por las rocas, pues yo me había adelantado mucho.

No puedo describir el efecto que producía su voz, medio alegre y medio temerosa, saliendo del cuerpo de un colegial que se agarraba a los troncos de los árboles sin poder avanzar. La tomé en mis brazos.

—Señora—le dije—: es usted un pequeño montañés, valiente y dispuesto; pero sus manos se desgarran, y a pesar de los zapatos herrados, del bas-

tón y de su aire marcial, veo que es preciso llevarla a usted en brazos.

Llegamos sofocadísimos. Yo llevaba alrededor del cuerpo una correa, y en una botella forrada de mimbre llevaba agua para beber. Cuando estuvimos sobre la roca, Brígida me pidió la botella; la había perdido, juntamente con el pedernal que nos servía para otro uso: para ver los nombres de los caminos escritos en los postes cuando nos extra- viábamos, lo que ocurría con frecuencia. Yo trepaba entonces a los postes, y se trataba de encender el pedernal con bastante prontitud para poder leer los nombres cuyas letras estaban medio borradas; todo esto atolondradamente, como dos chicos. Había que vernos en una encrucijada, cuando teníamos que descifrar no un letrero, sino cinco o seis, hasta tropezar con el que buscábamos. Pero aquella noche nuestro bagaje se había quedado en la hierba.

—Pues bien—dijo Brígida—; pasaremos aquí la noche; precisamente estoy muy fatigada. Esta roca es un lecho muy duro; procuraremos hacer otro con hojas secas.

La noche estaba espléndida; la Luna se elevaba detrás de nosotros; Brígida la contempló mucho tiempo mientras salía de las crestas negras que las colinas dibujaban en el horizonte. A medida que la claridad del astro se extendía en el cielo, la canción de Brígida se hacía más lenta y más melancólica; se inclinó hacia mí, y echándome los brazos al cuello:

—No creas—me dijo—que no comprendo lo que pasa en tu corazón y que te reprocho lo que me haces sufrir. Me has amado de buena fe, y no me arrepentiré nunca, aun cuando deba morir por tu amor, del día en que me entregué. Has creído renacer a la vida y que olvidarías en mis brazos el recuerdo de las mujeres que te han perdido. ¡Ay Octavio! Antes me reía de la precoz experiencia que pretendías haber adquirido y de la que te oía vanagloriarte como los niños que no saben nada; creí que me bastaría con quererlo para que todo lo bueno que hay en tu corazón subiera a tus labios al darte mi primer beso; tú lo creías también, y nos hemos equivocado los dos. Llevas en el corazón una llaga que no quiere curarse; es preciso que amases mucho a la mujer que te traicionó. ¡Más que a mí, mucho más, puesto que todo mi amor no ha bastado para borrar su imagen! Es preciso también que ella te haya engañado cruelmente, puesto que es inútil mi fidelidad. Las otras miserables, ¿qué han hecho para envenenar tu juventud? ¡Los placeres que te han vendido debieron de ser terribles e intensos, puesto que me pides te proporcione otros análogos! ¡A mi lado te acuerdas de ellas, y eso es lo más cruel! Prefiero verte, injusto y enfurecido, reprocharme crímenes imaginarios y que te vengues en mí del daño que te causó tu primera querida, a encontrar en tu semblante esa terrible alegría de libertino burlón que viene de pronto a interponerse como una máscara de yeso entre tus labios y los míos. Díme, Octavio, ¿por qué

es esto? ¿Por qué hay días en que hablas del amor con desprecio y son objeto de tus burlas nuestras más dulces expansiones? ¿Qué imperio había tomado sobre tus nervios excitados la vida horrible que has llevado, para que esás injurias broten de tus labios a pesar tuyo? Sí, a pesar tuyo, porque tu corazón es noble; tú mismo te avergüenzas de lo que haces; me amas demasiado para no sufrir, puesto que ves que yo sufro. ¡Ahora te conozco! La primera vez que te vi así no puedes imaginarte el terror que experimenté; creí que no eras mas que un cínico, que me habías engañado de intento con la apariencia de un amor que no sentías y que te mostrabas tal como eras verdaderamente. Pensé morir; ¡qué noches pasé! No conoces mi vida; no sabes que no tengo del mundo una idea más favorable que la tuya. La vida es agradable tan sólo para los que no la conocen.

«Tú no eres, querido Octavio, el primer hombre que he amado. Hay en el fondo de mi corazón una historia fatal, que debes conocer. Mi padre me había destinado, muy joven aún, al hijo único de un antiguo amigo. Eran vecinos en el campo y poseían dos propiedades casi del mismo valor; las dos familias se veían todos los días y vivían juntas por decirlo así. Mi padre murió; hacía mucho tiempo que había perdido a mi madre. Quedé bajo la tutela de mi tía, a quien ya conoces; se vió obligada a emprender un viaje poco tiempo después, y me confió a su vez a mi futuro suegro. Este no me llamaba nunca mas que hija, y era tan sabido por todo

el mundo que debía casarme con su hijo, que nos dejaban solos y en la libertad más absoluta.

»Este joven, cuyo nombre es inútil te diga, parecía amarme hacía mucho tiempo; lo que durante la infancia era amistad infantil se convirtió con el tiempo en amor. Cuando estábamos solos me hablaba de la felicidad que nos esperaba y me pintaba su impaciencia. Yo tenía solamente un año menos que él; pero trabó en los alrededores conocimiento con un hombre de mala vida, una especie de caballero de industria, cuyos consejos escuchó; mientras yo me abandonaba a sus caricias con la confianza de una niña, decidió engañar a su padre, faltar a su palabra y abandonarme después de haberme perdido.

»Su padre nos llamó una mañana a su habitación, y en presencia de toda la familia nos anunció que había fijado la fecha de nuestro matrimonio. La noche de aquel mismo día le encontré en el jardín; me habló de su amor con más fuego que nunca; me dijo que se consideraba como mi marido y que lo era delante de Dios desde nuestra infancia. No tengo otras excusas que alegar que mi juventud, mi ignorancia y la confianza que él me inspiraba. Me entregué a él antes de ser su mujer, y ocho días después dejó la casa paterna, huyó en compañía de una mujer que le había hecho conocer su nuevo amigo; nos escribió que partía para Alemania, y no le hemos vuelto a ver.

»Esta es, en una palabra, la historia de mi vida; mi marido la supo, como tú la sabes ahora. Soy

muy orgullosa, y juré en mi soledad que ningún hombre me haría sufrir por segunda vez lo que sufría entonces. Te vi, y olvidé mi juramento; pero no sin dolor. Hay que tratarme con dulzura; si tú estás malo, yo también lo estoy; debemos cuidarnos uno a otro. Ya ves, Octavio, que sé también lo que es recordar del pasado. Su recuerdo me inspira cerca de ti momentos de cruel terror; tendré más valor que tú, porque quizá he sufrido más. Mi corazón está muy enfermo; estoy muy débil; mi vida era tan tranquila antes de que tú llegases, que me hice el propósito de que no variase nunca. Todo esto me hace exigente. No importa; soy tuya. En tus buenos momentos me has dicho que estoy encargada por la Providencia de velar por ti como una madre. Es la verdad; no soy tu querida todos los días; hay muchos en los que soy o quiero ser tu madre. Cuando me haces sufrir no veo en ti a mi amante; no eres mas que un niño enfermo y desconfiado que quiero cuidar y curar para volver a encontrar al hombre que amo y quiero amar siempre.

—¡Que Dios me dé fuerzas!—añadió mirando al cielo—. ¡Que Dios, que nos ve y nos oye; que el Dios de las madres y de las amantes me permita cumplir esta tarea! Aunque deba sucumbir y se subleve mi orgullo; mi pobre corazón se rompe al pensar que toda mi vida...

No pudo acabar; sus lágrimas la detuvieron; se hincó de rodillas, juntando las manos; el viento la hacía vacilar como a las plantas que nos rodeaban.

¡Criatura débil y sublime, rogaba por su amor! La levanté en mis brazos.

—¡Mi única amiga—exclamé—, mi madre, mi hermana! ¡Reza también por que yo pueda amarte como mereces; ruega por que pueda vivir; que mi corazón se purifique con tus lágrimas; que se convierta en una hostia sin mancha y podamos compartirla delante de Dios!

Nos recostamos en la piedra; todo era silencio en torno nuestro. Encima de nuestras cabezas, en el cielo, resplandecían las estrellas.

—¿Le reconoces?—pregunté a Brígida—. ¿Te acuerdas del primer día?

Después de aquella noche no volvimos a visitar la roca. Es un altar que permanece puro; es el único espectro de mi vida que pasa ante mis ojos todavía vestido de blanco.

IV

Al atravesar la plaza una noche vi dos hombres que estaban parados hablando, y uno de ellos decía en voz alta:

—Parece ser que la ha pegado.

—Suya es la culpa—replicó el otro—. ¿Por qué se ha fijado en ese hombre? Está acostumbrado a tratar solamente con perdidas; le está muy bien empleado.

Avancé en la obscuridad para conocer a los que

hablaban así y tratar de oír el resto de la conversación; pero al verme se alejaron.

Encontré a Brígida inquieta: su tía estaba gravemente enferma; sólo tuvo tiempo para decirme algunas palabras. No pude verla en toda la semana; supe que había hecho venir de París un médico; al fin, un día me envió a buscar.

—Mi tía ha muerto—me dijo—; he perdido el único ser que me quedaba en el mundo. Ahora estoy sola, y pienso abandonar este país.

—¿No soy yo nada para ti?

—Sí, Octavio. Sabes que te amo, y algunas veces creo que tú también me amas; pero no puedo contar contigo. Soy tu querida sin que tú seas mi amante. Por ti, sin duda, dijo Shakespeare esta frase: «Hazte un traje de tafetán tornasolado, pues tu corazón semeja un ópalo de mil colores.» Y yo, Octavio—añadió mostrándome su traje de luto—, estoy destinada a llevar solamente un color, y no usaré otro jamás.

—Parte si quieres—le dije—; o me mataré o te seguiré. ¡Ah Brígida!—continué arrojándome a sus pies—. Al ver morir a tu tía ¡has creído quedarte sola en el mundo! Es el castigo más cruel que puedes imponerme. Jamás sentí con tanto dolor la pobreza del amor que te profeso. Es preciso que te retractes de ese pensamiento terrible; le merezco, pero me mata. ¡Dios mío! ¿Será cierto que no cuento para nada en tu vida, y si algo cuento es solamente por el daño que te causo?

—Alguien—replicó—se ocupa de nosotros; hace

algún tiempo corren rumores extraños por estos contornos. Unos dicen que me pierdo: me acusan de imprudente y de loca; otros te presentan como un hombre peligroso y cruel. No sé cómo han penetrado hasta nuestros más ocultos pensamientos; la desigualdad de tu carácter y las desagradables escenas a las que ha dado lugar, y que yo sola creía saber, las conocen lo mismo que nosotros. Mi pobre tía me lo ha contado, y hace mucho tiempo que lo sabía, sin atreverse a decírmelo. ¡Quién sabe si este disgusto ha contribuido a acelerar su muerte! Cuando encuentro a mis antiguas amigas en el paseo me saludan con frialdad o se alejan a mi vista. ¿Por qué es esto? Lo ignoro, y tú tampoco lo sabes; pero es preciso que me aleje, porque no puedo soportar esta vida. Y luego, ¡la muerte de mi tía! ¡Esa enfermedad súbita y terrible, seguida de esta soledad! La casa parece vacía. Me falta el valor; tú eres mi único amigo. ¡No me abandones!

Lloraba. Percibí en la habitación contigua ropas en desorden, una maleta abierta y todo lo que revela preparativos de marcha precipitada. Era evidente que, en el momento del fallecimiento de su tía, Brígida había intentado partir sin mí, y el valor le había faltado. Estaba efectivamente tan abatida, que casi no tenía fuerzas para hablar; su situación era terrible, y yo era el culpable de ello. No tan sólo era desgraciada, sino que además se veía ultrajada públicamente, y el hombre que debía ser su apoyo y su consuelo era, por el contrario, un motivo más de inquietud y de sufrimientos.

Comprendí mis culpas con tanta claridad, que tuve vergüenza de mí mismo. Después de tantas promesas, tantos proyectos y tantas esperanzas, sólo había conseguido eso en el espacio de tres meses. Creí tener un tesoro en el corazón, y sólo encontraba amarga hiel, la sombra de un sueño y la desgracia de la mujer que adoraba. Por primera vez me veía realmente frente a mí mismo. Brígida no me hacía reproches; quería partir y no tenía fuerza para ello; estaba dispuesta a seguir sufriendo. Me pregunté si no era mi deber dejarla huir y librarla de un fardo tan pesado.

Me levanté, y pasando al cuarto próximo fui a sentarme sobre la maleta de Brígida. Apoyé la frente entre mis manos y quedé anonadado. Miraba a mi alrededor los paquetes a medio hacer, las ropas desparramadas sobre los muebles. ¡Ay! ¡Qué bien las conocía! En todo aquello que la pertenecía había un poco de mi corazón. Empecé a reparar el daño que le había causado, y volví a ver a mi querida Brígida en la avenida de los tilos y a su cabrita blanca corriendo tras ella.

«¿Con qué derecho has destrozado todo esto? ¿Con qué permiso has osado poner la mano sobre esa mujer? Tú te contentas con peinarte muy satisfecho ante el espejo, y como un fatuo y un conquistador vas a casa de tu amante, que está desolada; te echas sobre los almohadones en que ella ha estado arrodillada rogando por los dos, y estrechas suavemente, con aire despreocupado, sus afiladas manos, que tiemblan todavía. Eres bastante há-

bil para exaltar una imaginación ardiente, y peroras fogosamente en tus delirios amorosos, como los abogados que salen con los ojos congestionados de la vista de un mal proceso que han perdido. Haces de hijo pródigo; bromeas con el sufrimiento y encuentras muy distraído cometer un asesinato de alcoba con alfilerazos. ¿Qué responderás ante Dios cuando hayas terminado tu obra? ¿Dónde irá la mujer que te ama? ¿Hacia dónde te deslizas mientras ella se apoya en ti? ¿Con qué cara amortajarás un día a tu amante, pálida y miserable, como ella acaba de amortajar al único ser que la protegía? No dudes que la amortajarás, porque tu amor la mata y la consume. Si la sigues, morirá por ti. ¡Ten cuidado! Su ángel bueno vacila: ha venido a llamar a su puerta para arrojar de la casa una pasión vil y vergonzosa; él ha inspirado a Brígida la idea de partir; quizá en este momento le da el último consejo. ¡Asesino! ¡Verdugo! ¡Ten cuidado; se trata de vida o de muerte!»

Así me hablaba a mí mismo; después vi en un lado del sofá un traje de batista, doblado ya para colocarlo en la maleta. Este traje había sido tes-tigo de uno de nuestros pocos días dichosos.

—¡Yo abandonarte! ¡Yo perderte!—dije dirigiéndome al vestido—. ¿Serías capaz de partir sin mí?

«No; yo no puedo abandonar a Brígida; en estos momentos sería una cobardía. Acaba de perder a su tía, y está sola, y la calumnia se ceba en ella; está a merced de un enemigo, que no puede ser

otro que Mercanson; habrá sin duda referido nuestra conversación sobre Dalens, y notando mis celos ha adivinado el resto; es una serpiente que babea sobre mi flor adorada; es preciso que le castigue y que repare en seguida el daño que he ocasionado a Brígida. ¡Insensato! Pensaba abandonarla cuando debo consagrarle mi vida; expiar mis culpas y pagarle, haciéndola dichosa, sus cuidados, su amor y las lágrimas que por mí ha vertido. ¡Soy su único apoyo en el mundo! ¡Debo seguirla hasta el fin del universo! ¡Ampararla con mi cuerpo y consolarla de haberme amado y de haberse entregado a mí!»

—Brígida—exclamé entrando en su habitación—: espérame una hora, vuelvo en seguida.

—¿Dónde vas?—me preguntó.

—Espérame, espérame; no partas sin mí. Acuérdate de las palabras de Ruth: «A cualquier parte que vayáis, vuestro pueblo será mi pueblo y vuestro Dios será mi Dios. La tierra donde expiréis me verá expirar, y seré amortajada donde vos lo seáis.»

Salí precipitadamente y corrí a casa de Mercanson; me dijeron que había salido, y entré para esperarle.

Me senté en un rincón, en el sillón de cuero del clérigo y ante su mesa negra y sucia. Empezaba a parecerme larga la espera, cuando recordé mi desafío por culpa de mi primera querida.

«Recibí entonces—me dije—un balazo, y quedé en el más espantoso ridículo. ¿Qué vengo a hacer aquí? Este clérigo se negará a batirse. Si le desafío,

me responderá que sus hábitos le prohíben aceptar, y calumniará más todavía cuando yo me marche. Después de todo, ¿qué importa la calumnia? ¿Y por qué Brígida se disgusta? Dicen que pierde su reputación, que la maltrato y que hace mal en soportarlo. ¡Qué tontería! Eso a nadie le importa; lo mejor es dejar que hablen; en casos como éste, ocuparse de tales miserias es darles importancia. ¿Puede impedirse a los provincianos que se ocupen del vecino? ¿Puede impedirse a esas gazmoñas que murmuren de una mujer que tiene un amante? Si afirman que yo la maltrato, debo probarles lo contrario con mi conducta hacia ella, pero no por la violencia. Tan ridículo sería provocar a Mercanson como abandonar el país porque la gente murmura. No; partir es una equivocación; sería dar la razón a los calumniadores y reconocer nuestra culpa. No hay que partir ni preocuparse.»

Volví a casa de Brígida. Media hora había transcurrido escasamente, y había variado tres veces de modo de pensar. La disuadí de su proyecto; le conté lo que acababa de hacer y el motivo de mi abstención. Me escuchó resignada; sin embargo, se obstinaba en partir; esa casa donde su tía había muerto le resultaba odiosa. Necesité hacer grandes esfuerzos para convencerla; al fin lo conseguí. La repetí que debíamos despreciar la murmuración y que nuestra vida no debía variar. La juré que mi amor la consolaría de todos estos disgustos, y fingió creerlo. Añadí que lo ocurrido me había hecho reflexionar sobre mis culpas; que el porvenir le de-

mostraría mi arrepentimiento, y que deseaba arrojar de mí como un fantasma la levadura malsana que quedaba en mi corazón; que en adelante no tendría que sufrir nada de mi orgullo ni de mis caprichos, y de este modo, triste y paciente, abrazada a mí, obedeció a un antojo que yo tomaba por un destello de mi razón.

V

Un día, al entrar en casa, vi abierta la puerta de un cuartito que ella llamaba su oratorio; en efecto, allí no había más muebles que un reclinatorio y un altar pequeñito, con una cruz y algunos jarrones con flores. Las paredes y las cortinas eran blancas como la nieve. Algunas veces solía encerrarse allí, pero más raramente desde que yo vivía con ella.

Me aproximé a la puerta y vi a Brígida sentada en el suelo, rodeada de flores, que acababa de tirar. Tenía entre las manos una corona, que me pareció de flores secas, y la deshacía entre sus manos.

—¿Qué haces?—le pregunté.

Se levantó estremeciéndose.

—No es nada—replicó—: un juguete de niño; es una corona de rosas vieja, que se ha estropeado en este oratorio; hace mucho tiempo que estaba aquí; he venido a cambiar las flores.

Su voz era temblorosa y parecía próxima a des-

fallecer. Me acordé de ese nombre de Brígida *la Rosa* que yo había oído aplicarle. Le pregunté si era su corona de *rosière* (1) la que acababa de deshacer entre sus manos.

—No—contestó palideciendo.

—¡Sí!—exclamé yo—. Dame esos pedazos.

Los recogí y los coloqué sobre el altar; después quedé silencioso, fijos los ojos en aquellos restos.

—Si fuera mi corona—dijo ella—, ¿no he obrado bien quitándola de esa pared, donde ha estado tanto tiempo colgada? ¿Para qué sirven esas ruinas? Brígida *la Rosa* no es de este mundo, como tampoco lo son las rosas que la bautizaron.

Salió; oí un sollozo, y la puerta se cerró tras de mí. Yo caí de rodillas y lloré amargamente. Cuando subí a su habitación la encontré sentada a la mesa; la comida estaba dispuesta, y me esperaba. Ocupé mi sitio en silencio, y no volvimos a hablar de lo que llevábamos en el corazón.

VI

Era Mercanson, efectivamente, el que había referido en la villa y los castillos del contorno la conversación que tuvimos sobre Dalens y las sospechas que a mi pesar dejé transparentar delante de él. Ya

(1) Véase la nota pág. 142.

se sabe que en provincias las frases maldicientes se propalan, vuelan de boca en boca y se exageran; esto fué lo que ocurrió.

Brígida y yo nos encontrábamos, uno respecto a otro, en una situación extraña. Ella había manifestado deseos de marcharse, aunque sin gran convicción, y se había quedado a petición mía, dejándome comprometido a no turbar su reposo ni con mis celos ni con mis ligerezas. Cada palabra seca o burlesca era una falta y cada mirada de tristeza que me dirigía era un reproche merecido.

Su carácter sencillo la hizo encontrar al principio un encanto más en su soledad: podía verme a todas horas sin verse obligada a tomar ninguna precaución. Quizá se dejó convencer tan fácilmente para demostrarme que prefería mi amor a su reputación; parecía arrepentirse de su debilidad ante la murmuración. Sea lo que fuere, en lugar de ocultarnos de la curiosidad emprendimos un género de vida más libre y despreocupado.

Yo iba a su casa a la hora del almuerzo, y como no tenía nada que hacer durante el día, no salía sino en su compañía. Me quedaba a comer y, por consiguiente, allí pasaba la velada; pronto, al llegar la hora de retirarme, imaginábamos mil pretextos y tomábamos precauciones ilusorias, que en el fondo para nada servían. En fin, yo vivía, por decirlo así, en su casa, y afectábamos creer que nadie se percibía de ello.

Cumplí mi palabra durante algún tiempo, y ninguna nube empañó nuestro idilio. Los días trans-

currían dichosos, y no es de esos de los que debo hablar.

Se decía en todo el contorno que Brígida vivía públicamente con un libertino llegado de París; que su amante la maltrataba y pasaban el tiempo en separarse y volver a reunirse, y que todo esto acabaría mal. Tanto como habían alabado a Brígida por su conducta pasada, tanto la criticaban ahora. Llegaban hasta a interpretar torcidamente esa conducta. Sus excursiones a la montaña, que tenían por objeto sus obras de caridad y que jamás habían provocado sospecha alguna, fueron bien pronto objeto de burla. Hablaban de ella como de una mujer sin respeto humano, que forzosamente había de atraer sobre ella toda clase de afrentas y desdichas.

Yo había dicho a Brígida que, en mi opinión, lo mejor era dejar decir, y no quería que pareciese me preocupaba de las habladurías; pero la verdad es que se me hacían insoportables. Algunas veces iba ex profeso a hacer visitas en los alrededores para ver si llegaba a mis oídos algo positivo que pudiera tomar como un insulto y poder exigir explicaciones. Ponía toda mi atención en cuanto se hablaba en voz baja en cualquier salón donde me encontrase; pero no oía nada. Para destrozarme a su gusto aguardaban mi partida. Volvía a casa y decía a Brígida que esos cuentos eran miserias, y que hacía falta estar loco para preocuparse; que dijeran lo que quisiesen, yo no pensaba hacer caso de ello.

¿No es verdad que fui más culpable de lo que parece? Si Brígida cometía imprudencias, ¿no era a mí a quien correspondía advertirle el peligro? Al contrario; tomé, por decirlo así, el partido del mundo contra ella.

Empecé por mostrarme despreocupado y acabé mostrándome cruel.

—Verdaderamente, hablan muy mal de tus excursiones nocturnas; pero ¿estás segura de que es sin motivo? ¿No ha ocurrido nada en esas avenidas ni en las grutas de la romántica campiña? ¿No has aceptado nunca, para volver de noche a tu casa, el brazo de un desconocido como aceptaste el mío? ¿Era tan sólo la caridad la que te guiaba a través de la espesura, que atravesabas con tanto valor?

La primera mirada que me dirigió cuando empecé a hablar en ese tono no se borrará jamás de mi memoria; me estremecí a pesar mío.

«¡Bah!—pensé—. Se portaría conmigo lo mismo que mi primera querida si hiciese causa común con ella; me señalaría con el dedo como a un imbécil ridículo, y pagaría por todos a los ojos de la gente.»

Del hombre que duda al que reniega hay poca distancia. Todo filósofo es hermano de un ateo. Después de decir a Brígida que dudaba de su conducta pasada, acabé por dudar realmente, y desde que dudé no creí en ella.

Llegué a sospechar que Brígida me engañaba, a pesar de que no me separaba de ella ni una hora por día; me ausentaba algunas veces de intento, y convenía conmigo mismo que era para vigilarla; pero

en el fondo era el pretexto que me servía para dudar. Solía decirle que, lejos de estar celoso, su conducta no me preocupaba lo más mínimo; lo que equivalía a decirle que no la estimaba lo suficiente para estar celoso.

Al principio guardaba en mi interior las observaciones que hacía; pero bien pronto encontré maligno placer en hacerlas en voz alta, delante de ella. Si salíamos a paseo:

—Este traje que llevas—le decía—es bonito; una perdida amiga mía tenía uno parecido.

Si estábamos a la mesa:

—Vamos, Brígida, canta. Mi antigua querida cantaba siempre a los postres. Deseo que la imites.

Si se ponía al piano:

—Te ruego que toques el vals que estaba de moda el invierno pasado: eso me recuerda mis buenos tiempos.

Lector, esto duró seis meses; durante seis meses Brígida, calumniada, expuesta a los insultos de todo el mundo, tuvo que sufrir de mi parte las vejaciones y las injurias peores que un desalmado puede dirigir a la prostituta a quien mantiene.

Después de estas horribles escenas, en las que recordaba sin cesar el pasado, un amor extraño, una exaltación llevada al exceso me hacían tratar a mi amante como a un ídolo o una divinidad. Un cuarto de hora después de haberla insultado me arrodillaba ante ella. Cuando acababa de acusarla, le pedía perdón; cuando no me burlaba, lloraba. Entonces, un delirio inaudito, una fiebre de dicha

se apoderaban de mí; me mostraba loco de felicidad y casi perdía verdaderamente la razón por la violencia de mis transportes; no sabía qué hacer, qué decir, qué imaginar para reparar el daño que había hecho. Tomaba a Brígida en mis brazos y le hacía repetir cien veces, mil, que me amaba y me perdonaba. Hablaba de expiar mis culpas y de levantarme la tapa de los sesos si volvía a maltratarla. Estos transportes duraban noches enteras, durante las cuales no cesaba de hablar, de llorar, de echarme a los pies de Brígida, de embriagarme con un amor sin límites, enervante, insensato. Cuando el día llegaba caía rendido, me dormía, y luego me despertaba con la sonrisa en los labios, burlándome de todo y sin creer en nada.

Durante esas noches de terrible voluptuosidad Brígida no parecía acordarse de que en mí había otro hombre que el que tenía ante los ojos. Cuando yo le pedía perdón se encogía de hombros, como para decirme: «¿No sabes que te perdono?» Se sentía contagiada por mi fiebre. ¡Cuántas veces me ha dicho, pálida de placer y de amor, que me quería así, y que esas tempestades eran su vida; que los sufrimientos que la ocasionaba le eran agradables pagados a ese precio; que no se quejaría nunca mientras hubiera en mi corazón una chispa de nuestro amor; que esperaba morir de este amor, pero que creía que yo moriría de igual modo; en fin, que todo era bueno, era dulce para ella viniendo de mí: los insultos y las lágrimas, y que quería gozar esas delicias hasta la muerte!

No obstante, los días pasaban y mi mal empeoraba sin cesar; mis accesos de maldad y de ironía tomaban un aspecto sombrío. En medio de mi locura la fiebre se apoderaba de mí; me levantaba tembloroso y cubierto de sudor frío. Un movimiento de sorpresa, una impresión inesperada me hacían estremecer hasta asustar a los que me rodeaban. Brígida, por su parte, aunque no se quejaba, mostraba en su semblante señales de profunda alteración. Cuando yo la maltrataba se levantaba y se encerraba en su habitación. A Dios gracias, jamás levanté mi mano sobre ella, ni aun en mis mayores accesos de violencia. Hubiera muerto antes que tocarla.

Una noche la lluvia azotaba los cristales; las cortinas estaban corridas, y estábamos solos.

—Estoy alegre—dije a Brígida—, y, no obstante, este tiempo tan horrible me entristece a mi pesar. No hay que hacer caso, y si eres de mi opinión nos divertiremos a despecho de la tempestad.

Me levanté y encendí todas las bujías que había en los candelabros. La habitación, que era pequeña, quedó espléndidamente iluminada. Al propio tiempo una lumbre muy fuerte (estábamos en invierno) despedía un calor abrasador.

—¿Qué vamos a hacer hasta la hora de cenar?—pregunté.

Estábamos en Carnaval, y me acordé de París. Creí ver pasar ante mí los coches llenos de máscaras cruzándose en los bulevares. Me parecía oír a la multitud bulliciosa gritando a la entrada de

los teatros; veía sus danzas lascivas, sus trajes chillones, el vino y la locura; toda mi juventud estalló en mi corazón.

—Vamos a disfrazarnos—dije a mi amante—. Será para nosotros solos, pero ¿qué importa? Si no tenemos disfraces, tenemos con qué hacerlos, y pasaremos el tiempo más agradablemente.

Tomamos de un armario trajes, chales, abrigos, estolas, flores artificiales. Brígida, como siempre, mostraba una alegría moderada. Nos disfrazamos los dos; quiso peinarme ella misma; nos pusimos colorete y nos empolvamos; todo lo necesario para esto se encontró en una caja antigua que fué de su tía, según creo. Al cabo de una hora estábamos desconocidos. La velada se pasó cantando, inventando mil locuras; hacia la una de la madrugada empezamos a cenar.

Habíamos registrado todos los armarios; uno que estaba cerca de mí quedó entreabierto. Al sentarme a la mesa vi en uno de sus estantes el libro del cual he hablado y en el que Brígida escribía sus impresiones.

—¿No es éste el depositario de tus pensamientos?—dije tendiendo la mano y alcanzándole—. Si no es indiscreción, déjame leerlo.

Abrí el libro, aunque Brígida hizo un movimiento para evitarlo; en la primera página leí estas palabras: *¡Este es mi testamento!*

Todo estaba escrito con mano firme; encontré en él un fiel relato de todo lo que Brígida había sufrido por mí desde que era mi amante. Expresaba

su determinación de soportarlo todo mientras la amase y de morir cuando yo la abandonara. Había tomado sus disposiciones. Daba cuenta día por día del sacrificio de su vida: lo que había perdido, lo que había esperado, el aislamiento espantoso en que se encontraba aun hallándose en mis brazos, la barrera cada vez más alta que se interponía entre los dos, las crueldades con que yo pagaba su amor y su resignación; todo esto referido sin una queja; al contrario, pretendía justificarme. Después arreglaba sus asuntos personales y nombraba sus herederos. Decía también que acabaría con su vida por medio del veneno. Moriría por su expresa voluntad, y prohibía que su memoria sirviese de pretexto alguna vez para intentar cualquier cosa en contra mía. «¡Rogad por él!» Esta era su última palabra.

Encontré en el armario, sobre el mismo estante, una cajita que ya vi otra vez anteriormente, llena de unos polvos finos y azulados, parecidos a la sal.

—¿Qué es esto?—pregunté a Brígida llevando la caja a mis labios.

Se arrojó sobre mí dando un grito terrible.

—¡Brígida—exclamé—, despídete de mí! Me llevo esta caja. Olvidarás y vivirás si deseas evitar mi suicidio. Partiré esta misma noche, y no te pido perdón. Aunque tú me lo concedieras, Dios se opondría a ello. Dame el último beso.

Me incliné sobre ella y la besé en la frente.

—¡Todavía no!—exclamó con angustia.

Pero la rechazé sobre el sofá lanzándome fuera de la habitación.

Tres horas después me hallaba dispuesto a partir y los caballos de la posta aguardaban. La lluvia continuaba tenaz, y subí a tientas al carruaje. En el mismo instante el postillón partió; sentí dos brazos que me estrechaban y un sollozo contra mi boca. Era Brígida. Hice todo lo posible por disuadirla y que se quedase; grité al postillón que se detuviera; le dije cuanto es posible imaginar para decidirla a dejarme; llegué a prometerla que volvería a su lado algún día, cuando el tiempo y los viajes hubieran borrado el recuerdo del daño que le causé. Me esforcé por probarle que sólo podía hacerla desgraciada y que no separándose de mí me convertía en un asesino. Empleé los ruegos, los juramentos, hasta las amenazas. Sólo me contestó estas palabras:

—Si partes, llévame contigo; abandonemos el país y dejemos el pasado. Si no podemos vivir aquí, vamos donde tú quieras; vamos a morir a cualquier rincón del mundo. Es preciso que seamos dichosos, yo por ti y tú por mí.

La abracé con un transporte tan inmenso, que creí que mi corazón estallaba.

—¡De prisa!—dije al postillón.

Nos echamos uno en brazos de otro, y los caballos partieron a galope.

QUINTA PARTE

I

Decididos a efectuar un largo viaje, nos detuvimos en París. Necesitábamos algún tiempo para arreglar nuestros asuntos y hacer los preparativos necesarios, y alquilamos por un mes un departamento en un hotel amueblado.

Todo había cambiado de aspecto a la resolución que tomamos de abandonar Francia; la alegría, la esperanza, la confianza, todo volvió a la vez. Ningún disgusto, ninguna disputa ante el pensamiento de la partida próxima. Todo se volvían sueños de felicidad, juramentos de amarse eternamente; yo trataba por todos los medios de hacer olvidar a mi amada los disgustos que por mí había sufrido.

¿Cómo resistir ante las pruebas de un afecto tan tierno y una resignación tan valerosa? No solamente Brígida me perdonaba, sino que se disponía a hacer el sacrificio de abandonarlo todo para seguirme. Cuanto más indigno me encontraba de la abnegación que veía en ella, tanto más deseaba

compensar con mi amor lo que por mí había hecho; en fin, mi buen ángel triunfó, y la admiración y el amor por ella dominaban mi corazón.

Inclinada cerca de mí, Brígida buscaba en el mapa el sitio donde íbamos a encerrarnos. No nos habíamos decidido aún, y encontrábamos en esa misma incertidumbre un placer tan vivo, que deliberadamente no acabábamos de escoger nunca. Durante estas investigaciones nuestras frentes se tocaban y mi brazo rodeaba la cintura de Brígida.

—¿Qué haremos? ¿Dónde empezaremos nuestra nueva vida?

¿Cómo explicar lo que pasaba en mí cuando entre tantas ilusiones levantaba la cabeza para mirarla? A la vista de aquel hermoso semblante, que sonreía al porvenir, pálido aún por los dolores del pasado, experimentaba un arrepentimiento profundo y sincero. Cuando la tenía así abrazada y su dedo recorría el mapa mientras hablaba en voz baja de los asuntos que ultimaba, hubiera dado por ella mi sangre. ¡Proyectos de felicidad: vosotros sois la única dicha verdadera que existe en el mundo!

Hacía ocho días que pasábamos el tiempo recorriendo tiendas y haciendo compras, cuando un joven se presentó en nuestra casa; llevaba unas cartas para Brígida. Después de la conversación que tuvo con ella la encontré triste y abatida; pero sólo pude averiguar que las cartas eran de N***, la misma población donde le hablé por vez primera

de mi amor y donde vivían los parientes de Brígida.

No obstante, nuestros preparativos adelantaban rápidamente, y en mi corazón sólo había sitio para la impaciencia que experimentaba por partir; al propio tiempo, la dicha que sentía no me dejaba un instante de reposo. Cuando me levantaba por la mañana y el sol entraba por nuestras ventanas me sentía como embriagado y penetraba de puntillas en la habitación donde dormía Brígida. Más de una vez me encontró, al abrir los ojos, de rodillas al lado de su lecho, contemplándola dormida sin poder contener las lágrimas; no sabía por qué medio convencerla de la sinceridad de mi arrepentimiento. Si el amor que experimenté por mi primera querida me hizo cometer muchas locuras, ahora cometía cien veces más; todo lo que la pasión llevada al exceso puede inspirar de violento y extraño lo buscaba con ardor. Lo que sentía por Brígida era un culto, y aunque nuestros amores durasen hacía seis meses, cuando me acercaba a ella me parecía hacerlo por la primera vez. Apenas me atrevía a besar el borde del vestido de esta mujer a quien tanto había maltratado. Sus menores palabras me hacían estremecer, como si su voz fuese nueva para mí; unas veces me arrojaba sollozando en sus brazos, y otras me reía sin motivo; sólo hablaba de mi conducta anterior con horror y repugnancia, y hubiera deseado que existiera un templo consagrado al amor para lavar-me con un nuevo bautismo y cubrirme con un

manto que nadie pudiera arrancarme en lo sucesivo.

He visto al Santo Tomás del Ticiano poner su dedo sobre la llaga de Cristo, y le he recordado con frecuencia; si me atreviese a comparar el amor con la fe de un hombre en su Dios, diría que me parecía a dicho santo. ¿Qué nombre tiene el sentimiento que expresa esa cabeza inquieta que todavía duda y, sin embargo, ya adora? Toca la llaga; la blasfemia, asombrada, se detiene en sus labios, y la plegaria se impone suavemente. ¿Es un apóstol? ¿Es un impío? ¿Es el arrepentimiento, tan grande como la ofensa? Ni él, ni el pintor, ni el que le mira saben nada. El Salvador sonríe, y todo se absorbe, como una gota de rocío, por un rayo de la inmensa bondad.

Del mismo modo, delante de Brígida permanecía inmóvil y como asombrado. Temblaba al sospechar que todavía estuviese recelosa y que tantos cambios como había visto en mí la volviesen desconfiada. Pero al cabo de quince días había leído claramente en mi corazón: comprendió que, al hallarla sincera, yo lo fui asimismo, y como mi amor era el resultado de su valor, no dudó del uno como no podía dudar del otro.

Nuestra habitación estaba llena de ropa en desorden, de álbumes, de lápices, de libros, de paquetes, y sobre todo ello, extendido completamente, el mapa que tanto amábamos los dos. Ibamos de un lado para otro, y me detenía a cada momento para arrojarle a los pies de Brígida, que me tra-

taba de perezoso y aseguraba riendo que yo no servía para nada y ella se veía precisada a hacerlo todo; al propio tiempo que preparábamos las maletas los proyectos se sucedían. Sicilia está muy lejos, ¡pero el clima es tan agradable! Génova es una población muy hermosa, con sus casas pintadas y los Apeninos detrás de ella, pero ¡cuánto ruido!, ¡cuánta gente! De tres hombres que pasan por la calle, hay un fraile y un soldado. Florencia es triste, es la Edad Media viviendo todavía entre nosotros. ¡Cómo soportar la vista de esas ventanas con celosías y de ese horrible color obscuro con que han embadurnado todas las casas? ¡Qué haríamos en Roma? No viajamos para deslumbrarnos, y menos aún para aprender. ¡Si fuésemos a las orillas del Rin? Pero la estación ha pasado, y aunque no busquemos la sociedad, es muy triste llegar a un sitio cuando la gente ya lo ha abandonado. ¡Y España? Tiene grandes inconvenientes: hay que ir como a la guerra, y esperarlo todo, excepto el descanso. ¡Vamos a Suiza! Allí se manifiestan en todo su esplendor los tres colores preferidos de Dios: el azul del cielo, el verde de los valles y la blancura de la nieve en la cima de las montañas.

—Partamos, partamos—decía Brígida—; volemos como dos pájaros; figurémonos, mi querido Octavio, que nos conocimos ayer. Me encontraste en el baile; te gusté y te amo; me dices que a algunas leguas de aquí has amado a una señora Pierson; lo que ha pasado entre vosotros no necesito saberlo; no irás a hacerme la confidencia de tus

amores con una mujer que abandonaste por mí. Yo a mi vez te confieso, en voz muy baja, que no hace mucho tiempo amé a un mal sujeto que me hizo desgraciada; me compadeces, me impones silencio, y queda convenido entre nosotros que no volveremos a hablar de ello.

Cuando Brígida hablaba de este modo, lo que yo experimentaba se parecía a la avaricia; la estrechaba entre mis brazos temblorosos.

—¡Dios mío—exclamaba—, no sé si es la alegría o el temor lo que me hace estremecer! Voy a llevarte, tesoro mío, ante ese inmenso horizonte; serás mía; vamos a partir. ¡Muera mi juventud! ¡Mueran los recuerdos! ¡Mueran las preocupaciones! Brígida mía: has hecho un hombre de un niño; si te perdiera ahora no podría volver a amar en mi vida. Quizá antes de conocerte otra mujer hubiera podido curarme; pero ahora tú sola en el mundo puedes matarme o salvarme, porque llevo en el corazón el remordimiento de todo el daño que te he causado. He sido ingrato, ciego y cruel. ¡Dios sea bendito! Me amas todavía. Si vuelves alguna vez al sitio donde te encontré bajo los tilos, mira esa casa desierta; debe de haber en ella un fantasma, porque el hombre que sale de ella contigo no es el que antes entró.

—¿Es eso verdad?—decía Brígida; y su hermosa frente, radiante de amor, se alzaba hacia el cielo—. ¿Es verdad que soy tuya? Sí, lejos del mundo odioso que te ha hecho envejecer antes de tiempo, amarás. Te tendré tal como eres, y sea cual sea el

rincón de la tierra donde vamos a encontrar la vida, podrás olvidarme sin remordimiento el día que ya no me ames. Mi misión estará cumplida, y siempre me quedará en el cielo mi Dios para agradecersele.

¡De qué punzante y espantoso recuerdo me llenaban todavía estas palabras! Al fin decidimos ir primero a Ginebra y escoger al pie de los Alpes un sitio tranquilo para la primavera. Brígida ya hablaba del célebre lago; mi corazón aspiraba el soplo del viento que le agita y el olor punzante de las verdes alamedas; ya veía Lausanne, Vevey y Oberland, y más allá de las cimas del monte Rosa la llanura inmensa de la Lombardía; ya el olvido, el reposo, la huída, todos los espíritus de las soledades dichosas nos invitaban a visitarlos; ya, cuando por la noche, con las manos enlazadas, nos mirábamos uno a otro en silencio, sentíamos elevarse en nosotros ese sentimiento lleno de grandezas que se apodera del corazón en la víspera de largos viajes; vértigo secreto e inexplicable que participa a la vez de los terrores del destierro y de las esperanzas de la peregrinación. ¡Dios mío! Es tu voz la que llama y advierte al hombre que va a acercarse a Ti. ¿No hay en el pensamiento humano las que se agitan y cuerdas sonoras que se tienden? ¿No hay todo un mundo en estas palabras: «Todo está dispuesto: vamos a partir»?

Repentinamente Brígida languideció; permanecía silenciosa, con la cabeza baja; cuando la preguntaba si sufría respondía negativamente con voz

apagada; cuando le hablaba del día de la marcha, se levantaba fría y resignada y continuaba sus preparativos; cuando le juraba que sería dichosa y que quería consagrarle mi vida, se encerraba para llorar; cuando la besaba se ponía pálida, y volvía la vista al ofrecerme sus labios; cuando le decía que todavía estaba a tiempo de renunciar a nuestros proyectos, fruncía las cejas con gesto duro y huraño; cuando le suplicaba me abriera su corazón; cuando le repetía que, aunque me costase morir, sacrificaría mi felicidad si pudiera costarle un disgusto, se arrojaba a mi cuello, se detenía y me rechazaba involuntariamente. Un día entré en su cuarto llevando en la mano un billete donde estaban marcados nuestros asientos para el coche de Besançon. Me acerqué a ella y lo deposité sobre sus rodillas; extendió los brazos, lanzó un grito y cayó a mis pies sin conocimiento.

II

Todos mis esfuerzos para adivinar la causa de un cambio tan inesperado quedaron fallidos, igual que las preguntas que hice. Brígida estaba enferma y guardaba un obstinado silencio. Después de suplicarla durante un día entero que se explicase, y perdiéndome en conjeturas, salí sin saber dónde iba. Al pasar cerca de la Opera un vendedor me ofreció un billete, y entré maquinalmente como tenía por costumbre.

No me era posible prestar atención a lo que pasaba en la escena ni en la sala: estaba anonadado por el dolor y, al mismo tiempo, tan estupefacto, que no podía pensar más que en mí y que los objetos exteriores no podían solicitar mi atención. Todas mis fuerzas se concentraban en un pensamiento, y cuanto más lo revolvía en mi cerebro menos lo comprendía. ¿Cuál era el obstáculo terrible y repentino que destruía de pronto tantos proyectos y esperanzas? Si se trataba de un hecho ordinario y hasta de una verdadera desgracia, como pérdida de fortuna o muerte de algún amigo, ¿por qué ese obstinado silencio? Después de todo lo que Brígida había hecho, en el momento en que nuestros sueños iban a realizarse, ¿de qué naturaleza podía ser el secreto que destruía nuestra dicha y que rehusaba confiarme? ¿Se ocultaba de mí! Si sus disgustos, sus negocios, el mismo temor del porvenir, cualquier motivo de tristeza, de incertidumbre, la retenían más tiempo o la hacían renunciar para siempre a un viaje tan deseado, ¿por qué no se confiaba a mí? En el estado en que mi corazón se encontraba no podía, sin embargo, suponer que hubiera en esto nada reprobable. La sola apariencia de una sospecha me sublevaba y me daba horror. ¿Cómo creer, por otra parte, en el capricho o la inconstancia de esta mujer, a quien conocía tan a fondo? Me perdía en conjeturas y no veía el más leve rayo de luz, el menor detalle que pudiese aclarar mis dudas.

Había frente a mí en la galería un joven cuyas

facciones no me eran desconocidas. Como suele ocurrir cuando se está preocupado, yo le miraba sin darme cuenta, buscando el nombre que perteneciera a aquella figura. De pronto le reconocí. El era quien había llevado a Brígida las cartas de N***. Me levanté precipitadamente para ir en su busca, sin pensar en lo que hacía. Ocupaba un sitio al cual yo no podía llegar sin molestar a muchos espectadores, y me vi obligado a esperar el entreacto. Mi primer movimiento fué pensar que si alguien podía aclarar el punto que me preocupaba era aquel joven mejor que nadie. Había tenido con la señora Pierson muchas entrevistas en aquellos días, y recordé que cuando él se marchaba la había encontrado triste, no sólo el primer día, sino siempre que la había visitado. Se habían visto la víspera, la mañana del mismo día en que ella cayó enferma. Brígida no me enseñó las cartas que la llevaba; es posible que él conociese la verdadera razón que retardaba nuestra marcha. Quizá no estaba completamente enterado; pero al menos podría decirme cuál era el contenido de las cartas, y le suponía lo bastante al corriente de nuestros asuntos para no temer interrogarle. Quedé satisfecho del encuentro, y cuando cayó el telón corrí a encontrarle en los pasillos. No sé si me vió llegar, pero se alejó y entró en un palco. Resolví esperar su salida, y estuve paseando durante un cuarto de hora, sin perder de vista la puerta del palco. Esta se abrió al fin, salió y le saludé de lejos, avanzando a su encuentro. Dió algunos pasos con aire irresoluto. Des-

pués, volviéndose repentinamente, bajó la escalera y desapareció.

Mi intención de abordarle había sido demasiado evidente para que pudiera escapar así sin un deseo preconcebido de evitar mi encuentro. Debía de recordar mis facciones, y aun suponiendo que no las recordara, un hombre que ve a otro dirigirse a él debe esperarle por cortesía. Estábamos solos en el corredor cuando avancé hacia él; luego estaba fuera de duda que no había querido hablarme. No se me ocurrió ver en ello una impertinencia. Un hombre que iba todos los días a la casa donde yo vivía, a quien había dispensado buena acogida cuando le encontraba, cuyos modales revelaban esmerada educación, ¿cómo pensar que quisiera insultarme? Sólo había querido huir de mí y evitar una conversación desagradable. Pero ¿por qué? Este segundo misterio me turbó casi tanto como el primero; aunque hacía lo posible por desechar la idea, la desaparición de este joven se relacionaba indudablemente, en mi opinión, con el obstinado silencio de Brígida.

La incertidumbre es, de todos los tormentos, el más difícil de soportar, y en muchas circunstancias de mi vida he estado expuesto a grandes desgracias por mi falta de paciencia. Cuando volví a casa encontré a Brígida leyendo precisamente las fatales cartas de N***. Le dije que me era completamente imposible continuar en el estado de ánimo en que me encontraba y que deseaba salir de él a toda costa; que necesitaba saber el motivo del cambio

repentino que se había operado en ella, y que si se negaba a contestarme consideraría su silencio como una negativa de partir conmigo y hasta como una orden para que me alejase de ella para siempre. Brígida entonces me mostró a disgusto una de las cartas que estaba leyendo. Sus parientes la escribían que su partida la deshonoraba para siempre, que nadie ignoraba el motivo y que se creían obligados a demostrarla cuál sería el resultado; ella vivía conmigo públicamente, como mi amante, y aunque era viuda y libre, tenía que responder del nombre que todavía llevaba; que ni ellos ni ninguno de sus antiguos amigos la recibirían si no variaba de conducta, y, en fin, la aconsejaban volviese a su casa, con toda clase de amenazas.

El tono de la carta me indignó, y vi en ella un insulto.

—Y el joven encargado de entregarte esas amonestaciones sin duda está encargado de repetir las de viva voz, lo cual ejecuta concienzudamente, ¿no es cierto?

La profunda tristeza que demostró Brígida me hizo reflexionar y apaciguó mi cólera.

—Haz lo que quieras—replicó—, y acabarás de perderme. Después de todo, hace mucho tiempo que mi porvenir está en tus manos y eres dueño de él. Toma la venganza que bien te parezca del último esfuerzo que realizan mis antiguos amigos para volverme a la razón, al mundo, que antes respetaba, y al honor, que he perdido. No tengo más

que decirte, y si deseas dictarme la respuesta que he de dar, será tal como tú desees.

—Yo sólo deseo conocer tus intenciones; a mí me toca conformarme con ellas, y te juro que estoy dispuesto a ello. Dime si te quedas, si te vas o si debo partir yo solo.

—¿A qué esa pregunta? ¿Te he anunciado que cambiaba de parecer? Estoy enferma, y no puedo marcharme así; pero cuando esté curada, o solamente en estado de abandonar el lecho, iremos a Ginebra, como está convenido.

Con estas palabras nos separamos, y la frialdad con que las pronunció me entristeció más de lo que hubiera podido hacerlo su negativa de partir. No era la primera vez que con esa clase de consejos trataban de romper nuestra unión; pero entonces la impresión que a Brígida le producían era muy diferente. ¿Cómo creer que esos consejos le hicieran hoy tanta impresión, cuando en otro tiempo no les daba la menor importancia? Yo repasaba mi conducta durante el tiempo que llevábamos en París, para ver si encontraba en ella algo que reprocharme.

«¿Obedecerá todo esto—me preguntaba—a la debilidad de una mujer que está dispuesta a ejecutar un acto decisivo, y en el momento de la ejecución retrocede por su propia voluntad? ¿Será lo que llaman los libertinos el último escrúpulo? La alegría que demostraba Brígida hace ocho días, los proyectos tan pronto aprobados como rechazados, sus promesas, sus protestas, pudieran ser realmente

espontáneos. Ella fué quien decidió partir, a pesar mío. No; aquí hay oculto algún misterio. ¿Cómo saberlo, si cuando la interrogo me da una razón que no puede ser la verdadera? No puedo decirle que miente, ni obligarle a dar otra respuesta. Insiste en partir; pero dicho en ese tono, ¿no debo rehusar absolutamente? ¿Puedo aceptar un sacrificio que lleva a cabo como si fuera una obligación? Si está arrepentida de lo que ha hecho, ¿voy a exigirle, por decirlo así, que me cumpla su palabra? ¿Sólo me llevaría lejos de su patria una víctima resignada? Haré, dice, lo que tú quieras. Pero yo no quiero un sacrificio, y antes que continuar viendo una semana más ese rostro que demuestra su sufrimiento, si sigue ocultando la verdad partiré solo.»

¡Insensato! ¿Tendría fuerza para ello? Era demasiado dichoso desde nuestra llegada a París para atreverme a mirar atrás, y lejos de sentir ese valor, sólo pensaba en el medio de llevarme a Brígida. Pasé la noche en vela, y por la mañana temprano resolví ir a casa del joven que encontre en la Opera. Ignoro si me empujaba la cólera o la curiosidad, ni lo que deseaba de él; pero pensaba que de ese modo no podría evitar mi encuentro, y era todo lo que yo deseaba.

Como ignoraba sus señas, entré a preguntárselas a Brígida, pretextando una muestra de atención que le debía por las visitas que nos había hecho; pero no le dije una palabra sobre nuestro encuentro en el teatro. Brígida estaba acostada, y sus ojos,

hinchados, demostraban que había llorado. Cuando me vió entrar me alargó la mano, preguntándome qué deseaba; cambiamos unas palabras amistosas y salí con el ánimo más tranquilo.

El joven a quien iba a visitar se llamaba Smith y vivía a poca distancia. Al llamar a su puerta se apoderó de mí viva inquietud; entré lentamente y como deslumbrado por un rayo de luz inesperado. A su primer movimiento mi sangre se heló; estaba acostado, y con el mismo tono que Brígida y el semblante tan pálido y trastornado como el de ella, me alargó la mano del mismo modo, haciéndome idéntica pregunta:

—¿Qué desea?

Hay casualidades en la vida que la razón humana no se explica. Tomé asiento sin responder, y como si despertase de un sueño, me hacía a mí mismo su pregunta. Efectivamente, ¿qué venía a hacer en su casa? ¿Cómo decirle lo que a ella me llevaba? Suponiendo que me fuera útil el interrogatorio, ignoraba si él se prestaría a responderme. Había sido portador de unas cartas y conocía a las personas que las habían escrito; pero quizá ignoraba su contenido, y aunque lo supiera, estaba en el mismo caso que yo después de haber leído la carta que Brígida me había enseñado. Me era penoso interrogarle, y temía sospechase lo que pasaba en mi corazón. Las primeras frases que cambiamos fueron de cortesía e insignificantes. Le di gracias por haberse encargado de hacer las comisiones de la familia de la señora Pierson; le dije que, al salir

de Francia, le rogaríamos a nuestra vez que nos hiciese algunos servicios; después de lo cual quedamos silenciosos y sorprendidos de encontrarnos frente a frente.

Miré en torno mío como azorado. La habitación que ocupaba el señor Smith estaba en el cuarto piso; todo demostraba una escasez honesta y laboriosa. Algunos libros, instrumentos de música, papeles muy ordenados sobre una mesa cubierta con un tapete, un viejo sillón y algunas sillas; esto era todo. Pero reinaba en la habitación tanta limpieza y estaba todo tan cuidado, que resultaba un conjunto agradable. En cuanto a él, su franca fisonomía prevenía en favor suyo desde el primer momento.

Recordé que Brígida me habló de él algunas veces, y mil detalles olvidados acudieron a mi memoria. Brígida le conocía desde su infancia. Le veía con frecuencia en N***; pero después de mi llegada y nuestro conocimiento sólo había ido allí una vez, y él se encontraba ausente. Sólo por casualidad me enteré de algunas particularidades sobre él, que me llamaron la atención. Por única fortuna tenía un modesto empleo, que le servía para mantener a su madre y a su hermana. Su conducta con las dos mujeres era digna de los mayores elogios; se privaba de todo por ellas, y aunque como músico poseía un gran talento, que hubiera podido conducirle a hacer fortuna, su probidad y su extremada modestia le hicieron preferir el reposo a los azares del éxito siempre que la ocasión

se presentó. En una palabra, pertenecía a la categoría de esos seres que viven calladamente y agradecen a sus semejantes que no se percaten de su existencia.

Me había enterado de algunos rasgos suyos que demostraban qué clase de hombre era. Había estado muy enamorado de una joven de su conocimiento, y al cabo de un año de asiduidad consintieron en que fuera su esposa. Ella era tan pobre como él. El contrato iba a firmarse y todo estaba dispuesto para la boda, cuando su madre le dijo: «Y tu hermana, ¿cómo se casará?» Estas palabras le hicieron comprender que al tomar estado sus gastos aumentarían, necesitando para ello todo lo que ganaba, y, por consecuencia, su hermana se quedaría sin dote. Rompió su compromiso y renunció valerosamente a su matrimonio y a su amor. Entonces fué cuando se instaló en París y logró el destino que desempeñaba.

No pude oír nunca esta historia sin desear conocer al protagonista de ella. Esa abnegación tranquila e ignorada me había parecido más digna de admiración que todas las glorias obtenidas en los campos de batalla. Contemplando el retrato de su madre lo recordé todo, y al dirigir mis miradas hacia él me asombré de su juventud. No pude por menos de preguntarle su edad, que era la mía. Dieron las ocho y se levantó. A los primeros pasos que dió vi que vacilaba.

—¿Qué le pasa a usted?—le pregunté.

Me respondió que era la hora de ir a su ofici-

na y que no se sentía con fuerzas para ir hasta allí.

—¿Está usted enfermo?

—Tengo fiebre y sufro cruelmente.

—Anoche estaba usted bueno. Recuerdo haberle visto en la Opera.

—Perdóneme usted si no le conocí. Tengo entrada en ese teatro, y espero volverle a encontrar en él.

Cuanto más examinaba a este hombre menos me atrevía a abordar el objeto verdadero de mi visita. La idea que me asaltó la víspera de que él hubiera podido perjudicarme en el ánimo de Brígida se desvanecía; notaba en él un aire de franqueza y de severidad al propio tiempo que me imponían. Poco a poco mis ideas tomaban otro curso; le miré atentamente y creí notar que él, por su parte, me observaba también con curiosidad.

Los dos teníamos la misma edad y, sin embargo, ¡qué diferencia entre nosotros! El, acostumbrado a una existencia reglamentada como un reloj y sin conocer de la vida mas que el camino de una habitación aislada a la oficina de un Ministerio; enviando a su madre hasta sus ahorros, ese dinero que toda mano trabajadora retiene con tanta avaricia; deplorando que una noche de sufrimiento le privase de un día de fatiga; sin tener mas que un pensamiento, un deseo: velar por el bienestar de otros, y esto desde su infancia, ¡desde que pudo trabajar! Y yo, ¡qué había hecho en ese tiempo, cuyo

valor era incalculable? ¿Me había hecho hombre? ¿Cuál de nosotros había vivido?

Bastó una mirada para sentir lo que necesita de una página para ser descrito. La mirada de uno no se apartaba de la del otro. Me habló de mi viaje y de los países que íbamos a visitar.

—¿Cuándo partís?—me preguntó.

—No sé; lo ignoro. La señora Pierson está enferma y no se levanta hace tres días.

—¿Hace tres días?—repitió con un movimiento involuntario.

—Sí. ¿Por qué se sorprende?

Se levantó y vino hacia mí con los brazos tendidos y los ojos fijos. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—¿Sufre usted?—le pregunté cogiéndole la mano; pero en el mismo instante se cubrió con ella el semblante, y no pudiendo contener sus lágrimas, se arrastró lentamente hasta su lecho.

Le contemplé sorprendido. El transporte que la fiebre le había producido le abatió de pronto. Dudaba dejarle en este estado, y me acerqué a él nuevamente. Me rechazó con fuerza y como presa de extraño terror. Cuando se tranquilizó me dijo:

—Dispénsame; pero no estoy en estado de recibirle. Sea usted bastante bueno para disculparme; cuando mis fuerzas me lo permitan iré a devolverle su visita.

III

Brígida se encontraba mejor. Conforme me lo había anunciado, quiso partir apenas restablecida; pero yo me opuse, y decidí esperar todavía quince días para que estuviese en estado de soportar el viaje.

Se mostraba cariñosa, aunque callada y triste. Aunque hice cuanto estuvo de mi parte para determinarla a confiarse a mí, contestó que la carta que me había enseñado era el solo motivo de su melancolía, y que me rogaba no hablase más de ello. Así, obligado a callar yo también, trataba en vano de adivinar lo que pasaba en su corazón. El encontrarnos frente a frente nos molestaba, e íbamos al teatro todas las noches. Allí, sentados uno junto a otro en el fondo del palco, nos estrechábamos la mano alguna vez; alguna vez también un hermoso número musical nos hacía cambiar tiernas miradas; pero tanto a la ida como a la vuelta permanecíamos silenciosos, abismados en nuestros pensamientos. Veinte veces al día me sentía dispuesto a arrojarme a sus plantas y a pedirle como un favor me devolviese la dicha perdida o me diera el golpe mortal; veinte veces, en el momento de realizarlo, veía alterarse su rostro; se levantaba y me dejaba, o bien con una palabra fría detenía las expansiones de mi corazón. Smith venía casi todos los días. Aunque su presencia en la casa

fuera la causa de todo y la visita que le hice hubiera despertado en mí extrañas sospechas, su manera de hablar de nuestro viaje, su buena fe y su sencillez me tranquilizaban respecto a él. Le hablé de las cartas de que había sido portador, y me pareció que a él le producían más tristeza que a mí. Ignoraba su contenido, y la antigua amistad que sentía por Brígida le hacía censurarlas con dureza. Afirmaba que si hubiera sabido su contenido no se hubiera encargado de entregarlas. Por el tono reservado que la señora Pierson empleaba con él deduje que no estaba en el secreto. Le veía siempre con placer, aunque hubiera entre nosotros una especie de molestia mezclada con ceremonia. Se había encargado de ser, después de nuestra marcha, el intermediario entre Brígida y su familia y de impedir una ruptura pública. La estimación que sentían por él en el país debía entrar por mucho en el éxito de esta negociación, y yo no podía por menos de agradecersele. Era un noble carácter. Cuando estábamos los tres reunidos, si notaba alguna frialdad o alguna tirantez, hacía toda clase de esfuerzos para que la alegría reinase entre nosotros; parecía inquietarse por lo que ocurría, pero siempre de una manera discreta, dando a entender que su deseo hubiera sido vernos dichosos; si hablaba de nuestras relaciones era con respeto y como hombre para quien el amor era un lazo sagrado ante Dios. En fin, yo le consideraba como amigo y me inspiraba completa confianza.

A pesar de todo, y a despecho de los esfuerzos

que hacía para ocultarlo, le encontraba triste, y no podía dominar los extraños pensamientos que me asaltaban. Las lágrimas que le había visto derramar, su enfermedad, que coincidió con la de mi amante, y no sé qué especie de simpatía melancólica que creí observar entre ellos me turbaban, inquietándome. Hacía apenas un mes, por sospechas que tuvieran menos fundamento hubiera experimentado transportes terribles de celos; pero ahora ¿por qué sospechar de Brígida? Fuera cual fuera el secreto que me ocultaba, ¿no iba a partir conmigo? Aun cuando Smith conociese el misterio que yo ignoraba, ¿de qué clase podía ser ese misterio? ¿Qué podía haber de censurable en su tristeza y en su amistad? Ella le había conocido niño aún, y volvía a verle al cabo de largos años, cuando ella se disponía a abandonar Francia. Le encontraba en una situación difícil, y la casualidad quería que estuviese enterado de todo y fuese al mismo tiempo una especie de instrumento de su suerte. ¿No era natural que cambiasen algunas miradas tristes y que la vista de ese joven recordase a Brígida el pasado? ¿Podía él a su vez verla partir con indiferencia, sin pensar en los azares de un largo viaje y en los riesgos de una vida errante, casi proscripta y abandonada? Sin duda debía de ser así, y me parecía, cuando en ello pensaba, que me correspondía ponerme entre ellos, tranquilizarles y hacerles creer en mí; decir a la una que mi brazo la sostendría mientras quisiera apoyarse en él, y al otro, que le estaba muy agradecido por la

amistad que nos demostraba y los servicios que estaba dispuesto a prestarnos. Sentí que debía hacerlo, pero no pude. Un frío mortal se apoderaba de mi corazón, y permanecía en mi butaca.

Cuando Smith se iba permanecíamos callados o hablábamos de él. No sé qué extraña curiosidad me impulsaba todos los días a preguntar a Brígida nuevos detalles sobre él.

Sólo pudo contarme lo que el lector ya conoce; su vida había sido siempre la misma, pobre, obscura y honesta. Podía referirse en pocas palabras; pero yo me las hacía repetir sin cansarme, y me interesaba por él sin saber por qué.

Reflexionando encontraba en mi corazón un sufrimiento secreto que no quería confesarme. Si ese joven hubiera llegado en momentos de alegría; si hubiera entregado a Brígida una carta sin interés y le hubiera estrechado la mano al despedirse, ¿me hubiera yo preocupado de él? Que me reconociera o no en la Opera; que dejase escapar una lágrima ante mí, ignorando yo el motivo, ¿qué me importaba, puesto que yo era dichoso? Pero aunque no adivinaba la causa de los disgustos de Brígida, no se me ocultaba que mi conducta pasada influía en ellos, aun cuando ella lo negase.

Si yo hubiera sido como debía durante los seis meses que vivimos juntos, nada en el mundo hubiera podido turbar nuestro amor. Smith era un hombre vulgar, pero bueno y abnegado; se le conocía a fondo al cuarto de hora de tratarle, e inspiraba confianza, cuando no admiración. No po-

día menos de decirme que si hubiera sido él el amante de Brígida ella hubiera partido alegremente con él.

Yo había retrasado el viaje por mi voluntad, y ya estaba arrepentido. Brígida algunas veces me decía:

—¿Qué nos detiene? Ya estoy buena y todo está dispuesto.

En efecto, ¿qué me detenía? No lo sé.

Sentado al lado de la chimenea, fijaba alternativamente mis miradas en Smith y en mi querida. Les veía a ambos pálidos, graves, silenciosos. Ignoraba por qué estaban de aquel modo; pero me repetía que quizá por la misma causa, y que no había allí dos secretos que descubrir. Esto no era una sospecha como las que me habían atormentado otras veces: era un instinto invencible, fatal. ¡Qué extraños somos los hombres! Me complacía en dejarles solos al lado de la chimenea, y me iba a pasear por las calles como un desocupado.

Cuando hablaban de su estancia en N***, y Brígida, casi contenta, adoptaba un tono maternal para recordarle los días que pasaron juntos, yo sufría, y, sin embargo, me gustaba ese sufrimiento. Les hacía algunas preguntas; hablaba a Smith de su madre, de sus ocupaciones, de sus proyectos. Le daba ocasión para mostrarse bajo una fase favorable, y forzaba a su modestia a revelar su mérito.

—Quiere usted mucho a su hermana, ¿no es

verdad?—le decía—. ¿Cuándo piensa usted casarla?

Entonces nos decía que casarse cuesta muy caro, y que la casaría dentro de dos años, o tal vez antes, si su salud le permitía hacer algunos trabajos extraordinarios, que le valían buenas gratificaciones. Había en su país una familia en posición bastante desahogada cuyo hijo mayor era amigo suyo; casi estaban de acuerdo, y la felicidad podría llegar algún día, como el sueño, sin sentirla. El había renunciado en favor de su hermana su parte en la pequeña herencia que el padre les había legado; su madre se oponía, pero contaba reducirla, añadiendo que un hombre debe vivir de su trabajo, mientras la existencia de una mujer se decide el día de su matrimonio. Así, poco a poco desenvolvía ante nuestra vista su vida y su alma, y yo miraba a Brígida mientras le escuchaba. Después se levantaba para retirarse; yo le acompañaba hasta la puerta y me quedaba inmóvil y pensativo hasta que el ruido de sus pasos se perdía en la escalera. Volvía entonces a entrar en el gabinete y encontraba a Brígida que se disponía a desnudarse. Contemplaba ávidamente aquel cuerpo encantador, aquellos tesoros de belleza que tantas veces había poseído. La veía peinar sus largos cabellos, anudar su pañuelo y volverse, cuando su traje caía al suelo, como una Diana que entra en el baño. Se metía en el lecho; yo iba al mío; no se me ocurría ni por un momento que Brígida me engañase, ni que Smith estuviera enamorado de ella; no pen-

saba vigilarles ni sorprenderles. No pensaba en nada. Me decía:

«Brígida es muy bella; el pobre Smith es un hombre honrado; los dos tienen una pena muy grande, y yo también.»

Esto me destrozaba el corazón y al propio tiempo me consolaba.

Al arreglar nuestras maletas notamos que faltaban aún algunas bagatelas; Smith se encargó de comprarlas. Tenía una actividad infatigable y, según decía, le agradaba mucho que le confiaran algunos encargos. Al llegar un día a casa le vi arrodillado en el suelo arreglando un portamantas. Brígida estaba sentada al piano que habíamos alquilado mientras durase nuestra estancia en París. Tocaba una de esas antiguas melodías en las cuales ponía tanta expresión y que tanto me gustaban. Me detuve en la antesala cerca de la puerta, que estaba abierta; cada nota penetraba en mi alma: nunca había cantado con tanto sentimiento.

Smith la escuchaba con arrobamiento; estaba de rodillas, sujetando la hebilla del portamantas; se le cayó de las manos y miró las ropas que acababa de doblar él mismo y de cubrir con un lienzo blanco. La canción terminó y él permanecía en la misma posición; Brígida, con las manos sobre el piano, miraba sin ver. Por segunda vez vi brotar lágrimas de los ojos del joven; estaba a punto de verterlas yo mismo, y sin darme cuenta de lo que hacía, entré y le tendí la mano.

—¿Estabas ahí?—preguntó Brígida estremeciéndose y con sorpresa.

—Sí; aquí estaba—repliqué—. ¡Canta, te lo suplico; que yo oiga tu voz!

Volvió a repetir la canción, sin replicar; también tenía un recuerdo para ella. Vió mi emoción y la de Smith, y su voz se alteró. Los últimos sonidos apenas se percibieron; parecía que se perdían en el cielo; se levantó y me dió un beso. Smith conservaba mi mano entre las suyas; sentí que la estrechaba con fuerza y convulsivamente; estaba pálido como un muerto.

Otro día yo había llevado un álbum litografiado que representaba varias vistas de Suiza; le repasábamos los tres, y de vez en cuando, al encontrar Brígida un sitio que le gustaba, se detenía para observarlo. Uno hubo que le gustó sobre todos los demás: era un paisaje del cantón de Vaud, que está a alguna distancia del camino de Brigues; representaba un valle plantado de manzanos, donde las vacas pacían a la sombra; a lo lejos se veía una aldea, formada por una docena de casas de madera, sembradas en desorden por la pradera y escalonadas sobre las colinas que la rodeaban. En primer término, una muchacha con un gran sombrero de paja estaba sentada al pie de un árbol, y un mozo, de pie ante ella, parecía mostrarle con un férreo bastón el camino que había recorrido, señalando un sendero tortuoso que se perdía en la montaña. Sobre ellos aparecían los Alpes, y el cuadro estaba coronado por tres cimas cu-

biertas de nieve, teñidas por el Sol poniente. Nada más sencillo y al mismo tiempo nada tan bello como este paisaje. El valle parece un lago de verdura, y la vista sigue perfectamente sus contornos.

—¿Iremos ahí?—preguntó Brígida.

Cogí un lápiz e hice algunos trazos sobre la estampa.

—¿Qué haces?—me dijo.

—Quiero ver—repliqué—si con un poco de habilidad puedo hacer que esta figura se te parezca. El sombrero de esta muchacha te sentará a maravilla, y si consigo salir airoso, procuraré darle al muchacho algún parecido conmigo.

Este capricho pareció complacerla, y apoderándose del raspador borró en pocos momentos las caras del muchacho y de la joven. Héme aquí haciendo su retrato, y a ella pretendiendo hacer el mío. Las caras eran muy pequeñas, de modo que no fuimos demasiado exigentes. Convinimos en que el parecido era asombroso, y hasta cierto punto lo era. Cuando acabamos, el álbum quedó abierto. El criado me llamó para hacerme unas consultas, y salí de la habitación.

Cuando volví, Smith estaba apoyado sobre la mesa y miraba la estampa con tanta atención que no se percató de mi presencia. Estaba profundamente absorto. Volví a ocupar mi sitio cerca del fuego, y continuó sin levantar la cabeza hasta que oyó mi voz hablando con Brígida. Nos contempló a los dos un momento; después se despidió muy

aprisa, y cuando atravesaba el comedor le vi golpearse la frente.

Cuando sorprendí esta muestra de dolor me levanté y me encerré en mi cuarto.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?—repetía.

Después junté las manos para suplicar... ¿a quién? Lo ignoro; quizá a mi ángel bueno, quizá a mi destino cruel.

IV

Mi corazón me ordenaba partir y, sin embargo, no me apresuraba; una amarga voluptuosidad me clavaba por las noches en mi sitio. Cuando Smith debía venir no tenía reposo hasta que oía el ruido de la campanilla. ¿Cómo se explica que exista en nosotros algo que ama el dolor?

Cada día, una palabra, una mirada me hacían palidecer; cada día también, otra palabra, otra mirada, por una impresión contraria, me sumergían en la incertidumbre. ¿Por qué misterio inexplicable estaban tristes los dos? ¿Por qué otro misterio yo me quedaba inmóvil como una estatua mirándoles, cuando en ocasiones parecidas me hubiese mostrado violento hasta la locura? No tenía fuerza para moverme, yo, que en amor experimentaba esos celos casi feroces, como sólo se ven en Oriente. Pasaba días enteros esperando, sin que hubiera podido decir lo que esperaba. Me sentaba en el lecho y decía: «Veamos; pensemos en esto.» Suje-

taba mi cabeza entre las manos y exclamaba: «¡Es imposible!», y volvía a empezar el día siguiente.

En presencia de Smith, Brígida me manifestaba más cariño que cuando estábamos a solas. Ocurrió una noche, que acabábamos de cruzar algunas frases bastante duras, y al oír su voz en la antesala vino en seguida a sentarse sobre mis rodillas. En cuanto a él, siempre se presentaba triste y tranquilo, y parecía hacer un esfuerzo continuo sobre sí mismo. Medía sus menores acciones; hablaba poco y lentamente; pero se le escapaban algunos movimientos bruscos, que resaltaban más por su contraste con su continente habitual.

¿Puedo llamar curiosidad a la impaciencia que me devoraba en estas circunstancias? ¿Qué hubiera yo respondido si alguien hubiera venido a decirme: «¿Qué te importa? Eres muy curioso.», y tal vez fuera verdad?

Un día, en el puente Real, vi ahogarse a un hombre. Hacía yo con varios amigos ejercicios de natación, y nos seguía una barca en la cual iban dos maestros de este ejercicio. Era en la fuerza del verano; nuestra barca se encontró con otra, de modo que nos juntamos unos treinta compañeros. De pronto, uno de los nuestros tiene un vómito de sangre. Oí un grito y me volví; pero sólo pude ver dos manos que se agitaban en la superficie del agua; después nada. Nos tiramos al agua; fué en vano, y solamente una hora después pudieron retirar el cadáver. La impresión que experimenté al sumergirme no se borrará de mi memoria. Miraba a todos

lados entre las ondas obscuras y profundas que me envolvían con sordo murmullo. Mientras podía retener el aliento me hundía cada vez más; luego volvía a la superficie, cambiaba una pregunta con otro nadador tan inquieto como yo; después continuábamos la pesca humana. Me sentía lleno de horror y de esperanza a la vez; la idea de que quizá iba a encontrarme sujeto por dos brazos convulsivos me causaba un gozo y un terror inexplicables, y solamente volví a la barca al sentirme extenuado de fatiga.

Cuando la disipación no embrutece al hombre va necesariamente seguida por una extraña curiosidad. Me explicaré mejor.

La verdad, esqueleto de las apariencias, quiere que todo hombre, sea quien sea, venga a su día y a su hora a tocar su eterna osamenta, en el fondo de una llaga. A esto se le llama conocer el mundo, y a ese precio se adquiere la experiencia.

Ocurre que, ante prueba semejante, unos retroceden espantados; otros, débiles y asustadizos, vacilan como sombras; algunos, los mejores tal vez, mueren en seguida; la mayoría olvida.

Existen ciertos hombres, seguramente desgraciados, que no retroceden ni vacilan; no mueren ni olvidan; cuando llega su turno de tocar la desgracia, o sea la verdad, se aproximan con paso firme, extienden la mano y, ¡cosa horrible!, se enamoran del ahogado lívido que se encuentra en el fondo del agua. Le cogen, le palpan, le oprimen; están ebrios del deseo de saber; ya no ven las cosas

bajo su verdadero aspecto; ya no hacen mas que dudar y tocar; registran el mundo como espías de Dios; sus pensamientos se aguzan como flechas, y nace un lince en sus entrañas.

Las orgías, sobre todo, están expuestas a esto, y la razón es muy sencilla: comparando la vida vulgar con una superficie plana y transparente, los libertinos, en las corrientes rápidas, tocan el fondo a cada momento. Al salir del baile, por ejemplo, van a un prostíbulo. Después de haber estrechado durante el vals la púdica mano de una virgen, y quizá haberla hecho temblar, salen, corren, dejan su abrigo y se sientan a la mesa frotándose las manos. Tienen aún en los labios la última frase que acaban de dirigir a una mujer bella y honrada, y la repiten entre carcajadas. ¿Qué digo? ¿No levantan por algunas monedas de plata la túnica formada por el pudor, ese velo lleno de misterio que parece respetar el mismo al ser que embellece y le rodea, sin tocarle? ¿Qué idea deben tener del mundo? Se tropiezan entre ellos a cada paso, como comediantes entre bastidores. ¿Quién más acostumbrado que ellos a esta rebusca del fondo de las cosas y, si puede decirse así, a estos tocamientos impíos y profundos?

Ved cómo hablan de todo: siempre con los términos más crudos, más groseros y más abyectos; éstos solamente les parecen los adecuados; el resto sólo son convenciones y prejuicios. Al narrar una anécdota o algún sucedido, siempre usan la palabra sucia y física; no dicen: «Esta mujer me ha ama-

do», dicen: «He tenido a esta mujer»; no dicen: «Amo», dicen: «Deseo»; no dicen jamás: «¡Dios lo quiera!», dicen por todas partes: «¡Si yo quisiera!» No sé qué pensarán de ellos mismos y qué monólogos harán.

De ahí nacen inevitablemente o la pereza o la curiosidad; pero entre tanto se ocupan en ver el lado malo de las cosas y no se explican que los demás continúen creyendo en el bien. Es preciso, por lo tanto, que se tapen los oídos o que el ruido del resto del mundo les despierte sobresaltados. El padre deja que sus hijos vayan donde iba el propio Catón, diciendo que la juventud se pasa; pero, al volver, el hijo mira a su hermana, y como consecuencia del efecto que le ha producido una hora pasada frente a la innoble realidad, es preciso que se diga: «Mi hermana no tiene ninguna semejanza con la criatura que acabo de dejar», y desde ese día está inquieto. La curiosidad del mal es una enfermedad infame que nace de todo contacto impuro. Es el instinto vagabundo de los fantasmas, que levanta las losas de los sepulcros; es una tortura inexplicable con la cual Dios castiga a los que sucumbieron. Desearían creer que todo puede sucumbir, y quizá al comprobarlo se lamentasen; pero buscan, indagan, disputan y se esfuerzan en ver lo que desean. De la maldad probada se sonríen, y jurarían que la dudosa es cierta. ¿Quién sabe? He aquí la gran fórmula, la primera frase que dijo Satanás cuando el cielo se cerró tras él. ¿Cuántos desgraciados ha hecho esta sola frase! ¿Cuántos de-

sastres ha ocasionado y cuántos muertos por su causa! ¡Cuántos golpes de hoz terribles en sembrados prontos a brotar! ¡Cuántos corazones, cuántas familias donde solamente hay ruina desde que esta frase resonó! ¡Quién sabe?, ¡quién sabe? ¡Frase infame! Antes que pronunciarla es preferible ser como los carneros, que no sospechan dónde está el matadero y que llegan a él pacienddo la hierba. Esto es mejor que ser un espíritu fuerte y leer a La Rochefoucauld.

¿Qué ejemplo mejor que lo que cuento en este momento? Mi querida deseaba partir, y yo no tenía mas que pronunciar una palabra. La veía triste; ¿por qué me quedaba? ¿Qué hubiera ocurrido si hubiéramos partido? Solamente hubiera tenido un instante de temor; a los tres días de viaje todo estaría olvidado. Solo yo con ella, no hubiera pensado mas que en mí. ¿Qué me importaba descifrar un misterio que no atacaba a mi amor? Ella consentía y todo estaba dicho. No faltaba mas que un beso en la boca; en vez de eso, ved lo que hice:

Una noche que Smith había comido con nosotros, me retiré temprano, dejándolos juntos. Al cerrar la puerta oí que Brígida pedía te. La mañana siguiente, al entrar en su gabinete, me aproximé por casualidad a la mesa, y al lado de la tetera no vi mas que una sola taza. Nadie había entrado antes que yo, y, por consecuencia, el criado no había retirado nada de lo que sirvió la víspera. Busqué a mi alrededor sobre los muebles la segunda taza y me aseguré de que no estaba.

—¿Se retiró Smith muy tarde?—pregunté a Brígida.

—Se retiró a media noche.

—¿No llamaste a nadie para acostarte? ¿Te desnudaste sola?

—Me desnudé sola; todo el mundo dormía en la casa.

Yo buscaba siempre, y las manos me temblaban. ¿Hay en alguna comedia grotesca un tipo de celoso bastante imbécil para inquirir lo que ha sido de una taza de te? ¿Habrían bebido los dos en la misma taza? ¿Qué pensamiento tan noble!

Yo iba y venía por el cuarto con la taza en la mano. De pronto me eché a reír y la arrojé contra el suelo; se rompió en mil pedazos, que pisoteé varias veces.

Brígida me miraba sin decir palabra. Durante los dos días que siguieron me trató con una frialdad que tenía mucho de desprecio y afectó con Smith un tono más libre y más bondadoso que de costumbre. Le llamaba Enrique, y reía con él familiarmente.

—Deseo tomar el aire—dijo ella después de comer—. ¿Vienes a la Opera, Octavio? Me siento capaz de ir a pie.

—No; yo me quedo. Id vosotros sin mí.

Tomó el brazo de Smith y partieron. Permanecí solo toda la noche. Tenía un papel ante mí y pretendí escribir para distraer mi pensamiento, pero no pude conseguirlo.

Como un amante, cuando se ve solo, saca de su pecho una carta de su querida y se abisma en su amoroso ensueño, así yo me abismaba a placer en el sentimiento de una profunda soledad y me encerraba en él para dudar. Tenía ante mí los dos asientos vacíos que Brígida y Smith acababan de ocupar. Yo les miraba con avidez, como si hubiesen podido decirme alguna cosa. Repasaba mil veces en mi imaginación lo que había visto y oído; de vez en cuando me acercaba a la puerta y contemplaba las maletas, que estaban colocadas junto a la pared y que esperaban allí hacía un mes; las entreabrí suavemente y examiné las ropas, los libros, ordenados por unas manos suaves y delicadas; oía pasar los carruajes; su ruido hacía palpitár mi corazón. Extendí sobre la mesa nuestro mapa de Europa, testigo en otro tiempo de tan dulces proyectos, y allí, en presencia de todas mis esperanzas, en esa habitación donde las había concebido y visto prontas a realizarse, me entregué a los más dolorosos presentimientos.

¿Era posible? Yo no sentía cólera ni celos, solamente un dolor sin límites. No sospechaba, y dudaba sin embargo. La imaginación del hombre es tan extraña, que forja con lo que ve y a pesar de lo que ve cien objetos de sufrimientos. Verdaderamente, su cerebro se asemeja a los calabozos de la Inquisición, cuyas paredes están cubiertas de tantos instrumentos de suplicio, que no es posible comprender ni para qué sirven ni su forma, pues se duda al verlos si son tenazas o juguetes. Decid-

me: ¿qué diferencia existe entre decir a una querida: «Todas las mujeres engañan», o decirle: «Tú me engañas»?

Lo que pasaba en mi cerebro era casi tan sutil como el más fino sofisma. Era una especie de diálogo entre el espíritu y la conciencia.

—¿Si perdiese a Brígida?—decía el espíritu.

—Va a partir contigo—contestaba la conciencia.

—¿Si me engañase?

—¿Cómo va a engañarte, ella, que en su testamento recomendaba que rogasen por ti?

—¿Si Smith la amase?

—Loco, ¿qué te importa, si sabes que ella te ama a ti?

—Si me ama, ¿por qué está triste?

—Es su secreto; respétale.

—Si la llevo conmigo, ¿será dichosa?

—Amala, y lo será.

—¿Por qué cuando ese hombre la mira parece que teme encontrar sus ojos?

—Porque es mujer y él es joven.

—¿Por qué cuando ella le mira ese hombre palidece?

—Porque es hombre y ella es hermosa.

—¿Por qué cuando fui a visitarle se arrojó llorando en mis brazos? ¿Por qué un día se golpeó la frente?

—No preguntes cosas que es preciso que ignores.

—¿Por qué debo yo ignorar esas cosas?

—Porque eres miserable y frágil, y todo misterio pertenece a Dios.

—Pero ¿por qué sufro yo? ¿Por qué no puedo pensar en esto sin que mi alma se espante?

—Piensa en tu padre y en practicar el bien.

—Pero ¿por qué no puedo hacerlo? ¿Por qué me atrae el mal?

—Ponte de rodillas y confiésate; si crees en el mal es porque lo practicas.

—Si lo he practicado no ha sido culpa mía. ¿Por qué el bien me ha abandonado?

—Que tú estés entre tinieblas, ¿es una razón para negar la luz? Si existen traidores, ¿por qué eres uno de ellos?

—Porque tengo miedo de ser víctima.

—¿Por qué pasas tus noches en vela? Los recién nacidos duermen a esta hora. ¿Por qué estás solo?

—Porque pienso, dudo y temo.

—¿Cuándo rezarás tu oración?

—Cuando crea. ¿Por qué me han engañado?

—¿Por qué mientes tú, ¡cobarde!, en este mismo momento? ¿Por qué no mueres si no puedes sufrir?

Así hablaban y gemían en mí dos voces terribles y contrarias, y una tercera gritaba todavía:

—¡Ay, ay, mi inocencia! ¡Ay, ay, los días que pasaron!

V

¡Qué espantosa palanca es el pensamiento humano! Es nuestra defensa y nuestra salvaguardia, el presente más hermoso que Dios nos ha hecho. Es nuestro, y nos obedece; podemos lanzarle al espacio, y una vez fuera de nuestro débil cráneo somos irresponsables.

Mientras que de un día a otro retardaba sin cesar el viaje, perdí las fuerzas y el sueño, y poco a poco, sin que me percatase, la vida me abandonaba. Cuando me sentaba a la mesa sentía mortal desgana; por la noche, los pálidos semblantes de Smith y de Brígida, que yo observaba mientras duraba el día, me perseguían en horribles pesadillas. Cuando iban al teatro por la noche rehusaba ir en su compañía; después iba solo por mi lado, me ocultaba en el patio de butacas y desde allí les miraba. Fingía tener algo que hacer en el cuarto contiguo, y pasaba allí una hora espiándoles. Algunas veces la idea de provocar a Smith y obligarle a batirse conmigo se apoderaba de mí violentamente; le volvía la espalda cuando me hablaba; después le veía con sorpresa acercarse a mí y estrechar mi mano. Otras veces, cuando me hallaba solo por la noche y todo dormía en la casa, experimentaba la tentación de dirigirme al secreter de Brígida y apoderarme de sus papeles. Una noche me vi obligado a salir para resistir la tentación. ¿Qué más diré?

Un día pensé amenazarles con un cuchillo en la mano y matarles si no me confesaban la causa de su tristeza. Otro día mi furia se volvía contra mí. ¡Con cuánta vergüenza lo escribo! Y al que me hubiese preguntado qué me inducía a obrar así no hubiese sabido qué contestarle.

Ver, saber, dudar, indagar, inquietarme y convertirme en un miserable; pasar los días en acecho y la noche anegado en lágrimas; repetirme que moriría y que tenía motivo para ello; sentir el aislamiento y la debilidad arrancando de mi corazón la esperanza; imaginarme que espiaba, mientras sólo escuchaba en la sombra los latidos de mi pulso febril; repetir sin fin esta frase vulgar: «La vida es sueño; no hay nada duradero aquí abajo»; maldecir, blasfemar de Dios por mi miseria y mi capricho; ¡he aquí lo que constituía mi goce; la agradable ocupación por la cual renunciaba al amor, al aire del cielo, a la libertad!

¡Dios eterno, la libertad! Sí, había ciertos momentos en que a pesar de todo pensaba en ella todavía. En medio de tanta demencia y tanta estupidez tenía sobresaltos que me avergonzaban repentinamente de mí mismo. Eran como una bocanada de aire libre que me azotaba el rostro al salir del calabozo; era la página de un libro que yo leía cuando se me ocurría alguna vez leer otros que los de estos bellacos modernos a quienes llaman libelistas, y a quienes se debiera prohibir, como medida de salubridad pública, destrozar y filosofar. Puesto que hablo de esos buenos ratos, fueron

tan raros, que quiero citar uno. Leía una noche las *Memorias* de Constant; allí encontré las siguientes líneas: «Salsdorf era un cirujano sajón de la casa del príncipe Cristián. En la batalla de Wagram un obús le destrozó una pierna. Estaba echado sobre el polvo y casi moribundo. A quince pasos de él, Amadeo de Kerbourg, ayudante de campo (he olvidado de quién), herido en el pecho por una bala, cae vomitando sangre. Salsdorf ve que si no socorren en seguida a este joven morirá de una apoplejía; reúne todas sus fuerzas, se acerca arrastrando hacia él, le sangra y le salva la vida. Salsdorf murió en Viena cuatro días después de serle amputada la pierna.»

Cuando leí estas líneas solté el libro y me deshice en lágrimas. No las deploro, porque me hicieron pasar un buen día, pues durante él no cesé de hablar de Salsdorf sin ocuparme de nada más. Seguramente ese día no me cuidé de sospechar de nadie. ¡Pobre soñador! ¡Podía recordar aún el tiempo en que fuí bueno? ¡Para qué me servía? Para tender al cielo los brazos, para preguntarme qué hacía en el mundo y buscar si caería a mi alrededor algo parecido a un obús que me libertase por toda la eternidad. ¡Ay! ¡Sólo fué un relámpago que me iluminó un momento!

Como esos derviches insensatos que encuentran el éxtasis en el vértigo cuando el pensamiento, cansado de dar vueltas sobre sí mismo y agotado por un trabajo inútil, se detiene espantado, parece que el hombre está vacío y que a fuerza de descen-

der en él llega al último escalón de una espiral. Allí, igual que en la cima de las montañas y que en el fondo de las minas, el aire falta y Dios prohíbe ir más allá. Entonces, atacado por un frío mortal, el corazón alterado quería lanzarse fuera para renacer; pide la vida a lo que le rodea y aspira el aire con avidez; pero no encuentra a su alrededor más que sus propias quimeras, que él acaba de animar con la fuerza que le falta y que, creadas por él, le rodean como espectros implacables.

No era posible que las cosas continuasen de aquel modo mucho tiempo. Fatigado por la incertidumbre, resolví intentar una prueba para descubrir la verdad.

Fuí a pedir caballos de posta para las diez de la noche. Habíamos alquilado una calesa y ordené que todo estuviera preparado para la hora indicada. Al mismo tiempo prohibí que dijeran nada a la señora Pierson. Smith vino a comer; al sentarme a la mesa afecté más alegría que de ordinario, y sin avisarles mi designio llevé la conversación hacia nuestro viaje. Dije a Brígida que renunciaría a él si supiera que ella no tenía tanta ilusión como antes; me encontraba tan bien en París, que no deseaba salir de él mientras ella le encontrase agradable. Hice el elogio de todos los placeres que se pueden encontrar en esta ciudad; hablé de los bailes, de los teatros y de las ocasiones de divertirse que se ofrecen a cada paso. En suma, puesto que éramos dichosos, no veía la necesidad de cambiar de sitio, y no pensaba partir tan pronto.

Esperaba que ella insistiera en nuestro proyecto de ir a Ginebra, y, en efecto, lo hizo. Cierto que fué con tibieza; pero en cuanto dijo las primeras palabras fingí ceder a sus instancias; después varié de conversación y hablé de cosas indiferentes, como si todo estuviese convenido. «¿Por qué—añadí—no viene Smith con nosotros.» Es verdad que sus ocupaciones le retienen aquí; pero podría pedir licencia. Además, con el talento musical que posee, y del cual no quiere aprovecharse, tiene asegurada en cualquier parte una existencia libre y productiva. Puede venir sin recelo; el carruaje es grande y le ofrezco un sitio en él. Es preciso que un hombre conozca el mundo, y no hay nada más triste a su edad que encerrarse en un círculo restringido.

—¿No es verdad?—pregunté a Brígida—. Pídeselo tú, que a ti no se atreverá a negártelo. Decídele a que nos sacrifique seis semanas. Viajaremos juntos, y una vuelta por Suiza con nosotros le hará volver a encontrar con más gusto su oficina y sus ocupaciones.

Brígida unió su petición a la mía, aunque le constaba que esta invitación era una broma. Smith no podía ausentarse de París sin exponerse a perder su destino, y nos contestó, no sin disgusto, que esta razón le impedía aceptar. Yo había hecho traer una botella, y mientras insistía, mitad riendo, mitad en serio, nos habíamos animado los tres. Después de comer me ausenté un cuarto de hora para asegurarme de que mis órdenes habían sido ejecuta-

das; luego volví y me senté alegremente al piano, proponiendo improvisar un concierto.

—Pasemos aquí la velada—les dije—, y será mejor que ir al teatro. Soy incapaz de ayudaros, pero no de escucharos. Haremos que Smith cante, y el tiempo pasará más agradablemente que fuera de casa.

Brígida no se hizo rogar y cantó gustosa; Smith la acompañaba con el violoncelo. Habían traído lo necesario para hacer un ponche, y pronto la llama del ron ardiendo nos alumbró alegremente. Se abandonó el piano por el juego; los naipes nos ayudaron a pasar el rato, y la velada transcurrió muy divertida.

Yo tenía los ojos fijos en el reloj, y esperaba impaciente que la aguja marcase las diez. Me devoraba la inquietud; pero tuve la fuerza de voluntad de ocultarlo. Al fin llegó el momento; percibí el ruido del látigo del postillón y el de los caballos entrando en el patio. Brígida estaba sentada junto a mí; tomé una de sus manos y le pregunté si estaba pronta a partir. Me miró sorprendida, creyendo sin duda que bromeaba. Le dije que durante la comida se había mostrado tan decidida a hacer el viaje, que no vacilé en hacer venir el carruaje, y que era para encargarle para lo que me ausenté unos instantes. En este momento entró el mozo del hotel anunciando que el equipaje estaba en el coche y sólo nos esperaban a nosotros.

—¿Entonces hablabas seriamente?—preguntó Brígida—. ¿Estás decidido a partir esta noche?

—¿Por qué no, puesto que ambos estamos acordes y debemos abandonar París?

—¿Ahora mismo? ¿En este momento?

—Naturalmente; hace un mes está todo dispuesto. Ya ves que sólo ha sido preciso colocar las maletas en la calesa; desde el momento que debemos marchar, cuanto antes mejor. Soy de opinión que las cosas deben hacerse así y no dejar nada para mañana. Esta noche te sientes con gana de viajar, y me apresuro a complacerte. ¿Por qué diferir lo que ha de hacerse? Estoy cansado de esta vida. Tú quieres partir, ¿no es cierto? Pues sólo de ti depende.

Hubo un momento de profundo silencio. Brígida miró por la ventana y se convenció de que el coche estaba enganchado efectivamente. Además, el tono en el cual yo hablaba no dejaba lugar a dudas, y aunque la resolución resultase un poco precipitada, ella había dado su consentimiento. No podía desdecirse ni tenía pretexto para retrasarla. No tardó en decidirse; hizo algunas preguntas para asegurarse de que estaba todo dispuesto; viendo que nada había sido olvidado, tomó su chal y su sombrero, se los puso y miró en derredor. Cogió una bujía y entró en mi habitación, en la suya y abrió los armarios. Pidió la llave de su secreter, que, según dijo, había perdido. ¿Dónde podía estar la llave? Hacía una hora la tenía aún en su poder.

—¡Vamos, vamos, estoy dispuesta!—repetía con extremada agitación—. ¡Vamos, Octavio, bajemos!

Al decir esto volvió a mirar en torno y se sentó junto a nosotros. Yo estaba sentado en el sofá y miré a Smith, de pie delante de mí; su aspecto no había cambiado, y no parecía sorprendido ni turbado; pero gruesas gotas de sudor corrían por sus sienes, y aplastó entre sus dedos un dije de marfil que llevaba y cuyos pedazos cayeron al suelo. Nos tendió ambas manos a la vez.

—¡Buen viaje, amigos míos!—nos dijo.

Nuevo silencio. Yo le observaba siempre, esperando que añadiese una palabra.

«Si hay aquí algún secreto, me dije, éste es el momento de descubrirlo. Debe de estar en sus labios; que salga de ellos y lo sabré al fin.»

—Querido Octavio—dijo Brígida—, ¿dónde piensas que nos detengamos? Usted nos escribirá, ¿verdad, Enrique? No olvide a mi familia, y haga en favor mío cuanto le sea posible.

Contestó con voz emocionada, pero tranquilo en apariencia, que se comprometía con toda su alma a servirle y a hacer todo lo que estuviese en su mano.

—No puedo—dijo—responder de nada, y las cartas que usted ha recibido dejan pocas esperanzas; pero no será culpa mía si dentro de poco tiempo no puedo enviarle alguna buena noticia. Disponga de mí.

Después de dirigirnos algunas frases de cortesía, se disponía a salir; me levanté, adelantándome; quise dejarles a solas un momento, por última

vez, y cuando la puerta se cerró tras de mí, con la rabia de los celos burlados, acerqué mi frente a la cerradura.

—¿Cuándo la volveré a ver?—preguntó él.

—Jamás — respondió Brígida —. Adiós, Enrique.

Le dió la mano. El se inclinó, la llevó a sus labios y tuve el tiempo justo de echarme atrás en la obscuridad. Pasó sin verme, y se fué.

Cuando me encontré a solas con Brígida, mi corazón latía. Me esperaba con el abrigo al brazo, y en su semblante se leía una emoción que no podía ocultar. Había encontrado la llave perdida, y el secreter estaba abierto. Volví a sentarme junto a la chimenea.

—Escucha—dije sin atreverme a mirarla—: he sido tan culpable contigo, que debo resignarme y sufrir sin tener derecho a quejarme. El cambio verificado en ti me ha sumido en tal desesperación, que no pude menos de preguntarte la causa; pero hoy ya no te la pregunto. ¿Te contraría partir? Dílo; me resignaré.

—¡Partamos, partamos!—dijo ella.

—Como quieras; pero sé franca. Sea cual sea el golpe que me anonade, no puedo preguntar de dónde viene; me someteré sin murmurar. Pero si al fin he de perderte para siempre, no me des esperanzas, porque Dios sabe que no sobreviviré.

—Háblame—contestó—de tu amor; no me hables de tus penas.

—Pues bien; ¡te amo más que a mi vida! Al lado de mi amor, el dolor es sueño. Ven conmigo al fin del mundo: o moriré, o viviré por ti.

Al pronunciar estas palabras di un paso hacia ella y la vi retroceder palideciendo. Hacía vanos esfuerzos por obligar a sus labios contraídos a sonreír. Se inclinó sobre el secreter.

—Un momento—dijo—; tengo que quemar unos papeles.

Me enseñó las cartas de N***, las rompió y las echó al fuego; después cogió otros, que releyó y dejó sobre la mesa: eran facturas de proveedores, y entre ellas había algunas que aun no estaban pagadas. Mientras las examinaba, empezó a hablar con ligereza, con las mejillas ardientes, como presa de la fiebre. Me pidió perdón por su obstinado silencio y su conducta desde nuestra llegada. Me manifestaba más confianza y más ternura que nunca. Reía, prometiéndose un viaje feliz. Era el amor mismo, o por lo menos lo parecía. No puedo explicar lo que yo sufría al ver esta alegría ficticia; en el disimulo de su dolor había una tristeza más dolorosa que las lágrimas y más amarga que los reproches. Hubiese preferido encontrarla fría e indiferente que excitándose de ese modo para dominarse. Me parecía asistir a la parodia de nuestros momentos más felices. Eran las mismas palabras, la misma mujer, las mismas caricias, y lo que quince días antes me embriagaba de amor y felicidad ahora me daba horror.

—Brígida—le dije interrumpiéndola—, ¿qué mis-

terio me ocultas? Si me amas, ¿qué significa esta horrible comedia que representas?

—¡Yo!—contestó ofendida—. ¿Qué te hace creer que es una comedia?

—¿Qué me lo hace creer? Díme por qué llevas la muerte en el alma y por qué padeces un martirio. He aquí mis brazos prontos a recibirte; apóyate en mí y llora. Entonces quizá te lleve conmigo; pero ahora, no.

—¡Partamos, partamos!—repitió.

—No; ¡por vida mía, no, mientras haya entre nosotros una mentira o una careta! Prefiero el dolor a esa alegría.

Quedó silenciosa, consternada, al ver que no me engañaba con sus palabras y que la adivinaba a pesar de sus esfuerzos.

—¿Por qué me engañas?—continuó—. ¿Tan bajo he caído en tu estimación que eres capaz de fingir ante mí? ¿Te creías condenada a hacer este malhadado viaje? ¿Soy un tirano, un verdugo que te arrastra al suplicio? ¿Qué temes de mi cólera para acudir a tales extremos? ¿Qué terror es el que te obliga a mentir de este modo?

—Haces mal—contestó—; te lo ruego, no añadas una palabra más.

—¿Por qué tan poca sinceridad de tu parte? Si no puedo ser tu confidente, ¿no puedo al menos ser tu amigo? Si no puedo saber de qué provienen tus lágrimas, ¿no puedo verlas correr? ¿No tienes siquiera confianza en que respete tus dolores? ¿Qué he hecho para ignorarlos? ¿No hay remedio para eso?

—No—dijo—; haces mal. Si continúas serás la causa de tu desgracia y de la mía. ¿No te basta con que partamos juntos?

—¿Cómo quieres que parta cuando basta con mirarte para comprender que este viaje te repugna, que vienes a la fuerza y que estás arrepentida? ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que me ocultas? ¿Por qué jugar con las palabras, cuando el pensamiento está tan claro como este espejo? ¿No sería el último de los hombres si aceptase sin murmurar lo que tanto trabajo te cuesta? Y, sin embargo, ¿qué hacer si te obstinas en callar?

—No voy a la fuerza; te equivocas; te amo, Octavio. Cesa de atormentarme de este modo.

Había tanta dulzura en estas palabras, que caí a sus pies de rodillas. ¿Quién hubiera sido capaz de resistir a su mirada y al divino acento de su voz?

—¡Dios mío!—exclamé—. ¿Es cierto que me amas, Brígida? Amada mía, ¿es cierto que sigues amándome?

—Sí, te amo; te pertenezco; haz de mí lo que quieras. Te seguiré, partamos juntos. Vamos, Octavio, nos esperan.

Estrechó mi mano entre las suyas y me dió a besar su frente.

—Es preciso—murmuró, hasta el último suspiro.
¿Es preciso?, dije para mí.

Me levanté. Sólo quedaba sobre la mesa una hoja de papel, que Brígida recorría con la vista. La tomó, la volvió y la dejó caer al suelo.

—¿No hay más?—pregunté.

—No hay más.

Cuando encargué el coche fué con la idea de que no partiésemos. Sólo quería hacer una tentativa; pero la fuerza de las circunstancias decidía otra cosa.

—¡Es preciso, es preciso!—repetí en alta voz—. Brígida, ¿qué quiere decir esa palabra? ¿Qué hay en todo esto que yo ignoro? Expílicate; si no, me quedo.

Cayó sobre el sofá retorciéndose las manos de dolor.

—¡Desgraciado, desgraciado!—dijo—. ¡No sabrás amar jamás!

—Quizá; es posible; pero sé sufrir. Es preciso que me ames, ¿no es cierto? Pues bien; ¡es preciso también que me contestes! Aun cuando deba perderte para siempre y estas paredes se desplomasen sobre mi cabeza, no saldré de aquí sin conocer el misterio que me tortura hace un mes. Hablarás o te abandono. Aun cuando me tomes por loco; aunque destroce mi vida; aunque una explicación entre nosotros destruya nuestra felicidad y levante entre nosotros en lo sucesivo una barrera infranqueable; aunque se haga imposible este viaje que tanto he deseado; por mucho que esto pueda costarnos a ti y a mí, hablarás, o renuncio a todo.

—¡No, no hablaré!

—¡Hablarás! ¿Crees que me engañas con tus mentiras? Cuando te veo de la noche a la maña-

na tan diferente de como eras, ¿crees que me engaño? Cuando me das por toda razón unas cartas que ni siquiera vale la pena de leer, ¿crees que voy a contentarme con el primer pretexto que se te ocurre porque no te acomoda buscar otro? ¿Es de estuco tu cara, para que sea tan difícil ver en ella lo que pasa en tu corazón? ¿Qué opinión tienes entonces de mí? No es tan fácil como te figuras engañarme, y ten cuidado que, a falta de palabras, tu silencio no me diga lo que me ocultas con tanta obstinación.

—¿Qué quieres que te oculte?

—¿Y me lo preguntas? ¿Es para desafiarme para lo que me haces esa pregunta? ¿Es para llevarme hasta el extremo y deshacerte de mí? Sí, seguramente tu orgullo ofendido espera que yo estalle. Si me explicase francamente, pondrías a tu servicio toda la hipocresía femenina; esperas que te acuse para responder que una mujer como tú no desciende a justificarse. Las más culpables y las más pérfidas suelen encontrar miradas desdeñosas. Tu arma favorita es el silencio; lo sé hace mucho tiempo; sólo deseas que te insulte, y te callas hasta conseguirlo. Lucha contra mi corazón; donde palpite el tuyo le encontrarás; pero no luches con mi cabeza, porque es más dura que el hierro y sabe tanto como tú.

—Entonces, ¿no quieres partir?

—¡No! Yo sólo partiré con mi amante, y tú ya no lo eres. Bastante he luchado, bastante he sufrido y bastante me he destrozado el corazón.

¿Quieres responder, sí o no? Es hora de aclararlo todo, ¿quieres responder?

—No.

—Como gustes; esperaré.

Fuí a sentarme al otro extremo de la habitación, resuelto a no levantarme hasta saber lo que deseaba; ella parecía reflexionar, paseando alta-nera delante de mí.

Yo la seguía con curiosa mirada, y su silencio aumentaba por grados mi cólera; no quería demostrarlo, y no sabía qué partido tomar. Abrí la ventana y grité:

—Que desenganchen los caballos y paguen al postillón. No parto esta noche.

—¡Desgraciado!—dijo Brígida.

Cerré tranquilamente la ventana y volví a sentarme, afectando no haberla oído; pero sentía tanta indignación, que me era difícil ocultarla. Su silencio y su fuerza pasiva me exasperaban hasta el extremo. Hubiera estado seguro de la traición de una mujer querida, y mi sufrimiento no habría sido mayor. Desde que decidí por mi propia voluntad permanecer todavía en París me dije que era preciso que Brígida hablase a cualquier precio; buscaba en vano en mi imaginación el medio de obligarla; por encontrarle hubiera dado cuanto poseía. ¿Qué hacer? ¿Qué decir? Ella permanecía tranquila, mirándome con tristeza. Oí desenganchar los caballos; se alejaron al trote corto, y el ruido de sus cascabeles se perdió bien pronto a lo lejos. Corrí el cerrojo de la puerta; una voz me de-

cía al oído: «Ya estás solo frente a frente con la mujer que va a darte la vida o la muerte.»

Mientras, perdido en mis pensamientos, me esforzaba en inventar un medio que pudiera conducirme a la verdad, recordé una novela de Diderot, donde una mujer celosa de su amante se sirve, para aclarar sus dudas, de un medio muy original. Le dice que ya no le ama y le anuncia que va a abandonarle. El marqués de Arcis (éste es el nombre del amante) cae en el lazo y confiesa que también está cansado de su amor. Esta singular escena, que había leído muy joven, me había parecido un golpe maestro, y el recuerdo que de ella conservé me hizo sonreír en este momento. «Quién sabe—me dije—si haciendo lo mismo engañaré a Brígida y me descubrirá su secreto.»

De una cólera violenta pasé de pronto a la tranquilidad necesaria para el engaño y la astucia. ¿Tan difícil es hacer hablar a una mujer a su pesar? Esta mujer era mi querida; si no lo conseguía, demostraría mi torpeza. Me recosté en el sofá con aire indiferente.

—Vamos, vida mía—dije alegremente—, ¿no está el día para confidencias?

Me miró con sorpresa.

—Y, sin embargo—continué—, es preciso que alguna vez nos digamos las verdades. Vaya, voy a darte el ejemplo. Siento deseo de empezar; esto te hará comunicativa, y no hay nada mejor para entenderse entre amigos.

Sin duda al hablar así mi semblante me traicio-

naba; Brígida no parecía escucharme, y continuaba paseando.

—¿Sabes—le dije—que, al fin y al cabo, hace ya seis meses que estamos juntos? El género de vida que llevamos no es muy divertido. Tú eres joven y yo también; si esta vida acabase por no ser de tu gusto, ¿serías capaz de decírmelo? La verdad; si a mí me ocurriese, te lo confesaría francamente. ¿Por qué no? ¿Es un crimen amar? Tampoco debe ser un crimen amar menos o no amar ya. ¿Qué tiene de extraño que a nuestra edad tengamos deseos de cambiar?

Se detuvo.

—¿A nuestra edad? ¿Es a mí a quien te diriges? ¿Qué comedia representas tú también?

La sangre subió a mi rostro; tomé su mano.

—Siéntate aquí y escúchame.

—¿Para qué? No eres tú quien habla.

Estaba avergonzado de mi farsa, y renuncié a ella.

—Escúchame—repetí—; te suplico que te sientes junto a mí. Si deseas guardar silencio, haz por lo menos el favor de escucharme.

—Ya escucho. ¿Qué tienes que decirme?

—Tengo veintidós años y ya me he batido en duelo; si alguien me dijese hoy: «Eres un cobarde», mi vida y mi corazón se sublevarían. ¿No tengo yo conciencia de lo que soy? Sin embargo, necesitaría ir al terreno, ponerme frente a frente del primer recién llegado, jugar mi vida contra la suya; ¿por qué? Para demostrar que no soy un cobarde, sin lo cual el mundo lo creería.

—Es verdad. ¿Dónde vas a parar?

—Las mujeres no se baten; pero tal como la sociedad está constituida, no hay ningún ser, de cualquier sexo que sea, que no se encuentre alguna vez en caso parecido. ¿A quién has visto escapar a esta ley? Quizá algunas personas lo consigan; pues bien, he aquí las consecuencias. Si es un hombre, el deshonor; si es una mujer, el olvido. Hay, pues, lo mismo para una mujer que para un hombre, una ocasión en que se ve atacada. Si es valiente, se levanta, hace acto de presencia y vuelve a sentarse. Una estocada no prueba nada en su caso. No solamente debe defenderse, sino forjar ella misma sus armas. Sospechan de ella. ¿Quién? ¿Un indiferente? Puede despreciarle. ¿Es su amante? ¿Ella le quiere? Si le quiere, es su vida, y no puede despreciarle.

—Su sola respuesta es el silencio.

—Te equivocas. El amante que sospecha de ella ofende su vida entera, lo sé; lo que responde de ella son sus lágrimas, su conducta anterior, su abnegación y su paciencia. ¿Qué ocurrirá si guarda silencio? Que su amante la perderá por su culpa y que el tiempo la justificará. ¿No es esto lo que piensas?

—Puede ser; el silencio ante todo.

—¿Puede ser, dices? Seguramente te perderé si te obstinas en no contestar; he tomado mi partido; marcharé solo.

—Pues bien, Octavio...

—Pues bien—exclamé—; el tiempo te justificará, ¿verdad? Acaba; al menos a esto contesta sí o no.

—Espero que sí.

—¡Lo esperas! Esto es lo que te ruego te preguntes a ti misma con sinceridad. Es la última vez que podrás hacerlo ante mí. Dices que me amas, y lo creo. Sospecho de ti. ¿Es tu intención que yo parta y que el tiempo te justifique?

—¿Qué sospechas de mí?

—No quería decírtelo, porque veo que es inútil. Pero, después de todo, y franqueza por franqueza, a tu gusto: casi lo prefiero; tu secreto y el mío es...

—¿Quién?

—Smith.

Me tapó la boca con la mano y volvió la cabeza. No pude añadir más; quedamos los dos pensativos con los ojos fijos en el suelo.

—Escúchame—dijo haciendo un esfuerzo—. He sufrido mucho, y pongo al Cielo por testigo de que daría mi vida por ti. Mientras me quede en el mundo un rayo de esperanza, estoy dispuesta a sufrir más; pero aunque deba desafiar otra vez tu cólera diciéndote que soy mujer, lo soy a pesar de todo. No es posible ir más lejos de las fuerzas humanas. Jamás contestaré a esa pregunta. Todo lo que puedo hacer en este momento es suplicarte de rodillas que partamos.

Se inclinó al decir eso. Yo me levanté.

—¡Insensato—dije amargamente—, insensato el que una vez en la vida pretenda obtener la verdad de una mujer! Sólo obtendrá el desprecio, y, en efecto, lo merece. La verdad la conoce el que com-

pra a sus doncellas y se desliza a su cabecera cuando hablan en sueños. Este, que se convierte en mujer a su vez, y a quien su bajeza inicia en todo lo que se agita entre sombras, es el que posee la verdad. Pero el hombre que la pide francamente, el que tiende su mano leal para recoger esta limosna, no la obtendrá jamás. Se mantienen en guardia contra él; por toda respuesta se encogen de hombros, y si la paciencia se le acaba, se levanta una vestal ultrajada, que deja escapar de sus labios el gran oráculo femenino: que la sospecha destruye el amor. ¡Dios mío, qué fatiga! ¡Cuándo terminará todo esto?

—Cuando tú quieras—contestó fríamente—; estoy tan fatigada como tú.

—Al momento. ¡Te dejo para siempre, y que el tiempo te justifique! ¡El tiempo! Tu belleza, tu amor, la dicha, ¿dónde estarán entonces? ¿Me pierdes sin pena? Es indudable que el día que el amante celoso sepa que ha sido injusto; el día en que tenga la prueba de ello, comprenderá qué corazón ha destrozado, ¿no es verdad?; llorará de vergüenza y perderá la alegría y el sueño; sólo vivirá para recordar que hubiera podido vivir dichoso. Pero ese día su orgullosa querida quizá palidezca al saber que está vengada, y se diga: «¡Si lo hubiera hecho antes!» Y créeme: si verdaderamente ha amado, su orgullo no la consolará.

Había pretendido hablar con calma; pero no era dueño de mí; paseaba a mi vez con agitación. Hay ciertas miradas que son verdaderas espadas y se

cruzan como ellas; a esta clase pertenecían las que cambiábamos Brígida y yo en ese momento. Yo la miraba como un prisionero mira la puerta de su calabozo. Por romper el sello que tenía en los labios y obligarla a hablar hubiera expuesto mi vida y la suya.

—¿Qué quieres que te diga?—preguntó.

—Lo que tienes en el corazón. ¿No es una crueldad hacérmelo repetir?

—¡Y tú—gritó—, y tú!, ¿no eres cien veces más cruel? ¡Insensato, dices, el que quiera saber la verdad! ¡Loca, puedo decir yo a mi vez, la que espere ser creída! Quieres saber mi secreto, y mi secreto es que te amo. ¡Soy una loca! Tú buscas otro. Interrogas y acusas a mi palidez, de la cual tú eres la causa. ¡Loca! He querido sufrir en silencio y consagrarte mi resignación; he querido ocultarte mis lágrimas; tú las espiabas como testigos de un crimen. ¡Loca! He querido atravesar los mares, desterrarme de Francia contigo, ir a morir lejos de cuanto he amado, sobre un corazón que duda de mí. ¡Loca! He creído que la verdad tenía una mirada, un acento, por los cuales se la adivinaba y se la respetaba. Cuando lo recuerdo, las lágrimas me ahogan. ¿Por qué haberme conducido a esta tentativa, que turbará mi reposo para siempre? ¡Mi cabeza se pierde! ¡No sé dónde estoy!

Se arrojó sobre mí llorando. «¡Loca, loca!», repetía con voz desgarradora.

—¿Y hasta cuándo perseverarás?—continuó—. ¿Qué puedo yo contra esas sospechas, siempre re-

novadas? ¡Es preciso, dices, que me justifique! ¿De qué? ¿De partir, de amar, de morir, de desesperar? Y si afecto una alegría forzada, ¡hasta esa alegría te ofende! Te lo sacrifico todo por partir, y antes de haber andado una legua volverías la cabeza para mirar atrás. Haga lo que haga, por todas partes la injuria y la cólera. ¡Si supieras qué frío mortal, qué sufrimiento se expimenta al ver la palabra más sencilla que sale del corazón acogida por la duda y el sarcasmo! Te privas de la sola dicha que existe en el mundo: amar con confianza. Matarás en el corazón de cuantos te amen todo sentimiento elevado y de delicadeza; solamente creerás en lo más grosero; sólo te quedará del amor lo que está visible y puede tocarse con el dedo. Eres joven, Octavio, y tienes por delante una vida muy larga que recorrer; tendrás otras amantes. Si, como dices, el orgullo es poca cosa, no es él quien me consolará; pero ¡quiera Dios que una lágrima tuya me compense un día de las que me haces derramar en este momento!

Se levantó.

—¿Es preciso decirlo? ¿Es preciso que sepas que hace seis meses no me he acostado una sola noche sin repetirme que todo era inútil, que no te curarías nunca; que no me he levantado una mañana sin decirme que era preciso probar aún; que no me has dicho una palabra que no me convenciera de que debía dejarte y que no me has hecho una caricia sin que desease morir? ¿Que día por día, minuto por minuto, siempre fluctuando entre el temor y

la esperanza, he intentado mil veces vencer mi amor o mi dolor? ¿Que desde que mi corazón se abrió a tu lado dirigiste una mirada burlona al fondo de mis entrañas, y que cuando le cerraba me parecía que había en él un tesoro del cual tú sólo debías disfrutar? ¿Te contaré los misterios y las debilidades que parecen pueriles a los que no saben respetarlos? ¿Que cuando tú te marchabas irritado yo me encerraba para volver a leer tus cartas? ¿Que hay un vals adorado que nunca toqué en vano cuando me sentía impaciente por volverte a ver? ¡Ah, desgraciada! ¡Qué caras te costarán esas lágrimas ignoradas y todas tus dulces locuras! Lloro. Este suplicio mismo, este dolor, no han servido de nada.

Quise interrumpirle.

—Déjame, déjame—continuó—. Era preciso que algún día te dijese todo esto. Veamos: ¿por qué dudas de mí? Desde hace seis meses, en pensamiento, cuerpo y alma, sólo a ti pertenezco. ¿De qué me acusas? ¿Quieres ir a Suiza? Estoy pronta, ya lo ves. ¿Crees tener un rival? Escríbele una carta, que yo firmaré y tú mismo dejarás en la posta. ¿Qué hacemos? ¿Dónde vamos? Hay que tomar un partido. ¿No estamos juntos? ¿Por qué quieres dejarme? Yo no puedo estar cerca y lejos de ti a la vez. Es preciso confiar en su amante, dices tú; es verdad. O el amor es un bien, o es un mal. Si es un bien, hay que creer en él; si es un mal, hay que curarse. Todo esto es un juego; pero la puesta son nuestros corazones y nuestras vidas. ¡Es horrible!

¿Quieres morir? Esto es preferible. ¿Quién soy yo para que duden de mí?

Se detuvo ante el espejo.

—¿Quién soy?—repetía—. Contempla mi rostro y dímelo.

—¡Dudar de ti—continuó dirigiéndose a su propia imagen—, pobres ojos fatigados, pobres mejillas demacradas; dudar de vosotros y de vuestras lágrimas! ¡Acaba de sufrir! ¡Que los besos que te han agostado cierren tus párpados! ¡Baja a la tierra húmeda, pobre cuerpo vacilante, que apenas puedes sostenerte! ¡Cuando ella te cubra, quizá te crean, si es que la duda cree en la muerte! ¡Espectro!, ¿qué fuego te devora? ¡Haces proyectos de viaje, y tienes un pie en el sepulcro! ¡Muere! Dios es testigo de que has querido amar. ¿Qué daño has causado para que sientas esta fiebre que te abrasa? ¿Qué extraño furor anima a esta criatura que te empuja con el pie hacia el ataúd, mientras su boca te habla de amor? ¿Qué te espera si continúas viviendo? ¿No es tiempo ya? ¿No has sufrido bastante? ¿Qué prueba de tu dolor darás para que te crean, cuando tú, tú, que eres una prueba viviente, no bastas para ello? ¿A qué tortura quieren someterte que ya no hayas sufrido? ¿Con qué tormentos, con qué sacrificios apaciguarás este ávido e insaciable amor? No serás mas que un objeto de diversión; buscarás en vano una calle desierta donde los que pasen no te señalen con el dedo. Perderás toda vergüenza, y hasta la apariencia de la frágil virtud, que tan preciosa era para ti, y el hombre

por quien te envilezcas será el primero en castigarte. Te reprochará que vivas para él solo, que desafíes al mundo por él, y mientras tus propios amigos murmuren a tu alrededor, él buscará en sus miradas si revelan demasiada piedad; te acusará de engañarle si una mano estrecha todavía la tuya y si en el desierto de tu vida hallas por casualidad alguien que se compadezca de ti al pasar. ¡Dios mío! ¿Te acuerdas de un día de verano en que depositaron sobre tu frente una corona de rosas blancas? ¿Era esta frente quien la llevaba? ¿Por qué la mano que la sujetó en las paredes del oratorio no ha caído convertida en polvo como ella? ¡Oh, valle adorado! ¡Tía mía, que ya descansas en paz! ¡Mis tilos, mi cabrita blanca, mis granjeros, que tanto me amaban! ¿Os acordáis de haberme visto dichosa, altiva, tranquila y respetada? ¿Quién puso en mi camino al forastero que quiere separarme de vosotros? ¿Quién le permitió pasar por el sendero de mi valle querido? ¡Ah, desgraciada! ¿Por qué volviste la cabeza el primer día que te siguió? ¿Por qué le acogiste como a un hermano? ¿Por qué le abriste tu puerta y le tendiste la mano? Octavio, Octavio, ¿por qué me has amado, si todo debía acabar así?

Estaba próxima a desfallecer. La sostuve hasta colocarla en un sillón, donde cayó, apoyando la cabeza en mi hombro. El esfuerzo terrible que había realizado hablándome tan amargamente le había aniquilado. En vez de una amante ultrajada encontré en ella de pronto un niño quejumbroso y

doliente. Se cerraron sus ojos; la estreché en mis brazos, y quedó sin conocimiento. Cuando volvió en sí se quejó de una gran lasitud y me rogó con voz cariñosa que la dejase, pues deseaba acostarse. Apenas podía caminar; la llevé hasta la alcoba y la deposité en su lecho. No había en ella señal alguna de sufrimiento; reposaba de su dolor como de una fatiga, y no parecía acordarse de nada. Su naturaleza débil y delicada cedía sin luchar, y, como había dicho ella misma, yo había ido más allá de sus fuerzas. Tenía mi mano entre la suya; la besé; nuestros labios, todavía amantes, se unieron como a pesar nuestro, y al terminar una escena tan cruel se durmió sobre mi corazón sonriéndome como el primer día.

VI

Brígida dormía. Yo estaba sentado a su cabecera, silencioso e inmóvil. Como un labriego después de la tormenta cuenta las espigas de su campo devastado, así empecé yo a penetrar en mí mismo y a sondear el daño que había ocasionado.

Apenas lo verifiqué le juzgué irreparable. Ciertos sufrimientos, por su misma magnitud, nos avisan su término, y cuanta más vergüenza y más remordimiento experimentaba más me convencía de que después de esta escena sólo nos restaba despedirnos para siempre. Aunque Brígida era muy valerosa, había apurado hasta las heces la copa amar-

ga de su triste amor; si no quería verla morir, era preciso dejarla reposar. Muchas veces me dirigió reproches crueles, y quizá con más cólera que esta vez; pero lo que me había dicho ahora no eran palabras vanas, dictadas por el orgullo ofendido: era la verdad que, relegada en el fondo de su corazón, le había roto para salir. Las circunstancias en que nos encontrábamos y mi negativa a partir con ella hacían ilusoria toda esperanza: aunque ella quisiera perdonar, no tendría fuerza para ello. Este mismo sueño, esta muerte pasajera de un ser llegado al límite del sufrimiento, lo demostraba bastante; ese silencio repentino, la dulzura que había demostrado al volver a la vida, su semblante pálido, y hasta ese beso, todo me demostraba que había terminado nuestra felicidad y que yo había roto para siempre el lazo que nos unía. Era evidente que, conforme dormía ahora, al primer sufrimiento que le ocasionase dormiría con el sueño eterno. Sonó el reloj y sentí que la hora transcurrida se llevaba mi vida con ella.

No quise llamar a nadie, y yo mismo encendí la lámpara de su cuarto; contempiando el pálido resplandor, mis pensamientos parecían flotar en la sombra, como sus débiles rayos.

Aunque otra cosa hubiera podido decir, nunca la idea de perder a Brígida se había presentado en mi imaginación. Cien veces intenté abandonarla; pero el que haya amado en este mundo ya sabe lo que eso quiere decir. Son movimientos de desesperación o de cólera. Mientras supe que era amado

por ella estaba seguro de amarla también; la necesidad irremediable de la separación acababa de levantarse entre nosotros por vez primera. Yo experimentaba una sorda languidez, y mis ideas eran confusas. Estaba cerca de la alcoba, y aunque desde el primer instante había medido la extensión de mi desdicha, todavía no sentía su sufrimiento. Mi alma débil y aterrada retrocedía para no tener que ver lo que en mi espíritu pasaba.

«Ya está hecho—me decía—; yo lo he querido. Está fuera de duda que no podemos vivir juntos; no quiero que muera esa mujer; por tanto, debo separarme de ella. Ya está hecho. Me iré mañana.»

Al hablar así no pensaba ni en mis culpas, ni en el pasado, ni el porvenir: no me acordaba de Smith ni de nada en ese momento; era incapaz de decir quién me había llevado allí ni lo que había hecho desde hacía una hora. Miraba las paredes de la habitación, y creo que sólo me ocupaba en pensar en qué coche partiría al día siguiente.

Permanecí bastante tiempo en ese estado de tranquilidad inconsciente. Me parecía a un hombre a quien hieren con un puñal: al principio sólo siente el frío del acero; da algunos pasos, y estupefacto, con los ojos extraviados, se pregunta qué le ocurre; pero la sangre viene gota a gota, la herida se abre y le deja paso; la tierra se tiñe de púrpura negruzca y llega la muerte. El hombre, a su proximidad, se estremece de horror y cae como herido por un rayo. Así, tranquilo en apariencia, yo sentía acercarse la desgracia; me repetía en voz baja lo que

Brígida me había dicho y preparaba a su alrededor lo necesario para que pasase la noche como de costumbre; después la miraba: después iba a la ventana y pegaba mi frente a los cristales, para contemplar el cielo; después volvía al lado del lecho. Partir mañana era mi único pensamiento, y poco a poco la palabra *partir* se me hacía inteligible.

—¡Dios mío!—exclamé de pronto—. ¡Mi pobre adorada, te pierdo por no haber sabido amarte!

Me estremecí a estas palabras como si otro que yo las hubiera pronunciado; resonaron en todo mi ser como en un arpa en tensión el golpe de viento que va a romperla. En un instante dos años de sufrimiento me atravesaron el corazón, y después de ellos, como su consecuencia y su última expresión, se me apareció el presente. ¿Cómo expresar mi dolor? Con una sola palabra quizá para los que hayan amado. Tomé la mano de Brígida, y soñando pronunció mi nombre. Me levanté y paseé por lá alcoba; un torrente de lágrimas brotó de mis ojos. Tendí los brazos como para recoger el pasado, que se me escapaba.

—¿Es posible?—repetía—. ¿Voy a perderte? Sólo puedo amarte a ti. ¿Vas a partir para siempre? Tú, mi vida, mi adorada, huyes de mí. ¿Ya no volveré a verte? ¡Jamás, jamás!—dije en voz alta; y dirigiéndome a Brígida, dormida, como si pudiera oírme—: ¡Jamás, jamás! ¡No lo creas; nunca lo consentiré! ¿Qué es esto? ¿Por qué tanto orgullo? ¿No hay medio de reparar la ofensa que

te he hecho? Te lo ruego; vamos a pensarlo juntos. ¿No me has perdonado mil veces? Tú me amas y te faltará valor para partir. ¿Qué quieres que hagamos después separados?

Una locura horrible, espantosa, se apoderó súbitamente de mí; iba y venía hablando al azar, buscando sobre los muebles algún instrumento de muerte. Al fin caí de rodillas y me golpeé la cabeza contra el lecho. Brígida hizo un movimiento, y me detuve.

«¡Si la despertase!—pensé—. ¿Qué haces, insensato? Déjala dormir hasta el día; todavía tienes una noche para mirarla.»

Volví a mi sitio. Sentía tal espanto de que Brígida se despertase, que apenas osaba respirar. Mi corazón parecía detenerse al propio tiempo que mis lágrimas. Sentía un frío que me hacía temblar, y repetía, como para forzarme a guardar silencio: «Mírala, todavía te está permitido.»

Conseguí calmarme al fin, y sentí lágrimas más dulces deslizarse lentamente por mis mejillas. Al furor que había sentido sucedía el enternecimiento. Me pareció oír un quejido; me incliné sobre la cabecera de Brígida, como si mi ángel bueno me dijera que grabase en mi alma por última vez el recuerdo de sus rasgos queridos.

¡Qué pálida estaba! Sus párpados, rodeados de un círculo azulado, brillaban aún, húmedos de lágrimas; su cuerpo, antes tan ligero, estaba encorvado como bajo un fardo; sus mejillas, adelgazadas y plomizas, descansaban en su mano diáfana

sobre su brazo débil y vacilante; su frente parecía llevar la señal de la diadema de espinas sangrientas con que se corona la resignación. Me acordé de la granja. ¡Qué joven estaba hacía seis meses! ¡Qué alegre! ¡Qué despreocupada! ¿Qué había yo hecho de todo eso? Me pareció que una voz desconocida repetía una antigua romanza, que olvidé hace tiempo:

*Altra volta gieri bieie,
Blanch' e rossa com' un' flore;
Ma ora nó. Non son piú bieie,
Consumatis dal' amore.*

Era la antigua romanza de mi primera querida, y este patuá melancólico me parecía claro por primera vez. La repetía como si no hubiera hecho hasta entonces otra cosa que conservarla en la memoria sin comprenderla. ¿Por qué la había aprendido y por qué la recordaba? Allí estaba mi flor marchita, a punto de morir consumida por el amor.

«¡Mírala!—me dije sollozando—. ¡Mírala! Piensa en los que se quejan de que sus queridas no les aman; la tuya te ama, te ha pertenecido, y la pierdes por no haber sabido amarla.»

Pero mi dolor era muy intenso; me levanté y paseé nuevamente.

«Sí—continué—, mírala; piensa en los que devora el hastío y que van arrastrando un dolor no compartido; piensa en los que viven sin madre, sin parientes, sin perro, sin amigos; en los que buscan y no encuentran, en los que lloran y se ven escar-

nécidos, en los que aman y son despreciados, en los que mueren y son olvidados. Delante de ti, en esa alcoba, reposa un ser que la Naturaleza había tal vez formado para ti. Desde las más elevadas esferas de la inteligencia hasta los misterios más impenetrables de la materia y de la forma, este alma y este cuerpo son tus hermanos; desde hace seis meses tu boca no ha hablado, tu corazón no ha latido una vez sin que una palabra y un latido no les haya contestado; y esta mujer que Dios te enviaba como envía el rocío a las plantas, no habrá hecho mas que deslizarse sobre tu corazón. Esta criatura, que a la faz del cielo llegó a ti con los brazos abiertos, para darte su vida y su alma, se habrá desvanecido como una sombra y no quedará de ella el más ligero vestigio. Mientras tus labios tocan los suyos, mientras tus brazos rodean su cuello, mientras los ángeles del amor eterno os enlazan como un solo ser con los lazos de la sangre y de la voluptuosidad, estáis más lejos uno de otro que dos desterrados en los dos extremos de la tierra, separados por el mundo entero. Mírala, y sobre todo guarda silencio. Tienes todavía una noche para verla si no la despiertas con tus sollozos.»

Poco a poco mi cerebro se exaltaba, e ideas cada vez más sombrías me torturaban y me espantaban: un poder irresistible me obligaba a penetrar dentro de mí.

¡Hacer el mal! Tal era el destino que la Providencia me había impuesto. ¡Yo hacer el mal! ¡Yo, a quien mi conciencia, en medio de mis furoros,

repetía, sin embargo, que era bueno! ¡Yo, a quien un implacable destino empujaba hacia un abismo y a quien un terror secreto mostraba la profundidad de este abismo donde caía! ¡Yo, que, aunque hubiera cometido un crimen, me habría repetido todavía que mi corazón no era culpable, que me equivocaba, que no era yo quien obraba así, sino mi destino, mi genio del mal, no sé qué ser que habitaba dentro de mí, sin haber nacido! ¡Yo hacer el mal! Desde hacía seis meses me había dedicado a esta tarea; no había dejado pasar un día sin trabajar en esta obra infame, y en este momento tenía la prueba ante mis ojos. El hombre que había amado a Brígida, que la había ofendido, después insultado, después abandonado, para volver a tomarla; que la había rodeado de desconfianzas, asediado de sospechas y arrojado al fin sobre ese lecho de dolor donde la veía tendida, ¿era yo! Me golpeaba el corazón, y aun viéndola, no lo creía. Contemplaba a Brígida; la tocaba, como para asegurarme de que no era un sueño. Mi semblante, que reflejaba en el espejo, me miraba con sorpresa. ¿Quién era esa criatura que aparecía bajo mis rasgos? ¿Quién era ese impío que blasfemaba con mi boca y torturaba con mis manos? ¿Era el mismo que mi madre llamaba Octavio? ¿Era el que, cuando tenía quince años, entre los bosques y las praderas había yo visto reflejarse en las fuentes cristalinas sobre las cuales me inclinaba con el corazón puro como el cristal de sus aguas?

Cerraba los ojos y recordaba los días de mi in-

fancia. Como un rayo de sol que atraviesa una nube, mil recuerdos me atravesaban el corazón.

«No—me decía—; yo no he hecho eso. Todo lo que me rodea en este cuarto no es mas que un sueño.»

Recordaba el tiempo inocente en que sentía mi corazón abrirse a mis primeros pasos en la vida. Me acordaba de un viejo mendigo que se sentaba en un banco de piedra delante de la puerta de una granja y a quien me enviaban a llevar algunas veces por la tarde, después del almuerzo, los restos de comida. Le veía tendiendo sus manos arrugadas, débil, encorvado, bendecirme sonriendo. Sentía el aire de la mañana rozar mis sienes; algo fresco como el rocío que caía del cielo en mi alma; de pronto abría los ojos, y a la luz de la lámpara volvía a ver la realidad delante de mí.

«¿Y tú no te crees culpable?—me preguntaba con horror—. ¿Porque lloras te juzgas inocente? Lo que tomas por testimonio de tu conciencia no es quizá sino remordimiento. ¿Y qué asesino no lo siente? Si tu virtud grita que no sufre, ¿no será que se siente morir? ¡Oh miserable! Las voces lejanas que oyes gemir en tu corazón crees que son sollozos; quizá sólo es el grito del pájaro fúnebre de las tempestades, que el naufragio atrae. ¿Quién te ha contado alguna vez la infancia de los que mueren manchados con sangre? También fueron buenos en su tiempo y ponen la mano sobre su rostro para recordarlo algunas veces. Tú haces el mal y te arrepientes. Nerón también se arrepin-

tió cuando mató a su madre. ¿Quién te ha dicho que las lágrimas nos limpian? Y aun cuando fuera así, aun cuando fuera verdad que una parte de tu alma no pertenecerá nunca al mal, ¿qué harás de la otra que le pertenece? Palparás con tu mano izquierda las heridas que haga la derecha; harás un sudario con tu virtud para amortajar tus crímenes; llamarás y, como Bruto, grabarás sobre tu espada las charlas de Platón! Al ser que te abra sus brazos le hundirás en el fondo del corazón este arma ampulosa y ya arrepentida; conducirás al cementerio los restos de tus pasiones, y deshojarás sobre su tumba la flor estéril de tu piedad. Dirás a los que te vean: «¿Qué queréis? Me enseñaron a matar, y fijaos en que lloro todavía y que Dios me había hecho mejor.» Hablarás de tu juventud, persuadiéndote a ti propio de que el Cielo debe perdonarte, de que tus desgracias son involuntarias, y harás discursos a tus noches de insomnio para que te dejen un poco de reposo.

»Pero ¿quién sabe? Eres joven aún. Cuanto más confíes en tu corazón, más te extraviará el orgullo. Estás ahora ante la primera ruina que vas a dejar en tu camino. Si Brígida muere mañana, llorarás sobre su ataúd. ¿Dónde irás al dejarla? Partirás quizá por tres meses y harás un viaje a Italia; te envolverás en tu capa como un inglés atacado de *spleen*, y una mañana, en el fondo de una posada, después de beber, te dirás que tus remordimientos se han apaciguado y que debes olvidar para revivir. Tú, que empiezas a llorar muy tarde, cuida de

no poder llorar un día. ¿Quién sabe? Que alguien se burle de los dolores que crees sentir; que un día en el baile una mujer hermosa sonría compasivamente cuando le cuenten que guardas el recuerdo de una amante que murió, ¿no podrías sacar de ello algún partido y enorgullecerte de lo que hoy te desespera? Cuando el presente, que te hace estremecer y que no osas mirar frente a frente, se convierta en el pasado y sea una historia antigua, un recuerdo confuso, ¿no podrías recostarte una noche en tu silla durante una cena de libertinos y referir con la sonrisa en los labios lo que has visto con lágrimas en los ojos? Empezaste por ser bueno; te vuelves débil, y serás un malvado.

»Amigo, tengo un consejo que darte: es que creo que debes morir. Aprovecha que eres bueno ahora, para no volver a ser malo; mientras una mujer que amas yace moribunda en ese lecho y sientes horror de tí mismo, coloca la mano sobre su pecho; vive todavía; cierra tus ojos para no abrirlos más; no asistas a sus funerales por miedo de estar consolado mañana; date una puñalada mientras tu corazón ama todavía al Dios que le ha creado.

»¿Te detiene tu juventud? ¿Lo que quieres ahorrar es el color de tus cabellos? No los dejes blanquear jamás si no se vuelven blancos esta noche.

»Y, además. ¿qué quieres hacer en el mundo? Si sales, ¿a dónde vas? ¿Qué esperas si te quedas? ¿No es verdad que al mirar a esta mujer te parece tener en el corazón un tesoro escondido todavía? ¿No es verdad que lo que pierdes es menos lo que

ha sido que lo que hubiera podido ser, y que el peor de los adioses es notar que no se ha dicho todo? ¿Por qué no hablaste hace una hora? Cuando esta manilla del reloj estaba en este sitio, aun hubieras podido ser dichoso. Si sufrías, ¿por qué no abrías tu alma? Si amabas, ¿por qué no lo decías? Eres como el miserable que muere de hambre sobre su tesoro; cerraste tu puerta, avaro; te debates detrás de tus cerrojos; descórrelos si puedes; son sólidos, los ha forjado tu propia mano. ¡Insensato, que has deseado y que has poseído tu deseo! ¡No habías pensado en Dios! Jugabas con la felicidad, como un niño con su sonajero, sin reflexionar que lo que tenías entre tus manos era muy frágil; le desdeñabas, sonreías y volvías a disfrutarlo, sin contar las plegarias que tu ángel bueno murmuraba durante este tiempo para conservarte esa felicidad. Si hay alguien en los cielos que haya velado por ti alguna vez, ¿qué hace en este momento? Está sentado ante un órgano; sus alas están medio abiertas, sus manos extendidas sobre el teclado de marfil; empieza un himno eterno, el himno de amor y de inmortal olvido; pero sus rodillas vacilan, sus alas caen, su cabeza se inclina como una flor tronchada: ¡el ángel de la muerte le ha tocado en el hombro y desaparece en la inmensidad!

«Y tú te quedas solo sobre la tierra. A los veintidós años, cuando un amor noble y elevado, cuando la fuerza de la juventud iban quizá a hacer de ti algo bueno; cuando después de tantas contrariedades, tantos disgustos, una juventud tan disipa-

da, podías ver levantarse ante ti una aurora de felicidad; cuando tu vida, consagrada a un ser adorado, podía adquirir nueva savia, en ese momento todo se hunde y se desvanece ante ti. ¡Héte aquí, no ya con deseos vagos, sino con sentimientos reales; no ya con el corazón vacío, sino despoblado! ¿Y dudas? ¿Qué esperas? Puesto que ella no quiere ya tu vida, ¿para qué la conservas? Puesto que ella te deja, déjate tú también; que los que amaron tu juventud lloren por ti: no son muchos. ¡El que ha estado mudo cerca de Brígida debe quedar mudo para siempre! Que el que ha pasado sobre su corazón guarde al menos la señal intacta; y si tú quieres vivir todavía, ¿no sería preciso borrarla? ¿Qué otro partido te resta para conservar tu aliento miserable, sino acabar de corromperle? Sí; ahora tu vida tiene este precio. Necesitas para soportarla, no solamente olvidar el amor, sino ignorar que existe; no solamente renegar de lo que ha habido bueno en ti, sino matar lo que puede serlo todavía; porque, ¿qué harías si lo recordases? No darías un paso en la tierra, no reirías, no llorarías, no darías limosna a un pobre, no podrías ser bueno un cuarto de hora sin que tu sangre, afluyendo al corazón, no te gritase que Dios te había hecho bueno para que Brígida fuese dichosa. Tus menores acciones resonarían en ti y, como ecos sonoros, harían gemir tus desdichas; todo lo que removiera tu alma despertaría un sentimiento, y la esperanza, ese mensajero celeste, ese amigo santo que nos invita a vivir, se cambiaría para ti en un

fantasma inexorable y se tornaría hermano gemelo del pasado; todas tus tentativas por retener algo serían sólo un largo arrepentimiento. Cuando el homicida marcha en la sombra lleva las manos cerradas sobre su pecho por miedo de que los muros le acusen si los toca. Eso es lo que debías hacer. Escoge entre tu alma y tu cuerpo; es preciso que mates uno de los dos; el recuerdo del bien te envía al mal; haz de ti un cadáver si no quieres ser tu propio espectro. ¡Niño! ¡Muere honrado! ¡Que puedan llorar sobre tu tumba!»

Me arrojé al pie del lecho poseído de tan terrible desesperación, que mi razón me abandonaba, y ya no sabía dónde estaba ni lo que hacía. Brígida lanzó un suspiro y, apartando la sábana que la cubría, como oprimida por un peso importuno, descubrió su pecho blanco y desnudo.

A este espectáculo, mis sentidos se conmovieron. ¿Fué de deseo o de dolor? No lo sé. Un pensamiento horrible me hizo de pronto estremecer,

«¿Y voy a dejar a otro estos tesoros? ¿Morir, descansar bajo tierra mientras este pecho tan blanco aspira el aire puro? ¡Justo Dios! ¡Otra mano que la mía tocará esta carne fina y transparente! ¡Otra boca se posará en estos labios y otro corazón descansará sobre este que fué mío! ¡Otro hombre aquí en su cabecera! ¡Brígida dichosa, viva, adorada, y yo en un rincón del cementerio, convirtiéndome en polvo en el fondo de la fosa! ¡Cuánto tiempo tardará en olvidarme si dejo de existir mañana? ¡Cuántas lágrimas verterá? ¡Quizá ninguna! ¡Todos

los amigos y cuantos a ella se acerquen no dejarán de decirle que mi muerte ha sido un bien, apresurándose a consolarla y aconsejándola que olvide! ¡Si llora, la consolarán; si un recuerdo le asalta, procurarán alejarle; si su amor me sobrevive, procurarán curarla de él como de un envenenamiento, y ella misma, que quizá el primer día diga que quiere seguirme al sepulcro, dentro de un mes se volverá de espaldas para no ver el sauce llorón plantado sobre mi tumba! ¡Esto es lo que ocurrirá! ¿Quién no se consuela siendo tan bella? Aun cuando quisiera morir de pena, este hermoso seno le contaría que él quiere vivir y que un espejo se encargará de disuadirla; y el día en que las lágrimas cedan su puesto a la primera sonrisa, ¿quién dejará de felicitarla por la convalecencia de su dolor? Cuando después de ocho días de silencio empiece a tolerar que pronuncien mi nombre en su presencia y le pronuncie ella misma acompañado de lánguidas miradas, como diciendo: «¡Consoladme!»; cuando poco a poco llegue, no tan sólo a evitar mi recuerdo, sino a no hablar de mí, y abra sus ventanas en las hermosas mañanas de primavera, cuando los pájaros canten en la enramada; cuando se quede soñadora diciendo: «¡He amado!...», ¿quién estará a su lado? ¿Quién le contestará que hay que volver a amar? ¡Entonces yo no existiré!

»¡Y tú, infiel, le escucharás; te inclinarás sonrojándote como una flor que va a abrirse, y tu belleza y tu juventud se reflejarán en tu frente! Al decir que tu corazón está cerrado dejarás ver esa

fresca aureola cuyos rayos se llaman besos. ¡Cómo desean ser amadas las que dicen que no quieren amar más! ¡Qué hay en ello de extraño? Eres una mujer; tú sabes lo que valen ese cuerpo y esa garganta de alabastro, porque te lo han dicho; cuando los ocultas bajo tus vestidos, no crees, como las vírgenes, que todo el mundo lo hace, y sabes el precio de tu pudor. La mujer que ha sido muy elogiada no puede resolverse a dejar de serlo. No siente que vive si permanece en la sombra y reina silencio alrededor de su belleza. No hay que dudarlo: quien ha amado no puede vivir sin amor; quien se entera de una muerte siente más apego a la vida. Brígida me ama y quizá muera de ese amor; si yo me mato, otro la poseerá.

«¡Otro, otro!—repetía inclinándome apoyado en el lecho y rozando su hombro con mi frente—. ¿No es viuda? ¿No ha visto ya a la muerte? Esas manos tan delicadas ya han amortajado otra vez a un hombre. Sabe lo que duran las lágrimas, y la segunda vez duran menos. Mientras duermo, ¿por qué no he de matarla? Si ahora despertase y la dijera que había llegado su hora y que íbamos a morir juntos en un último beso, aceptaría. ¿Qué me importa matar? ¿Es acaso verdad que todo no acaba en este mundo?»

Tenía en mi mano un cuchillo, que encontré sobre la mesa.

«¡Miedo! ¡Cobardía! ¡Superstición! ¿Qué saben los que tal dicen? Se habla de otra vida para que lo crea el vulgo y los ignorantes; pero ¿creemos en

ella en el fondo? ¿Qué guardián de cementerio ha visto salir a un muerto de su tumba e ir a llamar en casa del sacerdote? Era antiguamente cuando había fantasmas; la policía los ha arrojado de las ciudades civilizadas, y ya no gritan en la tumba mas que los que han sido enterrados demasiado pronto. Si la muerte hubiera hablado alguna vez, ¿quién hubiera sido capaz de hacerla enmudecer? ¿Se lo ha prohibido acaso el espíritu celeste, porque no se permite por las calles el paso de procesiones? Morir; este es el fin, el límite puesto por Dios; pero los hombres lo discuten; pero todos llevamos escrito en la frente: «Hagas lo que quieras, morirás.»

»¿Qué se diría si yo matase a Brígida? Ni ella ni yo lo sabríamos. Mañana diría un periódico que Octavio de T*** ha matado a su amante, y pasado mañana ya no se acordaría nadie de ello. ¿Quién asistiría a nuestro entierro? Nadie que al volver a su casa no almorzase tranquilamente; y nosotros, extendidos los cuerpos uno junto a otro, estaríamos en el fondo de la zanja abierta aquel mismo día, y la gente podría caminar sobre nosotros sin que el ruido de sus pasos nos despertase. ¿No es verdad, amada mía, que estaríamos muy bien? La tierra es un lecho mullido; no sufriríamos más; no se murmuraría en las tumbas vecinas de nuestra unión; nuestras osamentas se besarían en paz y sin orgullo; la muerte es piadosa, y lo que ella ata no puede desatarse jamás. ¿Por qué te espanta la muerte si sabes que tu cuerpo le pertenece? Cada hora que pasa te acercas a ella; cada paso que das rompe el

escalón en que te apoyabas; sólo te nutres de muertos; el aire del cielo pesa sobre ti y te aplasta; la tierra que pisas te atrae hacia ella, sujetando las plantas de tus pies. ¡Baja, baja! ¿Por qué tanto temor? Dí tan sólo: «No viviremos más.» ¿No es vivir una fatiga muy grande, de la cual es agradable descansar? ¿Cómo es posible vacilar, cuando sólo existe la diferencia de ser un poco antes o un poco después? La materia no perece, y los físicos, según dicen, arrancan al infinito el menor átomo de polvo sin poder aniquilarla. Si la materia es propiedad del azar, ¿por qué hace mal cambiando de tortura puesto que no puede cambiar de dueño? ¿Qué le importa a Dios la forma que he recibido y la librea que lleva mi dolor? El sufrimiento vive en mi cráneo; éste me pertenece, yo le destruyo; pero mi osamenta no me pertenece, y se la devuelvo a quien me la prestó: que un poeta haga con ella una copa donde pueda beber su vino. ¿Qué reproche merezco y quién puede hacerme ese reproche? ¿Qué juez inflexible vendrá a decirme que he abusado? ¿Qué sabe él! ¿Está dentro de mí? Si cada criatura tiene una tarea que cumplir, y si es un crimen evadirse de ella, ¿qué culpables son los niños que mueren! ¿Por qué se eximen de su cumplimiento? ¿A quién aprovecha la lección de lo que ocurre después de la muerte? Sería preciso que el cielo estuviese desierto para que el hombre fuera castigado por haber vivido, porque bastante castigo tiene con vivir, y yo no sé de nadie que lo haya pedido, no siendo Voltaire en su lecho de

muerte; último grito de impotencia, digno de un ateo viejo y desesperado. ¿Por qué vivir para luchar? ¿Quién está en lo alto, que se complace con tantas agonías? ¿Quién se alegra con el espectáculo de una creación siempre naciente y siempre moribunda? ¿Con ver plantar y caer el rayo? ¿Con ver andar y que la muerte grite: «Aquí estoy»? ¿Con ver llorar, y que las lágrimas se sequen? ¿Con ver amar y que el rostro se arrugue? ¿Con ver rogar, prosternarse, tender los brazos y que las cosechas no den una espiga más? ¿Quién es el que ha creado tanta cosa por el placer de saber que lo que ha creado no es nada ni sirve para nada? La tierra se muere; Herschel dice que de frío. ¿Quién tiene en su mano la gota de vapores condensados y la mira desecarse como el pescador que deseca un poco de agua de mar para obtener un grano de sal? Esa ley de atracción que suspende el mundo en el vacío hace que los planetas marchen errantes de un extremo a otro del cielo, viendo cuál es el primero que se detiene; Dios les retiene; ellos cumplen asiduamente su labor vacía e inútil; dan vueltas, sufren, se extinguen y se encienden; se siguen y se evitan; se enlazan como anillos; llevan en su superficie millares de seres renovados sin cesar; esos seres se agitan, se estrechan un momento unos contra otros; después unos y otros se levantan; la vida acude donde hace falta; el aire se precipita donde encuentra el vacío; todo en orden, todo reglamentado, escrito en letras de oro y en parábolas de fuego; todo marcha al son de la música celeste, sobre senderos implaca-

bles y eternamente. ¡Y todo esto no es nada! Y nosotros, pobres sueños sin nombre, apariencias pálidas y dolorosas; nosotros, a quienes animan con el soplo de un segundo, para que la muerte pueda existir, nos rendimos de fatiga para probarnos que somos alguien y alguien se percibe de que existimos. Vacilamos en hundir en nuestro pecho un instrumento de acero y en hacernos saltar la tapa de los sesos; parece que si nos matamos el caos va a sobrevenir; hemos escrito y redactado las leyes divinas y humanas, y nos dan miedo nuestros catecismos; sufrimos treinta años sin murmurar, creyendo que luchamos; al fin el sufrimiento es demasiado grande, ponemos unos granos de pólvora en el santuario de la inteligencia y una flor brota sobre nuestra tumba.»

Al acabar estas palabras había levantado el cuchillo sobre el pecho de Brígida. Ya no era dueño de mí, y no sé de qué hubiera sido capaz en el estado de delirio en que me encontraba; aparté la sábana para descubrir el corazón y apareció entre los dos senos un pequeño crucifijo de ébano.

Retrocedí poseído de pánico; mi mano se abrió y cayó el arma. La tía de Brígida le había dado el crucifijo estando en su lecho de muerte. Sin embargo, no recordaba habérselo visto puesto jamás; sin duda en el momento de partir lo había colgado de su cuello, como una reliquia que debía preservarla de los peligros del viaje. Junté mis manos y caí de hinojos. «¡Señor Dios mío—dije temblando—, Señor Dios mío, estabas aquí!»

Que los que no creen en Cristo lean esta página; yo tampoco creía. Ni cuando niño, ni en el colegio, ni ya hombre había frecuentado las iglesias; mi religión, si alguna practicaba, no tenía rito ni símbolo, y sólo creía en un dios sin forma, sin culto y sin revelación. Envenenado desde la adolescencia por todos los escritos del siglo último, había bebido la leche estéril de la impiedad. El orgullo humano, dios del egoísmo, cerraba mi boca a la oración, mientras mi alma, asustada, se refugiaba en la esperanza de la nada. Quedé como atontado al ver el crucifijo sobre el seno de Brígida, y aunque no era creyente, retrocedí, sabiendo que ella sí lo era. No fué un vano terror el que detuvo mi mano en aquel momento. ¿Quién me veía? Estaba solo. ¿Los prejuicios del mundo? ¿Quién me impedía apartar de mi vista el pedacito de madera negra? Podía arrojarle al fuego, y fué el arma la que arrojé. Me emocioné hasta el fondo de mi alma, y aun me emociono en este momento. ¿Qué miserables son los hombres que se burlan de un símbolo que puede salvar a una criatura! ¿Qué importa el nombre, la forma, la creencia? Todo lo que es bueno, ¿no es sagrado? ¿Cómo se atreven a negar a Dios?

Como un rayo de sol derrite la nieve de las montañas, y de los nevados picos que amenazaban al cielo hace un arroyo que fertiliza el valle, así se formó en mi corazón un manantial que se ensanchaba poco a poco. El arrepentimiento es un iniecnso puro, que se exhalaba de mi sufrimiento.

Aunque casi había cometido un crimen, desde que mi mano estuvo desarmada sentí que mi corazón era inocente. Bastó un instante para devolverme la calma, la fuerza y la razón; avancé nuevamente hacia la alcoba, me incliné sobre mi ídolo y besé su crucifijo.

—¡Duerme en paz!—le dije—. ¡Dios vela por tí! Mientras un sueño te hacía sonreír, has escapado del peligro mayor que has corrido en tu vida; pero la mano que te amenazó no volverá a causar ningún daño; ¡te lo juro por tu Cristo! ¡No te mataré, ni me mataré! Soy un loco, un insensato, un niño que se creyó un hombre. ¡Dios sea alabado! Eres joven, bella y me olvidarás. Te curarás del daño que te he hecho si puedes perdonarle. Duerme en paz hasta el día, Brígida, y decide luego nuestro destino: sea cual fuere la sentencia que pronuncies, me someteré sin murmurar. ¡Y tú, Jesús, que la has salvado, perdóname! ¡Que ella no lo sepa! He nacido en un siglo de impiedad y tengo que expiar mucho. ¡No me han enseñado a amarte, hijo de Dios, a quien olvidan! Jamás te he buscado en los templos; pero, gracias al Cielo, todavía no he aprendido a no temblar en tu presencia. Una vez al menos antes de morir te habré besado sobre un corazón que está lleno de amor por Ti. Protégele mientras respire; permanece en él para preservarle; acuérdate de que un desdichado no ha osado morir de dolor al verte clavado en tu cruz; era impío y le has salvado del mal; si hubiera sido creyente, le habrías consolado. Perdona a los que le

hicieron incrédulo, puesto que Tú le has hecho arrepentirse; perdona a todos los que blasfeman; ¡sin duda no te han visto cuando estaban desesperados! Las dichas humanas son burlonas y desdeñosas sin piedad, los dichosos de este mundo creen no necesitar nunca de Ti. Perdónales. Cuando su orgullo te ultraja, sus lágrimas les bautizan antes o después. Compadéceles por creerse al abrigo de las tormentas y necesitar para llegar a Ti las severas lecciones de la desgracia. Nuestra sabiduría y nuestro escepticismo son en nuestras manos grandes sonajeros de niños. Perdónanos por soñar que somos impíos, Tú, que en el Gólgota sonreías. Ya lo ves, sólo somos sombras que a una mirada tuya se desvanecen. ¿No has sido hombre Tú mismo? Es el dolor quien te ha hecho Dios; es el instrumento del suplicio el que te sirvió para subir al cielo y el que te llevó con los brazos abiertos hasta tu Padre glorioso. A nosotros es el dolor quien nos conduce a Ti, como te condujo hasta tu Padre. Solamente cuando estamos coronados de espinas nos inclinamos ante tu imagen; sólo tocamos tus pies, que sangran, con las manos ensangrentadas, y Tú sufriste el martirio para ser amado por los desgraciados.

Empezaban a apuntar los primeros rayos de la aurora; todo despertaba poco a poco, y el aire se llenaba de ruidos lejanos y confusos. Débil y rendido por la fatiga, iba a retirarme para reposar un poco. Al salir, un vestido que estaba en un sillón resbaló y cayó al suelo junto a mí; al mismo tiempo

cayó un papel doblado. Lo recogí; era una carta, y reconocí la letra de Brígida. El sobre no estaba sellado; le abrí y leí lo que sigue:

«25 diciembre 18...

»Cuando reciba usted esta carta estaré lejos, y tal vez no la reciba usted nunca. Mi destino está unido al de un hombre a quien todo lo he sacrificado; le es imposible vivir sin mí, y voy a procurar morir por él. Amo a usted. Adiós. Compadézcanos.»

Volví el papel, después de haberle leído, y vi la dirección: «Al señor Enrique Smith, en N***.»

VII

Al mediar el día siguiente, en el que lucía un hermoso sol de diciembre, un joven y una mujer cogidos del brazo atravesaron el jardín del Palacio Real. Entraron en casa de un joyero, donde escogieron dos sortijas iguales, y, cambiándolas con una sonrisa, las pusieron cada uno en su dedo. Después de un corto paseo fueron a almorzar a «Los Hermanos Provenzales», en uno de los gabinetes altos, desde donde se descubre uno de los sitios más bellos del mundo. Allí solos, cuando el camarero se retiró, se asomaron a la ventana, es-

trechándose las manos dulcemente. El joven llevaba traje de viaje. Al ver la alegría que reflejaba su semblante, se le hubiera tomado por un recién casado que hacía conocer a su esposa la vida y los placeres de París. Su alegría era dulce y serena, como lo es siempre la de la felicidad. Alguien con un poco de experiencia hubiera reconocido en él al niño que se convierte en hombre y cuya mirada revela un firme corazón. De vez en cuando contemplaba el cielo, después a su amiga, y brillaban lágrimas en sus ojos; pero las dejaba correr y sonreía sin enjugarlas. La joven estaba pálida y pensativa, y sólo miraba a su amigo. Había en su rostro señales de profundo sufrimiento, que, sin hacer esfuerzos por ocultarse, no podía, sin embargo, ser insensible a la alegría de su compañero. Cuando él sonreía, ella sonreía también; cuando él hablaba, ella respondía y comía lo que le servía; pero guardaba un silencio que raramente interrumpía. En su languidez se veía claramente esa falta de voluntad, ese anulamiento del más débil entre dos seres que se aman y de los cuales uno es el eco del otro. El joven lo notaba y parecía orgulloso y reconocido por ello. Cuando la mujer se entristecía de pronto y bajaba los ojos al suelo, él se esforzaba en mostrar, para tranquilizarla, un aire resuelto; pero algunas veces no lo lograba y también se turbaba. Esta mezcla de fuerza y debilidad, de alegría y pesar, de turbación y serenidad, hubiera sido incomprendible para un espectador indiferente; parecían los dos seres más dichosos del mundo, o los

más desgraciados; pero ignorando su secreto se veía que sufrían juntos, y cualquiera que fuese su pena misteriosa se notaba que habían puesto sobre ella un sello más poderoso que el amor mismo: la amistad. Mientras estrechaban sus manos, sus miradas seguían siendo castas; aunque estaban solos, hablaban en voz baja. Como abrumados por sus pensamientos, juntaron sus frentes, sin que sus labios se tocaran. Se miraban con aire tierno y solemne, como los débiles que quieren ser buenos. Cuando el reloj dió una hora, la mujer lanzó un hondo suspiro y, volviéndose a medias, dijo:

—Octavio, ¡si te equivocaras!

—No, amiga mía—respondió el joven—; no me equivoco. Tendrás que sufrir mucho y durante mucho tiempo quizá, y yo siempre; pero curaremos los dos: tú, con el tiempo; yo, con Dios.

—Octavio, Octavio—repitió la mujer—, ¿estás seguro de no equivocarte?

—No creo, querida Brígida, que podamos olvidar; pero creo que en este momento no podemos perdonarnos todavía, y eso es preciso a cualquier precio, aun a costa de no volver a vernos jamás.

—¿Por qué no hemos de volver a vernos?... ¡Eres tan joven!

Añadió con una sonrisa:

—Cuando te enamores la primera vez podremos volver a vernos sin peligro.

—No, amiga mía; porque, entérate bien: no te veré nunca sin amor. Que sea digno de ti aquel a quien te dejo y a quien te entrego. Smith es bueno,

valiente y honrado; pero aunque sientas amor por él, bien ves que me amas todavía, porque si yo quisiera quedarme o llevarte conmigo, consentirías.

—Es verdad—respondió la mujer.

—¿Verdad, verdad?—repitió el joven mirándola con toda su alma—. ¿Verdad que si yo quisiera vendrías conmigo?

Después continuó con dulzura:

—Por esta razón no debemos volver a vernos nunca. Hay ciertos amores en la vida que trastornan la cabeza, los sentidos, el espíritu y el corazón. Entre todos hay uno sólo que no trastorna, que penetra, y éste sólo muere con el ser en el cual ha echado raíces.

—¿Me escribirás?

—Sí; primero con frecuencia, porque mi sufrimiento va a ser muy grande y la ausencia de toda forma de comunicación habitual y querida me mataría. Cuando era un desconocido para ti me acerqué poco a poco y no sin temor, hasta que nuestro trato se fué haciendo más familiar y al fin...; no hablemos del pasado. Mis cartas serán más raras cada vez, hasta el día en que cesen del todo. Habrá en esto una gran tristeza no exenta de algún encanto. Cuando uno se detiene en el cementerio delante de una tumba florida y bien cuidada, donde están grabados los nombres de dos personas queridas, se experimenta un dolor lleno de misterio, que hace brotar las lágrimas sin amargura; así es como deseo recordar algunas veces que he vivido.

La mujer, a estas últimas palabras, se dejó caer

en un sillón sollozando. El joven dejaba correr su llanto; pero quedó inmóvil, sin querer percatarse de su propio dolor. Cuando sus lágrimas cesaron, se acercó a su amiga, tomó su mano y la besó.

—Créeme. Ser amado por ti, sea cualquiera que sea el sitio que se ocupe en tu corazón, comunica fuerza y valor. Nadie te comprenderá como yo, Brígida mía. Otro tal vez te ame más dignamente, pero no más profundamente. Otro apreciará en ti cualidades que yo desprecié; te rodeará de amor; tendrás un amante mejor, pero no tendrás hermano como yo. Dame la mano, y deja que el mundo se ría de una frase sublime que no puede comprender: «Quedemos amigos, y adiós para siempre.» Cuando nos estrechamos entre los brazos por primera vez, hacía mucho tiempo que algo nos anunciaba que íbamos a unirnos. Que esta parte de nosotros mismos que se abrazó delante de Dios no sepa que nos separamos sobre la tierra; que una miserable disputa no desate nuestra eterna felicidad.»

Tenía entre sus manos las de la mujer; ella se levantó bañada en lágrimas todavía y, acercándose al espejo con extraña sonrisa, cogió unas tijeras y cortó una larga trenza de sus cabellos; después se contempló un instante así desfigurada y privada de parte de uno de sus más bellos atractivos y la entregó a su amante.

El reloj dió la hora nuevamente; era tiempo de partir. Cuando volvieron a pasar bajo las galerías, parecían tan alegres como cuando llegaron.

—¡Qué hermoso sol!—dijo el joven.

—¡Y qué hermoso día—dijo Brígida—, que nada podrá hacerme olvidar!

Apresuraron el paso y desaparecieron entre la muchedumbre. Una hora después una silla de posta pasó sobre una colina detrás de la barrera de Fontainebleau. El joven iba solo en ella. Contempló por última vez su ciudad natal, que veía a lo lejos, y dió gracias a Dios por haber permitido que de tres seres que habían sufrido por su culpa no quedase mas que un desgraciado.

FIN

INDICE

Páginas.

PRIMERA PARTE:

I.....	5
II.....	5
III.....	26
IV.....	37
V.....	44
VI.....	55
VII.....	59
VIII.....	63
IX.....	68
X.....	74

SEGUNDA PARTE:

I.....	79
II.....	90
III.....	95
IV.....	102
V.....	124

TERCERA PARTE:

I.....	131
II.....	133
III.....	139
IV.....	145
V.....	148
VI.....	153
VII.....	159
VIII.....	161

IX.....	166
X.....	177
XI.....	179
CUARTA PARTE:	
I.....	123
II.....	202
III.....	213
IV.....	221
V.....	228
VI.....	229
QUINTA PARTE:	
I.....	239
II.....	246
III.....	258
IV.....	267
V.....	277
VI.....	302
VII.....	325

OBRAS DE J. H. FABRE

EDITADAS POR CALPE

Cinco volúmenes en 8.º, de unas 300 páginas cada uno.

LA VIDA Y COSTUMBRES MARAVILLOSAS DE
LOS INSECTOS APARECEN EN ESTAS OBRAS
NARRADAS CON AMENIDAD ENCANTADORA

TITULO DE CADA VOLUMEN

Maravillas del instinto en los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Costumbres de los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

La vida de los insectos, con grabados y 11 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los destructores. Lecturas acerca de los animales perjudiciales a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los auxiliares. Lecturas acerca de los animales útiles a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

CATECISMOS DEL AGRICULTOR Y DEL GANADERO

Editados por CALPE y publicados bajo la dirección de

L. DE HOYOS SAINZ

CON LA COLABORACIÓN DE INGENIEROS AGRÓNOMOS, CATEDRÁTICOS, VETERINARIOS, PERITOS AGRICOLAS, AGRICULTORES Y GANADEROS DE ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

Folleto de 32 páginas muy ilustrados, escritos por nuestros mejores autores especialistas

Precio de cada Catecismo: CINCUENTA CENTIMOS

De las XV series van publicados los 40 catecismos siguientes

DEL SEGUNDO GRUPO

- I.—41. Cercas y cerramientos.—Juan J. Fernández Urquiza.
42. Cómo se hace un pozo.—Leandro Pérez Cossío.
- II.—43. Selección de semillas.—Antonio García Romero.
44. Crecimiento de los vegetales.—E. Fernández Galiano.
- III.—45. Aparcería agrícola y pecuaria.—Ignacio de Casso.
46. Bodegas cooperativas.—José del Cañizo.
- IV.—47. Abonos del olivo.—Rafael López Mateo.
48. Cómo se compra un abono.—Manuel García Luzón.
- V.—49-50. Formulario de terapéutica vegetal.—Apollinar Azanza.
51. El oídio y el mildiú.—José Sancho Adellac.
- VI.—52. Remolacha forrajera.—Manuel Naredo.
53-54. La avena: variedades y cultivo.—Victoriano Odrizola.

- VII.—55. La higuera: su cultivo en España.—J. Manuel Priego Jaramillo.
56. El rosal.—Arturo Rigol.
57. Plantaciones y marcos.—Manuel M. Rueda y Marín.
- VIII.—58. Plantas aromáticas forestales.—Fernando Baró.
59. El pino carrasco.—Ricardo Codorniú.
60. Cómo se defiende un bosque.—Joaquín Ximénez de Embún.
- IX.—61. La zulla, forraje meridional.—Angel Torrejón y Boneta.
62. La soja y su cultivo en España.—Luis Crespi.
63. La alfalfa de secano.—José Cascón.
64. El azafrán: cultivo y comercio.—Eladio Morales.
- X.—65. La fécula y su preparación.—Guillermo de Benavent.
66. La sidra: su preparación.—M. G. Falalsión.
67. Limpieza y conservación de bodegas.—Juan Marcilla.
- XI.—68. Los signos típicos de la enfermedad.—Félix Sánchez.
69. La peste porcina.—Juan Ruiz Folgado.
70. Celo y monta de ganado.—Domingo Aisa.
- XII.—71. Las vacas suizas y holandesas en España.—Carlos Santiago Enríquez.
72. Caballo y yegua de trabajo.—José Orensanz Moliné
73. Cómo se elige un toro semental.—Luis Saiz.
- XIII.—74. El caracol: su explotación.—Federico Doreste.
75. Esquileo y lavado de lanas.—Victoriano Medina y Ruiz.
- XIV.—76. El comercio de aceites en España.—Lisinio Andréu.
77. Comercio de naranjas y frutas frescas.—Rafael Font de Mora.
- XV.—78-79. La agricultura de Abu-Zacaría.—José Sánchez Pérez.
80. El paludismo en el campo.—Sadí de Buen.

OBRAS COMERCIALES

ESCRITAS POR EL PROFESOR

M. A D O L P H E R U M E A U

DE LA UNIVERSIDAD DE FRANCIA

Libros utilísimos para las Escuelas de Comercio y de Industria, de los cursos de enseñanza comercial, de negociantes, jefes de Negociado, corresponsales, taquígrafos, dactilógrafos, estudiantes, etcétera, etc.

CALPE HA PUBLICADO:

Gramática práctica para la enseñanza de la correspondencia comercial francesa y española.
Un volumen de 352 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

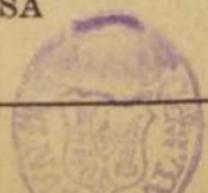
Curso práctico de correspondencia francesa y española.—Un volumen de 608 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Curso práctico de correspondencia inglesa y española.—Un volumen de 558 páginas, encuadernado en tela, 12 pesetas.

Nouveau Dictionnaire français-espagnol et espagnol-français, donant la signification des TERMES LES PLUS USITÉS en correspondance, comptabilité, Commerce, Industrie, Banque et Bourse.—Un volumen de 220 páginas, encuadernado en tela, 10 pesetas.

EN PRENSA

Monetario universal.



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCETERA, ETC.

Aparecen diez números de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(CUATRO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 850 números publicados desde julio de 1919
— — a noviembre de 1923 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS.

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

RIOS ROSAS, 24

Apartado 547